LA LEY DEL HAMBRE

ANA BALLABRIGA

DAVID ZAPLANA

CONTRALUZ

ANA BALLABRIGA
DAVID ZAPLANA

La ley del hambre

CONTRALUZ

Los hechos y personajes de este libro son ficticios.
Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

A todos los vecinos de Candasnos.

A los que estuvieron.

A los que están.

A los que estarán

Detrás de toda gran fortuna,
se esconde un gran crimen.

HONORÉ DE BALZAC

Si el hambre es ley, el saqueo es la justicia.

PIOTR TROTSKY

Valen más 10 hombres armados de justicia
que 1.000 soldados a sueldo de un rey.

WILLIAM WALLACE

1

Año 1974

Renata extendió la fina lámina de plomo sobre el altar de mármol. Los pesados cortinajes de las ventanas apenas dejaban pasar la luz del mediodía; el ritual funcionaba mejor envuelto en sombras.

Tenía que reparar el error cometido.

El viernes advirtió a la Pilar que ella y solo ella debía hacer la faena, pero la Pilar era demasiado vieja y pidió ayuda a Calixta.

Resignada, continuó con el rito; ya no podía hacer otra cosa.

Con el clavo de acero escribió sobre el plomo, maleable y resistente, el texto memorizado al final de su infancia.

> Mercurio, guardián de las fronteras, jefe de los sueños, príncipe de los ladrones, espía nocturno, escucha mis plegarias y castiga a Calixta Lapena Pena. Arrebátale la salud, el cuerpo, el color, las fuerzas y las energías, conduce su alma a Plutón, para que la ate y consuma. Llévale la fiebre terciana, cuartiana, cotidiana, para que infecten su sangre; envíale las diez plagas del averno; manda a los lobos para que le saquen las entrañas; pide al perro de tres cabezas que despedace su cuerpo y devore el corazón. Haz que se le caigan los ojos, dientes, uñas, cabellos y pezones; haz, Mercurio, que se le pudran las manos, dedos, brazos, cabeza, pies, vientre, ombligo, pecho, cuello, boca, labios, barbilla, ojos, frente, cejas, espalda, hombros, nervios, huesos, vientre, genitales y piernas. Yo te pido, Mercurio, que la eches a perder, que la arruines, que esparzas sus huesos y entregues su alma a Plutón.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Renata realizara el conjuro. César era un chico listo y sacó adelante a la familia sin necesidad de tablillas. Estaba orgullosa de su hijo pequeño, el mejor de todos. Los demás eran blandos y maleables como el plomo que tenía entre las manos.

Enrolló con cuidado la lámina de plomo, ahora escrita, cortó un trozo de la tela del delantal de Calixta y lo introdujo dentro del rulo.

Calixta tenía fama de discreta, por eso la contrató. Poseía una belleza impactante, pero su humildad le impedía utilizar argucias de ramera para manejar a los hombres de la casa. Renata había elegido bien: Calixta consiguió mantener a raya incluso al puerco de su marido.

Y Renata lo sabía por experiencia. Con quince años no dudó en meterse por primera vez en la cama del amo Crispo y logró ocupar el

lugar de la señora Florentina. Atrás quedó la miseria y el hambre, el dolor por un padre suicida, una madre melancólica y un hermano muerto por el frío del invierno. Sí, su hermano de tres meses murió congelado. Entre sus ropas escondió Renata la primera tablilla a Mercurio. En ella maldecía a su familia paterna, esa que abandonó a su suerte a una viuda enferma con dos hijos. La escribió con letra irregular, pero funcionó. El apellido Garza, el de su padre, desgracia a desgracia, desapareció de Candasnos.

—¡César! —gritó Renata desde la puerta.

Esther apareció, respondiendo a su llamada:

—Madre, César no está. —Esther era menuda como ella, pero de rostro más dulce—. Ha ido a ver al médico para que diga por el pueblo que padre ha muerto de un ataque al corazón.

Renata se fijó en su cara.

—¿Has llorado? —preguntó con enfado.

—Sí, madre.

—¿Acaso llora un perro por el amo que lo apalea?

—No, madre.

—Eso me parecía.

—¿Sabremos pronto si funciona? —preguntó la joven con preocupación.

—¡Claro que funcionará, *petoste!* Quizá sea rápido o quizá no, pero la maldición funcionará.

—Calixta me gusta.

—No podemos fiarnos. Toma, coloca tú la tablilla enrollada entre las ropas de tu santo padre, que Dios lo tenga en su gloria y no lo resucite el día del juicio final. —Esther se santiguó mientras su madre cabeceaba—. Por fin ese cabrón servirá para algo más que para joder la vida a todos los que le rodeábamos.

2

Año 2018

Siempre estuvo más cerca de los muertos que de los vivos. Por eso aparcó el coche patrulla frente a la puerta del cementerio al atardecer. Prefería pasear entre las tumbas, bromear sobre la eficaz dieta de sus moradores, jugar al póker con los fantasmas o apostar el alma con el mismísimo diablo. Pero aquel día llovía demasiado, el invierno llegaba a su fin sobre el calendario, aunque el invierno en aquel pueblo podía engullir a la primavera y durar hasta el verano. Los faros del coche iluminaban la tromba de agua que corría una tupida cortina hasta los barrotes de entrada al camposanto. A menudo soñaba con trasladarse a vivir o morir allí. La gente tenía miedo de la muerte; para él, suponía un descanso.

Escuchó el estruendo de las postas de lluvia sobre la chapa del coche. Hacía años que era una especie de zombi, un ser hueco incapaz de sentir. Mientras su cuerpo envejecía, su mente y su espíritu se marchitaban dejando una cáscara vacía, una manzana podrida de reluciente envoltorio.

La muerte lo marcó nada más nacer, cuando sacaron a su melliza sin vida y a él rebosante de vitalidad. Su madre, rota por la pérdida de la hija anhelada, eligió un nombre inspirado por el rencor. Caín. El nombre de un traidor, el nombre del asesino de su propia sangre.

La emisora crepitó antes de escupir la voz del guardia del Centro Operativo de Servicios:

—512P de COS.

Caín apretó el botón del micrófono para responder:

—Adelante COS para 512P.

—Acaban de dar aviso de un suceso extraño en la Balsa Buena de Candasnos.

—¿Un suceso extraño? ¿Puedes ser más preciso?

—Un hombre ha llamado al 062. Dice que ha visto algo raro. No tengo más información.

—QSL —confirmó la recepción y cortó la comunicación.

Arrancó el todoterreno y derrapó sobre el barro del camino asfaltado. Los limpiaparabrisas trabajaban a toda velocidad bajo la cascada de lluvia. A la entrada del pueblo, giró a la derecha y paró en la calle Ontiñena. Había dos coches aparcados, apuntando los faros

hacia la balsa. Los paraguas refugiaban a un grupo de vecinos junto a las fachadas de las casas. Observaban la situación con curiosidad e inquietud. Caín se puso el traje de agua, chaqueta y pantalón impermeables, y bajó del coche.

—¿Qué sucede? —preguntó a los curiosos.

—Dicen que hay un monstruo en la balsa.

—¿Un monstruo? —se sintió estúpido al repetir aquella palabra. Un escalofrío le recorrió la espalda. Quizá fuera por el tiempo, la lluvia caía helada. Un día de perros. O de monstruos, quién sabe.

Observó la silueta de la Balsa Buena, en los confines del pueblo, desdibujada tras la celosía de agua. Era de origen romano, construida en piedra y de forma circular. Durante muchos siglos fue el único abastecimiento para consumo humano en Candasnos, hasta la llegada del agua corriente. De unos tres metros de profundidad, los sillares de piedra formaban un círculo perfecto con cinco zonas de acceso para que, en tiempos, las mujeres sacaran agua con los cántaros. Un montículo circular rodeaba la balsa, formado por el lodo seco que sacaban del fondo en las limpiezas periódicas. A ese montículo lo llamaban los *turrumperos,* y protegía la balsa del polvo y la basura que arrastraba el cierzo. El maldito cierzo.

Caín encendió la linterna y se acercó a la entrada principal de la balsa, un corte amplio en el círculo de turrumperos que permitía el acceso a la construcción romana. Cuatro hombres discutían a gritos bajo la lluvia, sin paraguas ni chubasquero. Dos de ellos llevaban un rifle de caza mayor.

—¿Es que la quieres diñar o qué coño te pasa? —Uno de los hombres reprendía a otro.

—¡Que os dejéis de hostias! —gritó Melquíades, un cazador del pueblo. Caín lo conocía del bar—. ¡Qué monstruo ni qué cojones! Eso es un puñetero bidón.

Algo chapoteó en el agua de la balsa y dirigieron hacia allí las linternas. Caín observó la superficie con inquietud, pero la lluvia tejía un tapiz tan compacto que le impedía ver con claridad.

Melquíades se quitó la chaqueta y se desabrochó la camisa. Era un tipo grande y fuerte, casi dos metros de grasa y músculo, brazos de acero forjados en el duro trabajo del campo y barriga prominente gracias a los banquetes de caza. Bajo su barba espesa colgaba de un cordón un colmillo de jabalí. Tiró la camisa y llegó a las escaleras de piedra que descendían al interior de la balsa. Escucharon otro chapoteo en el agua con la fuerza suficiente para destacar sobre el estruendo de la lluvia.

Caín lo sujetó por el brazo.

—Espera.

—¿Me lo vas a impedir? —gruñó Melquíades con los ojos inyectados en sangre. El aliento saciado de alcohol explicaba su inmunidad al frío.

—¿Tanta prisa tienes por morir? —Caín reflexionó sobre el funcionamiento de la mente humana. Hacía diez minutos pensaba en la muerte como una idea atractiva y no le importaba entrar en el cementerio dentro de una caja de pino. Ahora, la idea de un monstruo en la balsa le hacía estremecerse y le provocaba una sensación similar al miedo. «¿Miedo a qué?» Cuando ya no temes a la muerte ¿a qué tienes miedo?

—¡Aquí no va a morir ni Dios! —gruñó Melquíades—. El agua ha arrastrado un bidón y la gente está *acojoná.* Voy a sacarlo para que todos estos paletos se vayan a dormir a casa.

Sonó otro chapoteo más fuerte, seguido de un espeluznante gruñido. Todos clavaron sus ojos en la balsa y, a través de la cortina de lluvia, intuyeron que algo grande y oscuro emergía del agua. Otro gruñido. Melquíades dio un paso atrás.

—Cago en mis muertos, eso no es un bidón.

El chapoteo era cada vez más intenso, acompañado de gruñidos estridentes. Los otros hombres salieron del recinto que formaban los turrumperos. Caín empujó a Melquíades a un lado y empuñó la pistola. La sombra desdibujada por la lluvia se movía hacia la rampa de acceso a la balsa para tractores. Caín sostuvo el arma con fuerza: a sus treinta y siete años, aún tenía buen pulso. Algo corrió por la rampa hasta chocar brutalmente con el muro de turrumperos. Caín percibió el temblor del suelo bajo sus pies. Tragó saliva. Fuese lo que fuese aquella cosa, era demasiado grande para ser un animal de los que habitaban aquellas tierras. Candasnos estaba muy alejado de los Pirineos, allí no había osos y además no gruñían así. Aquel ser dio varias vueltas sobre sí mismo y corrió hacia ellos bordeando la balsa. Caín carraspeó y apuntó con calma. Quizás había llegado el momento que tanto deseaba. Los gruñidos ganaron intensidad y le atravesaron los oídos, acompañados del repiqueteo de los cascos sobre el barro. Apretó el gatillo. La mole no se detuvo, corría hacia él con una fuerza implacable. Volvió a disparar, volvió a disparar una y otra vez. Un gruñido explotó frente a él, a pocos metros de distancia. Caín voló por el aire y cayó aplastado por más de cien kilos de carne. El monstruo pasó a su lado gruñendo y arrancando redobles al suelo encharcado.

Intentó moverse. Casi no podía respirar. Melquíades se quitó de encima. Le había salvado la vida.

—¿Qué cojones era eso? —preguntó el cazador—. Nunca he visto

nada igual.

—Un monstruo —sentenció Caín y, por primera vez, le pareció adecuada aquella palabra.

Melquíades cogió el rifle de caza.

—¿Dónde está? —gruñó.

—Se ha ido hacia el monte Alto —aclaró uno de los hombres. Caín tenía las botas y la cara empapadas. El traje de agua le mantenía el cuerpo seco, pero estaba helado. Observó a Melquíades, medio despelotado e inmune al frío.

—Voy a reventar a ese hijoputa.

Caín lo sujetó con fuerza.

—Está claro que el cerebro es inversamente proporcional a la masa muscular.

—¡Que me sueltes, coño!

Caín no lo hizo. El bíceps de aquel tipo era una bola de hierro.

—¿Por qué no le preguntamos a tu madre si te deja salir esta noche? —se la jugó.

—¿Qué es eso? —gritó otro de los cazadores apuntando al agua con el rifle.

Caín iluminó con la linterna. En la balsa flotaba algo cerca de la orilla. La lluvia no permitía verlo con claridad. «Maldita lluvia», pensó. Aunque era casi peor cuando no llovía. O la niebla lo cubría todo o soplaba el cierzo hasta enloquecer.

¿A qué clase de pueblo había solicitado el traslado?

—Traedme un palo.

Uno de los hombres arrancó la rama de un árbol. Sin soltar la pistola, Caín bajó las escaleras hasta el borde del agua y acercó el objeto a la orilla. Era alargado, como una rama gruesa o un tronco fino. Al girarlo, quedó a la vista la forma de una mano. Caín sintió una arcada. La tensión acumulada le explotó en el estómago al observar el hueso amarillento y astillado que sobresalía entre jirones de carne negra.

—¿Qué es? —preguntó Melquíades.

Caín lo subió a uno de los escalones.

—Un cadáver.

—¿Un cadáver? —Melquíades lo miró con incredulidad—. Yo solo veo un brazo.

Un brazo arrancado de cuajo, separado violentamente del tronco, amputado, cercenado, mutilado.

—Pues eso, un cadáver al que le han amputado el cuerpo.

—¡Esa bestia ha matado a alguien! —gritó Melquíades hacia los otros cazadores—. ¡Mañana saldremos a buscarla!

—Aunque pare de llover, los campos estarán inundados —respondió otro—. Tendremos que esperar unos días para hacer una batida.

—¡Atrás! —ordenó Caín—. Tengo que precintar la zona. La balsa es ahora el escenario de un crimen.

En el coche, pidió ayuda por la emisora. No era conveniente salir a patrullar solo, pero no le apetecía soportar las penas de ningún compañero, ya tenía suficiente con las suyas. Solicitó el traslado a Candasnos porque creía que era un pueblo tranquilo. Se equivocó. Llevaba allí un mes y ya había tenido un conflicto con el sargento. El segundo día de trabajo, Caín y un compañero pararon un camión para una inspección rutinaria. Cuando le pidieron examinar la carga, el conductor echó a correr. Lo detuvieron y, entre un cargamento de fruta, encontraron cincuenta kilos de cocaína. Su compañero le dijo que tenían que avisar al sargento antes que a nadie. Caín no entendía por qué, pero le dejó actuar. El sargento llegó enseguida e interrogó al chófer en solitario. Después, echó la mitad del cargamento al maletero de su coche y les dijo que avisaran a la UCO, la unidad central de la policía judicial, encargados de investigar los delitos más graves o de crimen organizado.

A la mañana siguiente, el sargento lo llamó al despacho. Le habló de lealtad, del compañerismo y la autoridad. Le entregó un sobre con dos mil euros y le preguntó si podía confiar en él. A Caín se le revolvieron las tripas. Asintió y cogió el sobre. Cuando salió del despacho, varios guardias le advirtieron que llevara cuidado con el sargento, que era mejor que entrara en el juego y mantuviera la boca cerrada. El tipo llevaba años de comandante de puesto y había hecho de Candasnos su pequeño olimpo. Caín guardó el sobre y por la noche habló con su mujer. Ella no dijo nada, no hacía falta. Igual que él, no soportaba la corrupción dentro del cuerpo. No soportaba a aquellos que, en lugar de defender la ley y el orden, les daban por culo sin miramientos. Caín lo denunció y entregó el sobre como prueba. No metió a los otros guardias en el asunto. Suspendieron al sargento, que le enseñó los dientes y le juró que se mearía sobre sus huesos tirados en alguna cuneta. Caín ignoró la amenaza. Y como él era el guardia de mayor rango, cabo primero, ejercía de comandante de puesto hasta que resolvieran el caso del sargento y asignaran la plaza a otro.

Cuando terminó de poner la cinta de balizamiento con la ayuda de los cazadores, llegó otro coche de la Guardia Civil. Bajaron dos compañeros. Caín les explicó lo sucedido, evitando la palabra monstruo, y les pidió que dispersaran a los curiosos.

Llamó por teléfono al capitán para informar de lo ocurrido.

Después a la policía judicial.
Por último, a través de la radio, pidió una unidad de los GEAS.

3

Año 1974

Calixta era una joven cumplidora, acostumbrada al trabajo duro, que ayudaba a todo el que lo necesitaba. Si no hubiera sido tan solícita, esa mañana no habría ido a la casa del amo Crispo y no habría presenciado lo sucedido en aquella suerte de capilla.

Con el estómago encogido, regresó a su casa rezando para que la señora Renata no hubiera reparado en su presencia.

Ver, oír y callar, le decía la Pilar, la criada vieja. Y eso era lo que pretendía hacer, si la dejaban.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó su madre, molesta. Calixta jadeaba, no podía responder—. La señora Renata no debería hacerte trabajar un día como hoy. Nada menos que varear un colchón en invierno, ni que haya muerto alguien. Y tú, ¿no sabes decir que no? En fin, el que manda, manda, aunque mande mal. Venga, venga, no pierdas más tiempo. Por cierto, la Paloma ha tenido una niña, la van a llamar Eustoquia como su abuela, que en paz descanse. Un buen presagio para este día; un nacimiento y una boda.

«Y una muerte», pensó Calixta con tristeza, pero su madre no lo sabía.

Colgado del armario estaba el vestido blanco con remate de plumas de caribú que compraron en la tienda La Novia de Lérida. Calixta se aseó y su madre la ayudó a vestirse. La peluquera le hizo un recogido y sujetó la diadema sin velo. En la planta baja, su padre y su hermano atendían a las visitas. Con el ramo de rosas y claveles blancos en la mano, Calixta bajó las estrechas escaleras de granito. El silencio tomó la casa durante unos segundos.

—Estás preciosa —susurró con admiración su padre. Estrenaba traje, confeccionado por el sastre del pueblo. Era la primera vez que le decía algo bonito. Era un hombre parco en palabras.

De su brazo y seguida por su familia caminó hasta la plaza, donde esperaban las mujeres del pueblo. Calixta entró en la iglesia y la rondalla de Peñalba arrancó los primeros acordes a las bandurrias.

Alberto la esperaba en el altar. A su lado, Paco le contaba algo que parecía crispar los ánimos del novio. Paco se volvió hacia ella, dedicándole una mirada triste, y de inmediato salió por el lateral. ¿De qué estarían hablando? Paco y Alberto no eran amigos.

Calixta recorrió la nave central. Por un instante, dejó de ser la criada para convertirse en reina. Guapo y elegante, Alberto la esperaba junto a su madre. Tras el viaje de novios, irían a vivir a su casa.

Alberto y Calixta comenzaron a cortejar sin que ella se percatara, en unas fiestas de agosto. Bailaron juntos más de la cuenta y todos dieron por supuesto que eran novios. Si hubiera podido elegir, otro muchacho hubiera ocupado su lugar, quizá Paco, siempre amable, más atento y encantador. A Calixta no le faltaban pretendientes: Era alta y recia, con una buena mata de pelo negro, profundos ojos violetas y carácter afable. Un baile de más trazó su futuro.

Una tarde de domingo, salió con Alberto a tomar un refresco en La Hermandad, el bar del pueblo. A la vuelta, dieron un rodeo y él la empujó al interior de un almacén.

—¿Qué haces? —Calixta se asustó.

Alberto la besó y la manoseó por encima del vestido. Sus ojos palidecían tras una niebla gris que le ensombrecía el rostro.

—Los hombres necesitamos cosas.

Su madre la previno acerca de los impulsos masculinos y de la obligación de una mujer decente de frenarlos. Calixta ya lo hacía cuando bailaban, estirando el brazo que apoyaba en su hombro. Pero esto era peor.

—Hay que esperar a casarnos.

—A lo mejor no hay boda —sonrió él entre sombras.

Calixta enmudeció. Si no había boda, se quedaría soltera para siempre. Todos darían por sentado que la había desflorado y nadie querría un plato de segunda mesa.

—No serás capaz.

—Los hombres necesitamos unas cosas y las mujeres, otras.

Entendió el chantaje y alivió su deseo con la mano. Ese día, no pasó de ahí, pero Calixta supo que no lo detendría mucho tiempo y que su honor y el de su familia estaban en juego. El sexo era su amenaza, pero también podía ser el medio para convertirse en una mujer decente. Durante los siguientes encuentros inevitables, ella le insinuó lo bien que lo pasarían en una cama en cuanto estuvieran casados. A las pocas semanas, Alberto convenció a sus padres para pedir su mano.

* * *

—Yo os declaro marido y mujer. —El desasosiego invadió a Calixta cuando su destino quedó sellado. La niebla gris ensombrecía de nuevo la mirada de su marido.

Tras la sesión de fotos, los novios llegaron al restaurante de Peñalba y tomaron asiento junto a sus padres. Manteles de damasco y frutas de invierno engalanaban las mesas, la chimenea crepitaba y, al otro lado de los ventanales, la nieve se derretía al tocar la tierra. El menú comenzó con entremeses, seguidos de merluza a la vasca y cordero. Cuando llegó la tarta nupcial, Calixta apenas había probado bocado.

El rumor de la repentina muerte del *tio* Crispo había empezado a correr entre los invitados. Mal presagio. Se abstuvieron de comentarlo con los novios. Nadie quería enturbiar la fiesta. Llegaron a Zaragoza en el cuatro latas a las siete de la tarde, cuando desfilaba la cabalgata de los Reyes Magos. Las calles estaban cortadas y tuvieron que esperar para aparcar en la plaza del Pilar. Alberto mantuvo la calma, aunque su rostro ceniciento y el silencio tenso advertían a Calixta de que algo no iba bien.

El hotel resultó impresionante, con vistas a la basílica. Cuando llegara el momento, bendecirían a sus hijos con el manto de la Virgen.

—¡Esta habitación debe de ser muy cara! —exclamó Calixta. La cama era enorme y disponían de baño propio y balcón.

—No es una habitación, es una *suite*. Y no te preocupes por eso, está pagada.

A Alberto no le gustaba dar explicaciones. Calixta entró en el baño para ponerse el camisón. Lo compró con su madre y no era tan bonito como los de las revistas. Era de algodón rosa, con unos convenientes botones a la altura del pecho. Un camisón perfecto para amamantar a sus futuros hijos, menos apropiado para una noche de bodas.

Alberto la esperaba recostado en la cama, como Dios lo trajo al mundo.

—Desnúdate.

El rubor asaltó el rostro de ella. Nunca se había desnudado delante de nadie.

—Yo… no…

—Quiero verte.

—Es que…

—¿Puede verte cualquiera menos yo?

Alberto saltó hacia ella y, con un gesto brusco, le bajó el camisón. Calixta trató de cubrirse, él le apartó las manos. Le dio la vuelta y le miró el trasero.

—¡Eres una maldita zorra! —La zarandeó, enfurecido—. Tienes una cicatriz en la nalga.

—Me caí de pequeña —gimoteó Calixta—. ¿Por qué te molesta?

—Lo que me molesta es que lo sepa todo el pueblo. ¿Cuántos te han

visto el culo antes que yo? —Ella enmudeció y Alberto la manoseó con mirada turbia—. Buenas tetas. Vamos a pasarlo bien, como tú decías.

Calixta sintió que una avalancha de miedo la sepultaba. Él la tiró sobre la cama e intentó penetrarla. Le hizo daño, empujó con violencia sin conseguirlo.

—¿Qué cojones pasa? ¿Te dejas joder por cualquiera menos por mí, puta? —Calixta enmudeció. Alberto lo intentó de nuevo, pero su cuerpo estaba rígido y duro como una fruta verde—. Me cago en Dios, ¿estás tarada?

Le pegó una bofetada. Luego más. Los golpes cayeron sobre su rostro y su pecho, la sangre manó de la nariz.

Apenas podía articular palabra: el dolor, el miedo y la rabia le oprimían la garganta. Alberto la incorporó en la cama y le puso el miembro junto a la boca.

—Chupa.

Ella lo miró con el rostro hinchado. No entendía qué le pedía.

Alberto le sujetó la cabeza y le introdujo el pene en la boca. Continuó así, usándola como una meretriz sin voluntad. Calixta sintió asco y horror, tuvo náuseas. Pensó que moriría ahogada.

—Abre bien la boca, zorra, y cuidado con los dientes.

Cuando obtuvo lo que quería, ella vomitó y él le propinó una violenta patada que la tiró de espaldas.

Alberto entró en el baño y regresó al rato con el pene dispuesto de nuevo.

—Verás tú si te abres para mí.

Caminó hacia ella con una sonrisa sádica bajo los ojos velados por la rabia, ojos sin color, ojos de muerto o de asesino.

Calixta tuvo la certeza de que iba a morir esa noche y su nombre caería en el olvido. Nadie recordaba a las jóvenes cumplidoras acostumbradas al trabajo duro. Eran diminutas piezas del complejo engranaje de la sociedad, piezas necesarias e intercambiables.

Alberto le dio otra patada en la cara y le separó las piernas.

Por suerte, Calixta perdió el sentido.

4

Año 2018

—Manda a tu jefe a tomar por culo —exclamó Assumpta—. Hoy has publicado el mejor artículo de tu carrera, un puñetazo en la cara de todos los empresarios puteros que comercian con nuestra salud. ¿Y el muy cabrón te llama para una reunión cuando estás celebrándolo? —levantó la cerveza—. ¡Que le den!

Assumpta había estudiado en un colegio de monjas; como represalia, exhibía unos toscos modales y un descarado lesbianismo.

—A lo mejor quiere darme un ascenso.

Assumpta sonrió con incredulidad. Vera apuró la cerveza y se despidió de su amiga. Tomó el metro hacia la redacción y aprovechó el trayecto para releer parte del artículo que había escrito con tanto empeño:

> La Unión Europea ha frenado la expansión de las grandes multinacionales que dominan la agricultura mundial. Gracias a la ley de Organismos Modificados Genéticamente (OMG), los productos transgénicos de empresas como Bayer, Chem China o Dow Chemical no terminan de arraigar en Europa. Sin embargo, Semilia, una pequeña empresa de Huesca, ha logrado que aprueben varios cultivos OMG, y ha ocupado el hueco dejado por estas multinacionales.
>
> Desde hace décadas, los agricultores indios se suicidan en masa porque no pueden pagar a Monsanto el precio de las semillas transgénicas que les obligan a plantar. Son los nuevos esclavos del siglo XXI. Ante la incipiente expansión de Semilia, ¿están a salvo los agricultores españoles?

Ese artículo era el resultado de una investigación de varios meses centrada en la empresa oscense que poco a poco se hacía hueco en el inquietante grupo que dominaba la alimentación mundial.

Enfundada en su abrigo de segunda mano, abandonó el metro hacia la oficina de *Ecológica Digital*. Más que la redacción de un periódico parecía el almacén de una almoneda. Las mesas de trabajo se amontonaban en lo que fue el salón de la antigua casa de una pescadera de Sant Andreu. Sus hijos habían arrendado la propiedad tal como quedó tras su muerte. El mayor solo pasó para coger la cartilla del banco de la cómoda y, del armario, un vestido apolillado con el que enterrar a su madre.

No era un lugar idílico, pero los apuros económicos habían obligado a su jefe a abandonar con mucho dolor la oficina de El Raval.

Vera fue de las pocas voluntarias que le ayudaron con la mudanza. El resultado no era del todo satisfactorio: ordenadores, servidores y cables convivían con muebles anticuados.

Atravesó el estrecho pasillo que olía a humedad y se detuvo ante el despacho de Joan.

¿Para qué la había llamado? Aún estaba intrigada.

Vera tocó la puerta de lo que fue el dormitorio de la pescadera, una habitación interior, donde ella ayudó a su jefe a colocar una mesa de escritorio y un par de sillas de Ikea de segunda mano. Él lo llamó *despacho* como podía haberlo llamado *templo de Júpiter* o *salón imperial*.

—¿Se puede?

—Siéntate, enseguida estoy contigo —ordenó su jefe sin apartar la vista de la pantalla de treinta y dos pulgadas del Mac, un anacronismo en una habitación que conservaba el crucifijo colgado donde estuvo el cabecero de la cama.

Vera estaba un poco inquieta. Supuso que Joan querría comentar algo del artículo que acababa de publicar, el mejor de su carrera, y eso le hizo pensar en Eustoquia, Toki para los amigos. La conoció a través de las redes sociales. Coincidían en diversos grupos ecologistas y cuando Toki descubrió que era periodista, le envió un mensaje contándole lo que pasaba en su pueblo. Al principio, Vera no le hizo caso, Toki era una persona obsesiva que parecía desquiciada. Sin embargo, muchos de los hechos que narraba venían documentados con datos, fotos y pruebas irrefutables que captaron su interés por Semilia. Toki le envió información abundante, pero Vera armó el artículo solo con lo que pudo contrastar.

Esa misma mañana envió el enlace a Toki por mail, pero no le había contestado. La llamaría cuando saliera de la reunión. Aunque no la conocía en persona, ella era su fuente.

—Bueno, ya está —la atención de Joan recayó en ella—. Ya sabes cómo va esto, hay que preparar la edición de mañana.

«Las noticias solo duran un minuto», le repetía siempre, «y debemos encadenar minutos para que la gente no olvide lo importante.» Y para Vera, lo importante era salvar el planeta.

Su jefe apartó el teclado y puso las manos sobre la mesa.

—Te contraté porque eres una buena periodista, de las que disfrutan pateando la calle, de las que conservan el entusiasmo por la profesión —su voz denotaba cansancio.

Claro que era entusiasta, no le quedaba más remedio. Provenía de un barrio humilde, de una familia modesta con una concepción de la vida según la cual el triunfo solo podía surgir del trabajo duro y de

unos estudios superiores. Ella era la primera universitaria de la familia. Sus padres apostaron todos sus ahorros con la esperanza de que aquel título tuviera forma de escalera con la que alcanzar estatus económico y posición social. Con su sueldo, Vera ayudaría a pagar los estudios de su hermano menor. Pero su ilusión cayó en el más oscuro de los pozos cuando Vera pasó a engrosar el grupo de mujeres con carrera, sin estabilidad, sin estatus y sin posición. Trabajó de becaria durante cinco años hasta que un conocido le ofreció un empleo pagado en un periódico regional.

—Creé *Ecológica Digital* tras pasar por muchos medios, porque la ecología era importante para mí y pensaba que recuperaría el fervor por mi trabajo. Con los años me di cuenta de que nada importa, de que no cambiaremos el mundo. Al final del día lo único que me llena es estar un rato con mis hijos antes de ir a dormir, —Vera apretaba las manos sobre la falda. Aquel discurso pintaba mal—. Quería que fueras la primera en saberlo: he retirado el artículo sobre Semilia y no vamos a publicar ninguno más sobre esta empresa.

No podía creer lo que acababa de escuchar.

—Semilia está haciendo cosas terribles desde ese pueblo perdido de Huesca. Está jugando con nuestra alimentación, con el futuro de los agricultores. Ha muerto mucha gente por enfermedades provocadas por sus productos y es posible que estén afectando a los animales de la zona. —Toki le habló de dos muertos en el pueblo por ataques de animales, aunque no podía demostrar la relación con los productos de la empresa—. Tengo material para varios artículos más. Lo que he publicado es solo la punta del iceberg y está todo contrastado. No pueden demandarnos —concluyó.

—No me han amenazado con demandas. Da igual. No podemos seguir.

—Tú me diste el visto bueno.

—Porque es un artículo excelente. Ahora las cosas han cambiado y necesito que pares.

—He dedicado muchas horas a esta investigación. Me gustaría viajar a Candasnos y contrastar algunos datos. Tengo la sensación de que allí se cuece algo mucho más gordo de lo que imaginamos.

—Semilia domina casi todo el territorio aragonés y se está expandiendo por Cataluña. Quieren poner publicidad de sus productos en el periódico.

La noticia fue como un puñetazo en su cara. Vera tardó un par de segundos en entender la maquinaria perversa que el artículo había puesto en marcha.

—Semilia son los malos —tartamudeó—. Joan, no lo dirás en serio.

—La publicidad es la que nos mantiene, la que paga tu sueldo, el mío, este despacho.

—Son tus lectores quienes lo hacen. ¿Qué pasará cuando sepan que te has vendido a una empresa de transgénicos?

—Vera, no seas ingenua. El objetivo de la prensa es vender publicidad, no transmitir ideologías. Como mucho, podemos apuntar corrientes de opinión.

—Me fui de un periódico regional porque los concesionarios de coches imponían la línea editorial. Es lo que pasa cuando dependes de la publicidad. Sé cómo funcionan las cosas ahí fuera. Creía que tú eras diferente.

Cuando Joan la llamó para trabajar en *Ecológica Digital* aceptó sin dudarlo. Aunque el sueldo era escaso, le ofrecía la posibilidad de aunar sus dos pasiones: el periodismo y la ecología.

Ahora sus sueños se desmoronaban de nuevo.

—Me metí en un buen préstamo para sacar adelante el periódico y tengo que amortizarlo. Las prioridades cambian cuando eres padre. No voy a jugar con el futuro de mis hijos, Vera. Yo era un idealista como tú, pero estaba equivocado. No elegí el mejor tema ni el mejor momento para lanzar un periódico independiente. Tu artículo abre una nueva esperanza para sobrevivir y debemos aprovecharla.

—¿Tanto dinero te ofrecen?

—En *Ecológica Digital* no volveremos a hablar de Semilia salvo para hacer su maldita publicidad. Quiero que abandones el tema y que me des el nombre de tus fuentes.

—¿Qué? —Vera abrió mucho los ojos—. No voy a hacer eso.

—Si no lo haces, tendré que despedirte —Joan suspiró con tristeza.

—Haz lo que tengas que hacer.

La mente de Vera comenzó a buscar soluciones. Tenía que pagar el alquiler de los próximos meses.

—Eres joven y atractiva, darías un buen perfil en tele. Te haré una carta de recomendación si quieres. —Ella abandonó la silla barata sin contestar—. No pretendas hacer justicia, Vera, no puedes luchar contra una empresa como Semilia.

Avanzó por el pasillo estrecho mientras contenía la rabia y las lágrimas. Menudo regalo de Reyes. Empezaba el año con una carta de despido. En el salón de la vieja pescadera, metió sus cosas en una caja de cartón.

Sonó el teléfono. En la pantalla brillaba un número con prefijo de Huesca. La única persona que conocía allí era Toki, pero solo tenía su móvil. Vera tragó saliva. Tendría que explicarle que habían retirado el artículo.

—Buenas tardes —era la voz de un hombre—. ¿Hablo con la señora Vera Solé Vila?

—Sí, ¿quién es?

—Soy el abogado de la señora Eustoquia Ballestar Pérez. Siguiendo las indicaciones de su testamento, le llamo para informarle de que mi clienta ha fallecido. Necesitaría verla en persona, si es posible.

Vera se quedó sin respiración. Las palabras se atascaron en su garganta.

«No puedes luchar contra una empresa como Semilia.»

A ella la acababan de despedir y Toki, su fuente, estaba muerta.

Cerró la caja con determinación.

5

Año 2018

En el acuartelamiento de Candasnos trabajaban seis guardias. Uno permanecía siempre en el puesto de atención al ciudadano, así que Caín y los otros cuatro formaron una patrulla para buscar el cuerpo. Si el brazo había aparecido en la Balsa Buena, lo tenía que haber arrastrado la corriente de agua que bajaba del monte Alto.

Caín no era forense, pero había visto suficientes cadáveres durante sus años de servicio para saber que aquel brazo llevaba tiempo amputado. El cuerpo podía estar tirado o enterrado en cualquier lugar entre la balsa y la estación de servicio de la autopista, más de dos kilómetros de campos de cultivo en línea recta.

Aunque también podía estar en la balsa. Tendrían que esperar a los GEAS para examinar el fondo. Mientras tanto, decidieron ir a la rebalsa, una poza más pequeña y poco profunda, que filtraba el barro y la suciedad del agua antes de entrar al estanque principal por un canal estrecho.

Julián Bueno, al que el apellido hacía justicia, empuñó un bastón de senderismo y entró en la rebalsa atado con una cuerda. La riada le llegaba a la cintura y bajaba con fuerza, arrastrando tierra, piedras, troncos y basura, un auténtico río de porquería. Caminó despacio, sondeando el fondo de la poza sin resultado.

Bueno se cambió las botas mientras los demás peinaban los caminos hasta el polideportivo con la ayuda de los vecinos. Detrás comenzaban los terrenos de labranza y sería una locura adentrarse en ellos con la que caía. No quedaba otra que dejarlo para el día siguiente, si amainaba.

—Llama a todos los hospitales de la zona —ordenó Caín a Ferrer, el más joven de los guardias—. Pregunta si en los dos últimos meses ha ingresado algún paciente con un brazo amputado.

Entrevistaron a los testigos arremolinados alrededor de la balsa. Todos coincidían en que una vecina, tras escuchar algo extraño, llamó a los cazadores para que echaran un vistazo. Llegaron cinco hombres en un par de todoterrenos y examinaron la balsa con linternas y escopetas. Cuando Melquíades quiso meterse para demostrar que no había nada raro, uno de ellos llamó al 062.

Caín llevaba muy poco tiempo en el pueblo y aún no conocía a casi

nadie. Preguntó por la vecina que había dado el aviso y señalaron un amplio chalet frente a la balsa. Caminó hacia allí. Miró el reloj, eran casi las once de la noche. No podía estar durmiendo. Lo raro sería que no estuviera fisgoneando.

Caín abrió la puerta metálica del jardín, cuidado aunque deslucido por el agresivo invierno de Los Monegros. Llamó al timbre. Apareció una mujer de aire glamuroso y edad indefinida. Lucía un kimono de seda japonés con un dragón enroscado sobre las sugerentes curvas de su cuerpo. Bajo el kimono llevaba una camiseta y unas mallas negras y, a pesar de su aspecto informal, caminaba sobre unas sandalias de tacón alto. «Un calzado extraño para estar en casa», pensó él. Tenía el pelo negro y unos enormes ojos violetas que desprendían autoridad y confianza. Resultaba insólitamente atractiva para su edad, como una de esas actrices de Hollywood, inmunes al paso del tiempo.

—¿Qué desea?

—Soy el cabo Caín Álvarez, del puesto de Candasnos. Dicen que usted dio el aviso de lo ocurrido en la balsa.

—Eso parece —ella lo observó de arriba abajo—. ¿Quiere pasar? Hace frío y está empapado.

—No quiero poner la casa perdida, señora, solo será un momento —Caín dudó.

—Vamos, pase; si no quiere un whisky, le invito a una infusión.

—Un café mejor, si no le importa. Creo que va a ser una noche muy larga.

Caín limpió las botas en el felpudo y la siguió hasta el salón.

—Siéntese en una de las sillas mejor.

Se quitó la chaqueta impermeable y obedeció. Las sillas eran de piel y no las estropearían unos pantalones mojados. La decoración era sencilla y moderna, al contrario de lo que esperaba en un pueblo como aquel. Lo que más le llamó la atención fue el hogar de forja en el que crepitaba el fuego, que creaba un ambiente acogedor. Estaba situado en un rincón, junto a la escalera de caracol, literalmente suspendido en el aire. Comprendió que el tubo de metal para la salida de humo servía a la vez de anclaje. Nunca había visto nada igual: la decoración de aquel salón era de cojón de mico.

La mujer regresó de la cocina contoneando su cimbreante cuerpo, con una taza en una mano y un vaso de fondo grueso en la otra. Caín observó con curiosidad el líquido verdoso que acariciaba el cubito.

—Es absenta —explicó ella—. El licor de los artistas. Alimenta las pasiones y elimina las penas. ¿Quiere probarlo?

—Suena bien, pero estoy de servicio. Gracias por el café. —Caín lo bebió de un trago. Le reconfortó tener el estómago caliente—. ¿Me

puede hablar de lo sucedido en la balsa? —preguntó él.

—Tampoco hay mucho que contar. Después de cenar salí al porche a leer.

—¿Al porche? —repitió él—. ¿Con la que está cayendo?

—Me encanta sentarme en el porche a escuchar la lluvia. —Ella bebió absenta y miró a Caín con recelo—. Vivimos en un pueblo y damos la espalda a la naturaleza. Debería probar de vez en cuando a disfrutar de la lluvia, de su olor, de su sonido. Es la mejor terapia para relajar la mente, olvidar los problemas y entrar en un estado de trance cercano a la felicidad.

—Dudo que me relajara con la humedad y el frío que hace.

—No hay nada que no arreglen una manta de lana y un brasero en los pies. Debería probarlo —insistió.

—Ya he disfrutado bastante de la lluvia esta noche. —Caín se tocó las piernas mojadas.

—Acérquese al hogar —sugirió ella—. Le sentará bien. ¿Quiere otro café?

—No hace falta, gracias. —Caín se frotó el mentón, rascando la barba de días—. Me estaba hablando de la balsa.

—Claro. —Volvió a beber—. Me encontraba en el porche releyendo *Yo, Claudio* y disfrutando de la lluvia cuando oí un gruñido. Al principio, no le di importancia: pensé que sería mi imaginación, el ruido de un camión en la carretera o algún tractor. Sin embargo el gruñido volvió a repetirse otra vez, y otra más. Pensé que algún animal estaba atrapado en la balsa y llamé a los cazadores.

—¿A qué hora escuchó los ruidos? —continuó Caín.

—Sobre las ocho de la tarde.

—¿Vio algo?

—¿Usted qué cree? —Ella sonrió con complicidad—. ¿Ha visto la que está cayendo?

—Sí, claro. —Caín se levantó—. Está bien, le agradezco la información y el café. Esté localizable: tendrá que venir al cuartel a firmar la declaración. —Caminó hacia la salida.

—¿No me la podría traer usted? —Utilizó un tono juguetón—. Yo no salgo mucho.

—Claro, ¿también quiere que le traiga la compra?

—Por cierto —ella obvió el sarcasmo—, ¿han encontrado al animal?

Él abrió la puerta de salida.

—Ha escapado.

—¿Qué era?

No sabía qué contestar.

—Un animal grande.

—He oído que hablaban de un monstruo. —Sus ojos brillaron como si tuvieran luz propia—. Los orígenes de Candasnos se remontan hasta la antigua Roma. Desde entonces, ocurren hechos terribles y misteriosos de los que nadie habla. Es un lugar maldito, sé de lo que hablo —susurró.

Caín salió sin dar importancia a aquellas palabras.

—Gracias por todo, señora.

—¿Y por qué tanto revuelo? —continuó ella, mirando hacia la balsa. Las cintas amarillas brillaban con intensidad bajo la luz de los faros—. Veo que han precintado la zona.

—Ha aparecido un brazo flotando en el agua.

—¿Un brazo? —Abrió los ojos en una expresión de sorpresa y consternación—. ¿Un brazo humano?

—¿Hay alguno que no lo sea? —Caín le dedicó una sonrisa irónica —. El forense y la policía judicial están en camino. La espero mañana en el acuartelamiento para firmar la declaración. Si no lo hace, tendré que enviar a un guardia para que la acompañe.

—Gracias de nuevo.

Enfundado en la chaqueta y el gorro impermeable, saludó con la mano en la frente.

Ya en el coche llamó a su mujer para que no le esperara, haría guardia con un compañero. Eduardo Royo también hacía honor a su apellido: tenía un rollo que no acababa nunca. Era muy joven, menos de treinta años, como el resto de sus compañeros. El más veterano era Caín, que ya frisaba los cuarenta. Royo habló de las fiestas de fin de semana y le hizo un listado completo de sus últimas conquistas. Aseguró que el uniforme ayudaba mucho a ligar. «Las tías se quedan pilladas y, cuando te las encuentras de fiesta, ya tienes el trabajo hecho.» Después pasó al fútbol, a la política y, por último, al caso que llevaban entre manos.

—¿Y habéis visto al animal que arrancó el brazo?

—Hemos visto un animal, sí, pero no sabemos si está relacionado con el brazo.

—¿Y qué animal era? La gente está muy alterada.

—No pudimos identificarlo.

—Dicen que era muy grande, y que tenía una fuerza descomunal.

—Eso es verdad.

—¿Podría ser un oso?

—Claro, un oso cavernario, como tú.

—Joder, yo me voy a pedir el traslado. Vine a este pueblo porque se ligaba mucho, pero no quiero morir entre las fauces de alguna

bestia. Esto es peor que la jungla.

Caín lo miró extrañado.

—¿Por qué lo dices?

—No sé —dudó Royo—, han muerto tres personas por ataque de animal en un año. Y ahora aparece un brazo humano. Puede que sean cuatro.

—No sabía nada.

—La última fue en enero, antes de que tú llegaras. Puedes ver los expedientes si quieres. Cada uno más extraño, es como si los animales estuvieran locos y les diera por atacar a las personas.

Caín iba a preguntar más cuando se acercó una furgoneta blanca y verde con el rótulo «G.E.A.S. GUARDIA CIVIL». Eran las cuatro de la madrugada. Bajaron la ventanilla junto a ellos.

—Vaya nochecita —saludó un hombre de cara cuadrada—. Somos los buzos. ¿Qué ha sucedido?

Caín los condujo a la balsa y les enseñó el brazo. Los dos hombres abrieron la puerta trasera de la furgoneta y enjabonaron los trajes de neopreno por dentro con agua y Mistol antes de ponérselos.

Llegó un Seat León, un coche oficial camuflado. El conductor era Iván Ochoa, de la policía judicial. Le saludó con un movimiento de cabeza mientras aparcaba.

Ochoa salió del coche con el chubasquero. Caín le hizo un breve resumen de la información recopilada mientras los buzos entraban en la balsa.

El de la judicial examinó el brazo y después los alrededores. No encontró nada llamativo, el agua y el barro borraban cualquier huella o pista que pudiera ayudarles.

—Estoy de acuerdo con vosotros —anunció Ochoa—. El brazo lleva tiempo cortado. Estaría enterrado en algún campo y lo ha arrastrado la corriente. Cuando llegue el forense nos dará más información.

Emergió uno de los buzos moviendo la mano. Escupió el regulador.

—Esto es lo único que hay. —Dejó sobre un escalón un pequeño rollo de metal—. Vamos a echar otro vistazo, pero cuerpo no hay, seguro.

—De acuerdo —Ochoa sacó una bolsa de papel y unas pinzas para meterlo dentro.

—¿Qué es? —preguntó Caín.

—Lo examinaremos en el laboratorio.

Los buzos acabaron la tarea y se despidieron. Royo acompañó a Ochoa a la casa cuartel para descansar mientras llegaba el forense. Le preguntó a Caín si enviaba a alguien para relevarlo. Toda la movida había empezado a las diez, cuando Caín estaba a punto de terminar el

turno, y ya eran casi las cinco de la mañana. Había doblado el turno, pero, aunque sabía que tendría problemas para que le pagaran las horas extra, no quiso marcharse hasta que llegara el forense. Aún tardaría. Ochoa no le habría avisado hasta estar en el pueblo. A los de la judicial les gustaba llegar con tiempo para examinar el escenario antes de que levantaran los restos humanos.

Caín entró en el coche. Lo acompañaba ahora Pepe Ansó, que tenía la cara pálida y tiritaba de frío.

La lluvia paró al alba y Caín envió a Ansó a por un par de cafés. A las diez aparcó a su lado el coche de Ochoa y una furgoneta blanca con el rótulo «SERVICIO NACIONAL DE MEDICINA Y CIENCIAS FORENSES». Bajaron tres hombres, dos de ellos con chalecos amarillos, el otro con traje.

Caín sintió un escalofrío. Era Marcos Villacampa, un tipo estirado, hijo de una de las familias más ricas de Zaragoza. Nadie entendía por qué había elegido la profesión de forense, aunque algunos aventuraban que era un psicópata y disfrutaba en compañía de los cadáveres. Caín sabía que estaba destinado en Zaragoza, pero Candasnos pertenecía a la jurisdicción de Fraga. ¿Había pedido el traslado? Decían que tenía un lío con una fragatina, pero le extrañaba que Villacampa renunciara al ambiente selecto de la capital por una mujer.

Caín no soportaba a Villacampa y Villacampa no lo soportaba a él. De jóvenes, compartieron amistades y algo más. Cuando Caín conoció a Sofía, su mujer, ella salía con Villacampa. Fue un flechazo y ella no dudó en dejar a su novio. Villacampa nunca los perdonó.

Caín y Ansó bajaron del coche.

—Buenos días. —Ochoa miró a Caín—. Puedes irte a descansar, ya nos encargamos nosotros.

—Prefiero esperar —gruñó él, de mal humor debido al cansancio y la presencia del forense. Este pasó por delante sin mirarlo. Caín lo observó con la cabeza baja, lleno de resentimiento. Aquel tipo era el responsable directo de que su carrera en la Guardia Civil no prosperara. Caín pasó cinco años pidiendo cursos de especialización que nunca le concedían. Primero para la Policía Judicial, después para el SEPRONA. Los oficiales asignaban los cursos por libre designación y a ninguno le apetecía levantar el dedo para señalarlo a él. Desesperado, probó con los cursos de armas y explosivos y después con los de aduanas. Tampoco tuvo suerte. Cuando ocurrió el accidente de Sofía, el capitán lo llamó al despacho, apiadado. Le explicó que nunca le concederían ningún curso: la orden venía directamente del general. Caín comprendió hasta dónde llegaban los tentáculos de

Villacampa y su familia de la alta burguesía maña. El capitán le aconsejó que abandonara el cuerpo: con el general en contra no podía prosperar. Aún era joven para buscar otra cosa. Pero Caín perdió el empuje y el entusiasmo después del accidente. Aceptó la condena con resignación y cumplió con su deber sin más aspiraciones. Más tarde decidió con Sofía pedir el traslado a un lugar alejado de la ciudad. Y surgió la vacante de Candasnos. No hubo objeciones porque era un destino que nadie quería.

El agente de la judicial acompañó al forense hasta las escaleras de la balsa. Los dos funcionarios de chaleco amarillo los siguieron, con un maletín. Caín los observaba a distancia. Villacampa pidió unos guantes de látex y, con el pulgar e índice de cada mano, cogió el brazo y lo examinó en el aire. Cortado a la altura del bíceps, el codo y los dedos estaban rígidos. El funcionario le entregó unas pinzas que introdujo junto al hueso astillado y sacó un gusano marrón.

—Es una larva de *Aglossa pinguinalis*. La dueña de este brazo lleva muerta más de un mes.

—¿Muerta? —se sorprendió Ochoa—. ¿Cómo sabe que es una mujer?

—La morfología de la mano evidencia el sexo. No llevaba las uñas largas ni pintadas y, por supuesto, tendremos que esperar a la prueba de ADN para estar seguros, pero me jugaría la polla a que no me equivoco.

—¿Y cómo sabe que está muerta?

Villacampa metió el brazo en la bolsa que le acercó el otro funcionario. Echó la larva dentro y la precintaron.

—Con una herida así, se desangraría en minutos sin un torniquete. Y si lo hubiera hecho, habría ido al hospital para que la curaran. En ese caso, ya lo sabríamos a estas alturas, ¿verdad? —Miró su reloj y el de la judicial miró a Caín.

Caín asintió, confirmando que no había ningún caso similar en los hospitales de la zona.

—Entonces está muerta —aseguró el forense.

—Pues deberíamos avisar al juez. —Ochoa sacó el teléfono.

—No corra tanto —le cortó Villacampa—. De momento, no hay cadáver.

—¿Cree que la lluvia arrastró el brazo?

—Por supuesto. —El forense parecía muy seguro de sí mismo. Un tipo soberbio, pensó Caín. Y eficiente—. Si hubiera permanecido en el agua todo este tiempo, estaría mucho más hinchado y no habría larvas de ningún tipo. Determinar cuánto lleva cortado sería mucho más difícil.

El forense caminó hacia la furgoneta seguido por los funcionarios.

—Mi trabajo aquí ha terminado.

Esta vez, sí paró delante de Caín.

—Me alegro de ver que tienes mala cara. —Le dedicó una sonrisa y subió al vehículo.

Caín ni siquiera contestó. Le dolía la cabeza y solo quería irse a dormir.

6

Año 1974

La lluvia torrencial comenzó de repente y Calixta se refugió bajo el alero de un edificio. Todo el mundo corría, la avenida del Paralelo era un caos. Una joven con un carrito de bebé intentaba parar un taxi cuando un coche la empapó con un charco. Increpó al conductor y rompió a llorar. Un trueno rasgó el cielo de Barcelona cuando un taxi al fin la recogió.

La gente se aglomeró junto a ella, buscando protección de la inesperada lluvia.

—¡Vaya tormenta! —exclamó una mujer menuda y elegante—. Debería cuidar sus dineros.

Calixta agarró con fuerza el bolso negro que la señorita de la casa desechó del vestidor.

—¿Trabaja ahí? —La desconocida señaló el edificio que exhibía sobre la puerta un enorme cartel luminoso: El Molino.

—¡No! Claro que no. —Calixta estaba horrorizada—. Soy sirvienta en una casa. —Aportó a sus palabras un toque de dignidad.

—Ah, hoy es jueves, el día de libranza. ¿Le apetece un café con leche? —Calixta dudó—. Este cielo amenaza granizo. —La mujer miraba las nubes oscuras—. Y un café es más barato que un taxi. ¿Vamos?

Cruzaron la calle a la carrera.

—Espere, ¡no pensará entrar ahí! —exclamó Calixta escandalizada.

La mujer abrió la puerta de El Molino.

—Hacen buen café. Vengo aquí todos los jueves

Un relámpago encendió las calles y las primeras piedras de granizo estallaron contra el suelo. Calixta entró.

Había poca luz y mucho silencio. Caminaron hasta el ambigú, recorrido por una larga barra, con las paredes pintadas de rojo.

—*Em cago en la mar salada. Quina tempesta, senyora Martina.* —El camarero pasó una bayeta por la barra. Iba vestido de traje negro y pajarita—. *Què us poso?*

—En cristiano, Pep. Dos cafés con leche.

El camarero les ofreció unos trapos limpios para secarse y colocó dos tazas humeantes frente a ellas. El primer sorbo reconfortó a Calixta. Desde su llegada a Barcelona para servir, apenas se

relacionaba con nadie.

—¿De dónde eres, muchacha?

—De Aragón.

—Ah, mañica. Soy la señora Martina.

La mujer le ofreció la mano y una sonrisa de dientes irregulares.

—Calixta.

—Te va más algo así como Ivette o Merche. Pero, mujer, no estés tan cohibida, nadie va a poner en duda tu decencia. Al Molino viene mucha gente todos los días. Por aquí pasan jóvenes solteros, matrimonios maduros y mujeres solas, como yo.

Calixta no estaba cómoda en la cafetería de un teatro como ese. Había oído hablar de El Molino, donde las mujeres, ligeras de ropa, cantaban canciones pícaras.

—¿Quieres ser criada toda la vida? Con ese cuerpo, sería un desperdicio. —El rojo de la pared saltó a las mejillas de Calixta—. Supongo que tus planes son trabajar de interna hasta que encuentres marido.

En eso se equivocaba. No tenía intención de pasar de nuevo por el altar.

Los recuerdos de la noche de bodas la estremecieron. Tras perder el conocimiento, despertó desorientada. Apenas podía abrir los ojos, hinchados por los golpes y las lágrimas. Estaba sola y no sintió alivio por ello. Si su marido había bajado al bar del hotel, volvería borracho.

Apartó la colcha, sorprendida de que Alberto la hubiera tapado con tanta delicadeza. En la sábana bajera, junto a su sexo, descubrió horrorizada una amplia mancha de sangre. Entonces reparó en el dolor intenso de su interior.

Luces azules y naranjas iluminaban el techo de la habitación a fogonazos intermitentes. El murmullo de la gente en la calle irrumpía a través de la puerta del balcón, abierta de par en par.

Tambaleándose, caminó hasta la terraza y se apoyó en la balaustrada. Cinco pisos más abajo, un hombre yacía bocarriba sobre las baldosas de la plaza del Pilar. Un cerco de sangre le daba el aspecto de un santo aureolado.

* * *

—Soy viuda —confesó.

—Pobre, tan joven —respondió la señora Martina—. Y pretendes rehacer tu vida en Barcelona.

Jamás quiso abandonar Candasnos. Estaba acostumbrada al cierzo, a la niebla y a la rudeza de la gente.

En la madrugada de su noche de bodas, dos policías la interrogaron en aquella habitación que olía a sexo, vómito y sangre. Descartaron que la recién casada empujara al vacío al hombretón de ochenta kilos y catalogaron oficialmente el suceso como suicidio. Pero Calixta no comprendía por qué Alberto había caído bocarriba, una posición extraña para un suicida.

Regresó en el autobús del mediodía a Candasnos. No tuvo el recibimiento que esperaba.

—La familia de Alberto, que en paz descanse, te echa a ti la culpa —anunció su hermano—. Dicen que te liabas con cualquiera, incluso con los hijos del amo Crispo. Dicen que Alberto se enteró el mismo día de la boda, y que por eso te pegó una paliza y saltó por el balcón.

Calixta podía gritar a los cuatro vientos que fue fiel a su marido, que ella era la ultrajada. Pero Alberto estaba muerto y eso lo libraba a él de toda culpa.

Lo que vino después prefería no recordarlo.

Calixta enfermó y estuvo encamada.

No quería pensar en eso, era demasiado doloroso.

Hasta que su madre entró con una noticia.

—Levántate, lávate y vístete. Acaba de llamar tu prima de Barcelona.

Y Calixta no tuvo más remedio que abandonar el pueblo.

* * *

La señora Martina movía ruidosamente la cucharilla en la taza.

—Yo vengo al Molino todos los jueves. El mundo del espectáculo es mi vida. Pero aquí —bajó el volumen— no tienen buenos números; nada que ver con lo que hacíamos en Madrid. Qué espectáculos aquellos del Gran Teatro Cervantes con Virginia de Matos. O los de Zori, Santos y Codeso en el teatro Emperador. Recuerdo a Celia Gámez en el Alcázar con *La hechicera de palacio*. Cincuenta mil pesetas costó el vestuario de la Gámez, y llegaron a decir que las joyas valían dos millones. ¡Dos millones! Y qué piernas, recias y bien torneadas, y un escote rebosante. Ahora no es como antes, nada lo es.

—¿Usted era artista? —Calixta sintió fascinación por aquella mujer.

—Siempre tengo la esperanza de ver un buen número o una nueva vedete que merezca la pena. Bah, siempre es lo mismo, chicas con poca ropa y nada más. Qué difícil encontrar una que sepa cantar o bailar. De todas formas, me gusta sentarme en el patio de butacas y esperar a que el camarero me pregunte qué quiero tomar. No es lo mismo que estar en el escenario: allí eres una diosa. —La nostalgia

envolvió su rostro—. Pero me acomodo y disfruto de mi copita de Soberano.

—¿Soberano? Eso es cosa de hombres.

—¿Quién lo dice?

—El anuncio.

—Mira, muchacha, si haces siempre lo que te dicen, vas a tener una vida miserable. Y aun así, nadie te garantiza el éxito.

—¿Usted tuvo éxito, señora Martina?

—Mira la mosquita muerta —sonrió—. No triunfé, pero lo pasé muy bien. —Los ojos de la mujer brillaron—. A mí siempre me gustó el mundo del espectáculo: el cine, el teatro, la revista, la ópera. Me gusta la idea de que todo es falso y, a la vez, auténtico. Me gusta reír y llorar con los artistas, me gusta el glamur del vestuario. Dan una nota de luz a esta España sucia en la que nos toca vivir. ¿No te parece?

Calixta no contestó. A ella le habían enseñado que la vida era simple. Nacías, te casabas, tenías hijos y morías, a ser posible en tu cama, rodeada de hijos y nietos. Entre el matrimonio y la muerte solo quedaba espacio para trabajar de sol a sol, para racionar el dinero y procurar que la mayor parte de tus hijos te sobrevivieran. Esa era la vida de sus padres y esa era la vida que ella esperaba. Hasta la noche de bodas.

—Todos merecemos ser felices —susurró.

—Bueno, no diría yo tanto. Nadie merece nada, muchacha. Aunque es lícito que busquemos la felicidad.

Calixta no sabía qué significaba la palabra *lícito*. Echaría un vistazo a la enciclopedia cuando llegara a la casa de los amos.

—Deberías ver uno de los espectáculos. La sesión empieza en media hora, te da tiempo de llegar a casa para la cena.

—No… yo…

Ella no podía gastar dinero en frivolidades. Enviaba casi todo lo que ganaba al pueblo para que sus padres compraran unas cahizadas de tierra y su hermano tuviera forma de ganarse la vida. En sus días libres, paseaba por Barcelona sin plantearse, como le insistía Sonsoles, ir al cine o tomar una gaseosa en el bar.

—No puedo gastar…

—No te preocupes, te invito a una naranjada. Aquí nadie paga entrada, muchacha: aquí solo pagas la consumición.

* * *

Calixta regresó a la casa de los amos acompañada por las imágenes de la pedrería enroscada en los cuerpos de las vedetes, por el susurro de

las plumas, por las risas que arrancaban los cómicos, por el rubor que provocaba la picardía de las bailarinas… Era un mundo frívolo y divertido, que contagiaba felicidad.

—Chacha —le dijo la cocinera—, ¿y esos colores? ¿Es que has conocido a un joven guapo? Mira a ver si tiene un hermano mayor.

—Guapo, soltero y *forrao* —comentó la Dolors, la primera sirvienta —. Y tú, Calixtita, prepárate rápido. Anda, anda, que la tarde libre termina a las siete, guapa, que lo que tú no hagas, nos lo comemos las demás.

La Dolors disfrutaba haciéndola llorar con sus comentarios.

—Eh, deja a la muchacha tranquila, que para un día que sale y vuelve feliz…

Calixta no se alteró. Regresó con el uniforme y prepararon la mesa de los señores en el comedor de invierno, en el piso superior. No había montacargas, así que les tocaba hacer viajes por la escalera de servicio. Cuando la cena estuvo lista, la Dolors subió la fuente de pescado a los señores y a sus tres hijas. En la cocina, Calixta comenzó a fregar.

Su prima la recomendó para el puesto. Ella trabajó allí cinco años, hasta que su novio fontanero la pidió en matrimonio. Advirtió a Calixta de que el trabajo era duro, pero las raciones de comida, abundantes; de que la señora tenía malas pulgas y pasaba largas temporadas encamada; y de que tuviera cuidado con hablar más de la cuenta. Si descubrían lo ocurrido en su noche de bodas, la despedirían.

Le debía una visita a su prima. Vivía en un pisito recién estrenado en Cornellá y a Calixta le daba miedo ir tan lejos sola. Su prima vivía la vida que ella jamás tendría.

Cuando los señores terminaron, la Dolors bajó a la cocina la fuente con los restos del pescado.

—¡A cenar!

Las tres mujeres se sentaron a la mesa.

—El próximo día, a ver si haces mejor trato con el pescadero y podemos probar los lomos: estoy harta de colas —reprochó la Dolors a la cocinera.

—Niña, ¿qué briega llevas tú hoy? Estás de una malafollá que no te aguanta ni tu madre.

—Estoy harta de comer sobras.

—Pues ya sabías dónde te metías, guapa. Comer sobras es lo que toca. —La cocinera habló con retintín malicioso.

La Dolors se levantó de la mesa y salió conteniendo las lágrimas.

—No te preocupes, niña, ya se le pasará. O no, y será peor. Y tú ten

claro que nosotras estamos aquí para comer sobras. Y solo las de la comida, ¿comprendes?

Calixta abrió de par en par los grandes ojos violeta.

—¿Y a ti qué te pasa? —La enjuta cocinera parecía preocupada de verdad—. Chacha, tú no te habrás metido en líos con el señor, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Con el señor? —Calixta elevó las manos, ruborizada.

El señor Ferrusola andaba por los cincuenta. Calvo, grueso y de rostro ceniciento, parecía una butifarra embutida en el traje negro. El poco tiempo que pasaba en casa, lo hacía en su estudio.

—Friega los platos —le ordenó la cocinera— mientras yo preparo un poco de café. La cena se me ha *indigestao*.

La cocinera echó unos troncos a la chimenea. Era primavera, pero la granizada dejaba el ambiente fresco. Encendió la radio, que entonó «Acapulco».

—Qué canción tan bonita. Me recuerda a mi juventud, cuando imaginaba que el avión de Luis Mariano aterrizaría en la carretera al lado de mi casa, me declararía su amor junto a las chumberas y me llevaría a Acapulco.

—¿Dónde está Acapulco?

—Chacha, y yo qué sé. Lejos, muy lejos.

Las dos mujeres acercaron las sillas de enea a la lumbre. Calixta no tenía prisa por ir a su cuarto. Las emociones de la tarde le impedirían conciliar el sueño.

—El café es lo mejor de esta casa. Tu prima me dijo que eras viuda.

—Sí.

—Pero no llevas los anillos.

—Así nadie pregunta.

—Ay, cómo sois de *cerraos* los maños. Tú sabes de qué va la vida de casados, ¿no? —Calixta se encogió de hombros y perdió la mirada en el fuego. Antes de continuar, la cocinera comprobó que la puerta permanecía cerrada—. Tú sabes que los hombres van a lo suyo, y el señor no es una excepción. Y que esto no salga de esta cocina, júramelo por la Cruz de Caravaca.

—Y por la Virgen del Pilar.

Poco le importaba lo que tuviera que contarle: a ella no le interesaban los chismorreos, aunque agradecía la compañía.

—El señor Ferrusola desposó, como todos los ricachones, a una niña bien. El padre de la señora tenía fábricas de materiales de construcción y el señor heredó el negocio. También esta casa es herencia de la familia. Es un matrimonio de cara a la galería. Van a las fiestas con sus joyones, llevan a las niñas al mejor colegio de

Barcelona… Todo fachada.

Calixta sabía que no era un matrimonio feliz. En cuanto a las hijas… Las dos mayores ya tenían diecisiete y dieciséis años. Eran niñas serias que trataban de pasar el menor tiempo posible en casa. La pequeña, que apenas contaba doce, andaba siempre pegada a las faldas de su madre.

—El señor es fogoso, ya me entiendes, y la señora se quedaba encinta solo con el aire del señor al pasar. Tuvo tres hijas y tres abortos, los tres varones. El señor no quiso esperar al *hereu* y se plantó con la *pubilla* y las otras dos *noias*. Debió de verle la parte buena al tema. Así puede elegir al chico para llevar el patrimonio casándolo con alguna de sus hijas.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Espera, alma de cántaro. La cosa es que la señora ya no vale para el tema.

—¿Qué tema?

—Qué tema va a ser. ¡La jodienda! Ay, me haces hablar de más.

—¡Si ha tenido hijos!

—Claro, ¿es que no me escuchas? El señor decidió plantarse con tres. Obligó a la señora a operarse y no se lo hicieron bien. —Lo que le contaba la cocinera le resultaba muy confuso—. Chacha, vaciaron a la señora para que no se preñara más, pero la operación no salió bien y ahora no hay quien le meta nada por ahí. ¿Me sigues? —Calixta estaba tratando de asimilar la información—. Ay, Calixta, que a veces pareces tonta.

—Lo siento, yo no sé mucho de esto.

—Pues hay poco que saber. El señor y la señora duermen separados, pero al señor le gustan más las mujeres que a un niño una peladilla. Eso es lo que le pasa a la Dolors. No me lo ha dicho, pero no hace falta.

—¿Está enamorada del señor?

—¿Enamorada? ¡Preñada!

—Pero…

—Pero nada, de tanto ir a la fuente, el cántaro se rompe. ¿Comprendes? El señor no va a dejar a la señora por una fregona. Tampoco creo que le ponga un piso. La Dolors vive amargada, es una malafollá. Bien le está lo que le pasa, por fresca.

A Calixta le molestó el tono duro de la cocinera. Ella no podía saber qué pasaba entre el señor y la Dolors. Sin embargo, no le gustaba que hablara mal de ella, aunque se lo mereciera.

—A lo mejor sí que quiere estar con la Dolors y la ayuda.

—Qué tonta eres, Calixta. Al señor le gusta el metesaca, claro está.

Podría pagar por una mujer de mala vida y no lo hace porque le gusta el riesgo, estar en la propia casa de su mujer y pegársela a la sombra de un huevo. Si la Dolors está preñada, todo saldrá a la luz y ya no tendrá gracia. La echarán antes de la siguiente falta. Y tú ten cuidado —le advirtió—. El señor necesitará otra tonta que le caliente la cama por las noches. Es que no le vale con irse de putas… Pobre señora, lo que tiene que aguantar. Ya ves, los hombres son así. Por eso yo no me casaré nunca.

—Entonces, ¿cómo sabes tanto de estos temas? —le dedicó una mirada ingenua.

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo.

La cocinera pasaba de los treinta, una edad en la que una mujer soltera se convertía en solterona. En Cataluña eran las *tietas,* condenadas a trabajar gratis para el resto de la familia cuidando de sus hijos, fregando y lavando por el miserable sueldo de pan y catre. Por suerte, la familia de la cocinera estaba lejos.

Calixta echó al fregadero los restos del café y salió de la cocina. La casa estaba en penumbra y avanzó hacia la zona del servicio. La cocinera, la Dolors y ella eran las únicas internas. Por las mañanas venía una criada más; y Sonsoles, la costurera, tres tardes a la semana. Con Sonsoles tenía más afinidad. Estaba empeñada en presentarle a su hermano mayor, que era fotógrafo.

Un sollozo llegó de la habitación de la Dolors. Calixta llamó a la puerta y entró. La joven estaba hecha un ovillo en la cama, con la ropa puesta.

—¿Quieres que te prepare una manzanilla?

—Esto no lo arregla una manzanilla —sollozó entre hipidos—. Abre el armario y saca el Licor 43.

Calixta dudó.

—Vamos, cógelo; no te preocupes por mi estado; no quiero tenerlo.

Abrió el armario de contrachapado.

—Está escondido detrás de la ropa blanca. Los días de libranza, la señora revisa nuestros cuartos. No lo sabías, ¿eh? Saca un par de vasos también.

Hurgó con la mano hasta palpar la superficie fría y lisa de la botella. Sirvió dos vasos y ofreció el más cargado a su compañera. Lo bebió de un trago.

—Un poco más. —Calixta apartó la botella—. ¡Vamos!

Vertió otra generosa dosis y ocupó la silla. La habitación estaba recogida y olía a limón. Calixta nunca había entrado allí. La Dolors echaba de su lado con un estufido a todo el que era amable.

—Ya puedes irte —Calixta permaneció inmóvil. Dolors le dedicó

una mirada de profundo odio—. Pensabas ser el alma caritativa que yo necesitaba, ¿verdad? Pues lárgate, *cul d'olla,* castellana de *merda*.

—Muy bien, me voy. Me importa poco lo que le pase a una amargada. Tú sí que eres un culo de olla, eres una desagradable y no te dejas ayudar ni aunque te ahogues. Pues ¿sabes qué?, que lo tienes bien merecido. Tus aires de grandeza te llevan a que el amo te engañe de esa manera.

Calixta se arrepintió de lo dicho. Estaba enfadada y con su compañera no valían las buenas formas.

La Dolors lloró estrepitosamente.

—Tienes razón, *collons,* toda la razón.

—No debería hablarte así. Lo siento.

—¿Has visto a las señoritas de la casa? ¿Por qué ellas viven entre plumas de ganso y telas de lino y nosotras tenemos las manos llenas de callos? Solo por el lugar donde nacieron. ¿Qué tenemos nosotras más que dolores de espalda y reprimendas? —Calixta la dejó continuar—. Soy la pequeña de siete hermanos y mis padres son viejos. Llevo trabajando desde que hice la comunión. Quise creer que el señor sentía algo por mí y que mi vida podía cambiar. No soy fea.

No, la Dolors no era fea. Pero, en la pobreza, lo bello apenas brillaba un instante. Después la miseria roía hasta la última brizna de atractivo. La piel se secaba, los dientes se pudrían, las manos encallecían, la figura engordaba, la sonrisa languidecía. No había tiempo ni dinero para afeites, para peinados a la moda, para vestidos favorecedores. No, en la pobreza lo bello duraba un instante, como una flor que nace en el desierto.

—Los hombres suelen portarse así. Eso creo —intervino Calixta con timidez.

—¿Qué sabrás tú?

—Todas sabemos, Dolors.

—Sí, es verdad, todas sabemos. Mis padres son demasiado mayores para esto y mis hermanos… Estoy sola.

—¿Y qué dice el amo?

—No le llames *amo.* —La Dolors recobró la mirada de fuego—. No es tu amo, grábatelo en la cabeza: solo es un hombre que te paga cada semana por tu trabajo. Pero no es tu amo. Dice que venda los regalos que me hizo y mantenga al niño. Le importa una mierda. Probablemente yo no sea la primera.

—¿Y la señora?

—¿Decírselo a ella? ¿Estás loca? Sería humillarme para no conseguir nada. Sabe con quién está casada. Tengo que hacer borrón y cuenta nueva; cuanto antes, mejor.

Calixta recordó su primera falta, un mes después de la noche de bodas. El terror se apoderó de ella y, tras darle muchas vueltas, lo compartió con su madre.

* * *

—No puedes tenerlo —sentenció tajante. Calixta guardó silencio. Las lágrimas asaltaron sus ojos violetas, mientras su madre continuaba—. Nadie creerá que es un hijo legítimo. Dirán que te casaste embarazada de otro, que por eso se suicidó.

—Puedo irme a Zaragoza o a Huesca. Allí nadie sabrá nada: seré una viuda con un bebé.

—¿Y de qué vivirás? No podrás criar a tu hijo y trabajar.

No podría. Si daba a luz, sería una mujer sin futuro.

Esa misma mañana su madre volvió de la tienda de la plaza con una rama larga de apio.

—Mételo en tus partes y reza para que funcione.

Calixta obedeció y, asistida por su madre, soportó las contracciones. Cuando todo acabó, lloró sobre la palangana llena de sangre. Ninguna forma destacaba entre los coágulos oscuros. Pero Calixta sintió que allí iban los restos de una niña, el cuerpo inacabado de su hija.

* * *

—Dicen que el apio puede ayudar —susurró Calixta.

La Dolors hizo un gesto de desagrado.

—Me he tirado por las escaleras, he saltado sobre la cama, he comido perejil en el desayuno, en la comida y la cena. Está bien agarrado. Necesito algo más que apio.

—¿Estás segura de querer hacerlo?

—Claro que lo estoy. ¿Qué haría yo con un bebé? ¿Cómo podría cuidarlo? ¿Qué sería de mi vida? Lo que no sé es dónde hacerlo.

Calixta sintió ganas de llorar. Abortar no estaba bien: era un pecado y un delito. Uno que ella misma había cometido y del que se arrepentía muchas veces, entre llantos.

La Dolors iría a la cárcel si la pillaban, pero al señor no le pasaría nada. Él solo ejercía su derecho de hombre, su impunidad para liarse con cualquiera que estuviera a su alcance.

—Quizá yo pueda averiguarlo.

7

Año 2018

Vera durmió casi todo el trayecto de autobús a pesar de los intentos de su compañero de asiento por entablar conversación. No tenía interés en parecer amable.

Habían pasado tres días desde su despido. En la web de *Ecológica Digital* no quedaba rastro de su artículo y la publicidad de Semilia salpicaba la página como el barro al pisar un charco. Le caía bien Joan, hasta ahora.

Visitó otras webs de periódico. Ninguna se hizo eco del artículo. Las redes enmudecieron. Semilia ganó la batalla, aunque no la guerra.

Recuperó la mochila de la bodega del autobús. La mañana era fría en Fraga y el río Cinca aportaba humedad al ambiente. Unos jóvenes negros esperaban junto a un banco a que algún agricultor los contratara para trabajar en el campo. Eran las once y media. Ya no ganarían el jornal.

Al otro lado del Cinca las calles estrechas vestían la colina que ocupara la Fraga musulmana, que antes perteneciera a los romanos. La parte nueva era funcional y anodina, parecida a cualquier otra ciudad salvo por el frío inhóspito, la humedad escurridiza y los ecos de aragonés antiguo con influencias catalanas que perduraban en el habla de la gente.

Llegó temprano a la cita con el abogado de Toki y subió los dos tramos de escaleras con la mochila a cuestas. Una mujer de pelo rubio ahuecado le indicó que esperara en una sala que olía a ambientador de manzana.

Al rato, la acompañó hasta el despacho. Un hombre trajeado de unos cincuenta años le ofreció una mano áspera y una sonrisa franca.

Vera dejó la pesada mochila junto a la silla.

—Como le adelanté por teléfono, soy el abogado de la señora Eustoquia Ballestar Pérez. Le agradezco que venga en persona a solventar esta cuestión tan delicada. La señora Ballestar no tenía hijos, ni esposo, solo dos sobrinas que viven en Madrid. Una de ellas estuvo en Candasnos para organizar el entierro y leer el testamento. Estoy seguro de que va a tener que pleitear con ellas. —Dio unos segundos para que Vera procesara la información—. Me pidió las llaves de la casa para alojarse mientras estaba en el pueblo y recoger algunas

cosas de la familia. Como comprenderá, no pude dárselas. Tendrá que decidir usted si la deja entrar o no. Usted es la única heredera.

—No puedo aceptar la herencia.

La habían educado para ganar las cosas con esfuerzo. Apenas conocía a Toki: no iba a aceptar un regalo tan desproporcionado.

—Dispone de un mes para aceptar o no el testamento. Eustoquia, o Toki, como usted la llamaba, era una señora poco corriente. Entiendo que le cueste asimilar que la eligiera a usted. Quizá le interese saber en qué consiste la herencia. Ha viajado desde Barcelona para ello.

Viajaba para huir de una ciudad desapacible. Creyó que salir de la rutina le ayudaría a trazar un nuevo plan de vida. Mientras tanto, no pensaba perder el tiempo. La sede de Semilia estaba muy cerca de Fraga.

—La señora Ballestar tenía un seguro de decesos que corre con todos los gastos del entierro. El valor de la herencia asciende a doscientos mil euros, de los que ciento veinte mil son líquidos. Tendrá de sobra para pagar el impuesto de sucesiones. El testamento incluye —hojeó los papeles— un inmueble en Candasnos, un vehículo marca Jeep y algunos bienes familiares, como pequeñas joyas.

—Todo esto es muy raro —expuso Vera.

—No conocía mucho a la señora Ballestar, ¿verdad?

—Nunca nos vimos en persona, nuestra relación era profesional. Me resulta muy confuso. ¿Por qué a mí y no a sus sobrinas, o a alguna vecina de toda la vida?

—O a las monjas del Sagrado Corazón de Jesús —sonrió el abogado —. Usted vive en una gran ciudad, donde pasará desapercibida entre miles de paisanos, migrantes y turistas. Eustoquia vivía en Candasnos. ¿Sabe cuántos habitantes tiene Candasnos?

—Cuatrocientos sesenta y dos, según el último censo.

El abogado sonrió con sorpresa.

—En los pueblos, la gente tiene asignado su lugar y no puede salir de ese espacio. ¿Comprende? En una ciudad nadie sabe quién eres; en un pueblo te lo están recordando constantemente. Tu familia y tu pasado son tu soporte o tu losa. Si en una ciudad lo difícil es destacar, en un pueblo lo es pasar desapercibido.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Para que entienda quién era Eustoquia. En las pequeñas comunidades existe una ley no escrita: si alguien incumple lo que la comunidad espera de él, sus miembros quedan legitimados para darle caza, como buitres ante un animal moribundo. Estos buitres se burlarán de su forma de vestir, se opondrán a sus propuestas o le darán la espalda en una comida de hermandad. Lo habitual es que los

inadaptados abandonen el medio, pero Eustoquia volvió. Ella vivió muchos años aquí, en Fraga. Regentaba una tienda de fotografía, revelados, comuniones… También vendía sus propias fotos. Era muy buena, hizo el reportaje de mi boda. Después cambió, se encerró en sí misma y descuidó su trabajo. Un día vendió el piso y el bajo comercial y regresó a Candasnos. Nunca entendí su proceder, ni lo pretendo. La mente humana es un misterio. Yo no sé por qué la eligió a usted, lo que sí sé es que jamás elegiría a una de sus vecinas.

Cualquier psicólogo diagnosticaría a Toki como paranoica u obsesivo-compulsiva. Tenía muchas rarezas y eso destacaba en un pueblo pequeño, comprendió Vera. Era normal que no se integrara.

—La señora Ballestar no era dada a sentimentalismos. Imagino que esperaba algo de usted.

—¿De mí? ¿Qué?

—Eso tendrá que averiguarlo.

—Conocí muy poco a Toki —insistió Vera.

Pero comprendió por qué la había nombrado heredera. Entendió que Toki le estaba lanzando una tabla de salvación para mantenerla a flote mientras luchaba contra Semilia. Y supo que tenía que aceptar la herencia.

—Yo estoy aquí para ayudarla en lo que pueda —explicó el abogado—, pregunte lo que necesite. Aparte de nuestra relación profesional, Toki me caía bien. Tenía sus rarezas, pero también buen criterio. Estoy seguro de que eligió bien con usted.

—¿La sobrina de Toki sigue en el pueblo?

—La verdad es que no lo sé —se encogió de hombros—. Cuando le negué las llaves de la casa montó un numerito. No he vuelto a saber de ella.

—Hay otra duda que me ronda la cabeza. —Vera sintió temor al preguntar—. ¿De qué murió Toki?

El abogado bajó la vista un segundo, con el semblante triste.

—Por el ataque de una bandada de buitres.

Vera sonrió con la broma, pero él se mantuvo impasible.

8

Año 2018

Caín aparcó el coche en la entrada del acuartelamiento. Vivía en un piso pequeño de dos habitaciones, sobrio e impersonal. Los portafotos y recuerdos de viajes seguían apilados en cajas de cartón dentro del dormitorio que no utilizaban.

Su mujer trabajaba en el comedor, escribiendo en el portátil con el dedo índice de cada mano. Caín admiraba su fuerza de voluntad. Le costaba moverse, no podía hablar, ni oír, ni ver bien, pero no dejaba de trabajar. La admiraba y la compadecía. Y le corroía un sentimiento de culpabilidad. Era como el castigo de Prometeo, una herida abierta que no cerraría nunca.

En ese castigo, la presencia fantasmal de Sofía representaba los picotazos de los buitres que le arrancaban trozos de hígado. Caín la quería y la odiaba a partes iguales. La quería más que a nada en el mundo, ella era el amor de su vida. Y la odiaba por la culpabilidad y el resentimiento que le provocaba verla en aquel estado; la odiaba por quitarle las ganas de vivir, por convertirlo en un muerto viviente.

Se acercó a ella y le besó la mejilla.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Sofía con dificultad. Su voz era gutural, como el susurro surgido de una caverna. No movía bien la boca y apenas podía articular, pero Caín entendía casi todo.

—Voy a dormir un rato, estoy reventado.

—He oído —tomó aire para completar la frase— que ha venido Martín.

Martín Villacampa, el forense, su exnovio. Sofía preguntaba si habían discutido.

—Tuvimos un encuentro cordial —explicó Caín—. Sacudió su polla sobre el escenario y se fue.

—¿Y tú no sacaste la tuya?

—Para qué —se resignó Caín—. Ya me ha jodido bastante la vida.

—Quizás él piense que tú se la jodiste a él.

—Él es de familia rica. —Caín dibujó en la cara algo parecido a una sonrisa—. Nació con el éxito pegado al culo.

—Hay cosas que no compra el dinero —continuó ella, y de alguna manera esas palabras le reconfortaron.

Caín se agachó a su lado.

—¿Nunca te has arrepentido de elegirme a mí? No entiendo…

—Nunca. —Ella negó con la cabeza, con movimientos tambaleantes.

—Con él no estarías…

Sofía le colocó un tembloroso dedo en los labios.

—No digas eso. —Las lágrimas anegaron sus ojos—. No fue culpa tuya.

Caín sintió el picotazo del buitre en el hígado. Ojalá compartiera el optimismo y las ganas de vivir de su mujer.

La besó en los labios y se levantó.

—¿En qué estás trabajando?

—Un ensayo sobre p… —dijo una palabra que Caín no descifró. Ella pulsó varias teclas del portátil.

—¿Posporno? —leyó Caín, asombrado—. Suena bien. Espero que me dejes leerlo.

Nunca leía lo que escribía su mujer, era demasiado intelectual. Con ese título, quizá fuera distinto. ¿Un ensayo sobre el mundo del porno? Algo le decía que el prefijo «post» sustituiría la parte carnal por algo más intelectual. ¿El porno podía tener una parte intelectual?

Caín no lo sabía y no le importaba. Solo quería irse a dormir de una vez.

9

Año 1974

Calixta pasó toda la semana deseando que llegara el jueves. Realizaba su trabajo sin prestar atención y rompió una figurita de Lladró y un plato de Sargadelos. Entre tareas y reproches, sacó tiempo para buscar la palabra *lícito* en el diccionario de la Real Academia y situar en México la ciudad de Acapulco. En la biblioteca, además, encontró un libro de mitología clásica. Sus padres le dijeron que Candasnos había nacido a orillas de la Balsa Buena, una obra de ingeniería romana. Poco más sabía de los romanos, solo lo que veía en las películas de la época dorada de Hollywood. Quizá por eso decidió abrir aquel pesado volumen. Descubrió que la musa de la danza se llamaba Terpsícore, y la del canto, Polimnia.

El jueves tomó el abrigo de paño y el bolso negro y caminó hasta El Molino.

—Si la belleza fuera pecado, usted no tendría perdón de Dios.

Ruborizada, bajó la cabeza mientras el hombre la piropeaba con un silbido de propina.

Miró su reloj de pulsera, aún era pronto. Anduvo alrededor de la entrada hasta que vio acercarse la figura menuda que caminaba a paso ligero.

—¡Señora Martina!

La mujer le dedicó una sonrisa.

—Muchacha, qué sorpresa. ¿Vienes al espectáculo?

El corazón de Calixta bombeaba con fuerza. No sabía si su propuesta enojaría a aquella mujer.

—En realidad, no. Quería hacerle una consulta.

Calixta entró en El Molino con menos reparos. Ocuparon dos taburetes de la barra, frente a los cafés. De fondo, alguien afinaba el piano.

—¿Has decidido dejar tu trabajo de sirvienta por el glamur del espectáculo? —La señora Martina le dirigió una mirada seria.

—No venía por eso.

—Piénsalo, muchacha, yo te ayudaría. Sé mucho de este mundo.

—Lo pensaré. —Zanjó la discusión.

—Tú dirás.

—Una amiga tiene un problema. Un problema muy grande —

tanteó.

—Imagino que un problema con un señor casado.

—No sabe a quién recurrir para solucionarlo.

—Y tú crees que yo sí. —El tono de la señora Martina era como el relámpago que anuncia el trueno. Calixta tuvo miedo—. Deberías decirle que lo piense bien.

—No puede tener el niño. Ni su familia ni el padre la apoyan. Será una apestada: no conseguirá trabajo, ni marido.

—Baja la voz, insensata. Lo que ella quiere hacer es caro y peligroso. Y no solo por el riesgo de ir a la cárcel: es peligroso para ella.

—¿Puede morir?

—Claro que puede morir, es lo más probable. Si el señor fuera un hombre le pagaría el pasaporte y un vuelo a Londres.

—No creo que lo haga.

—Por supuesto que no. A él se la trae al pairo. Dame la dirección de la casa. Cuando sepa más, pasaré a darte el recado. Será un lugar, una hora y el coste. Y dile a tu amiga que lo piense bien. Hay sitios de monjas para darlo.

Calixta asintió.

—¿Te quedas a la representación?

—Hoy no puedo, señora.

—Como quieras. Dile a tu amiga que ahorre la paga de la semana, la va a necesitar.

Calixta corrió de regreso a la casa. Estaba eufórica. Ayudar a la Dolors le hacía sentirse bien.

—Hoy llegas pronto, pero igual de sonrosada —dijo la cocinera—. Qué bien te sientan los jueves. Por cierto, a partir de hoy, tú servirás las comidas a la familia.

—¿Yo?

La cocinera suspiró.

—Han despedido a la Dolors.

* * *

Calixta notaba la mirada del señor en cada movimiento.

—¡Cuidado! —la señora era poco tolerante con ella—. No, si ya dicen que las pueblerinas son bastas. Aunque, eso sí, nadie les gana en rapidez a la hora de bajarse las bragas.

—¡Madre! —La hija mayor estaba escandalizada—. Disculpa, Calixta, madre está un poco nerviosa desde hace unas semanas.

—No pasa nada, señorita.

El mal humor de la señora era solo una de sus preocupaciones. Además, debía enseñar a la nueva, una muchacha recia, picada de viruela, que contrató personalmente la señora. Era una muchacha concienzuda y aplicada, muy trabajadora, pero no tenía ni idea del funcionamiento de la casa. Y eso cargaba más los hombros de Calixta.

Una mañana la señora Martina dejó en la casa un papelito con los datos de la cita. En cuanto pudo, Calixta fue a ver a la Dolors. Vivía en una pensión limpia y ruidosa, en la que no paraba de entrar y salir gente, muchos obreros y alguna mujer con aspecto de desnudarse rápido.

La habitación olía a agrio. La Dolors estaba en los huesos y llevaba un camisón manchado. Era una mujer derrotada.

Calixta llenó la pila del cuarto con agua caliente y le cambió el camisón por uno limpio. El cuerpo desnudo parecía más frágil. Lavó la ropa y la tendió en el balcón. En el ultramarinos, compró varias latas de conserva. La Dolors apenas reaccionaba.

—¿Sardinas o lentejas?

No contestó.

Vertió las sardinas en un plato y las acercó a la cama.

—Come algo. —La Dolors permaneció inmóvil—. Si quieres que te ayuden, tienes que estar fuerte, ¿comprendes?

Por fin respondió y comió despacio.

—Mañana a las cuatro. Te dejo la dirección en la mesilla. No lo comentes ni con tu sombra, ya sabes lo que puede pasar.

—Vale —susurró. No quedaba ni rastro de su temple.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? ¿Con quién irás?

—Sola.

—Mañana es jueves, yo te acompañaré.

La Dolors rompió a llorar. Calixta la abrazó y le acarició el pelo, como le hacía su madre de pequeña.

Cuando regresó a la residencia de los Ferrusola, Sonsoles la esperaba en la cocina. Agradeció la cháchara alegre de su amiga.

—Quieren casar bien a las niñas, tengo que coser dos vestidos más. —Bajó el volumen—. Procuraré que me sobre un retal y te haré una blusa. Hay un tejido de seda precioso, rojo cereza. Por cierto, mañana te vienes con mi novio y mi hermano a dar un paseo.

—Mañana no puedo.

—No, no y no. Mañana te vienes. Mi hermano está deseando conocerte, le enseñé una foto tuya.

Calixta se ruborizó.

—Mañana no puedo, otro día. Además, yo no he visto la foto de tu hermano. ¿Y si no me gusta?

—Te gustará.

Torció la boca y, con el costurero en la mano, salió de la cocina. Calixta ocupó la silla que dejó Sonsoles; aún conservaba su calor.

La campanilla de la biblioteca repiqueteó. Subió las escaleras de servicio hasta la primera planta. La estancia la había diseñado el padre de la señora y desde su muerte nadie leía. Aunque el señor quería reformarla, por una vez prevaleció el criterio de la señora.

—Calixta, pasa.

El señor tenía una voz profunda y unos ojos pequeños e inquietos.

—Cierra la puerta, mujer.

No supo qué objetar.

—Sé que subes a veces aquí a mirar los libros.

—A limpiarlos, señor, solo a limpiarlos.

—Puede ser. Me gustan las chicas listas. Solo con ser bonita no es suficiente, ¿verdad? Tú eres más que bonita —el señor avanzó hacia ella—, eres una mujer de bandera y es una pena que tengas que limpiar en vez de hacer otras cosas.

Dejó las últimas palabras en el aire.

—Me gusta mi trabajo, señor. Me da para vivir y enviar unas perras a mi casa.

—Oh, sí, claro. Eres una chica muy preocupada por la familia. Eso es bueno. Tu familia podría vivir un poco mejor. ¿No te gustaría ganar más dinero? Y hacer tareas menos sacrificadas.

El señor le cogió la mano. Calixta estaba paralizada. Quería huir de allí, pero su cuerpo no respondía. Las imágenes de la noche de bodas la inundaron de angustia.

—Estas manos tan bonitas y ajadas, es una pena. Y esta cintura tan esbelta —acarició su contorno—. Y estos pechos tan jugosos —apretó uno de ellos.

Calixta deseó darle una bofetada, pero el brazo no se movió, seguía clavada como una estaca mientras la toqueteaba un hombre que parecía una butifarra.

—Calixta. —La nueva sirvienta abrió la puerta de la biblioteca—. Disculpe…

Cerró con cuidado.

—Ya sabes lo que hay. —El tono del señor cambió, disgustado por la interrupción—. Mañana a las cinco terminaré mi trabajo. Te espero en mi despacho. No digas ni una palabra a nadie. Y si no vienes, atente a las consecuencias.

Calixta salió y rompió a llorar. La cocinera la miró con preocupación toda la noche.

—Tú sabrás lo que haces. —La nueva le habría llevado el chisme.

No podía ir al despacho del señor, le repugnaba. Y aunque no fuera así, no estaba preparada para mantener ningún tipo de relación, ni con él, ni con nadie. Probablemente no lo estaría nunca.

Al día siguiente, acompañó a la Dolors. El piso era pequeño y limpio. Su amiga tenía la mirada perdida. Esperó a su lado, en silencio, hasta que una mujer con bata blanca la llamó. La Dolors la acompañó con la misma cara que un cordero al matadero.

Calixta retorcía las manos sobre el regazo; la espera era insoportable. Pensaba en su cita de las cinco. Sabía lo que pasaría si no acudía. Y qué pasaría si lo hacía. Lo más probable era que acabara en aquella misma sala, rota y desahuciada, como la Dolors. No le quedaría más remedio que buscar un nuevo trabajo y, sin recomendaciones, solo tendría acceso a las peores casas, donde trataban mal al servicio y pagaban una miseria.

—Ya está. —La Dolors sonreía por primera vez—. Todo ha ido bien.

La abrazó.

—Os tenéis que ir —les indicó la mujer.

En la pensión, Calixta la ayudó a subir los tres pisos.

—¿Necesitas algo? ¿Te queda dinero?

—No te preocupes por eso, soy una buena catalana —sonrió con la broma, alegre de nuevo—. Voy a descansar y mañana buscaré faena.

—Creo que yo también voy a tener que buscar otra cosa. —Calixta le contó lo sucedido.

—No puedes ir al despacho, Calixta, no puedes. A mí no me amenazó, fui una tonta. Y mira cómo he terminado.

—¿Qué hago?

—Lo que hacemos todas, salir adelante como podemos. Algo mejor habrá para ti ahí fuera. Tiene que haberlo.

La Dolors cerró los ojos; estaba muy cansada. Calixta la acostó y le preparó un vaso de agua y el orinal bajo la cama. Prometió visitarla en cuanto pudiera.

Salió a la calle. Tenía que haber algo mejor para ella, una oportunidad de ser feliz, de llevar una vida digna. Trabajar y ser una buena chica era el camino de la desdicha.

Quizá no fuera el mejor camino.

Quizá no fuera el único camino.

Después de la noche de bodas, no había vuelto a cantar.

Caminó a toda velocidad en dirección a El Molino y entró sin reparos. Buscó con desesperación a la señora Martina. No la veía.

—Calixta.

La voz la reconfortó.

—Ha ido bien. —Le estrechó las manos, agradecida.

—Me alegro. Eso quiere decir que está viva.

—Quería hablar con usted.

—Vayamos a otro sitio. Hoy me apetece beber algo distinto.

La siguió hasta un bar cercano, el Marsella, que la cautivó nada más entrar. Las lámparas de lágrimas colgaban del techo de madera. La barra era larga, decorada con paneles de mármol. Parecía sacado del París bohemio que Calixta conocía por las películas y algún libro de la biblioteca del señor.

—Dos absentas.

—¿Absenta?

—El Hada Verde, la bebida de los artistas. Hecha con plantas de artemisia, alucinógenas, ideales para inspirar a los creadores. —El camarero sirvió la bebida y Calixta la miró horrorizada—. Sabe a anís, aunque tiene más alcohol. ¿Qué querías decirme?

—Quiero probar suerte.

—¿Te refieres a ser vedete?

—Sí, eso.

La señora Martina la estudió con interés mientras llevaba el líquido verde a los labios. Paladeó la bebida.

—¿Por qué quieres ser vedete?

Calixta titubeó. No pensaba que la interrogaría como a la sospechosa de un crimen.

—No tengo futuro donde estoy. El trabajo de sirvienta es como ser una esclava. Yo estoy acostumbrada a trabajar duro. Me gusta cantar y hace mucho que no lo hago.

—¿Por qué no cantas?

—Supongo que no me siento feliz.

—Ya. Prueba la absenta.

—Es demasiado fuerte para mí.

—Bebe.

Calixta obedeció con poca convicción y el rostro torcido. Tosió, creía que se ahogaba. La señora Martina sonrió.

—La vida de una artista es sacrificada, más si no tienes formación en canto y baile. Solo cuentas con un cuerpo bonito y buena disposición. Es un camino duro y puede que estés dispuesta a recorrerlo, pero no seré yo quien te ayude.

—¿Por qué? Si me lo propuso usted.

—Yo busco ambición y entusiasmo, tú solo me das desesperación y angustia. No quieres acabar como tu amiga. No eres más que una niña asustada que ofrece su cara bonita como último recurso. El mundo de la revista es duro y competitivo, si no estás dispuesta a darlo todo, te merendarán antes de empezar. No, Calixta, tú no serás una gran

vedete. Búscate un buen chico con un oficio y cásate. Dispondrás de un jornal seguro cada mes y tus hijos serán tu legado cuando mueras. Es la mejor salida para una buena chica como tú. No eres lo que yo busco, Calixta.

Apuró la absenta de un trago, dejó unas monedas en la barra y abandonó el bar. Calixta miró el reloj de la pared. Eran más de las seis, ya podía darse por despedida.

Se estremeció. A veces, pensaba que una maldición la perseguía.

10

Año 2018

La imagen del cadáver de Toki inundaba la cabeza de Vera. La metáfora que usó el abogado para describir a la gente del pueblo llamándoles buitres se convirtió en una perversa realidad. Encontraron el cuerpo dentro del pozo de hielo de Candasnos, ensangrentado y con muchos huesos rotos. El pozo de hielo era una antigua cueva artificial en una colina. Tenía una abertura superior por la que echaban la nieve o el hielo y otra inferior para meter y sacar los productos que querían mantener frescos. Había sido la nevera del pueblo antes de la llegada de la electricidad.

Vera buscó la noticia en la web de *El Heraldo de Aragón*. Toki cayó dentro del pozo mientras huía de los buitres, que le arrancaron trozos de carne del cuerpo y de la cara.

La descripción la conmocionó. Qué horror.

El artículo hablaba por encima de la gran colonia de buitres que se había formado tras la implantación del regadío y hacía especial hincapié en lo extraño que resultaba que aves carroñeras atacaran a una persona en mitad del pueblo.

Vera estaba noqueada por la noticia mientras dejaba atrás la ciudad dividida por el Cinca. El paisaje tampoco ayudaba: tras los últimos edificios de Fraga solo había tierras agrestes, secas y polvorientas. Le esperaban más de cinco horas para llegar a Candasnos por la antigua vía romana que unía Tarraco y Celsa. Podía tomar el autobús de la tarde, pero quería caminar. Era una senderista acostumbrada a largas rutas; esta no le supondría mucho esfuerzo.

El abogado le había dicho que Toki no era una sentimental, sino una misántropa que espiaba las injusticias del mundo desde el refugio de su hogar. No nombró heredera a Vera por compasión, ni por solidaridad. Quería algo de ella y Vera sabía qué, pero debía ser cauta y no compartirlo con nadie. Toki estaba obsesionada con Semilia, la empresa de Candasnos que realizaba investigaciones genéticas. Contactó con ella para que escribiera el artículo y le facilitó mucha información sobre la empresa, pero Vera utilizó solo la que pudo contrastar. Ahora, Toki la invitaba a continuar investigando.

Por eso, porque no era un regalo, sino un contrato, Vera aceptó la herencia.

El abogado había concertado una cita con el notario a última hora de la mañana para firmar los documentos y pagar impuestos. Fue después cuando Vera decidió iniciar a pie la marcha hacia Candasnos. Cargó la mochila con varias mudas, el neceser, el saco de dormir, comida y el portátil. Cuando dejó Barcelona ya había decidido pasar una temporada cerca de Candasnos; lo que no esperaba era contar con una casa propia en el pueblo.

Tras dos horas de caminata llegó a Cardiel, un caserío abandonado. Lo que fue un campamento militar romano ahora acogía casas de labranza ruinosas y una sobria ermita que fue usada como establo. Junto a ella, Vera comió un bocadillo vegetal comprado en un bar de Fraga. No debía demorarse: anochecería pronto.

Avanzó por el trazado de la vía Augusta, de la que solo quedaban algunas piedras del pavimento que ellos llamaban *dorsum*. Descubrió en el GPS que el nombre de aquella ruta era «camino del Diablo». Supuso que la bautizaron así los visigodos, intrigados por la pista enlosada y las piedras miliares. A sus ojos salvajes, aquello debía ser obra de fuerzas malignas.

El paisaje continuaba con un monótono ritmo de campos yermos y márgenes delimitadas por montones de piedras sacadas de tierras inhóspitas para la labranza. Vera no les prestaba mucha atención, no dejaba de darle vueltas a lo que había sucedido justo antes de despedirse del abogado.

El hombre le había dado las llaves de la casa y un sobre con dos documentos. El primero incluía un listado de instrucciones de la lavadora, el calentador, la televisión y el horno. Indicaba dónde guardaba Toki las sábanas y las toallas y qué enchufes estaban en mal estado y hacían que saltaran los plomos. Revelaba también la contraseña de una alarma y los números de teléfono para cambiar el titular de los suministros de electricidad y agua.

El otro documento era más desconcertante: se trataba de un misterioso papel con la inscripción «TokiTokiToki211611921161192116119». Vera no sabía si llorar o reír.

Toki fue una mujer muy inteligente, que rozaba el límite de la cordura. Había recibido muchos mensajes de ella, aunque solo hizo caso a los relacionados con Semilia. Pero la información con la que la bombardeaba casi a diario abarcaba más temas inquietantes de Candasnos. Le hablaba de asesinatos y de tramas políticas, y adjuntaba fotografías de presuntas reuniones secretas entre empresarios y políticos locales, regionales y europeos. Vera tomaba estas informaciones con cautela. Era evidente que Toki tenía un trastorno,

aunque quizá gracias a eso se fijara en sucesos que pasaban desapercibidos para otros.

Mientras recordaba, no había dejado de caminar. Ante ella, una colina ascendía a la derecha como una vieja diosa con faldas ajadas. La ladera estaba cubierta de piedras pulidas que olían a ruinas de una construcción antigua. Los conejos correteaban alrededor, entraban y salían de las madrigueras.

En el mapa descubrió el nombre de aquel altozano: el Conventaz. No encontró más información. Las ruinas se derramaban al margen de la vía Augusta, a mitad de camino entre el campamento romano de Cardiel y Candasnos. Por la ubicación y la cantidad de piedras, el Conventaz podría ser un lugar de aprovisionamiento. O un templo. Sabía que los romanos los levantaban junto a las principales vías bajo la protección del dios Mercurio, el benefactor del comercio y de los viajeros. También tenía otras atribuciones como protector de los ladrones, mensajero de los dioses y encargado de conducir las almas de los fallecidos al más allá.

A medida que se acercaba, las ruinas del Conventaz le transmitieron la sensación de que avanzaba hacia un lugar atemporal y oscuro. Los conejos desaparecieron, la dejaron sola ante la devastación del paso del tiempo que representaba aquel montón de piedras. El sonido de los coches de la autopista cercana aumentaba la sensación de irrealidad, de lugar mítico y peligroso. Unos graznidos le llamaron la atención al otro lado de la colina. Una bandada de buitres rodeaba un cordero muerto. Sintió un miedo atroz ante la fuerza devastadora de la naturaleza, ante la crueldad de aquellas aves imponentes que arrancaban jirones de carne rosada.

La imagen de Toki devorada por los buitres la hizo retroceder. Se enjugó las lágrimas. Aquellas aves eran enormes: con el cuello estirado igualaban su altura.

Vera amaba los animales y entendía el ciclo de la vida, pero aquellos buitres tenían un aire maligno. Con el corazón encogido, reanudó la marcha y dejó atrás el Conventaz. Presentía que en ese lugar ocurrieron cosas terribles.

Pasadas las seis, los últimos rayos de sol dibujaron la silueta de Candasnos presidida por la torre de la iglesia. Algunos almacenes y árboles circundaban el pueblo. Las casas de dos o tres plantas sahumaban el aire frío con el acogedor olor de la leña. La Nacional II dividía el pueblo por la mitad, como una antigua cicatriz, abandonada desde que hicieron la variante.

Reparó en el cementerio y cruzó la carretera hasta el camino de cipreses. Los romanos utilizaban estos árboles en sus necrópolis: creían

que la forma alargada encaminaba las almas de los difuntos hacia el cielo.

Cruzó la puerta de hierro. Un hombre mayor y bien plantado, elegante, barría con energía junto a una hilera de nichos.

—Perdone, ¿sabe dónde está la tumba de Toki?

El hombre le dedicó una mirada curiosa.

—¿Eres su sobrina? —Ella asintió con timidez—. Te acompaño en el sentimiento. Yo soy Quico, para servirte. La tumba es esa.

Una corona de flores sin ninguna cinta la acompañaba. Un servicio del seguro para el que la sobrina no pidió inscripción.

```
Eustoquia Ballestar Pérez.
  † 08-01-2018 a la edad de 44 años.
  D.E.P.
```

Tocó el nombre sobre la lápida y le agradeció lo que había hecho por ella, le agradeció el empeño por desvelar la verdad, por hacer justicia. Y le prometió que continuaría con su causa, aunque le costara la vida, que su esfuerzo y su sacrificio no quedarían sin recompensa.

Abandonó el cementerio con los ojos anegados. Ni un alma recorría las calles estrechas y llanas del pueblo. Pensó en Quico, el hombre de la escoba. Tenían más vida social los muertos que los vivos. Algún resquicio de luz escapaba entre las persianas y contraventanas. A esa hora la vida se hacía de puertas adentro.

El GPS la guio hasta la calle San Isidro.

Vera llevaba mucho tiempo centrada en el trabajo, aparcando otros intereses como aprender idiomas, viajar al extranjero y salir con amigos. Quizá por eso no tenía pareja estable. Fantaseó con la idea de encontrar en Candasnos algún agricultor joven, con el rostro curtido por el sol y el cierzo, con manos fuertes y ásperas por el trabajo y con inquietudes intelectuales más allá de predecir la lluvia. Sonrió. No le importaría tener un huerto propio, volver a la economía de subsistencia y criar a sus hijos lejos del mundo globalizado. Recuperar los valores de antaño.

Metió la llave en la puerta de la casa de Toki. Tal vez la esperara dentro el agricultor de su fantasía, sudando por el trabajo duro, apurando una cerveza, con el pecho descubierto, sin camiseta.

O puede que la esperara la sobrina de Toki.

11

Año 2018

Caín terminó de redactar el informe del suceso de la balsa, le puso la carátula identificativa y lo envió al juzgado de Fraga.

Estaba saturado y salió a dar un paseo. No paraba de darle vueltas. La investigación estaba en manos de la judicial, pero él necesitaba saber qué era la bestia que salió del agua y estuvo a punto de arrollarlo. Le acertó con unos cuantos tiros y aquel monstruo ni se inmutó. Fuera lo que fuese, seguía suelto por los campos de Candasnos y, si estaba herido, sería más peligroso. Era probable que volviera a atacar. Los cazadores querían hacer una batida, pero a él no le parecía buena idea. Por suerte, tendrían que esperar a que el barro secara.

Pidió un café en la terraza de El Pilar, junto a la antigua carretera nacional. Cuando sacó la cartera, el camarero levantó la mano como de costumbre.

—Invita la casa.

Caín le dio las gracias, pero dejó unas monedas.

En otra mesa, un par de hombres hablaban de las próximas elecciones municipales. Por lo visto, había bastante rivalidad entre los candidatos a la alcaldía. Este año, además de los dos partidos tradicionales, se presentaba uno nuevo independiente.

Caín llamó al agente de la judicial.

—Ochoa.

—Hola, Caín. —Él era el único al que no llamaban por el apellido. Una vez, miró las estadísticas del INE. En toda España, tenía solo setenta y dos tocayos.

—¿Tienes el informe del forense?

—Sí. —Ochoa tomó aire con resignación—. Estamos haciendo lo que podemos. ¿Qué quieres, Caín?

—Quiero saber si el brazo está relacionado con la bestia de la balsa. No me gustaría encontrar más restos humanos esparcidos por ahí.

—Está bien. —Ochoa se mostró conciliador—. Espera un momento. —Presionó el ratón y el teclado—. El informe dice que la causa de la amputación fue la dentellada de un animal. Es un brazo de mujer, un metro setenta de estatura, entre veinte y cuarenta años. Estaba viva cuando sufrió el incidente.

—¿Hay prueba de ADN? —continuó Caín.

—El forense sacó una muestra de tejido muscular. No hay coincidencia con el instituto de toxicología ni las bases policiales.

—¿Y el SAIDP? —El Sistema Automático de Identificación Dáctilo Palmar era una base de datos de la policía que contenía las huellas dactilares de cualquier persona detenida. También huellas no identificadas aparecidas en el escenario de un delito.

—Tampoco hay coincidencias. —Eso quería decir que no tenía antecedentes—. Para saber algo más, necesitamos una identidad probable.

No podían utilizar la base de datos de DNI para identificar unas huellas encontradas en el escenario de un crimen. Solo podrían acceder a esa información cuando tuvieran una identidad probable, es decir, para confirmar la identidad de la víctima, una vez descubierta por otros medios.

—En el pueblo no echan de menos a nadie. Lo más probable es que no fuera de Candasnos.

—Eso nos va a complicar la investigación.

—Sí. En los pueblos de la *redolada* tampoco hay denuncias por desaparición.

—Así es. ¿Algo más?

—¿Qué clase de animal realizó el ataque?

—El informe no lo especifica —concluyó Ochoa.

—Está bien. Gracias por la información.

—Descuida. Y no te comas tanto la cabeza. —Ochoa mostró un tono amable—. Es un accidente. No le des más importancia.

Caín colgó. Todos los días sucedían accidentes, pero no todos los días aparecía una bestia como la de la balsa. No podía borrar de su cabeza la imagen de aquella mole corriendo hacia él bajo la lluvia, gruñendo y pataleando con la fuerza de mil demonios.

12

Año 1974

El camerino era minúsculo y las tres muchachas se movían en él como si ejecutaran una coreografía de baile. Calixta extendía el maquillaje con una esponja húmeda que convertía la piel de su rostro en porcelana.

Pepita le pegó un empujón por detrás y le tiró las pestañas postizas sobre la barra.

—¡Cuidado! —Calixta estaba nerviosa por el inminente número.

—Si la señora no está cómoda, haría bien en buscarse otro trabajo —repuso Pepita con una sonrisa torcida.

Hacía una semana que Calixta recibiera la negativa de la señora Martina. Eso no la amilanó; al contrario, decidió tomar las riendas de su vida. Tampoco tuvo mucha elección. Tras no acudir a la cita con el señor Ferrusola, la cocinera le ordenó que recogiera sus cosas en cuanto puso el pie en la casa.

—Tú sabrás qué has hecho —le espetó.

Calixta no respondió. Salió con la maleta y pasó la noche en una pensión cercana.

Al día siguiente, peinó con esmero su larga melena negra, se enfundó las únicas medias de cristal que poseía y el vestido más de los domingos, corto, de los tres que tenía y, armada a partes iguales de determinación y angustia, caminó hasta El Molino.

No era el único local de espectáculos de la zona. La avenida del Paralelo acogía numerosos teatros, cafés cantantes, cabarés, algún que otro prostíbulo y establecimientos clandestinos que traficaban con morfina y cocaína, introducida a través del puerto. El Molino todavía conservaba unas briznas del glamur de su época de esplendor, cuando actuaban artistas de la talla de La Bella Dorita.

Tras darle un buen repaso visual, el camarero subió la escalera que nacía junto al patio de butacas y emitió un silbido para que lo siguiera. Calixta avanzó por el estrecho pasillo que acogía los camerinos de los artistas. Sonaban voces de mujeres, de varios hombres, tintineos de pedrería y acordes de música atenuados desde el foso del escenario. El camarero abrió una puerta. Tras una mesa encajada en un minúsculo despacho, encontró a una mujer baja y robusta, con el pelo ahuecado.

—¿Quieres trabajar aquí?

—Sí, señora —titubeó Calixta.

—¿Sabes cantar o bailar?

—Canto un poco, señora.

—Enséñame las piernas.

Calixta abrió con sorpresa los ojos color violeta.

—Vamos, vamos, no tengo toda la tarde, estamos a punto de comenzar la sesión. Si quieres trabajar aquí tendrás que enseñar carne. ¿Cómo vas a ponerte el bikini y lucir pechuga si te da vergüenza enseñarnos las piernas a Pep y a mí?

El camarero disfrutaba con la escena. Calixta comprendió que sus remilgos no tenían sentido y levantó el vestido hasta las rodillas.

—Un poco más.

Descubrió los muslos y el camarero silbó de nuevo.

—Una de las chicas dejó el trabajo. Espero que te sirva su ropa; si no, la tendrás que arreglar. ¿Eres cumplidora?

—Sí, señora.

—Bien, porque El Molino está abierto todos los días del año, incluso en Navidad. Si no trabajas, no cobras. Si te saltas un pase, te quito la mitad del sueldo. ¿Estamos?

—Sí, señora.

—¿Quién firmará el contrato?

Esa pregunta fue como un puñetazo. Necesitaba un hombre que firmara el contrato de trabajo y su padre y su hermano no podían enterarse: sería una humillación mayor que la del día de la boda.

—No tengo a nadie, señora.

—¿Ni marido ni padre? —La mujer se encogió de hombros—. Pues sin contrato, menos problemas. De lunes a jueves, hay variedades. Si sabes cantar, podrás tener un número. Si no, no pasarás de vicetiple de la última fila. ¿Estamos? —Calixta asintió—. Los fines de semana hay espectáculo de revista. De viernes a domingo, dos pases. Tendrás que aprenderte el guion y los números. Ven mañana a las dos de la tarde y ensaya con el coreógrafo hasta el comienzo de la función. Los ensayos no se pagan. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Calixta Lapena Pena, para servirle.

—Uy, qué nombre tan poco apropiado. Quita la alegría a cualquiera. De momento da igual, porque apenas vas a tener presencia, pero ve pensando un nombre artístico que no parezca sacado de una obra de Lorca.

Calixta enrojeció. Jamás pensó que su nombre fuera equivocado, feo o triste. Era su nombre, y el nombre solo servía para llamar, eso decía su padre. Doña Vicenta leyó sus pensamientos.

—A ver, muchacha, en El Molino vendemos ilusión, fantasía, mujeres hermosas e inalcanzables, ¿estamos? Calixta es el nombre de la chica con la que te puedes acostar en el pajar del pueblo.

Enrojeció hasta arder y no replicó.

Al día siguiente, llegó puntual al ensayo. Las mujeres que ocupaban el escenario la miraron de arriba abajo. Calixta entendió dos cosas en ese momento: que aquellas chicas no iban a ser sus amigas y que su ropa era del todo inadecuada. La falda era demasiado estrecha y la blusa no le permitía moverse con libertad. Hizo lo que pudo. No fue suficiente.

—Nena, vuelve mañana. De momento estás verde como un pepino. —El coreógrafo no se andaba con paños calientes.

Las compañeras reían por lo bajo.

Al salir rompió a llorar.

—Detrás de esta calle hay una mercería donde venden mallas —le indicó una bailarina que salió tras ella.

—Gracias. —Se enjugó las lágrimas.

—No llores, son como perras oliendo la sangre.

Le contó que se llamaba Carmela y que sería una de sus compañeras de camerino.

El siguiente ensayo fue un poco mejor y, a la semana, cuando estaba agotando sus ahorros y sus padres esperaban el jornal, le ofrecieron la primera actuación. Solo participaba en un par de números, necesitaba más ensayos para aprender las coreografías.

Y allí estaba ahora, peleándose con las pestañas postizas antes de su debut.

—¡Joooooohnson! ¡Joooooohnson! —El público jaleaba pidiendo que saliera el artista al escenario.

—Hoy será una buena noche. —Carmela terminaba de ajustarse el sujetador de pedrería—. Johnson es el mejor *fantasista* que hay.

—Eso si no se olvida de las canciones. Está gagá, demasiado viejo.

El camerino era muy pequeño para las tres mujeres, pero tenían que apañarse. Solo las estrellas tenían camerinos propios en la parte superior.

Calixta temblaba de nervios. Sus piernas lucían suaves y brillantes después de afeitarlas con jabón más arriba de lo que llegaba nunca. Deslizó las medias de rejilla, menos ajustadas que las de cristal, por lo que disimulaban mejor los defectos.

—Dicen que nuestra querida supervedete lo dejará pronto —comentó Pepita con malicia, mientras fumaba un pitillo—. Ya era hora: con treinta y siete años, los recogidos tirantes ya no disimulan las arrugas de la frente.

—¿Y qué te importa a ti? ¿Crees que vas a ocupar su puesto? —rio Carmela.

—Pues no, porque aquí no valoran el talento, sino las tetas, y yo no tengo las perras suficientes para operármelas como ella.

—Vete al circo chino de Manolita Chen, ahí te obligan a operártelas y doña Manolita te lo descuenta del sueldo.

—Ya me gustaría. Pero con mi Toni no puedo irme de gira.

—Toni es su hijo, tiene siete años.

Calixta pensaba que aquel era un trabajo para mujeres solteras.

—Esta también tiene hijos. —Pepita señaló a Carmela—. Tres, nada menos. Y esa cara de berza pocha es porque tiene que dejarlos con otra mujer para ganar el jornal.

—Eres una chismosa. A nadie le importa mi vida.

—A mí sí. ¿Y tú, pueblerina? ¿Cuál es tu historia?

—Déjala en paz. Anda, ponte la ropa.

El escueto traje colgaba del burro. Olía a tabaco y a sudor. Calixta arrugó la nariz.

—Aquí no hay lavandería, cariño. —Pepita disfrutaba con sus comentarios—. Los trajes se cambian cada año, con el nuevo espectáculo.

Muerta de vergüenza, Calixta vistió el bañador negro y la capa. Observó el resultado en el espejo corrido. Si su padre la viera, le cruzaría la cara de un bofetón.

Pepita la estudiaba con atención. Esta vez no dijo nada.

—Coged las bandurrias —les apremió Carmela.

Calixta ocupó su puesto con las vicetiples, preparadas para salir. El espacio entre bambalinas era muy estrecho y las chicas se amontonaban junto a los cortinajes.

Apagaron las luces y El Molino quedó en silencio. Los primeros acordes derramaron los focos sobre Carola Luna y Johnson, que entonaron el tema de bienvenida. La vedete iba tapada con una vistosa capa que ayudaba a crear expectación. Era una mujer alta, de rasgos poco armónicos y curvas marcadas. Johnson vestía traje negro y exageraba los parpadeos para resaltar las extravagantes pestañas postizas.

—¡Maricón! —La voz estruendosa de uno de los asistentes rompió la armonía del momento.

Johnson reaccionó con rapidez.

—Cariño, baja la voz, que cuando un maricón canta, el otro calla.

La carcajada fue generalizada, incluyendo al maleducado. Johnson y Carola Luna continuaron con el espectáculo.

Los camareros vestían con chaleco y pajarita y llevaban refrescos al

patio de butacas y champán a los palcos. La gente reía, bebía y fumaba.

Calixta estaba a punto de desmayarse por los nervios. Tenía pavor a caerse, a olvidar los pasos, a ser el hazmerreír del espectáculo. Al menos, la bandurria la protegería un poco de la sensación de desnudez que tanto le perturbaba.

Llegó el momento del debut. Al dar el primer paso, la bandurria desapareció de sus manos. Desconcertada, miró alrededor y descubrió el instrumento bajo la sonrisa maquiavélica de Lola Nais, la segunda vedete. Carmela la empujó y salieron al escenario. Ocupó la última fila, maldiciendo por lo bajo y cantando por lo alto.

«Somos cantores de la tierra lusitana, traemos canciones de los aires y del mar, vamos llenando los balcones y ventanas, de melodías del antiguo Portugal.»

A pesar de los focos que la deslumbraban, pudo observar la espesa bruma de tabaco que cubría el patio de butacas. Cantó y simuló tocar una bandurria inexistente. Las vicetiples arropaban en el escenario a la segunda vedete, la estrella del número.

—Pueblerina —le espetaban a diestra y siniestra sus propias compañeras.

Aguantó los nervios y las ganas de llorar y bailó con su mejor sonrisa. El local no era grande y el público estaba muy cerca del escenario.

«Será que tus mujeres son hermosas, será que el vino alegra el corazón.»

Las vicetiples fueron saliendo del escenario por el lateral mientras la vedete desgranaba los últimos versos con su débil voz.

«Será que huelen bien tus lindas rosas, será que estás bañada por el sol.»

Los aplausos sonaron tímidos. Lola Nais no era una gran cantante.

Calixta llegó al camerino al mismo tiempo que el coreógrafo.

—Primera actuación y ¡sales sin la bandurria! Eres un espanto de artista. Mucho cuerpo y poca profesionalidad. Eres un *carallot que no val per res*.

—Eh, tranquilo. No es culpa de la chica —intervino Carmela, mientras Calixta lloraba como una magdalena—. La Lola se la ha quitado antes de salir. Ella es la que no tenía la bandurria preparada.

—Ni la voz —susurró Pepita al entrar.

—Tú, cállate, *bordegàs* —respondió el coreógrafo—, o te pondré en la esquina más oscura del escenario. Nena, la próxima vez protege la bandurria como si fuera tu virgo.

Y salió del camerino con un gesto teatral.

—¿Su virgo? Menudo mariquita. Antes, este salía al escenario vestido de mujer y enseñaba las castañuelas.

Carmela la miró y Pepita dejó de reír.

—Voy a prepararme. La pueblerina puede descansar, pero nosotras tenemos que seguir trabajando. Menudos trajes tan feos. Claro, la Margarita de Lis, la supervedete, con lentejuelas y plumas de faisán, y nosotras vestidas como mochos, no sea que le hagamos sombra.

Cuando sus compañeras salieron, Calixta ocupó la única silla del camerino. Escuchaba la música, las voces, los aplausos, las risas. Y sentía que no pertenecía a ese mundo. Podía tener unas piernas bonitas y una voz clara, podía moverse con cierta gracia y, con el tiempo, podría aprenderse todas las coreografías. Pero aquel no era su lugar. No le gustaba mostrarse casi desnuda, ni contonear las caderas, ni sonreír con picardía.

Las chicas volvieron a cambiarse y a salir con prisa. Las risas arrancadas por las gracias subidas de tono de la segunda vedete, la nueva enemiga de Calixta, caían sobre ella como gotas de lluvia helada.

—¿Y viene usted con su marido? Ah, el que te riega el huertito. Si todo es igual de grande que la cabeza, qué suerte tienes, nena.

El desparpajo de la segunda vedete paseando por el patio de butacas era bochornoso. Algunas veces le toqueteaban las piernas y el trasero. Un censor les dio un aviso y doña Vicenta tuvo que poner un cartel: «Por orden gubernativa, queda prohibido dejarse tocar y besar por el público».

—Tienes que ponerte el bikini de pedrería y el tocado —le indicó Carmela.

—No abras tanto los ojos, solo es de plumón de gallina. —Pepita aportó su punto de vista.

—Es muy suave.

—El de Margarita de Lis es de avestruz. Dicen que lo mandó hacer a Bustos, en Madrid. —Pepita disfrutaba mostrando sus conocimientos.

—Dicen muchas cosas —replicó Carmela.

—Ay, hija, qué desaborida, como dicen las andaluzas.

Calixta se preparó para el número final, la apoteosis.

—Estírate, parece que tienes chepa. —Pepita volvió a la carga—. Nadie te obliga a trabajar en El Molino. Si quieres estar aquí, hazlo con todas las consecuencias. Si no, búscate otro trabajo y no te cagues en el nuestro.

Estuvo a punto de venirse abajo, pero comprendió que tenía razón. Igual que tiempo atrás vareaba colchones y fregaba el suelo de rodillas

o las ollas hasta ponerse las manos negras, ahora le tocaba estirarse, lucir su mejor sonrisa y hacer que la gente disfrutara de un rato de evasión.

Estaba de nuevo en el escenario, medio desnuda, con el público aplaudiendo, mientras el elenco de artistas salía progresivamente. Cuando recorrió la pasarela, con cuidado de no caer al minúsculo foso de la orquesta, un señor le ofreció un paquete de tabaco. Vio que otros hombres hacían lo mismo con algunas bailarinas y las vedetes. Muchos la miraban fijamente y aplaudían con brío. Quizás, a pesar del incidente de la bandurria y de sus inseguridades, había tenido un buen debut. Por un instante, disfrutó de ser el centro de atención, de formar parte de una fantasía. Su corazón latió con fuerza.

Llegó al camerino exhausta por los nervios y la emoción, intentando recuperar el aliento. Se quitaría el maquillaje en la pensión. No quería ir al baño de los clientes. Pepita parecía ansiosa por salir de allí.

—Ay, *collons*. Me he cargado las medias. —Su lamento le hizo saltar las lágrimas.

—Yo te las coso —le ofreció Calixta.

—¿Sabes remendar medias?

—Las de espuma no me gustan y las de cristal son caras.

Pepita le tendió las medias y una sonrisa.

—¿Te vas a fumar el tabaco? —Calixta negó con la cabeza y le regaló la cajetilla—. ¡Te adoro! Nos vemos mañana. Eh, cuidado, Pep.

Pep entró en el camerino mientras Carmela y Pepita salían cargadas con los enormes bolsos y las caras cansadas.

—Buen trabajo, chica del pajar. Has cumplido con esto de enseñar palmito. De lunes a jueves, el espectáculo es de variedades porque casi todo el público es de Barcelona y mucha gente repite todos los días. Si te los ganas, tendrás paquetes de tabaco para montar un estanco.

Y salió sin darle posibilidad de responder.

Recogió sus cosas mientras el viejo maestro tocaba el piano en el primer piso del teatro. Doña Vicenta lo contrataba para amenizar la salida del público y los trabajadores.

—Hola. —Una voz conocida sonó a su espalda—. No has estado mal.

La señora Martina estaba tras ella.

—¿Qué quiere? —Calixta la miró enfadada—. Me dejó tirada en vez de ayudarme. Ahora no me importa su opinión.

—¿Le dijiste mi nombre a tu amiga?

—¿A la Dolors? —No comprendía por qué traía a colación a su antigua compañera—. No, no le dije nada.

—La policía la ha detenido. El taxista que la llevó o alguien de la casa donde trabajabais se fue de la lengua.

—¿Qué?

—Pueden caerle hasta doce años de cárcel.

—Tengo que hablar con el señor Ferrusola, él podrá hacer algo. —Cogió su bolso.

—Tu amiga ya lo ha hecho. —Calixta paró en la puerta—. Y el señor no mueve un dedo. Nadie quiere saber nada de las mujeres solteras, solas y de conducta licenciosa.

—¡No es justo! Algo podremos hacer.

—No grites. ¿O quieres que te detengan a ti también por colaboracionista? Si recuerdas alguna plegaria, rézala.

—Doce años… —Calixta se apoyó en la pared. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Era culpa suya, ella llevó a la Dolors a la clínica clandestina. Hiciera lo que hiciera, siempre salía mal. Estaba maldita.

—Sé lo que estás pensando, muchacha. Si tuviera el bebé, su vida no sería mejor. La Dolors estaba condenada desde que nació, no hay nada peor en esta vida que ser mujer y pobre. ¡Mírate! —exclamó—. Por suerte, tú has reaccionado a tiempo. Quizá tengas una oportunidad.

13

Año 2018

La puerta emitió un estridente quejido. La luz de las farolas no alcanzaba a derrotar la inquietante oscuridad del interior. Vera palpó la pared y giró un interruptor de lazo que derramó una luz mortecina por el angosto pasillo. Cerca de la entrada había un panel de control de una alarma casera. Las puertas y ventanas contaban con detectores de apertura y de movimiento, pero no sonó ninguna sirena. Apretó los botones del panel. Estaba apagado.

Hacía frío, mucho frío, más que en la calle.

Cerró la puerta y sintió un estremecimiento. ¿Qué hacía allí? Era una impostora, un animal perdido cubierto con la muda de una serpiente abandonada, guarecido en una madriguera de esqueletos y fantasmas, persiguiendo unos sueños —o unos delirios— que no le pertenecían.

Toki no había invertido mucho dinero en renovar la casa que, según la escritura, heredara de sus padres. El papel pintado estaba despegado en algunos puntos, descubriendo la argamasa sobre los gruesos muros de piedra, abombados por el efecto del tiempo y de la humedad. En el suelo, aquí y allá, se veían pequeños montones blancos y espumosos. Vera los tocó: eran aglomeraciones de sal. Candasnos se alzaba sobre lo que en tiempos inmemoriales fue una gran laguna salada.

Siguió un ligero aroma a pan hasta una habitación pequeña, sin ventanas, ocupada por un par de sacos de harina, una bacía con restos de masa y una amplia mesa de madera con un termómetro, cuchillos, una jarra, un rodillo y trapos. Todo dispuesto como un museo etnográfico. Toki quizás horneara también magdalenas o bollos para el desayuno. Arrastró el dedo por la harina derramada sobre la mesa. Al ver su propia huella, sintió una conexión física con Toki por primera vez, una conexión que quebrantaba la barrera del espacio y del tiempo.

La cocina funcionaba también como sala de estar gracias a un sofá con cojines de croché rojos y verdes y una estufa de leña. Sobre la encimera vio una taza enmohecida. Era el único detalle fuera de lugar, como si Toki hubiera salido con prisa.

En la nevera solo había paquetes de levadura fresca y café,

perfectamente ordenados. Otra puerta daba a la despensa, con estanterías repletas de comida hasta el techo: latas de fabada, lentejas, atún, tomate frito, sopas de sobre y mucha pasta y arroz, ordenados por colores. Le recordó a un refugio nuclear estadounidense.

Volvió a la cocina. Una ventana daba al corral, sumido en una inquietante oscuridad. La tele de tubo descansaba sobre una mesa con ruedas. Junto a ella, descubrió un póster de Berta Cáceres, una activista medioambiental hondureña que saltó a la fama mundial cuando fue asesinada en 2016.

Aquel póster estaba impreso en un folio. Bajo el cabello rizado y la cara ancha de Berta, había un enigmático rótulo: «noacbzui xhdivwyu tjdwujcmm tbizo».

¿Sería una frase en lengua lenca, propia de los indígenas hondureños como Berta?

Dio una vuelta rápida por la pequeña casa, dos plantas alargadas que desembocaban en el corral más un amplio almacén en la parte trasera.

Investigaría al día siguiente con más calma, estaba demasiado cansada. Metió en la nevera las piezas de fruta de la mochila y preparó una sopa de verduras de sobre. Necesitaba algo caliente que le templara el cuerpo.

El baño ocupaba un reducido cuarto en el corral, construido sobre el antiguo pozo ciego. Una estufa eléctrica colgaba en la pared de la puerta. La encendió. En el lavabo descansaba el cepillo de dientes de Toki, junto a la pasta dentífrica y un peine, perfectamente alineados. Tenía la sensación de que su dueña iba a aparecer en cualquier momento, la miraría con estupor y la echaría de la casa.

Subió tiritando a la primera planta. Eligió el dormitorio principal, que daba a la calle. Una foto antigua de Toki con sus padres presidía la mesilla de noche. Contaría unos veinte años, con larga melena azabache y sonrisa despreocupada, cara simpática y ojos inteligentes. En el cajón encontró una foto de carné más reciente. Era la primera vez que la veía, porque Toki no subía ninguna foto personal a sus redes sociales y la de perfil era una panorámica de Candasnos. Vera no la imaginaba así en absoluto. En su mente, Toki tenía el rostro de una mujer arisca, aislada del mundo, despeinada y bastante dejada, gorda como un tonel relleno de kilos de patatas fritas de bolsa que le ayudaban a controlar la ansiedad. Sin embargo, a sus cuarenta y cuatro años, Toki era una mujer atractiva y saludable, una mujer idealista, comprometida con su pueblo, con el planeta y con la humanidad. Una mujer que peleaba incansablemente por convertir el mundo en un lugar mejor. Una mujer que ahora estaba muerta.

Vera se enjugó las lágrimas y reemplazó el juego de cama por otro limpio que encontró en el armario. Olía a jazmín. Se acostó entre sábanas de lino bordado con las iniciales de la antigua dueña. Una vez calientes, las sábanas resultaron muy acogedoras. Relajó los músculos y se durmió enseguida. Soñó con buitres, con mensajes secretos y con asesinatos.

A la mañana siguiente la despertó una música distorsionada. «Esos ojitos negros que me miraban.» ¿Manolo Escobar? La música enlatada dio paso a una voz masculina apenas inteligible que recorría las calles de Candasnos a través de altavoces situados en lugares estratégicos.

«Se hace saber a todo el que desee comprar fruta y verdura, en la plaza se vende.»

El pregón anunciaba buenas noticias para una nevera vacía.

Abrió el balcón para que el fresco matutino aireara la casa. Por fuera, había una reja oxidada que no consiguió mover.

Tenía la nariz helada, en la casa no habría más de diez grados de temperatura. Bajó a la cocina y preparó la estufa de leña con papel de periódico, ramas finas y unos troncos. El fuego le calentó la piel, los huesos y los ánimos.

Puso la cafetera italiana sobre el fogón de gas, junto a un cazo de leche. No había microondas ni cafetera de cápsulas. Notó que su energía conectaba con la de Toki, que sus almas vibraban en la misma onda. Poco a poco, la antigua propietaria de la casa dejaba de ser una extraña para convertirse en una suerte de pariente lejana de la que había oído hablar toda la vida.

Se sentó ante un café con leche, un plátano y una manzana.

—Buenos días —saludó al póster de Berta Cáceres como si fuera la propia Toki. La foto del dormitorio confirmaba que las apariencias de ambas tenían mucho en común.

Colocó sobre la mesa el misterioso papel con aquellos extraños números que, a través del abogado, le había dejado su benefactora:

«TokiTokiToki211611921161192116119».

No lo comprendía. Era un misterio y un reto, y a ella le encantaban las dos cosas. Volvió a leerlo. «TokiTokiToki211611921161192116119». Repetía tres veces su nombre y la secuencia de números 2116119.

¿Era un mensaje secreto?

¿Existía una relación entre las letras y los números?

Tenía que haber algo que le ayudara a entenderlo, solo necesitaba encontrar la clave.

Terminó de desayunar y recorrió la casa como una fisgona. Avanzó por el pasillo hasta la habitación junto a la entrada. Era un pequeño

comedor con una mesa redonda y seis sillas, un viejo aparador y un sofá. Apenas quedaba espacio entre los muebles. Sobre la mesa había una pantalla con cables sueltos. Algunos venían de la alarma. La torre del ordenador había desaparecido.

En las habitaciones superiores, descubrió que el tiro de la estufa pasaba por la que daba al corral y la mantenía más caliente. Esa noche se cambiaría.

Encontró una trampilla en el techo del pasillo que le pasó desapercibida la noche anterior. Tiró de una cuerda que desplegó una escalera de madera y subió temblando por el frío y el miedo.

El antiguo granero estaba en penumbra. Abrió los postigos de la ventana. Una vieja máquina de tejer presidía la estancia. En el suelo había una cama improvisada con un colchón y una almohada. De un orinal vacío emanaba un fuerte olor a lejía.

Un tablero sobre caballetes hacía de mesa. De nuevo, dos monitores y varios cables estaban huérfanos de la torre de ordenador.

Era el centro de operaciones de Toki. Desde allí controlaba los accesos a la casa y llevaba a cabo sus investigaciones.

Largas tiras de cuerda recorrían la pared de lado a lado formando una tupida tela de araña plagada de insectos con forma de pinzas. Halló tres botes de líquidos con la marca Kodak y un tubo negro con tapa giratoria. Era un tanque de revelado. Ella también había hecho sus pinitos con la fotografía analógica. No había rastro de las fotos, ni de la cámara.

No encontraba nada de información relevante, ninguna pista que la guiara. O Toki lo hizo desaparecer todo o alguien lo robó.

Estaba frustrada, incapaz de dar respuesta al mensaje de la retahíla de letras y números. No pensaba rendirse. Ella era una mujer de recursos.

«TokiTokiToki211611921161192116119.» Un mensaje secreto, cifrado, en clave.

¿Por qué tanto misterio?

Pensó en la alarma de la entrada, en las rejas que custodiaban cada una de las puertas, ventanas y balcones. Le daba pena el miedo con el que vivía aquella mujer. ¿Estaba loca o realmente su vida peligraba?

Murió atacada por los buitres. ¿Un simple accidente? Nunca había oído un caso similar: los buitres son carroñeros, no depredadores.

Volvió a centrarse en el mensaje: «TokiTokiToki211611921161192116119». Su nombre y una secuencia de números repetidos tres veces. Tenía que haber una correlación. Cogió un papel de la mesa y escribió el abecedario en una línea. Debajo, numeró las letras del 1 al 27. El resultado era evidente, los

números correspondían con la posición de las letras en el abecedario. T = 21, O = 16, K = 11, I = 9. Toki = 2116119. Pero eso no la llevaba a ningún sitio.

Golpeó la mesa y abandonó el granero.

Se duchó y salió en busca del puesto de frutas y verduras. Candasnos le recordaba al pueblo extremeño de sus abuelos, donde veraneaba con sus primos, donde habían quedado anclados los mejores recuerdos de su infancia. Pasaban el día en la calle, pedaleando con las bicicletas de un lado para otro y jugando al escondite por las noches. La diferencia era que en Candasnos hacía un frío del demonio y no estaba su abuela para prepararle polos de café con leche.

Bajo la arcada del ayuntamiento, un panel de madera anunciaba los tres partidos que se presentaban a las elecciones municipales. A su lado, el tendero exhibía la mercancía en la parte de atrás de su furgoneta. Un puñado de mujeres hacían cola. La saludaron y tomó la vez.

Mientras esperaba, comenzaron las miradas de reojo. ¿Quién sería aquella joven con botas de montaña, abrigo de lana y pelo recogido en un moño descuidado? ¿Dónde se alojaba? ¿Qué hacía en el pueblo? Vera podía escuchar los pensamientos crepitando en las cabezas. Querían oírla para averiguar su acento, la estudiaban en busca de algún parecido familiar que les diera la excusa para interrogarla. Ah, ¿tú eres la *chiqueta* de…?

Una señora pagó la cuenta que el tendero le mostró en un cartón. Las bolsas eran demasiado pesadas para sus huesos cansados.

—Tendría que traer el carro —le sugirió el hombre.

—Pues sí, es que hoy llevas buena fruta, que otras veces la traes harta de dar vueltas en los camiones.

—Mujer, no diga eso. —El tendero no se molestó por la impertinencia—. Traigo lo que hay y procuro que sea bueno.

—Yo le ayudo. —El corro de mujeres dirigió a Vera una mirada de curiosidad.

—Pues… —la anciana dudaba.

—Soy la sobrina de Toki.

—Ah, ¿la pequeña de su hermano? —dijo otra mujer—. Pues, *chiqueta,* nadie lo diría. Tu padre es feo a rabiar.

Vera sonrió.

—El otro día vino tu hermana al funeral —intervino una tercera—. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias.

—Venga, pues vamos, que tengo la comida en el fuego —la

apremió la anciana.

Vera cogió las bolsas y, en cuanto tomaron algo de distancia, los cuchicheos aumentaron de volumen.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo en Candasnos? —preguntó Vera.

—Nací aquí.

—Estoy pensando en quedarme.

Avanzaron entre fachadas estrechas, encaladas algunas, otras mostraban la piedra original. Eran construcciones modestas.

—Esta es mi casa.

La mujer abrió la puerta sin necesidad de llave.

—Deja aquí las bolsas, ya las entro yo.

—No es molestia.

Vera quería romper las reticencias, quizá tomar un café, charlar un poco, conseguir información.

—No, está bien así. Gracias por la ayuda. Me caes bien, maja, así que te voy a dar un consejo. Este pueblo no es para forasteros, ¿comprendes? Aquí no hay medio de vida.

—Bueno, está Semilia, es una empresa importante —aventuró.

—No te lo aconsejo. —Notó en su rostro que de inmediato se arrepintió de lo dicho—. Ala, va, dame la compra, que se quema el guiso. Muchas gracias por la ayuda, maña.

El portazo retumbó en sus oídos. La reacción de aquella mujer incrementó su interés por investigar la empresa de semillas. Regresó a la cola, compró lo que necesitaba y se marchó. Percibía la presencia malvada de Semilia al volver las esquinas de las calles estrechas, detrás de cada persiana, acechando tras cada puerta, grabada en los ojos indiscretos de la gente. Candasnos era un pueblo pequeño que trataba de sobrevivir en medio de un terreno hostil azotado por el cierzo, enturbiado por la niebla y maldecido con la sequía.

¿Se estaría volviendo una paranoica, como la antigua dueña?

Sintió un gran alivio al entrar en la casa de Toki, una reconfortante sensación de seguridad.

Observó los libros que rebosaban las estanterías del mueble de la entrada, novelas de misterio en su mayoría. Vera dudó. Toki tenía un trastorno y le encantaban las novelas policiacas. ¿Y si estaba perdiendo el tiempo siguiendo sus pasos, intentando descifrar el mensaje incomprensible que le había dejado? ¿Y si no era más que una loca? Una loca solitaria y aburrida muerta en circunstancias extraordinarias.

Toki era particular, pero no tenía la cabeza llena de pájaros.

Calentó el café y echó otro tronco en la estufa. En la mesa, estudió el papel con el mensaje: «TokiTokiToki2116119211611921161192116119».

No le decía nada.

Elevó la taza hacia el póster de Berta Cáceres e hizo un brindis, como si la invitara a prestarle ayuda. Sus ojos volvieron al rótulo en lenca: «noacbzui xhdivwyu tjdwujcmm tbizo».

¿Qué significaría?

Buscó en internet un diccionario de lengua lenca. Introdujo las palabras. Ninguna traducción aparecía. Si no se trataba de lenca, ¿qué era aquella inscripción?

Una luz brilló en su mente. Los ordenadores de Toki habían desaparecido, seguramente robados tras su muerte. También las fotos y toda la información y los datos relacionados con la investigación. Aquel cartel, sin embargo, presidía el salón a la vista de cualquiera. Un cartel que pasaría desapercibido para los ladrones o la policía, pero no para ella. Cualquier activista ambiental sabía quién era Berta Cáceres. Y Toki también. Aquellas palabras, «noacbzui xhdivwyu tjdwujcmm tbizo», eran un mensaje en clave para ella.

¡Qué inteligente!

Un mensaje a la vista de todos que solo ella podía entender y que solo ella podía descifrar. Ahora comprendía que la secuencia de letras y números, «TokiTokiToki211611921161192116119», no era el mensaje, sino la clave para descifrarlo.

Vera pertenecía a una asociación de personas con alto cociente intelectual. No era superdotada, pero estaba por encima de la media. En la web de la asociación, planteaban acertijos, juegos de lógica y retos intelectuales. Vera conocía diferentes métodos de codificación de mensajes ocultos. Uno de los más simples era el cifrado César, utilizado por los romanos y basado en la sustitución de cada letra por otra desplazada un número de posiciones en el abecedario. Para decodificarla, solo necesitaba saber el número de saltos. No era un método muy seguro, porque conociendo las letras más frecuentes de un idioma se podían identificar. Para evitarlo, surgió el cifrado Vigenère, que consistía en desplazar cada letra una cantidad diferente, dada por la clave.

Para cifrar el mensaje se usaba la Tabula Recta, una matriz cuadrada donde cada fila se construye desplazando el abecedario una letra con respecto a la fila anterior.

	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
A	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
B	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A
C	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B
D	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C
E	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D
F	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E
G	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F
H	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G
I	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H
J	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I
K	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J
L	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K
M	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L
N	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
Ñ	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N
O	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ
P	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O
Q	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P
R	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q
S	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R
T	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S
U	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T
V	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U
W	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V
X	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W
Y	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X
Z	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y

Para codificar el mensaje se iba a la columna correspondiente con la letra del texto y a la fila de la letra de la clave. La letra de la intersección era la que correspondía al texto cifrado.

Para decodificarlo, había que partir de la fila correspondiente a la letra de la clave y avanzar por ella hasta encontrar la letra del mensaje codificado. La letra en la parte superior de esa columna era la del texto original.

Como la clave era más corta que el texto, se repetía las veces que hiciera falta para decodificar todas las letras.

Vera escribió el texto del cartel y debajo las letras de la clave:

N O A C B Z U I X H D I V W Y U T J D W U J C M M T B I Z O

T O K I T O K I T O K I T O K I T O K I T O K I T O K I T O

Fue a la fila de la T y avanzó hasta la N. La letra encima de esa columna era la T. La escribió y siguió con las siguientes. Sorprendentemente, el mensaje apareció ante sus ojos.

N O A C B Z U I X H D I V W Y U T J D W U J C M M T B I Z O
T O K I T O K I T O K I T O K I T O K I T O K I T O K I T O
T A Q U I L L A E S T A C I O N A U T O B U S E S F R A G A

14

Año 2018

Sofía trabajaba en el portátil. Necesitaba concentrarse mucho para alargar el dedo índice de cada mano y golpear la tecla correcta. Algunas veces, olvidaba la idea que quería plasmar debido al esfuerzo. Era una frustración constante y un reto por superar. La práctica hacía mella en su cerebro dañado, automatizando poco a poco las instrucciones.

Caín entró en el salón.

—La cena está lista. —Caín le mostró una bolsa—. Ensalada y unos filetes de lomo con salsa de pimienta.

La traía de El Pilar. Casi siempre compraba la comida fuera; ella no podía cocinar y a él no le apetecía hacerlo cuando llegaba a casa.

Caín colocó dos recipientes sobre la mesa. Sofía estaba concentrada dando forma a las últimas frases de un apartado llamado *Orígenes*.

—Estoy terminando —repuso molesta, no quería perder el hilo.

Caín trajo el mantel de la cocina y fue al baño.

Ella apagó el ordenador y lo tomó con una mano temblorosa. Con la otra, se apoyó en el andador y arrastró los pies hasta la mesa baja del sofá.

Desde la puerta, uniformado con el pijama y la bata, Caín la observó renquear. No le ayudó. Después del accidente, Sofía le dejó claro que quería hacer las cosas sola, que necesitaba practicar y esforzarse para volver a ser una persona normal. Mientras siguiera viva, no dejaría de luchar.

Caín puso la mesa y ella se sentó a su lado.

—Estoy cansada de estar aquí encerrada —vocalizaba despacio cada palabra—. Tenemos que irnos de viaje.

Caín la miró con sorpresa. Desde que tuvo el accidente no salían a ningún sitio. Supuso que lo decía de broma.

—¿Cómo llevas el trabajo? —preguntó él—. ¿El ultraporno?

—Posporno —aclaró ella, abriendo bien la boca y alargando las vocales—. Es muy interesante.

—¿Y qué es el posporno exactamente?

Sofía meditó unos segundos. No era fácil explicarlo, menos aún con sus limitaciones. Sabía que tenía que resumir todo lo posible, utilizar frases cortas y concisas para que él la comprendiera. «Es un

movimiento que busca provocar una reacción en la sociedad, atacando la moral clásica establecida, para conseguir la liberación sexual», pensó y lo sintetizó en una sola frase.

—Trata de conseguir la liberación sexual.

—¿La liberación sexual? ¿Crees que a estas alturas seguimos reprimidos?

Ella asintió.

—Muestra relaciones sexuales distintas a la clásica pareja heterosexual. La masturbación es algo normal y otras formas poco convencionales de explorar el cuerpo. —Observó la cara de su marido con un ojo guiñado por el esfuerzo para entenderla. El diálogo, que en su cabeza sonaba tan fluido, se traducía en una sucesión de sonidos entrecortados difíciles de descifrar. Eso no la detuvo. El tema le apasionaba—. El posporno procura normalizar las relaciones mantenidas por gais, lesbianas, bisexuales y transexuales, incluso personas diferentes como intersexuales o tullidos. —Hizo una pausa y abrió las manos—. Sí, tullidos como yo —concluyó.

Caín desvió la mirada. Desde el accidente, el sexo era un tabú en su relación. Caín ya no mostraba deseo hacia ella, seguramente porque se sentía culpable cada vez que la veía en aquel estado, cada vez que ella renqueaba por el pasillo o le hablaba con balbuceos. Las lesiones cerebrales habían afectado a su sensibilidad y a su capacidad de sentir placer, pero a ella le gustaba hacerlo con su marido, le gustaba notar que él disfrutaba con su cuerpo. El sexo es lo único que diferencia una relación sentimental de una amistad. Las pocas veces que ella lo proponía, Caín aceptaba con aire resignado y embestía sin convicción.

Sofía apretó el tenedor y pinchó un trozo de carne con movimientos torpes. Le costó unos segundos llevarlo a la boca con mano temblorosa. A veces, le entraban ganas de reír. Era como volver a la infancia, a la más tierna infancia, cuando no comía sola ni controlaba sus necesidades.

—El posporno trata de eliminar las categorías sexuales como heterosexual, homosexual, penetrador o penetrado. Cualquiera puede interpretar cualquier rol en cualquier momento —prosiguió. Caín la observaba con el ceño fruncido, no sabía si porque no la entendía o porque no estaba de acuerdo—. Su máxima es: «La multiplicidad de nuestros cuerpos y nuestros deseos no puede categorizarse».

—Eso de invertir los roles de penetrador y penetrado no me gusta —bromeó él.

Sofía masticó lentamente otro trozo de carne. Él también comió en silencio.

—¿Cómo va la investigación del brazo? —cambió ella de tema.

—Está en manos de la policía judicial.

—¿Y crees que lo van a resolver?

—No lo sé. Mi trabajo en ese caso ha terminado.

—¿No piensas hacer nada más?

—¿Qué quieres que haga? —Caín dejó el tenedor en el plato, molesto—. Lo lleva la policía judicial. Yo no puedo hacer nada.

—Este es un pueblo tranquilo —protestó ella—. Aparece el brazo amputado de una mujer y a nadie le importa.

—Si hubiera cadáver la investigación avanzaría más rápido —explicó Caín—. Solo con el brazo, es más difícil.

—¿Y qué pasa con el animal de la balsa? —preguntó Sofía, con indignación. Caín era un buen guardia civil, siempre respetaba las normas. Y eso la sacaba de quicio. Era un perrito faldero del sistema, que obedecía sin rechistar cada vez que el amo silbaba.

—Los de medio ambiente se han dado una vuelta por el pueblo, sin resultados.

—¿Y si hay otros ataques?

—Ya los ha habido. —Él desvió la mirada.

—¿Qué? —Ahora fue ella la que soltó el tenedor.

—Un compañero me dijo que hubo tres muertes más por ataque de animal en el último año.

—¿Y no lo estáis investigando?

—Supongo que sí. Sucedió antes de venir nosotros al pueblo. Estará en manos de la judicial. No podemos hacer nada, no es asunto nuestro.

—¿Cómo puedes decir eso? Tú eres el responsable de la zona hasta que asignen a otro sargento. ¿Vas a dejar varios asesinatos sin resolver?

—¿Asesinatos? —Caín mostró una sonrisa cínica—. Estamos hablando de accidentes, de ataques de animales.

—Cuatro muertos en un año en un pueblo de cuatrocientos habitantes. ¿No te parece extraño?

—Los accidentes ocurren.

—¿Cómo fueron los otros ataques?

—No lo sé, no he visto los expedientes.

—¿Y no los vas a buscar? —Sofía golpeó la mesa—. Tú vives aquí. Te afecta lo que suceda. ¿Crees que los de la judicial van a hacer algo?

—Eso espero. Es su trabajo, no el mío. —La miró muy serio—. No me puedo meter en medio, las normas están para cumplirlas —concluyó.

—Siempre la misma excusa. Las leyes están para cumplirlas…

—Mi obligación es hacer cumplir la ley, no cuestionar si las leyes

son justas o no.

—¿Y quién pone las leyes?

—Los ciudadanos.

—Los políticos —apostilló Sofía.

—¿Y quién pone a los políticos? —insistió él.

—Los ciudadanos votan cada cuatro años y ya no tienen opción de volver a decidir. ¿Es eso una democracia?

—Los ciudadanos tienen el poder. Si no están de acuerdo con algo, su deber es manifestarse. ¿Has visto muchas manifestaciones por la calle últimamente? —terminó con ironía.

—Chomsky te contestaría con una sola frase: «Los medios de comunicación son a la democracia como la cachiporra a la dictadura».

—¿Qué quiere decir?

—Que los ciudadanos no son libres para decidir, que están controlados por los medios de comunicación. Los poderosos nos controlan y ponen leyes que les favorecen a ellos y dejan en muy mal lugar al pueblo llano, a los pobres.

—Eso es una tontería. —Caín estaba enfadado—. Si todos nos tomáramos la justicia por nuestra mano, esto sería la jungla.

—Quizá sería un mundo más justo.

—Cuando acusan a alguien de un delito, hay que garantizar que lo juzgarán con imparcialidad. Si rompemos esta norma, corremos el riesgo de cometer muchos errores y muchas injusticias.

—Cuando juzgan en base a leyes injustas, cometen injusticias todos los días.

—No me vas a convencer. —Caín se levantó—. Entré en la Guardia Civil porque quería proteger a la gente, porque quería ser útil a la comunidad. Y la única forma de hacerlo es respetar las leyes.

Lo engulló la oscuridad del pasillo.

15

Año 1975

—¡No pienso enseñar las tetas!

Calixta y la señora Martina estaban en el bar Marsella, ante una gaseosa y un vaso de absenta. Hacía varios meses que la señora Martina había aceptado ser su mami. Las cosas mejoraron desde entonces. Ella le ayudaba a vestirse, a remendar descosidos y a negociar las condiciones de trabajo.

—¿Sabes por qué decidí ser tu mami? —Calixta negó con la cabeza —. Me equivoqué cuando vi en ti desesperación. Lo que albergabas era hambre, hambre por ser la mejor, por salir del agujero de miseria y mezquindad en el que te tocó vivir. Con la muerte del Generalísimo las cosas están cambiando. Es el fin de la censura, ahora todo es posible. Doña Vicenta sabe que tiene que actualizarse o la gente dejará de ir al Molino. Es así.

—No voy a desnudarme.

—Muchacha, las medias de rejilla y las pezoneras pasaron a la historia. El público quiere carne. Y una artista debe estar a la altura de las circunstancias. Además, doña Vicenta no es soez. —Calixta no sabía qué significaba esa palabra, lo averiguaría—. He oído que en el Oasis de Zaragoza la segunda vedete pide al público que la peine, pero no el pelo de la cabeza. —Calixta guardó silencio, aterrada—. Tienes el pecho bonito, ¿qué problema hay en enseñarlo? Con remilgos, nunca serás la mejor.

—No estoy dispuesta a triunfar a cualquier precio.

—¿Seguro? Si no aceptas las normas, doña Vicenta solo contará contigo para alguna canción. No te dará para vivir.

—A usted tampoco, porque cobra de lo mío.

—Ya sabes que yo no lo hago por el dinero.

Calixta desconocía el modo de vida de la señora Martina. Lo que ganaba apenas le daba a ella misma para vivir, así que su mami tendría una fuente alternativa de ingresos. Nunca hablaba de sus cosas.

—¿Sabe algo de la Dolors? —Calixta pensaba mucho en ella.

—Sigue en la cárcel. —Una sombra recorrió su rostro—. Ahora no toca hablar de eso, muchacha. Estoy pensando en tu nombre artístico, es muy importante.

—Y qué más da, si no paso de modelo.

—Una modelo lleva un par de plumas más que la bailarina, por guapa —sonrió la señora Martina—. Y no vas a ser modelo mucho tiempo.

—Ah, ¿no? Tengo a dos compañeras delante y no soy la única modelo.

—¿Te sabes bien los números de Lola Nais?

Lola Nais, la robabandurrias, era ahora la primera vedete.

—Claro, como usted me dijo, pero tiene una salud de hierro y solo veintiocho años.

—Los que confiesa. En cualquier caso, eso no debe preocuparte. Tu nombre artístico será La Viuda.

Calixta enmudeció.

—Alguien podría reconocerme, atar cabos.

—Qué importa. Tienes que vender una fantasía. Y esa es una buena fantasía. Todas tenéis tetas y coño, eso no te diferencia de las demás. —A Calixta no le gustó el tono de la señora Martina—. Si quieres triunfar, tienes que crearte una historia. Virginia de Matos tenía una mirada tan intensa como las actrices de Hollywood. Claro que eso fue en los años 50. No tenía tu belleza, pero tenía un halo de misterio.

—¿La conoció?

—Trabajamos juntas en un espectáculo.

—Nunca habla de su época de artista.

—Soy bajita y tengo la sonrisa torcida, pero no me movía mal. Luego llegó el amor y… hasta hoy.

—¿Está casada?

—Claro que no. Serás La Viuda y punto.

Calixta bajó la mirada a las burbujas de la gaseosa.

—Mi marido murió la noche de bodas.

—Uy, esa historia es buena. Y nadie debe saber si consumaste el matrimonio. —La señora Martina, emocionada, añadía detalles a la fantasía.

—Se suicidó.

—Eso no me gusta, le da un toque macabro. Diremos que un admirador secreto, loco de celos, os siguió y lo asesinó en la habitación del hotel.

La señora Martina reparó en las lágrimas que resbalaban por su rostro.

—Era nuestra noche de bodas —sollozó Calixta—. Mi marido enloqueció y me dio una paliza que me dejó sin sentido. Cuando desperté, había saltado por el balcón. A veces pienso que estoy maldita.

Por primera vez la señora Martina no supo qué decir. Bebió un largo trago de absenta.

—Olvida el pasado y las supersticiones absurdas. Vas a salir al escenario y triunfarás. Si tienes que enseñar las tetas, las enseñas, si tienes que enseñar el coño, lo enseñas. Eres La Viuda, la misteriosa mujer de ojos violeta. Podrán ver tu cuerpo, pero no desnudarán tu alma.

—Debería dedicarse a la poesía —afirmó Calixta con ironía.

—Y tú vas a ser una gran supervedete.

Su mami apartó el vaso de la gaseosa y le acercó la absenta. Calixta clavó los ojos en el líquido verde. La señora Martina la observaba con expresión seria. Ella elevó el vaso en un brindis y lo apuró de un solo trago. Aunque estaba rebajada con agua, le quemó la boca y la garganta. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Estás preparada —sentenció su mami.

Esas últimas palabras, lejos de animarla, la inquietaron.

* * *

Calixta estaba con Pepita y Carmela en el camerino encajado bajo el escenario. El murmullo del público mostraba impaciencia. Era sábado y la sala estaba llena.

Un grito agudo recorrió el edificio. Las tres mujeres se miraron en silencio. Carmela salió en bata hacia la planta superior. Pepita y Calixta se asomaron a la puerta.

—Es Lola Nais. —Una compañera bajaba las escaleras—. Deja pasar.

Dos bailarines llevaban en volandas a la primera vedete, que lloraba como una magdalena. Al pasar frente a Calixta, la miró con odio.

—Estarás contenta, puta paleta.

Calixta no respondió: estaba tan asombrada como el resto del personal.

—Alguien le ha puesto cristales en los zapatos —explicó uno de los bailarines.

Volvieron al camerino.

—¡Calixta! —Doña Vicenta, con su figura rolliza y el pelo ahuecado, invadió el minúsculo camerino con varias perchas en la mano—. Prepárate. Tu mami me ha convencido, harás el número de la primera vedete. Espero que no tengas nada que ver con el accidente.

—Lola Nais es una mala compañera, ha podido ser cualquiera —intervino Carmela.

Calixta cayó derrotada en la silla.

—Dejo aquí el vestuario para tus números de hoy. —Colgó las perchas en el burro—. Estás a prueba. Si la fastidias, te quedas fuera y pongo a otra hasta que la Lola se recupere. ¿Estamos?

Echó una última mirada y salió.

—Yo no he hecho nada, lo juro —susurró Calixta, aterrorizada.

—Todas las paletas tienen suerte. —Pepita no parecía contenta con el ascenso de su compañera.

—Todas las artistas tienen su oportunidad. —La señora Martina entró—. Las mediocres deberían pensar en otro oficio.

Pepita hizo un gesto airado y siguió a lo suyo.

—Vamos, prepárate —le apremió su mami.

Carmela posó la mano sobre el hombro de Calixta, que no movió un músculo.

—No tengas miedo.

No era miedo lo que sentía. Ella no había hecho nada, pero intuía los mecanismos perversos que permitían que actuara esa noche. La furia de sus ojos violeta atravesó a su mami, que no mostraba indicios de culpabilidad.

—¡Date prisa! —la apremió la señora Martina.

—Es tu oportunidad, aprovéchala —insistía Carmela—. ¿Quieres estar siempre bajo las tablas, ganando cuatro perras? Tienes un cuerpo precioso y cantas muy bien. Las mujeres no tenemos muchas oportunidades. Hazlo por nosotras, por sentir que alguien tiene lo que merece.

Examinó el vestuario. Antes jugaban con la picardía; ahora sus cuerpos quedaban expuestos, sin medias de rejilla, ni sujetadores brillantes. El vestuario de las vedetes consistía en un tocado de plumas, una capa y un conchero, un triángulo de pedrería para cubrir el pubis, sujeto por una tira metálica entre las nalgas.

—Tendrás que encajarlo bien y hacer fuerza para que no se mueva. —La señora Martina la observaba desde la puerta.

Unos minutos más tarde nacía La Viuda. Ocupó el escenario como una diva misteriosa. Contoneó los pechos desnudos, movió las largas piernas, cantó con energía y el público cayó rendido a sus pies. La apoteosis selló el nacimiento de una nueva estrella.

Y aquella misma noche, al salir de El Molino, tuvo un encuentro inesperado.

16

Año 2018

Caín salió temprano de casa con un café bien cargado en un vaso térmico. El mes de marzo traía una niebla tan espesa que desdibujaba los pies al caminar, como partes de un ente etéreo. La tierra, los árboles y las plantas estaban cubiertos por un manto blanco. Caín tocó la escarcha congelada en las hojas de un olivo. Finos carámbanos de hielo colgaban de las ramas.

Subió al todoterreno para hacer la ronda, aunque con aquella niebla no veía nada. Tomó la N-II en dirección a Barcelona y paró en la estación de servicio de Las Ventas del Rey. Allí podría vigilar el tráfico de la carretera. El tramo que pasaba por Candasnos era el único entre Madrid y Barcelona que no tenía autovía, uno de los puntos negros más negros de toda España.

No se quitaba de la cabeza lo que le dijo su mujer. Sabía que tenía razón. Ochoa y el equipo de la judicial no iban a poner mucho interés en resolver el caso. No había denuncia por desaparición y nadie presionaba para que encontraran el cadáver. Sin cadáver, sin identidad, y tratándose de un ataque de animal, el inspector no iba a dedicarle al caso más tiempo del imprescindible para archivarlo. Y quizá fuera lo mejor. Dar vueltas y más vueltas alrededor de las mismas pruebas no llevaba a nada.

Los vehículos circulaban con precaución, quizá por la niebla. A media mañana recorrió la carretera hasta Fraga y volvió a Candasnos, al acuartelamiento.

La conversación con su mujer le atormentaba. Entró en el despacho para hacer una llamada.

—Hola, Ochoa. ¿Cómo va el asunto del brazo?

—Nada nuevo por ahora. Seguimos sin tener una identidad probable.

—Los buzos encontraron un objeto metálico en la balsa, ¿no?

—Sí.

—¿Sabes ya qué es? —Caín quería tirar de la única pista que tenían.

—Una lámina de plomo con un grabado.

—¿Un dibujo?

—Un texto.

—¿Y qué dice?

—No sé, no me acuerdo exactamente. —Ochoa hizo una pausa—. Espera, lo miro. —Abrió un archivo en el ordenador—. Leo textualmente: «Mercurio, guardián de las fronteras, jefe de los sueños, príncipe de los ladrones, espía nocturno, escucha mis plegarias y castiga a aquellos que no son capaces de contener la curiosidad, castiga a los espías que fisgonean en asuntos ajenos, castiga a los merodeadores, a los villanos que intentan interferir en nuestra prosperidad. Arrebátales la salud, el cuerpo, el color, las fuerzas y las energías, llévaselas a Plutón, para que los ate y consuma. Llévales la fiebre terciana, cuartiana, cotidiana, para que infecten su sangre; envíales las diez plagas del averno; manda a los lobos para que les saquen las entrañas; pide al perro de tres cabezas que despedace su cuerpo y devore el corazón. —La imagen de la bestia de la balsa asaltó la mente de Caín. No pudo verlo bien con la lluvia y los nervios, pero no tenía tres cabezas—. Haz que se les caigan los ojos, dientes, uñas, cabellos y pezones, haz, Mercurio, que se les pudran las manos, dedos, brazos, cabeza, pies, vientre, ombligo, pecho, cuello, boca, labios, barbilla, ojos, frente, cejas, espalda, hombros, nervios, huesos, vientre, genitales y piernas. Yo te pido, Mercurio, que a todos ellos los eches a perder, que los arruines, que esparzas sus huesos y entregues su alma a Plutón». ¿Qué opinas?

—Parece una maldición en toda regla.

—Así es —confirmó Ochoa—. Lo envié a un experto en historia. Es una tablilla de maldición. Los romanos pedían a los dioses que castigaran a quien les agraviaban por algún motivo.

—¿Esta tablilla es de época romana?

—Claro que no, está escrita en castellano. No sé leer latín.

—Y yo que pensaba que estuviste en el seminario, tienes pinta de cura sodomita.

—Y tú de monaguillo —rio—. La tablilla es actual.

—¿Cómo de actual?

—El plomo y el grabado están en perfecto estado, es muy reciente. Alguien la hizo y la tiró en la balsa. No creo que tenga relación con el brazo, aunque no deja de ser curioso.

—Me dijo un compañero que hubo otros ataques de animales en el pueblo.

—Los otros expedientes no tienen ninguna relación entre sí. Un apicultor que murió por picaduras de abejas; un hombre atacado por perros salvajes o lobos, aunque esto último es poco probable en la zona; y una mujer que cayó dentro del pozo de hielo, perseguida por buitres.

—¿Por buitres? —Caín estaba estupefacto. Cuanto más sabía, más extraño resultaba todo—. Los buitres son carroñeros, no atacan a la gente.

—Los animales salvajes actúan de forma impredecible, sobre todo si tienen hambre.

—¿Y en el caso del brazo fueron lobos, abejas...? ¿Sabéis cuál?

—Ni idea, para eso tendrás que hablar con el forense.

—¿Yo? —saltó Caín—. Creía que ese era tu trabajo.

—Mira, Caín, no me toques los cojones. Si el forense no me envía nada, será porque no tiene nada. Y aunque lo envíe, qué más da. ¿Has visto muchos periodistas interesados en el caso? ¿Crees que a alguien le importa una mierda qué clase de animal le arrancó el brazo a esa pobre mujer?

—Te aseguro que le importa como mínimo a todos los habitantes de Candasnos. ¿Vivirías tú tranquilo en el pueblo sabiendo que han muerto ya cuatro personas por ataques inexplicables de animales?

—Yo qué sé, Caín. Algunas veces se alinean los astros y suceden estas cosas. ¿Cuál es tu teoría, una rebelión animal contra los humanos en Candasnos?

—No lo sé, pero después de escuchar esa maldición, apostaría a que no es casualidad.

—Ah, claro —se rio Ochoa—. Entonces, ¿qué hacemos?, ¿llamamos a un médium o a un exorcista?

—Podrías averiguar de dónde salió la lámina de plomo. No creo que las vendan en el supermercado de la esquina.

—Investígalo tú y después me lo cuentas —le cortó Ochoa—. Esto es un accidente, no un crimen. Yo no puedo hacer nada.

—Desde Fraga, claro que no.

—Venga, Caín, no seas imbécil. Ya tengo bastante lío con los vivos como para dedicarme a investigar casos de espíritus y maldiciones.

—De acuerdo —se resignó Caín—. Gracias por la información.

—Anda, hazme un favor y búscate un hobby. Tienes mucho terreno en el acuartelamiento para plantar tomates.

—Me pondré a estudiar latín, mosén.

Colgó y le pidió a Ferrer que le acompañara al archivo. Quería leer los expedientes de los otros ataques. Volvió al despacho con las carpetas.

El primer caso era de marzo de 2017: Teodoro Ballabriga, 42 años. Casado y con dos hijos, de profesión agricultor y apicultor desde hacía diez años. Murió atacado por sus propias abejas. Lo encontraron en el campo, hinchado como una pelota y con aguijones clavados por todo el cuerpo. Los vecinos quemaron las colmenas.

El siguiente era de septiembre de 2017: Acario Sagarra Peña, 47 años, casado y con una hija. Trabajaba en mantenimiento del área de servicio de la autopista. Aficionado a la bebida y a la caza, encontraron el cuerpo devorado cerca del barranco de la Valcuerna. Caín pasó rápidamente las fotografías que mostraban las costillas casi desnudas, salvo por jirones de carne seca, y un abdomen vacío. La cara también desapareció. Fue identificado por la ropa y los perros de caza, que aparecieron igualmente destrozados alrededor. Confirmaron la identidad con una prueba de ADN. Determinaron que las mordeduras eran de lobo.

El tercer caso era de enero de 2018: Eustoquia Ballestar Pérez, de 44 años, soltera y sin hijos. Tuvo una tienda de fotografía en Fraga, aunque hacía años que la cerró y no ejercía ningún otro oficio. La encontraron muerta en el interior del pozo de hielo. La autopsia reveló que los buitres le arrancaron un par de dedos y diversos trozos de carne por todo el cuerpo. Intentando huir, cayó por la abertura superior del pozo. Se partió la espalda y sufrió una muerte agónica. «En el pueblo tenía fama de estar chiflada.» A Caín le hizo gracia la última anotación a mano. Este tipo de apuntes eran los más interesantes, aunque estaban desapareciendo debido al uso de medios informáticos.

Apartó los expedientes y revisó la información recopilada. Alguien conjuraba a los demonios con una maldición romana aparecida en la Balsa Buena. Tenían tres muertos y un brazo amputado por ataques de animales.

¿Relacionados con la maldición?

Pensó en la bestia de la balsa. Intentó visualizarla en su mente, darle forma, pero no lo consiguió. Aunque era un excelente fisonomista, no era capaz de recordar al monstruo, quizá por los nervios y el estrés de la situación o quizá simplemente porque no lo vio bien. Cuatro muertes en poco más de un año. Era preocupante, desde luego. Un ataque de abejas, otro de perros o más probablemente de lobos, otro de buitres y un último de… Aún no sabía de qué. En realidad, ni siquiera sabía si aquel animal, o lo que fuera, arrancó el brazo de la mujer.

Solo había una forma de averiguarlo. Tomó aire y marcó el número del forense.

—¿Sí? —La voz sonó seca al otro lado de la línea.

—Villacampa, soy Caín.

—Ya sé quién eres.

—Creía que no guardabas mi número.

—Lo guardo solo para no cogerte el teléfono. Pero soy débil. ¿Qué

quieres?

—¿Sabéis qué animal arrancó el brazo que encontramos en la balsa?

—Esa información es confidencial. Habla con Ochoa.

—Lo he hecho y no va a invertir tiempo en esta investigación.

—Entonces estás jodido —rio Villacampa.

—Es el cuarto ataque de animal en el pueblo en un año. ¿No crees que merece un poco de atención?

—¿Qué pasa, Caín? —se burló Villacampa—. ¿Sofía te ha dado un toque por no hacer tu trabajo?

Le ardieron las entrañas al oír el nombre de su mujer en la boca de aquel tipo. Intentó relajarse y jugar la baza a su favor.

—Pues la verdad es que sí —admitió—. Sofía me pidió que lo investigara.

—Ya me extrañaba que la idea fuera tuya. Nunca tuviste sangre en las venas.

—Es verdad, en eso soy como tú. Tengo toda la sangre en la polla.

Villacampa soltó una carcajada.

Caín no rio. Los pensamientos negativos asaltaban su mente siempre que trataba con aquel tipo. Pensó en preguntarle si tuvo que poner el culo o si eligió chupársela a algún alto mando para que jodiera su carrera y no le permitieran el acceso a la judicial. Caín fantaseó con coger a aquel tipo, tirarlo al suelo y patearle la cabeza. Esa imagen lo reconfortó y respiró más tranquilo.

—Ya sé que no lo harás por mí, Villacampa. Puedes hacerlo por la gente del pueblo o por Sofía.

—¿Por Sofía? ¡Ja! —Sonó como si escupiera al teléfono—. Nunca te perdonaré lo que le hiciste. Eres un malnacido.

—En eso estamos de acuerdo. —Caín tampoco se perdonaría a sí mismo.

—¿Cómo está? —Villacampa relajó el tono.

—Mal —resumió Caín—. Pelea todos los días, pero apenas ha mejorado en los últimos diez años.

—Enviamos las muestras a la facultad de Veterinaria de la Universidad de Huesca —explicó Villacampa—. Aún no me han contestado. Cuando lo hagan te llamaré.

Y colgó antes de que Caín pudiera darle las gracias.

17

Año 2018

Vera atravesó el corral. Un invernadero improvisado con plástico y palos de escoba protegía un pequeño huerto de las heladas. Era evidente que Toki se autoabastecía, quizá por miedo a salir, quizá por entretenimiento, quizá para garantizarse el consumo de productos ecológicos.

En el almacén encontró el todoterreno, un Jeep de cinco puertas y aspecto robusto. Hacía tiempo que no conducía y le costó un poco adaptarse al tamaño del vehículo y a la niebla. Pasó por delante de una panadería, un pequeño supermercado y un estanco. Estupendo. No necesitaría recurrir a las grandes superficies que infestaban las ciudades y aniquilaban el comercio tradicional.

Tardó veinte minutos en llegar a Fraga y aparcar frente a la estación de autobuses. El edificio de ladrillo tenía grandes ventanales con cristal de espejo que impedían ver el interior.

«Taquilla estación autobuses Fraga.» Era todo lo que decía el mensaje de Toki.

Hacía poco que Vera había estado allí, cuando llegó desde Barcelona, pero no había reparado en las taquillas.

Atravesó la puerta automática y accedió a una amplia y bulliciosa estancia. A la izquierda quedaba la zona de ventanillas. Algunos inmigrantes ocupaban las sillas que bordeaban la pared. Una limpiadora barría el suelo. Un borracho pedía dinero a una joven que acababa de comprar un billete. El guardia de seguridad lo increpó y el borracho salió con las manos en alto. La chica se refugió en la cafetería.

Los inmigrantes hablaban con voces cacofónicas. Vera descubrió las taquillas en el rincón del fondo. Corrió hacia allí, emocionada. Las abiertas mostraban un número colgado de la llave en la cerradura.

Ella no tenía llave.

Trasteó una puerta. Había una ranura para la moneda que permitía retirar la llave.

Miró el papel: «TokiTokiToki211611921161192116119»; el mensaje cifrado: «noacbzui xhdivwyu tjdwujcmm tbizo»; y su resolución: «Taquilla estación autobuses Fraga». No había pistas sobre ninguna llave.

—¿Busca algo? —La voz varonil del guardia la sobresaltó.

—Mi madre olvidó una bolsa en la taquilla, pero no sé cuál es.

—Si tiene la llave, es cuestión de probar.

—No me ha dado nada.

—Entonces, no puedo ayudarla.

—Le preguntaré a mi madre. Muchas gracias.

El guardia la observaba con suspicacia cuando salió por la puerta que daba a las paradas de autobuses, bajo un tejado que protegía de las inclemencias del tiempo fragatino.

No encontró nada interesante y regresó al interior, agradecida por el abrazo de la calefacción. Ocupó la única mesa libre de la cafetería, junto al billar y el futbolín. Pidió un café solo.

Reparó en un armario blanco situado en la parte de atrás de las ventanillas de billetes, presidido por una gran pantalla que mostraba imágenes de ropa, zapatos, coches y flores.

A través de la ventana redonda, veía los árboles que creaban un acogedor paseo junto al río. La ciudad vieja se elevaba al otro lado del puente.

—Aquí tiene. —La camarera le dejó la taza con dos azucarillos.

El líquido amargo le activó las neuronas. Estudió de nuevo el papel con las pistas de Toki.

Nada.

Un hombre salió por la puerta de atrás de una de las cabinas de billetes, se detuvo frente al armario blanco y trasteó la pantalla táctil. Un clic liberó una pequeña puerta. Era una taquilla. Cogió un paquete y volvió a su cubículo.

Vera se acercó y observó las ranuras que dibujaban compartimentos de distintos tamaños sobre la superficie lisa. En la pantalla apareció un menú con diferentes servicios: lavandería, reparación de calzado, compra de medicinas, paquetería… Tocó este y mostró un teclado numérico pidiendo un código. Miró el papel con la clave. «TokiTokiToki211611921161192116119». Estaba nerviosa. Con un dedo tembloroso escribió 2116119. Un chasquido anunció la apertura de un compartimento. Lo miró con emoción. Dentro había un sobre grande.

—Disculpe, ¿qué hace aquí? —le increpó el guardia.

—He encontrado la taquilla de mi madre.

—Estas consignas son para trabajadores.

—Mi madre trabaja aquí.

—¿Quién es su madre?

—Es limpiadora.

—Tengo que comprobarlo. ¿Quiere acompañarme, por favor? —el

tono del guardia resultó amenazante. Miró los brazos musculados y la cara impertérrita. Parecía un miembro de las SS, entrenado para aniquilar a cualquiera que tirara una colilla al suelo o que no usara «por favor» al pedir un café.

El guardia caminó hacia las escaleras del fondo. Vera lo seguía a poca distancia y echó a correr hacia la puerta de entrada. El guardia tardó unos segundos en reaccionar. Con cara de fastidio, observó cómo Vera entraba en el coche y salía derrapando.

En un semáforo, abrió el sobre y arrojó el contenido sobre el asiento del copiloto. Todo su esfuerzo tenía como recompensa un buen puñado de fotos y un minúsculo pen drive.

18

Año 1947

Su madre lo zarandeó en el jergón de paja donde dormía en un rincón, sobre el suelo de tierra.

—Paco, despierta.

Hacía frío, Paco tenía las manos y la nariz heladas. Aun así, estaba de muy buen humor y se despertó emocionado. Ese día cumplía siete años. ¿Tendría su madre una sorpresa antes de ir a la escuela?

—Paco, tu padre *t'espera*.

El miedo le borró la sonrisa de la cara. Apartó la manta con cuidado y se calzó con resignación las sandalias de esparto sobre los calcetines negros. Dormía con el pantalón de pana y el jersey de cuello alto. Solo tenía un par de cada y los cambiaba una vez a la semana, cuando su madre lo bañaba en un barreño en la cocina.

El olor dulzón del alcohol invadía la estancia. Su padre apuró el carajillo de mistela casero y se dirigió a la puerta.

—Vamos.

Se puso el abrigo y la boina.

Su madre corrió hasta Paco con un vaso de leche en las manos.

—Bebe, hijo.

—*Pa* desayunar, haberse *levantao* antes. ¡Vamos, *collons!*

Su padre le pegó un tirón que derramó parte de la leche.

Su madre le alargó un morral.

—Toma, Paco, *p'al* almuerzo.

Paco lo cogió. Su padre le tiró el abrigo encima, abrió la puerta y le empujó para que saliera.

—Hijo —gritó su madre—, en el morral llevas dos trapos, *pa* los pies.

Paco miró las sandalias mientras metía las manos en el abrigo. Unos trapos, ¿para qué? Normalmente llegaba a la escuela con los pies helados, pero, a media mañana, la estufa de leña ya caldeaba el ambiente.

Su padre le pegó otro empujón que casi le disloca el hombro.

—*Qu'andes,* coño, que llegamos tarde.

Paco avanzó con la cabeza gacha, mientras terminaba de abrigarse. Su padre calzaba unas botas de piel. Quizás él también pudiera tener unas cuando fuera mayor.

Era noche cerrada y la niebla densa y húmeda atravesaba la ropa con miles de puntas heladas, como las agujas de hielo que colgaban de los aleros de los tejados y de las ramas de los árboles.

Dejaron atrás las casas del pueblo, caminando en dirección al monte. La torre de la iglesia anunció la hora con cinco campanadas.

—¿Lo ves? —Su padre le pegó un pescozón que casi lo tira de frente—. Ya vamos tarde por tu culpa.

Paco no pudo evitar que le saltaran las lágrimas.

Avanzaron hasta un campo vallado, cegado por la niebla. Los ladridos y los balidos revelaron lo que había dentro.

Un hombre con una chaqueta de lana se acercó a ellos. Paco lo conocía: era Julián, el pastor.

—Aquí te traigo al *chiquer* —dijo su padre.

—Y aquí tienes el *queser*. —Le entregó un paquete liado en papel de estraza—. No te preocupes, el primer día no tendrá que quedarse a dormir.

—No me preocupo. —Su padre destapó el queso y cortó una loncha con la navaja. La engulló de un bocado—. ¿Lo traerás entonces *pa* cenar?

—Al anochecer.

—*Mu* bien, él ya sabe llegar a casa.

Su padre se marchó.

—¿Eres Paco, *verdá?* —le preguntó Julián. Él asintió con la cabeza —. *Mu* bien. Hoy me vas a echar una mano con las ovejas, que hace mucho frío y yo ya estoy mayor. —Julián abrió la puerta de la cerca y azuzó al perro para que sacara al rebaño—. No te preocupes, tú no tienes que hacer *na* más que estar de vigía.

Paco caminó con resignación al lado del pastor. El perro movía el rabo y saltaba alegremente. Paco lo acarició y se le escapó una sonrisa.

—¿Tú no eres *mu* hablador, *verdá?* —preguntó Julián cuando estaban llegando a su *mas*.

Paco se encogió de hombros.

Julián abrió la puerta del refugio de piedra. Dentro solo había una chimenea apagada. Hacía más frío que fuera.

—Ahí puedes hacerte un *fueguer*. —Paco lo miró sin comprender. No había leña ni nada con lo que encender el fuego. No se atrevió a preguntar—. Tú tienes que estar fuera, vigilando las ovejas, de vez en cuando puedes entrar *pa* calentarte un poco o *p'almorzar*. Hay una bota de vino encima de la chimenea. *Chiquer,* yo me voy, que aquí hace ya mucho frío *pa* mis huesos.

El pastor caminó en dirección al pueblo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Paco.

—¿Quién?

—El perro.

—¿Cómo se va a llamar, pues? Perro.

Hizo un gesto de desaire con la mano y se marchó meneando la cabeza.

Paco estaba helado y aterrorizado. Sentado en la puerta del *mas,* acercó el candil a sus pies, con la esperanza de que la débil llama le calentara y le protegiera.

Al amanecer, Paco no se había movido de sitio. Con el cuerpo entumecido, entró en el *mas*. Zarandeó la bota de vino de la chimenea. Estaba vacía.

Tenía los pies helados. Recordó los trapos que le dijo su madre. Se quitó las sandalias y los envolvió con ellos.

En el morral había un trozo de longaniza y otro de pan negro, el que les daban con la cartilla de racionamiento. Los engulló con ansiedad y volvió a sentarse en la puerta.

Las ovejas pastaban plácidamente, mientas Perro descansaba a su lado o corría alrededor de ellas.

Perro se acercó y él le acarició la cabeza.

Paco comprendió que ya no volvería a la escuela nunca más y notó un nudo en el estómago.

Rompió a llorar desconsolado.

Perro le lamió la cara. Paco lo abrazó y dejó de llorar.

—Esta tarde pasaré por la escuela —le dijo—, cuando vuelva a casa. Pero no se lo digas a nadie, ¿eh? —Perro lo miraba con la lengua fuera—. En la escuela hay muchos libros. Si cojo uno prestado para estudiar por mi cuenta, eso no es robar, ¿verdad?

Perro ladró y le lamió la cara. Paco se sintió reconfortado.

19

Año 2018

Caín abandonó la cama a las nueve, era su día libre. Sofía tecleaba en la mesa del comedor.

—En España, se sitúa el origen del posporno en torno al 2002, cuando Águeda Bañón y María Llopis crearon un blog sobre pornografía alternativa —explicó ella emocionada, a pesar de sus dificultades de pronunciación—. Sin embargo, he descubierto que, a principios de los ochenta, hubo una vedete en El Molino que podría ser la verdadera precursora del posporno. El último espectáculo que hizo fue tan subversivo que la encerraron en la cárcel.

—¿Después de la dictadura?

—Sí, en plena transición.

—Pero en esa época comenzó el destape.

—El destape no tenía una ideología detrás. Estos números, sí. El propio apodo de la vedete ya era bastante transgresor. —Se atragantó con esta última palabra y tosió—. La Viuda.

—Un nombre contundente para una vedete.

—Después de eso no volvió a los escenarios. Se retiró a un pequeño pueblo de Huesca llamado Candasnos.

—¿Aquí? —Caín meditó unos segundos—. ¿Cómo se llama?

—Calixta Lapena Pena —confirmó Sofía.

—¿Lapena Pena? —repitió Caín, y ella asintió—. No me extraña que se cambiara el nombre por La Viuda.

—Es que era viuda de verdad.

—Un momento, tendría que comprobarlo… Me suena que la mujer que dio el aviso de la balsa se llamaba Calixta. —Caín recordó sus llamativos ojos de Elizabeth Taylor, la elegancia de sus movimientos, sus gustos exquisitos, tanto en la bebida como en la ropa o la decoración de la casa—. Una mujer excepcional para su edad, fuera de lugar en un pueblo perdido en mitad de ninguna parte. Era mayor y bastante atractiva. Si hay alguna vecina con un pasado de estrella del espectáculo tiene que ser ella.

—No es un nombre muy común. —Sofía alargó la mano derecha para tocar la de su marido—. Quiero que la entrevistes de mi parte.

—¿Qué? —Caín la observó sin comprender.

—Quiero saber en qué consistía el último espectáculo que hizo. —

Estaba emocionada, una entrevista de La Viuda era la guinda que necesitaba para su trabajo. Si descubría una precursora del posporno española veinte años anterior a Llopis y Bañón podía ser un bombazo en el mundo académico—. Y quiero saber cómo se le ocurrió la idea.

—Entrevístala tú —repuso Caín incómodo—. Yo tengo mucho que hacer.

Sofía retiró la mano.

—Prométeme que entrevistarás a la vedete.

—¿Por qué me tienes que meter en tus asuntos?

Caín echó a andar hacia el dormitorio.

—Yo no puedo. —Sabía que lo que salía por su boca parecía más un lamento que una frase. Intentó vocalizar mejor—. No me entendería, sería una situación muy incómoda.

La miró de reojo.

—Está bien. Escríbeme las preguntas.

* * *

Caín salió a dar un paseo vestido de paisano, con pantalón de pana, camisa, jersey y abrigo tres cuartos. Hizo la primera parada en El Pilar, junto a la vieja carretera nacional, y charló con el dueño sobre el Real Zaragoza el rato que dura un café bien cargado.

—La niebla ha *escampao,* hoy el cierzo sopla con ganas —le advirtió el camarero.

Hizo un gesto con la cabeza y, tras apurar el café y dejar unas monedas sobre la barra, caminó por la carretera hacia la otra punta del pueblo. Sofía le contó que los romanos llamaban al cierzo «aquilón» y lo representaban con la forma de un viejo desgreñado y violento. Cuando aquel dios desataba su rabia, nada podía proteger del frío que se colaba por cualquier resquicio, como un perro hambriento en busca de huesos. Helado, Caín se arrebujó en el abrigo. Giró a la izquierda por la calle San Antonio y después a la derecha hasta el chalé de la Balsa Buena. Respiró hondo. Aquilón aullaba como un animal salvaje dispuesto a arrancarle el alma. Ahora entendía por qué, a pesar de ser un pueblo pequeño, todo el mundo se movía en coche.

Atravesó el jardín y llamó al timbre del chalet. Calixta abrió, ceñida con ropa de deporte. Aunque sudaba y llevaba el pelo recogido en un moño, lucía la cara maquillada y zapatos de tacón. Esto último descolocó a Caín por completo.

—Buenos días.

—¿Qué desea? —respondió ella, con la respiración entrecortada.

Caín intuyó que no se acordaba de él, quizá porque no llevaba uniforme.

—Soy Caín Álvarez, el cabo de la Guardia Civil que le tomó declaración el otro día.

—Ah, sí. El que me obligó a ir al cuartelillo —le reprochó ella—. Dígame.

—No sé si es buen momento. Me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Han identificado al animal?

—Aún no.

—¿Qué quiere saber?

—Verá que vengo de paisano. Es una visita personal.

Calixta apretó la puerta con la mano. Caín pensó que la iba a cerrar en sus narices.

—Usted dirá.

—Mi mujer es investigadora y está escribiendo un ensayo sobre la historia de la revista en los años setenta y ochenta —explicó Caín, con medias verdades. No se atrevía a mencionar la palabra posporno—. Quiere que le haga unas preguntas.

—¿Y por qué no me las hace ella?

—Sufrió un accidente que le impide andar, oír y hablar bien. Apenas sale de casa y le cuesta mucho comunicarse. Excepto conmigo, que ya estoy acostumbrado.

—Lo siento —relajó el tono—. Pase.

—Si quiere puedo volver más tarde, cuando termine sus ejercicios y…

—No es necesario.

Llegaron al salón.

—Póngase cómodo, por favor —y señaló el sofá en lugar de la silla —. Deme diez minutos para ducharme y le preparo un café, tiene cara de necesitarlo. Puede poner la tele —le entregó el mando.

Caín lo dejó sobre la mesita. Sacó el folio que le dio su mujer y repasó las preguntas. Calixta se duchó y los tacones arrancaron redobles al suelo de madera en dirección a la cocina. La cafetera zumbó y apareció en el salón con una bandeja. Caín no reparó en el contenido. La nueva indumentaria de Calixta era desconcertante y provocativa. A hurtadillas, sus ojos quedaron atrapados por las chinelas de tacón que estilizaban los pies y subían por unas piernas largas y elegantes hasta los muslos mullidos y acogedores, velados a media altura por un kimono de seda. Al dejar la bandeja sobre la mesita, Caín observó sus senos. Los pezones pequeños y duros dibujaban la forma de un botón en la tela. Subió los ojos a la cara y sonrió con nerviosismo. Parecía que no llevaba nada debajo del

kimono. Ella ocupó un sillón, con las piernas juntas y echadas a un lado. Caín se preguntó si aquellos muslos contundentes y de piel tersa conducirían hasta unas bragas. Esos pensamientos le incomodaron. Quizá para ella fuera normal y salió así para no hacerle esperar. Después de años actuando medio desnuda, habría perdido el pudor.

Caín echó una cucharada de azúcar en el café y ella cogió el vaso de líquido verdoso.

—Usted es de aquí, de Candasnos, ¿verdad? —preguntó él, mientras removía el café.

—Así es.

—¿Y cómo terminó en el mundo de la revista?

Calixta bebió absenta. Elevó los ojos violetas, casi mágicos, hacia el techo y cruzó las piernas. Caín observó el muslo perfecto que quedaba a la vista hasta el inicio de la nalga. Desvió la mirada al papel con las preguntas y bebió café.

—Me quedé viuda muy joven y tuve que buscarme la vida. Una prima me consiguió un trabajo de sirvienta en Barcelona. Allí las cosas vinieron solas. Simple casualidad. Coincidí con gente del mundillo y me ofrecieron una prueba.

Demasiado fácil, sospechó Caín.

—Y viniendo de un pueblo tan pequeño, ¿no le dio miedo el qué dirán?

—¿Esas son las preguntas de su mujer? —Calixta señaló el folio que descansaba sobre las piernas de él.

—Estas son de mi cosecha.

Calixta rio.

—Claro que me dio miedo el qué dirán. Le puedo asegurar que lo pasé mal. La primera vez que tuve la oportunidad de participar en un espectáculo de revista me pareció una locura y dije que no, sin pensarlo. Después, las circunstancias…

Hizo una pausa, absorta, y volvió a beber.

—¿Circunstancias?

Miró a Caín y sonrió.

—En el fondo, esperaba que nadie del pueblo llegara a enterarse jamás. Ni siquiera se lo conté a mi madre, ella pensaba que seguía sirviendo. Entonces me ofrecieron hacer unas fotos. Aquella sí fue una decisión difícil. Una de tantas de las que tuve que tomar a lo largo de mi vida.

20

Año 1975

La noche que sustituyó a la primera vedete, Calixta tuvo un encuentro inesperado. El viejo maestro tocaba el piano mientras los camareros servían las últimas bebidas en el ambigú. Algunas vicetiples sacaban un sobresueldo aceptando la invitación de una copa de champán. La prostitución estaba prohibida, pero doña Vicenta les pagaba una comisión por las bebidas, que terminaban regando las macetas de los rincones.

Calixta había bordado la actuación y ganado el puesto de primera vedete. Lola Nais tardaría en recuperarse, y cuando lo hiciera el público se habría olvidado de ella. Si volvía al espectáculo tendría que conformarse con el papel de segunda vedete o vicetiple. Así funcionaba aquel mundo competitivo y despiadado.

Calixta sentía felicidad por el éxito y malestar por los medios que la señora Martina había utilizado para ponérselo en bandeja, una bandeja con forma de zapato lleno de cristales rotos. Cabizbaja, no vio al grupo de jóvenes que esperaban en la calle.

—¡Eres tú! —El tono mostraba desconcierto.

Calixta reconoció la voz y levantó la cabeza. Sonsoles la miraba con ojos desorbitados.

—¿Es ella? —preguntó una voz masculina y profunda.

—Al verte en el escenario, pensé que me equivocaba —explicó la costurera mientras los otros dos chicos y la chica la estudiaban con curiosidad—. No supe más de ti desde que te esfumaste de la casa de los Ferrusola. Creía que éramos amigas, aún tengo la blusa que te cosí.

—Pasaron muchas cosas —respondió al reproche de Sonsoles.

—Me dijo la cocinera que no eras tan tontita como parecías.

—Tú también sabes lo que pasa en esa casa. Todas acabamos sabiendo.

Hubo un tenso silencio que aprovechó el joven para intervenir.

—Eres La Viuda, ¿no? Yo soy Felipe, el hermano de Sonsoles. Me ha encantado tu número.

La chica que le acompañaba lo agarró del brazo.

—Gracias —dijo Calixta—, tengo que irme.

Caminó a paso ligero hasta la pensión y se acostó sin cenar. Aquel encuentro solo le traía recuerdos desoladores de la Dolors, de su

propio aborto, de la coacción y los abusos de una butifarra llamada Ferrusola. Lloró por su pasado infeliz, por su presente licencioso y por su futuro incierto.

Al cabo de unos días, la señora Martina le anunció que la revista *YES* quería hacerle un reportaje.

—¿Desnuda?

—Sí, un posado. La sesión de fotos será en un hotel de aquí cerca.

—No.

—Tienes que hacerlo.

—Cualquiera podría hojear la revista.

—Es el precio del éxito. Ya me hubiera gustado a mí tener esta oportunidad. ¿Tus padres no querían comprar un terreno? —Calixta asintió—. El reportaje no es gratis.

Una semana después, Calixta entraba en la habitación de hotel acompañada de la señora Martina. El fotógrafo abrió las pesadas cortinas de la suite alquilada por la revista.

—Buenos días, Calixta —saludó Felipe de buen humor.

Era alto y fibroso, y sonreía con felicidad.

—¿Os conocéis? —La señora Martina estaba sorprendida.

—No es buena idea. —Calixta caminó hacia la puerta.

—Espera, por favor —Felipe la sujetó del brazo con mano firme—. Yo pedí hacer este reportaje. Si te vas, mi jefe me despide.

Calixta no sabía qué hacer y él aprovechó su indecisión.

—Señora Martina —le impresionó que supiera el nombre de su mami—, ¿qué le parece que Calixta empiece jugando con las sábanas, ya sabe, en alguna postura insinuante?

—Bueno… —La mujer estaba halagada por las atenciones del joven —. Usted sabe más que yo de esto…

—¿Qué te parece a ti? —preguntó a Calixta.

—Yo no sé posar.

—Tranquila, estoy seguro de que lo harás muy bien. Tienes una mirada increíble, ¿verdad, señora Martina? Se parece a la de Elizabeth Taylor.

—*Cleopatra* es una de mis películas favoritas. Anda, date prisa o nos pasaremos aquí toda la mañana.

Calixta salió del baño con un albornoz y se sentó en la cama, incapaz de desnudarse.

—Vamos, muchacha. —La señora Martina miraba el reloj—. Es lo mismo que haces en El Molino.

Calixta no lo sentía así. El escenario era una barrera invisible que la mantenía a salvo de los espectadores. Las luces y el humo del tabaco creaban un ambiente irreal y sus compañeras la arropaban con una

falsa sensación de seguridad. Sin embargo, allí estaba sola frente a la cámara. El objetivo se centraría en ella, convirtiéndola en una vulgar Mesalina.

—Señora Martina —intervino Felipe—, le voy a pedir un favor. Tengo que poner la iluminación y tardaré una media hora. Cerca de aquí hay una panadería donde dejé pagadas unas cocas buenísimas: son un regalo para usted, por su inapreciable ayuda. Sé que es muy poco caballeroso por mi parte, pero si pudiera usted recogerlas…

—¿Puedo fiarme de usted, joven?

—Tiene mi palabra.

En cuanto su mami salió por la puerta, Felipe dejó la cámara sobre la mesa de escritorio.

—Es más fácil de lo que piensas.

Calixta sintió pavor cuando él se detuvo a su lado. Solo había estado una vez en un hotel, el día del suicidio de su marido, el día que casi muere.

Con gran delicadeza, Felipe le pasó la mano por detrás de la nuca y ahuecó la melena negra. Deslizó el albornoz por los hombros hasta la altura de los pechos. El olor del *after shave* sacudió a Calixta y se imaginó besando su cuello, que formaba un ángulo recto con la mandíbula. Era la primera vez que sentía algo así. Las piernas le temblaron y él le acarició la cara con suavidad.

Avergonzada, trató de cubrirse con las sábanas. Felipe la detuvo con sus fuertes manos y mirada intensa.

—Tranquila.

Soltó el cinturón del albornoz y lo dejó caer al suelo.

—Olvídate del hotel —le indicó él—, olvídate de la cama y de mí. Imagina que estás actuando. Cierra los ojos y piensa en los focos, en tu público, en los aplausos… Eres La Viuda, la gran supervedete a la que todos admiran y desean.

Calixta cerró los ojos y pensó en El Molino, en las canciones, en los pasos de baile. Se movió sensualmente con la música que sonaba en su cabeza. Felipe empuñó la cámara y le dio algunas indicaciones. Calixta abrió los ojos y obedeció. La cámara y ella danzaron durante media hora con una armonía perfecta, como una pareja que lleva toda la vida practicando.

* * *

La señora Martina estaba inquieta por lo ocurrido en su ausencia y guardó silencio todo el camino de regreso.

Sin embargo, cuando el reportaje vio la luz, se mostró complacida.

—Esto es lo que tu carrera necesita.

Calixta aparecía en la portada de la revista, de pie delante de la cama, con las sábanas entre las manos, dejando un pecho y la cadera al descubierto.

«Joven, ardiente… y viuda. Así es la nueva estrella de El Molino.»

En el interior, había más fotos en distintas poses y unas declaraciones inventadas por un redactor.

Ese día, Felipe la esperó a la salida del trabajo, para disgusto de la señora Martina. Tomaron una copa y acabaron en la habitación de la pensión de Calixta.

Se besaron. Ella no sabía qué hacer con su deseo, solo quería perderse en el olor varonil de Felipe, en la piel suave.

Él la tumbó en la cama y la besó despacio, le acarició el cuerpo y retiró las prendas con manos diestras. Las imágenes de la noche de bodas volvieron de nuevo. Esperaba los golpes, el dolor, la humillación. Nada de eso ocurrió. Sus caricias eran suaves y firmes, dulces y seguras.

—No quiero quedarme embarazada —susurró.

—Tranquila. —Felipe sacó un preservativo de la cartera.

Aquella noche, Calixta comprendió por qué había gente dispuesta a matar y morir por amor y sexo.

A los pocos meses, Felipe y Calixta vivían juntos en un pequeño piso de alquiler. La felicidad les duró un instante. Una mañana, él llegó cargado con un saco. Madrugó mucho, tanto que Calixta no lo oyó salir de casa.

Ella desayunaba en la cocina con vistas a un patio interior cuando Felipe irrumpió como un torbellino.

—Quiero casarme contigo.

—¿A qué viene eso ahora?

Felipe vació el saco en el suelo. Cayeron las revistas en las que Calixta era portada.

—Vengo del rastro, el próximo domingo volveré hasta que no quede nada de esto.

—La mayoría de esas fotos me las hiciste tú.

—Y ahora quiero casarme contigo y que dejes toda esta mierda. El Molino no es lugar para una mujer decente.

Calixta no conocía a los padres de Felipe y Sonsoles tampoco le hablaba. Su trabajo les pasaba factura.

—Tengo que pensarlo.

Felipe, furioso, comenzó a destrozar las revistas. Calixta abandonó la cocina, llorando.

Esa noche, tras la sesión, la señora Martina entró en el camerino.

—Te has equivocado en dos pasos del primer número y apenas te salía la voz al cantar.

—Estoy un poco acatarrada.

—Pues toma infusiones de tomillo con miel. Por cierto —desvió la mirada antes de continuar—, una compañera me dijo que la Dolors ha muerto.

—¿Qué? No, no es posible.

—En la cárcel. La causa oficial es enfermedad infecciosa. Tomó malas decisiones. Al menos, ya no sufrirá más.

Calixta permaneció en silencio unos segundos. Comprendía el mensaje, pero había tomado la decisión.

—Actuaré un mes más y me retiraré.

—Eso está por ver.

Si algo caracterizaba a la señora Martina era su obstinación. Calixta sintió miedo.

21

Año 1936

> «Siempre hemos vivido en la miseria y nos acomodaremos a ella por algún tiempo, pero no olvidéis que los obreros somos los únicos productores de riqueza. Somos nosotros, los obreros, los que hacemos marchar las máquinas en las industrias, los que extraemos el carbón en las minas, los que construimos ciudades. ¿Por qué no vamos, pues, a construir y, aún en mejores condiciones, reemplazar lo destruido? Sabemos que no vamos a heredar nada más que ruinas porque la burguesía tratará de arruinar el mundo en la última fase de su historia, pero a nosotros no nos dan miedo las ruinas porque llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Ese mundo está creciendo en este instante.»

La radio escupía con fuerza la voz de Durruti, el dirigente de la CNT que comandaba una de las principales columnas del frente de Aragón.

El alguacil la apagó. Todos los parroquianos del bar permanecían inmóviles, bebiendo de su vaso de vino o mistela.

—¡Jodo, maños! Tenemos que unirnos a la columna de Durruti —se puso en pie—. Están asentados en Bujaraloz y esperan refuerzos para lanzar una ofensiva sobre Zaragoza. Si tomamos Zaragoza, los golpistas ya no tendrán nada que hacer.

—¡Vete a *escaparrar!* —gritó Crispo—. Los de Durruti son cuatro matados con menos rasmia que mi abuela, que en paz descanse. Esa columna hace duelo con solo mirarla. Dejaos de columnas y vamos a cazar mosenes, que esos curas papitiesos siempre están al lado del poder y la burguesía. Todos sabemos que en este pueblo se esconde el vicario de Aguinaliu. ¿Quién viene conmigo a darle su *merecío?*

Crispo tenía veintipocos años y su expresión irradiaba desprecio a través de unos rasgos muy marcados y desagradables: ojos saltones, nariz puntiaguda y torcida, boca grande con dientes apiñados. Vestía un mono azul, el mismo con el que trabajaba la tierra cada día, y llevaba más porquería que el palo de un gallinero.

—No seas metete, *maltrazau*. Deja en paz a mosén Jesús. —El alguacil le dedicó una mirada de intenso odio. Él estaba más cerca de los cuarenta—. Mosén Jesús Arnau es hijo del pueblo y sus padres le dan cobijo. Ya fue juzgado públicamente en el ayuntamiento y fue absuelto. Nadie le tocará un pelo.

—Ese *zangüengo* entró a la Iglesia para darle por culo a los monaguillos. Le vamos a cortar los huevos, por maricón y por cura.

El alguacil rompió el vaso de vino contra la barra y, con la mano ensangrentada, colocó un trozo de cristal en el cuello de Crispo.

—¡Eso es mentira, *zepurro!*

Crispo levantó los brazos en señal de rendición y continuó con guasa:

—¡Ay! Huevón, huevón, ¿es que estás enamorado de ese maricón?

Agustín, un amigo de Crispo, apareció por detrás y derribó al alguacil de un botellazo en la cabeza. Crispo sonrió agradecido y le pegó una patada en la cara a su adversario. Otro parroquiano le estampó una botella a Agustín. Se enzarzaron en una pelea, mientas Crispo le daba patadas al alguacil. El camarero sacó una escopeta de detrás de la barra y le apuntó.

—¡Déjalo en paz, cagabandurrias! Lo vas a matar.

Crispo levantó las manos.

—Mirad al seboso, que se nos pone envidioso. —Seis muchachos se acercaron desde el otro lado de la barra para apoyar a Crispo—. ¿Tienes cartuchos para todos, tragaldabas?

El resto de los hombres los rodearon.

—Será mejor que os vayáis de aquí, pues —gritó uno.

—Los *estalentaos* no sois bien recibidos.

Crispo miró alrededor y comprendió que no podían ganar.

—¡Me dais *pampurrias!* —gritó con una sonrisa cínica—. Nos vamos a por ese maricón del mosén.

El camarero bajó la escopeta y le apuntó a los genitales.

—Si le tocas un pelo a mosén Jesús, te juro por mis muertos que no serás padre en esta vida. ¡Arrea!

Crispo soltó una carcajada y alargó la mano para apartar los dos ojos negros que señalaban su parte preferida del cuerpo.

—Tú ganas, pues —exclamó—. Nos iremos de caza fuera del pueblo. —Miró al alguacil en el suelo con la cara ensangrentada—. Y ahora, sacad el badil para escobar esta mierda.

Dos hombres se acercaron a ayudarle.

—¡A *corronchar!* —le gritó uno a Crispo.

—¡Amuélate!

Él salió, seguido por sus amigos.

—Eh, Crispo, ¿vamos a ir a por el mosén, pues? —preguntó Agustín, apretándose el lado izquierdo de la cabeza, que le sangraba en abundancia.

—Bah, no vamos a ir de propio a su casa. Ya lo *escaparramos* otro día. Para hoy *me se* ocurre otra idea. Tráete tu camioneta, que en ese cacharro cabemos todos.

—Si la tuya es más grande. Y estoy un poco *atarantau* que tengo la

cabeza *espiazá*.

—¡Pues aguántate! Que me *s'acaba* de ocurrir cómo mojar la minga esta noche. Y no nos va a costar ni una perra.

* * *

El monasterio de Sigena estaba en mitad del campo, en una zona pantanosa que siempre se inundaba con la lluvia. Por suerte, llovía poco en verano. Tras media hora de camino, la camioneta paró frente a la puerta principal y la iluminó con los faros. Agustín y Crispo bajaron de la cabina, los otros seis saltaron de la parte de atrás. Uno de ellos echó un trago de la bota de vino y vomitó sobre sus propios zapatos.

—Ontiñena, tripa llena, si no de pan, de arena. ¡Me cago en vuestros muertos!

Todos tenían el estómago revuelto. El alcohol y las curvas de la carretera de Ontiñena no hacían buenas migas.

—Me encuentro un poco *atolondrao*. —Agustín apoyó la espalda contra el muro y cayó en el suelo. Llevaba la camisa y el pantalón empapados de sangre, que aún fluía de la herida de la cabeza.

—Venga, a ti lo que te pasa es que preferías taladrar el culo al cura. ¿Eh, Agustín? Que eres un poco mariconcín —rio Crispo—. Pero qué más te da un culo que otro, laminero, tú cierra los ojos y ya está. Además, seguro que estos están más apretadicos.

Crispo le dio un golpe amistoso en el hombro y se acercó a la puerta.

—Estas pelafustranas llevan años restregando el coño contra los maderos de la cruz —gritó Crispo—. Esta noche les vamos a enseñar lo que es un garrote de carne y hueso.

—Qué dices, maño, que la minga no tiene hueso —rebatió otro de sus acompañantes.

—¿Ah, no? —gruñó Crispo—. ¿Y cómo cojones crees que se pone tan dura? ¿Acaso has estudiado *atonomía,* adoquín?

Crispo le pegó una patada a la puerta de madera. Retumbó y se mantuvo impasible.

—¡Abrid! —se apretó los testículos—. ¡Aquí os traigo un tazón de leche calentica!

Nadie abrió. Los otros seis también pegaron patadas sin resultado. Agustín los observaba desde el suelo, taponándose la herida con la mano.

—Estas lumias no van a abrir —dijo uno.

—Ya verás si abren.

Crispo arrancó la camioneta y dio la vuelta hasta el embudo que dibujaba la portada de estilo románico de la iglesia. Trece columnas cilíndricas se distribuían de forma escalonada a ambos lados de la puerta de madera, sosteniendo otras tantas arquivoltas.

Sus amigos caminaban y gritaban detrás de él. Entre dos llevaban a Agustín, que no se tenía en pie. Lo sentaron en un banco junto a la entrada.

Crispo apretó el acelerador a fondo y estuvo a punto de atropellar a sus compañeros. El pesado vehículo atravesó el portón de la iglesia, arrolló los bancos de madera y se empotró contra el coro. Se golpeó la cabeza con el cristal, pero ni siquiera sintió el dolor. Bajó eufórico y observó con placer la devastación que dejaba a su paso.

Los otros entraron corriendo y abrieron la puerta que daba al claustro. Crispo entró por otra al fondo de la iglesia que llevaba a una amplia sala con una mesa alargada y vacía, el refectorio. Pegó patadas a los muebles que encontraba en el camino. Atravesó la cocina, el locutorio y el noviciado, antes de llegar a los dormitorios. Allí estaban los otros.

—¡Jodo! Muy pronto para estar planchando la oreja, ¿no?

—Tienen que estar aquí —gruñó Crispo, y notó la presión en la polla endurecida—. Estas pelafustranas se pasan la vida en la cama.

Abrió una puerta. La celda, pequeña y austera, estaba vacía a excepción de un catre. Sobre él había ropa doblada. Crispo la cogió, furioso. Era un hábito de monja.

—¿Qué coño?

—Estas zorras se han ido.

—¿En pelotas?

—Los del pueblo les habrán dejado ropa. Las han escondido.

Uno de ellos se cubrió el pecho con el hábito, riendo.

—¿Me queda bien?

—Sí, póntelo y te follaremos a ti, pues —bromeó otro—. Me *paice* que será lo único que pillemos esta noche.

La ira rasgó la cara de Crispo, afeando más su repulsivo rostro. Le pegó una patada en la barriga al que jugaba con el hábito. El otro tiró la ropa al suelo y cerró los puños, pero Crispo le apuntó con un revólver que le había robado al cadáver de un miliciano. El muchacho retrocedió y salió de la habitación. Crispo encendió un cigarrillo y sonrió, mostrando sus desagradables y afilados dientes. Lanzó la cerilla sobre el catre.

—Coged lo que haya de valor, pues. Vamos a hacer unas brasicas *pa* calentarnos.

—Si estamos en verano… —El que se había atrevido a hablar calló

ante la mirada de Crispo.

Abandonaron la celda mientras él observaba las llamas volar sobre las mantas, un espectáculo hipnótico que le levantaba la moral.

Registraron todas las habitaciones.

—Aquí no hay nada que valga un cojón de mico.

Volvieron al claustro y entraron en la sala capitular.

—¡Eh, qué pinturas más majicas! —exclamó uno, asombrado por las imágenes que decoraban las paredes.

Había muebles de madera muy coloridos, baúles, mesas y sillas. Nada de valor, como joyas u objetos de plata.

—Pegadle fuego —ordenó Crispo.

—Pero esta sala…

Crispo le apuntó con el revólver.

—Calla, romancero. La única iglesia que ilumina es la que arde. ¿Entendido? —El otro bajó la cabeza—. Arderá, pues.

Crispo volvió a la iglesia. Otro amigo estaba junto al altar. Había un ensanche a la izquierda. Lo siguió.

—Es el panteón de los reyes. —Señaló un sarcófago de piedra.

—Pedro II, rey de Aragón —leyó Crispo con dificultad—. Tú estás atontado, adoquín. ¿Desde cuándo Aragón tiene reyes?

—Los tuvo. Me lo dijo mi madre.

—Si tu madre no sabe ni picota. ¡Arrea!

Entre los dos tiraron la tapa del sarcófago al suelo. El interior estaba vacío. El otro chico arrastró los dedos por la gruesa capa de polvo que cubría el fondo. Rozó algo duro y sintió un calambrazo.

—¡Jodo!

—¿Qué es?

—No sé, maño, me ha dado un tozolón.

—Esto es un tozolón. —Crispo le estampó la mano en el cogote. El otro lo miró con sorpresa, frotando la cabeza dolorida—. Cógelo, pues.

—Cógelo tú.

Crispo acercó la mano, con miedo. Hundió los dedos en el polvo y cogió el objeto enterrado. Se quedó inmóvil unos segundos, con los ojos abiertos de par en par y los párpados temblando espasmódicamente. Una poderosa energía recorrió su cuerpo, a la vez que una serie de imágenes le inundaban la cabeza.

—¡Jodo! Esto es muy raro —exclamó cuando recuperó la conciencia.

Ambos observaron con curiosidad lo que llevaba en la mano. Era la figura en piedra de un brazo con el puño cerrado y el pulgar asomando entre el índice y el corazón.

—Déjame ver. —El otro intentó cogerlo, pero Crispo lo escondió

detrás de su cuerpo.

—¡Que te jodan!

Crispo no comprendía lo que acababa de suceder, pero sabía que aquel objeto era especial.

Y muy poderoso.

—¡Déjame verlo! —insistió el otro.

Crispo sacó el revólver y le voló la cabeza. Guardó el objeto en el bolsillo y encendió un cigarro. Mientras fumaba, metió el cuerpo en el sarcófago, lo cubrió con un tapiz y le pegó fuego.

Ya tenía ganas de matar a alguien esa noche.

Fuera de la iglesia encontró a sus compañeros. Agustín estaba tumbado junto a la puerta, inmóvil. Lo arrastraron hasta una distancia prudencial, alejados del calor de las llamas. Tenía los ojos abiertos y vidriosos.

—¿La ha *plegau?* —preguntó uno.

Crispo se encogió de hombros.

—Era un zarrio —y señaló al monasterio—. La única iglesia que ilumina es la que arde.

Bebieron de la bota hasta quedarse dormidos.

* * *

El ruido y el traqueteo de varios motores los despertó al amanecer. Tres camiones pararon frente a ellos y escupieron a varios hombres vestidos con monos de trabajo. El que los encabezaba era muy moreno, de cara ancha y labios gruesos, llevaba una vieja gorra de cuero.

—¿Qué pasa aquí? —les preguntó a ellos.

Al escuchar la voz, Crispo supo que era Durruti. Pensó que se alegraría de que hubieran quemado el monasterio. Antes de contestar, Durruti ordenó a sus hombres:

—Cerrad este recinto y poned una guardia, porque una fotografía de esto nos hará más mal que todos los cañones de los fascistas juntos.

Crispo se tragó la sonrisa y tocó la figurilla que guardaba en el bolsillo. De alguna forma, tenía que agradecerle no haber contestado a Durruti antes de conocer su opinión.

—Andábamos por los andurriales hacia Bujaraloz para sumarnos a la columna cuando vimos las llamas —mintió Crispo—. Salimos disparaos *p'al* monasterio y encontramos a este *estalentao* —pegó una patada al cuerpo inerte de Agustín— prendiéndolo todo. Le dimos un buen tozolón, pero ya era tarde para detenerlo.

Durruti sonrió ante la explicación. Aquel tipo tenía un aspecto muy

desagradable, pero no todos los republicanos tenían que ser guapos.

—Está bien, con Durruti habéis topado. Subid a los camiones. Os llevaremos a Bujaraloz para que os unáis a las milicias libertarias del Frente de Aragón.

22

Año 2018

Cuando volvió de Fraga, Vera subió al dormitorio y abrió el armario de Toki, como una intrusa fisgando entre las prendas que aún atesoraban la esencia de su legítima dueña.

La ropa estaba planchada y olía a lavanda. Y ella necesitaba compensar su escaso equipaje. Sacó una chaqueta de lana gris, perfecta para soportar el frío de la casa. Era de su talla.

Tenía un whatsapp de Assumpta.

«Eres una zorra, seguro que le has echado el ojo a algún granjero buenorro y no te irás hasta que te plante el nabo entre las piernas.»

Vera sonrió y contestó con el emoji del dedo hacia arriba. Assumpta tenía la misma elegancia y delicadeza que Rita Hayworth bailando la danza de los siete velos en *Salomé*. Si algún día tenía hijos, jamás los matricularía en un colegio de monjas.

Cortó unas acelgas del huerto y las reservó para la cena.

Vació sobre la mesa de la cocina el sobre que había conseguido en la estación de autobuses. Las fotos de Toki quedaron amontonadas, sin espacio para distribuirlas y verlas en conjunto. Vertió en un termo el café, tan denso como las aguas del río Estigia, y recogió sus cosas. Le costó subir por las estrechas escaleras del granero con las manos ocupadas. Lo dejó todo sobre la mesa y colgó las fotos de las cuerdas que recorrían la pared. Por fin tenía un espacio de trabajo adaptado a sus necesidades.

Reconoció la mano de una profesional en aquellas instantáneas. A pesar de su valor meramente documental, los encuadres eran buenos y la iluminación cuidada, buscando siempre los contras en las fotos de día. En cuanto al contenido, había fotos de gente sin identificar, del pueblo y de las instalaciones de Semilia. La fábrica estaba rodeada por dos vallas, una electrificada, y la garita de un guardia custodiaba la entrada. Vera conocía esa foto, fue la que inspiró las últimas frases de su artículo.

«¿Por qué una fábrica de semillas protege sus instalaciones con las mismas medidas de seguridad que una cárcel? ¿Qué esconde Semilia?»

Insertó el pen drive. Estaba ansiosa por descubrir lo que Toki ocultaba con tanto celo.

—Veamos qué tienes para mí.

Abrió el explorador de archivos. La información estaba organizada en carpetas: «Actores», «Crispos», «Fotos», «Hechos probados», «Hechos relevantes», «Hipótesis», «Pruebas» y «Semilia».

Copió toda la información en su disco duro y creó otra carpeta con su nombre para guardar sus documentos. Abrió un archivo de Word para tomar notas.

Decidió empezar por Semilia, la empresa que obsesionaba a Toki, la culpable de que ella perdiera el trabajo.

Tras un sorbo de café, abrió la carpeta con un doble clic. Dentro había varios documentos de texto: «Conexiones comerciales», «Conexiones políticas», «Fotos», «Historia», «Info empresa», «Info general» y «Productos».

Pinchó en «Info general» esperando un resumen, un primer contacto antes de entrar en harina.

El documento contaba la historia de la empresa fundada en los años 80 con el objetivo de convertirse en el principal proveedor de semillas de la comarca. Desde el principio, iniciaron sus experimentos genéticos para conseguir cosechas resistentes a los herbicidas que ellos mismos fabricaban. Esto fue una revolución: los agricultores estaban encantados de rociar los campos con litros y litros de herbicidas que mataban las malas hierbas sin dañar la cosecha. Después, sacaron los plaguicidas, para acabar con las plagas que, según Toki, ellos mismos incorporaban en las semillas que vendían. Era una forma muy inteligente de controlar la producción. Las semillas transgénicas estaban patentadas; por tanto, el agricultor no podía guardar parte de la cosecha para sembrar al año siguiente: siempre tenía que comprar el grano a Semilia. Un negocio redondo para la empresa y muy pernicioso para los agricultores.

A finales de los 90 aparecieron las primeras denuncias por enfermedades relacionadas con los pesticidas. En la década de 2000 las denuncias se multiplicaron. Los demandantes aportaban pruebas y análisis que intentaban demostrar una correlación directa entre la exposición a los productos y la aparición de problemas de fertilidad y gestación, diversos tipos de cáncer y enfermedades inmunológicas y degenerativas.

Además, estos químicos se acumulaban en la tierra, cada vez más contaminada. Estaban acabando con los agricultores y con el medio de vida de las futuras generaciones.

Todas las denuncias fueron desestimadas por falta de pruebas. La gente enferma tenía una mayor concentración de estos químicos en el cuerpo, pero eso no demostraba que provocaran la enfermedad. Al menos, eso dictaminaron los jueces.

Por otra parte, la legislación europea era muy restrictiva con los productos transgénicos. A principios de siglo, establecieron un procedimiento para autorizar la comercialización de cultivos transgénicos en el mercado de la UE, un procedimiento complejo que requería mucho tiempo —de cuatro a seis años— y mucho dinero —de siete a quince millones de euros—. Lo más curioso es que aprobaron varios cultivos de Semilia y solo uno de otra multinacional.

¿Cómo consiguió Semilia ponerse por delante de las grandes multinacionales? Toki remitía a la carpeta «Hipótesis».

En el archivo «Fotos» encontró una tabla con el número y descripción de las instantáneas relacionadas con Semilia. Algunas eran las mismas que tenía en papel; otras estaban solo en digital. Toki le había enviado unas pocas por e-mail. El director de Semilia, Peter Dumpen, un tipo con piel acartonada y un enorme bigote, salía de una cafetería concurrida de Huesca. Junto a él estaba César Galán, el dueño de las tierras que ocupaba Semilia y socio del negocio. A pesar de la edad, Galán era un hombre alto y espigado, de mirada feroz.

Las siguientes fotos, de peor calidad, eran de lugares dispares como Fraga, Barcelona, Madrid o Bruselas, donde César alternaba con políticos españoles y europeos. Toki había contratado a un detective para tomarlas y explicaba que Semilia estaba presionando para que los alimentos creados con CRISPR no sufrieran las mismas restricciones que los transgénicos tradicionales. Querían que esos productos fueran los reyes de los lineales de los supermercados.

¿Qué demonios era CRISPR?

Para más información, Toki remitía a la carpeta «Hechos probados».

Vera escribió el término en Google y el buscador le devolvió complejas explicaciones sobre una nueva técnica de manipulación genética. Lo analizaría después con más calma.

En las fotos también aparecía César Galán con altos cargos de multinacionales farmacéuticas. Sin más explicaciones, Toki remitía a la sección de «Hipótesis».

Vera abrió el informe de Hacienda que había solicitado para su artículo. Las cuentas de Semilia estaban saneadas con un balance positivo de varios millones de euros. Contaban con veinte trabajadores en plantilla, pocos para el nivel de facturación. La empresa declaraba sus impuestos y no tenía deudas con el fisco.

Semilia tenía la sede en Candasnos y había sido fundada por tres socios en 1983. César Galán era el administrador único y el de mayor porcentaje de participación. Los otros eran un hombre y una mujer que no le sonaban de nada. En el año 2000, la empresa cambió de

propietario, y pasó a ser Peter Dumpen, el actual director, el administrador único.

Le llamó la atención que César hiciera el cambio de titularidad justo cuando la empresa tuvo que enfrentarse a más demandas por enfermedades. Era evidente que Peter Dumpen era solo un testaferro.

Apuntó en su archivo todos los nombres para buscar más información.

Por último, el informe contenía el listado de proveedores y clientes de Semilia. Lo guardó también.

Tenía frío. Con la excitación había olvidado encender la estufa. El tubo ascendía por el granero y lo caldeaba. Bajó a la cocina. Miró por la ventana que daba al corral, mientras trataba de digerir la información. La tarde comenzaba a caer y las plantas reemplazaron el verde intenso por un color ceniza, mustias, como almas arrastradas por Mercurio hacia el inframundo.

Subió de nuevo al granero y se sirvió otra taza de café. Con curiosidad, abrió la carpeta «Crispos». Apartó un mechón rebelde de su moño mientras leía el documento.

Toki explicaba que el padre de César Galán se llamaba Crispo y de ahí venía el mote familiar. Durante la dictadura ocupó el puesto de alguacil, lo que le permitió enriquecerse con diversos chanchullos. Su primera esposa murió muy joven y algunos rumores apuntaban a que Crispo la mató. Después se casó con Renata, con quien tuvo seis hijos. César era el menor y el único con estudios superiores.

El documento recogía muchas historias desagradables. Crispo monopolizaba el trabajo del pueblo y obligaba a mujeres jóvenes a acceder a sus exigencias. Después, disfrutaba llamándolas «putas» delante de sus propios maridos, que agachaban la cabeza conscientes de que el pan de sus hijos, legítimos o bastardos, estaba en juego.

Cuando Crispo murió en 1974, su hijo menor tomó el control de la familia y del pueblo. Según Toki, César Galán se ganó el respeto de mucha gente mostrando una cara más amable que la de su padre. Un lobo con piel de cordero.

En los años 80, César fundó la empresa Semilia en los terrenos de la familia. En este punto, remitía a la carpeta «Semilia» para más información.

En otro documento de la misma carpeta, «Crispos», había un extenso árbol genealógico con fechas de casamientos, nacimientos y defunciones. Dada la fama del patriarca, era de suponer que la familia ilegítima sería más amplia.

Vera se levantó y dio varias vueltas por la estancia. La ventana quedó cegada por la oscuridad absoluta del exterior y la bombilla que

colgaba del techo apenas alumbraba.

Estaba saturada de tanta información y emocionada con lo que iba descubriendo. Cómo echaba de menos a Assumpta, tomar una cerveza con ella le ayudaría a relajarse y pensar con claridad.

Sentía una apremiante presión en la vejiga, pero no tenía ganas de bajar al corral. Reparó en el orinal junto al catre. Lo utilizó y siguió con la lectura.

Dentro de la carpeta «Crispos», abrió otro documento más titulado «Tablillas». Las tablillas de maldición se utilizaban con frecuencia en las culturas griega y romana. Una persona pedía a un dios que hiciera daño a otra, generalmente como venganza. Las maldiciones, escritas en finas láminas de plomo o madera o en hojas de papiros, se enterraban en tumbas, se arrojaban a manantiales o se escondían en santuarios subterráneos. Las tablillas utilizaban un lenguaje relacionado con la justicia, y a veces incluían el listado de delitos y el castigo propuesto: una mala vida sexual, sufrimiento, pérdida del habla o muerte. Iban dirigidas al dios Mercurio y a otros dioses del inframundo o liminares, los que ocupaban el umbral entre la vida y la muerte.

Vera no entendía la lógica de Toki al situar la descripción de las tablillas de maldición en la misma carpeta que la genealogía de la familia Galán. ¿Creía que utilizaban aquellas supersticiones romanas? ¿Creía que los caciques eran sacerdotes del templo de Mercurio?

—Mierda, Toki, estabas como una cabra y me has arrastrado a tus desvaríos.

Suspiró, recostada en la silla. La Balsa Buena era una prueba irrefutable de los orígenes romanos de Candasnos, un punto de abastecimiento para los viajeros que recorrían la Vía Augusta. En aquella época lejana, el terreno no era tan árido. De hecho, el nombre de Monegros provenía de «montes negros», el color de los bosques de sabinas.

¿Llegarían tan lejos las raíces de los Crispos, hasta época romana?

Con una idea general de Semilia y la familia de los caciques, optó por continuar con la carpeta que Toki referenciaba varias veces «Hipótesis». Contenía dos archivos: «Club Bilderberg» e «Illuminati».

Eran los nombres más populares en las teorías de la conspiración mundial. Vera se echó las manos a la cabeza. Era una pérdida de tiempo: Toki estaba completamente loca.

Con cierta desgana, examinó el contenido de los documentos. Cada uno contenía un artículo de Wikipedia completado con notas e información de otros lugares.

¿Estaba insinuando Toki que Semilia formaba parte de una

conspiración mundial?

Aquello era absurdo. ¿Qué poder tenía una pequeña empresa ubicada en un pueblo perdido de los Monegros?

Vera pensó en las fotos de César con altos cargos políticos y dirigentes de grandes multinacionales farmacéuticas. Quizá la idea no fuera tan descabellada.

El rugido de sus tripas le avisó de que era hora de cenar. Echó un vistazo rápido a los demás documentos y lo dejó.

Bajó con cuidado de no derramar el orinal y lo limpió en el baño. En la cocina, puso las acelgas a hervir. Las serviría con aceite, ajo y un poco de sal.

Estaba aturdida con tanta información. Intentó poner música en el móvil, pero en la planta baja casi no había cobertura. Quizá por eso Toki decidió instalar el estudio en el granero.

No sabía qué pensar. Toki hablaba de maldiciones romanas y de conspiraciones mundiales. Tal vez estaba enamorada de César desde pequeña, él no le hacía caso y ahora ella ejecutaba una venganza a través de acusaciones inventadas y teorías rocambolescas.

Esta explicación parecía razonable.

Sin embargo, las denuncias contra Semilia eran reales, y las fotos de César con los altos cargos, también.

Y no podía olvidar el miedo con el que Toki vivía, encerrada en su casa, cultivando su propia comida y protegida con rejas, cámaras y sensores de movimiento. Además, su muerte no era menos extraña.

Era posible que Toki fuera una loca o una paranoica, pero a Vera su instinto de periodista le decía que algo de verdad había en sus teorías.

23

Año 1956

El día que cumplió siete años, su padre lo sacó de la escuela y lo puso de pastor. El día que cumplió dieciséis, Paco abandonó el pueblo.

Llevaba nueve años trabajando sin descansar ningún día, ni siquiera en Navidad o Nochevieja, y nunca recibió nada a cambio. Su único pago eran las patadas y puñetazos de su padre sin motivo.

Paco ya no aguantaba más, y en medio de la última paliza no pudo evitar defenderse. Elevó la mano cerrada en un puño recio y duro como un martillo que se estampó contra el rostro de aquel hombre bruto y deshumanizado, incapaz de albergar sentimientos hacia su mujer y su hijo. En ese momento, decidió que debía marcharse.

Paco era un hombre fuerte, muy fuerte, después de años de duro trabajo. Nunca dejó de estudiar. Al principio, con los libros que robaba de la escuela; después, con los que le traía el buhonero del pueblo y que él compraba con el dinero de las horas extra que su padre no controlaba. Su sueldo lo entregaba íntegro en casa.

Estudió matemáticas, lengua, historia y francés. De este último, conocía bastante vocabulario. Algunas palabras eran parecidas al *chapurriao* que se habla en Fraga, aunque Miguel le dijo que el francés no se leía igual que se escribía.

Alguna vez el buhonero le regaló una novela, pero a él no le gustaba la ficción. Leía para aprender, no para entretenerse.

Le costó tomar la decisión de dejar el pueblo. Aunque no tenía otra salida, le dolió dejar a su madre. Pero no tuvo miedo. Esta vez no lo habían abandonado en mitad del monte como cuando era un niño. Ahora sabía adónde ir, cómo buscarse la vida.

Vivió varios meses en Manresa, donde trabajaba como albañil. Allí oyó hablar por primera vez de los movimientos clandestinos de lucha contra el régimen. Él nunca se había interesado por ellos. Había oído hablar por la radio de los maquis, bandoleros que vivían en las montañas y se dedicaban a robar y asesinar a gente decente. Él no quería tener nada que ver con esa chusma. Paco creía en el esfuerzo, en el trabajo duro, en ganarse la vida con las manos.

Sin embargo, un compañero le contó algo que sí le interesó. Le dijo que había estado en Francia y que allí tenían una cosa increíble con la que ellos ni siquiera soñaban: libertad.

Esa palabra era un sueño para un muchacho nacido en la posguerra, criado por un padre sin escrúpulos, bajo un régimen autoritario. Por suerte, ya habían desaparecido las cartillas de racionamiento, pero los jóvenes continuaban asfixiados por las normas impuestas por la Iglesia y vigiladas por la Guardia Civil, obligados a la misa de domingo, a trabajar gratis cuando los caciques lo requerían, sin opciones para divertirse y, sobre todo, para relacionarse con las chicas de su edad.

—En los cines de Francia *pots* ver películas de besos, con lengua y *tot* —le dijo—. Y las gabachas son unas guarras. Allí follas seguro, *sense* casarte ni ná. Lo único malo es que casi *totes tenen* bigote.

Paco nunca había tenido novia.

—¿Y cómo *pichorros* cruzaste la frontera?

—*Pots* pagar a un *passador,* pero es bastante caro. Lo mejor es que pidas *treball* a algún *comerciant*.

—¿Para qué?

Su amigo miró a ambos lados antes de continuar.

—A un estraperlista, idiota. Te pasan la frontera y encima te pagan.

Le dio una dirección y al día siguiente Paco se presentó en busca de trabajo. El hombre lo examinó de arriba abajo. Le palpó los brazos y la espalda para comprobar su musculatura.

—*Molt bé, eres fort*. Tendrás que cargar un saco para pasar la frontera.

* * *

Paco estaba entusiasmado con la idea de pisar suelo francés. Iban diez hombres en la parte de atrás de un camión. A unos cinco kilómetros del paso de montaña la Col Pregon, se detuvo a un lado de la carretera y bajaron todos. Cada uno cargó un saco de cincuenta kilos. Eran parecidos a los de cemento, pero el rótulo indicaba que contenían otro material.

—¿Y *pa* qué se usa el permanganato este? —preguntó uno de los hombres.

—Camina, *cagabandúrries* —ordenó el guía.

—He oído que hacen medicamentos —le susurró Paco—. Y también sirve para limpiar el agua.

Tomaron el sendero que subía hacia la cima de la montaña. El paisaje era espectacular. Atravesaron un prado verde antes de llegar al bosque. Al fondo, los picos nevados los rodeaban como una foto de postal.

Comenzó a llover. Aún les quedaban varias horas de caminata. Uno

de los porteadores pegó un grito.

—¡Ah! ¡Quema! ¡Quema!

El papel del saco mojado se había roto y el material oscuro le cubría parte de la chaqueta. Se quitó la ropa agujereada y dejó el torso a la vista. La espalda estaba en carne viva. Los otros lanzaron los sacos al suelo.

—¿Qué coño? —gritó uno.

—Coged los sacos y continuad caminando. —El guía les apuntó con la escopeta—. ¡Vamos!

—El saco lo va a coger tu puta madre —gritó un chico, y saltó sobre él.

El guía apretó el gatillo y lo dejó tieso en el suelo, con el pecho destrozado. El resto de los porteadores echaron a correr. Paco cogió una piedra y se la tiró al guía a la cabeza. Sus años de pastor suponían un extraordinario entrenamiento para afinar la puntería. Acertó. El guía se tambaleó con la pedrada y Paco le arrebató el arma.

—Carga tú con el saco si quieres, hijo de puta. —El otro estaba mareado. La frente le sangraba en abundancia—. Ahora me vas a guiar hasta el pueblo más cercano al otro lado de la frontera.

—Tenemos cinco horas de camino —se quejó el guía, limpiándose la sangre de la cara—. No sé si voy a aguantar.

—Más te vale, o te pego un tiro.

El guía iba delante y Paco le empujaba con la escopeta. Tras dos horas de caminata alcanzaron la cima, la Col Pregon. Un amplio valle se abría ante ellos, entre las montañas.

—Francia —exclamó el guía.

—¿En serio? —Paco no lo creía. Tampoco era tan distinto a España: los mismos árboles, las mismas piedras...

La lluvia no arreciaba, estaban empapados y tenían frío. El clima de alta montaña era duro, incluso en verano.

—Vamos.

El guía temblaba como una torre de naipes en un vagón de tren. Tenía mala cara. Paco lo sujetó por el brazo y le ayudó a caminar. Por suerte, ahora era todo cuesta abajo.

Al cabo de un rato, el tipo se derrumbó. Paco le tocó la frente: tenía fiebre. Lo cargó sobre el hombro y caminó con él a cuestas. Pesaba bastante más que el saco de permanganato que había dejado abandonado junto al cadáver de un compañero. El peso no era problema para él, algo bueno tenía haber trabajado toda la vida como una bestia.

No sabía hacia dónde ir, así que caminó en línea recta. Paró a descansar y dejó al guía apoyado contra un árbol. Cuando levantó la

cabeza tras haberlo acomodado, descubrió a un tipo delante de él. Le apuntaba con una ametralladora que le recordó a las de los gánsteres de las películas que alguna vez había visto en el cine del pueblo.

—¿Quién eres? —Pese al arma, parecía tranquilo y preguntaba más con curiosidad que con animadversión. Era alto, con el pelo corto y rizado y un fino bigote sobre una sonrisa que sufría la falta de varios dientes.

—Soy Paco —dijo él, con las manos en alto—. Este es mi guía. Está enfermo y nos hemos perdido.

—¿Qué hacéis aquí?

—Traíamos un cargamento a Francia, pero empezó a llover y tuvimos que abandonarlo.

—¿Permanganato? —sonrió el otro.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Soy Face —bajó el arma y le estrechó la mano—. Venid conmigo al *mas* Graboudeille. Os ayudaremos.

Paco cargó con el guía y lo siguió. Los *mases* eran construcciones para guardar los aperos del campo y protegerse del frío, aunque este era más grande de lo habitual y estaba bien acondicionado. En él encontraron a cuatro hombres alrededor del fuego. Un guiso de caza llenaba la estancia con un olor agradable y familiar. Acostaron al guía junto a la hoguera y lo taparon con un par de mantas. En el suelo había varias pilas de folletos con el rótulo «Combate» en grandes letras.

—Este es Paco —le presentó Face—. Este es el dueño del *mas* y este es el Quico.

—¿Quico Sabaté? —Paco tragó saliva. Todo el mundo había oído hablar de Quico en la radio y los diarios: el enemigo público número uno del régimen, un asesino, analfabeto y sanguinario, que huyó a Francia y solo entraba en España para robar y matar.

Paco lo observó con miedo, con cautela. Era un hombre muy moreno, de complexión fuerte y espaldas anchas. Su rostro, al contrario que el de Face, mostraba preocupación.

—Ven, siéntate. —La voz de Quico era grave y amable. Le cedió la silla a Paco, que se sentó junto al fuego—. Nano, estás empapado, será mejor que entres en calor.

—Gracias.

Durante la cena, Quico y Face hablaron de una incursión que querían hacer en Barcelona para distribuir los ejemplares de *Combate* en una fábrica.

Paco los observaba sin comprender de qué hablaban. Cuando terminaron, Quico le entregó un folleto de la pila situada junto a la

pared.

—¿Sabes leer? —Paco asintió—. Pues léelo. A ver si te hace pensar.

Quico salió.

—Lo escribió él mismo —apuntó Face.

Paco se sorprendió. ¿Lo escribió el Quico? Eso era imposible. La prensa decía siempre que era analfabeto.

Bajó los ojos y leyó el folleto. «Trabajadores y antifascistas todos: ¡Despertad del letargo profundo en que os han sumido la miseria, el hambre y la fatiga!».

Aquella frase llamó mucho la atención de Paco y comprendió que iba dirigida a él. Él se consideraba antifascista y, desde luego, era trabajador: desde los siete años no había hecho otra cosa. Aquel folleto incitaba a los obreros a rebelarse contra la burguesía, contra el poder, contra la dictadura, en busca de unas condiciones de trabajo dignas, la igualdad de todas las personas y la libertad que el régimen les había arrebatado.

Paco no entendía nada. ¿Qué hacía un ladrón sanguinario escribiendo folletos cargados de valores morales?

Face rio al ver su cara de desconcierto. Le entregó un vaso lleno hasta arriba de un líquido transparente.

—Toma, te calentará por dentro.

Paco echó un trago y le quemó la garganta.

—No te creas todo lo que lees en los periódicos. El Quico no es analfabeto ni es un asesino sanguinario. La guerra no ha acabado aún. Nosotros somos los últimos soldados que peleamos contra la dictadura.

—¿Y los atracos? —preguntó Paco.

—Las expropiaciones son la única forma que tenemos de financiarnos. Quico se gasta en la causa todo lo que gana con su trabajo, mientras su mujer y sus hijas pasan hambre. Pero no es suficiente. ¿Cómo crees que pagamos esos folletos y las armas para liberar a nuestros compañeros de las cárceles donde los torturan y los matan? —Face apuró el vaso y encendió un cigarrillo—. Recuerdo una vez que hice una expropiación en una casa de citas. Robamos a los burgueses que abusaban de nuestras mujeres proletarias. Entré en una habitación y me encontré a un tipo gordo y viejo montando a una niña de quince años. El sinvergüenza me suplicó, pero yo no dudé ni por un momento. Avancé hacia él y le volé la tapa de los sesos. ¡Pum! Su cadáver ensangrentado cayó sobre la chica, que gritó horrorizada. Cuando se tranquilizó, me confesó que era su tío y mientras se vestía con el uniforme azul del colegio de monjas me suplicó que la llevara conmigo. «Por favor, que no se enteren mis padres, lléveme a Francia,

estoy dispuesta a todo». —Face sonreía con una mezcla de orgullo y asco con aquel recuerdo, mientras daba una calada al cigarro e inundaba toda la habitación de humo—. ¿Qué crees que publicó la prensa? ¿Que el gran héroe Josep Lluís Facerías acabó con la vida de un violador de niñas indefensas? Claro que no. Lo que salió es que el sanguinario y despiadado Josep Lluís Facerías asesinó a sangre fría, delante de su sobrina de quince años, a un respetable y acaudalado caballero. Que les jodan —y lanzó un escupitajo al fuego.

Aquella historia impactó a Paco. Hasta entonces jamás había imaginado que lo que publicaba la prensa, la radio o el NO-DO pudiera ser mentira.

Algo encajó en su mente. Él huía a Francia en busca de la libertad, pero aquellos hombres se dejaban el dinero, la piel y la vida para traer la libertad a España.

Paco se sintió un cobarde, un miserable. Después comprendió que no era nada de eso. Comprendió que, a pesar de todo lo aprendido en los libros, no era más que un ignorante.

24

Año 2018

Caín tenía aviso de un robo en un *mas* de Candasnos. La llegada del regadío había transformado los campos áridos y tristes en auténticos vergeles plagados de árboles frutales y mantos de maíz. Este paisaje más agradable había tentado a los agricultores para pasar más tiempo en las fincas con la excusa de programar y vigilar el riego, cambiar aspersores rotos o inyectar abonos y pesticidas. Los *mases,* que eran simples chamizos de piedra, se transformaron poco a poco en casas de campo para pasar el fin de semana o comer con los amigos. Llevaron muebles antiguos y televisores, incluso acondicionaron cocinas y salones mejores que los de la vivienda principal. Como estaban en medio del campo, aislados, sin vigilancia, los robos se dispararon.

Caín llegó al *mas* situado en el paraje de las Malladas. Observó el campo rodeado por un «pastor», un cable eléctrico que disuadía a los ciervos y jabalís de comer y destrozar la cosecha. A través de la niebla, se intuía el terreno baldío, consecuencia del frío invierno. Continuó por un camino al borde del barranco hasta una casa presidida por cuatro pinos. Un perro de gran tamaño ladró y corrió junto al coche. Caín esperó a que apareciera el dueño.

—Es un braco húngaro, un perro de caza. No es peligroso para las personas —rio. Tenía un acento maño muy cerrado que reforzaba la última sílaba de cada frase, como si cantara una jota—. Soy Cecilio. —Rondaba los cuarenta, alto y muy delgado, de cuerpo fibroso. Vestía ropa vieja, bien peinado y afeitado.

—Cabo Caín Álvarez. —Bajó del coche.

—Es ya la tercera vez que nos roban en un año.

Sonó un golpe en la parte trasera de la casa.

—Es mi mujer —explicó Cecilio, y fueron hacia allí—. Es una fanática del deporte, de cualquier cosa que pueda lanzar.

—Espero que no incluya la vajilla —bromeó Caín.

—Ella es una de las especiales.

Caín lo miró sin comprender. Detrás de la casa encontraron a una mujer con un bumerán en la mano. A treinta metros de ella, había una diana sobre unas balas de paja con una jabalina clavada en el centro. La mujer lanzó el bumerán, que golpeó la diana muy cerca de la jabalina. Era rubia y bastante atractiva, aunque el sol y el viento

habían grabado en su rostro unos surcos que endurecían sus facciones.

—Prudencia, este es el guardia.

—Cabo Caín Álvarez.

Ella le estrechó la mano. Caín notó cierto desprecio en su mirada. No parecía simpatizar con los cuerpos de seguridad.

—Acompáñeme —le pidió Cecilio, y se dirigieron a la entrada de la casa.

La puerta metálica estaba reventada a golpe de marro. La cocina era de Ikea, reformada hacía poco. Tenía dos habitaciones con cama doble y un almacén. Estaba todo revuelto y tirado por el suelo.

—Aquí no hay nada de valor —explicó Cecilio con su acento cerrado—. Han robado una caja de herramientas, dos botellas de whisky, unas mantas, algo de comida y una bombona de butano. Es más el destrozo que otra cosa.

Caín tomó nota.

—Lo mejor es que no deje aquí nada valioso.

—Eso ya lo sé —coincidió Cecilio con disgusto.

—Si no fuera guardia civil, le aconsejaría que dejara la puerta abierta. Al menos, evitaría los estropicios. Por desgracia, no podemos hacer nada en estos casos.

Cecilio le preguntó si iba a tomar huellas y Caín le explicó que eso era cosa de la judicial y no lo iban a hacer por un caso de robo común sin nada de valor. Lo más probable era que nunca atraparan a los ladrones y si lo hacían daba igual, porque a los pocos días volverían a la calle.

—Aquí no nos cubre ningún seguro —explicó Cecilio y él asintió.

Sonó el teléfono. Caín cerró el abrigo y salió al exterior para hablar. Caminó entre la niebla que desdibujaba los árboles frutales y las ruinas de un antiguo corral de ganado. Recordó una vieja película, *El vellocino de oro,* en la que Jasón peleaba contra un ejército de esqueletos en un paraje parecido.

—Caín, aquí Villacampa. —La escarcha helada hacía que la tierra crujiera bajo sus pies, como los huesos de los esqueletos dispuestos a levantarse—. Acabo de enviarle a Ochoa el informe de la universidad. —Hizo una pausa—. Que conste que te llamo por respeto a Sofía.

—Gracias —Caín estaba sorprendido, tomó aire—. ¿Y qué dice ese informe?

—Que un jabalí amputó el brazo.

—¿Un jabalí? —El bulto enorme que Caín había visto junto a la Balsa Buena aquella noche de lluvia era mucho más grande que un jabalí. ¿Le tomaba el pelo?—. Venga ya, Villacampa, ¿a quién le entregaste los restos, a tu madre?

—Chúpame la polla, Caín. Confío plenamente en el equipo de la universidad. Llevo años trabajando con ellos.

—He visto ataques de jabalí, mordeduras, cortes, incluso una persona destripada. Pero nunca que un jabalí arrancara un brazo de cuajo.

—El informe es correcto, me juego la polla. Después de que me la chupes, claro. —Lo decía en serio. El tipo estaba obsesionado con su miembro—. En concreto dice: «Un jabalí extraordinariamente grande». No hay duda. Las marcas de los dientes combinadas con los colmillos son concluyentes. El informe especifica que hasta la fecha no se conoce un ejemplar con unos colmillos de semejante tamaño.

—¿Y eso qué coño quiere decir? —preguntó Caín. Presentía que los esqueletos iban a saltar sobre él con sus espadas y escudos en cualquier momento.

—Que tenéis un monstruo rondando el pueblo.

25

Año 1936

Crispo estaba harto de la guerra.

En Aragón había disfrutado como una bandurria en la rondalla de Peñalba. Durruti no disponía de artillería ni contaba con suficientes armas para tomar Zaragoza, así que liberaban pueblos de la zona e instauraban el comunismo libertario que devolvía las tierras a los trabajadores. La toma de esos pueblos era sencilla y Crispo disfrutaba matando: sentía un inmenso placer cada vez que apretaba el gatillo y un hombre caía sin vida. A veces, los remataba con una piedra para no gastar balas. Les aplastaba el cráneo y les robaba la hebilla del cinturón o los cuatro cigarros que llevaban encima. Lo que más placer le daba era coger a alguno vivo y ensañarse antes de arrancarle la vida entre súplicas y gritos. Otras veces, entraba en las casas en busca de alguna mujer. Le daba igual que fueran republicanas. Lo mejor de la guerra era la impunidad. No tenía que dar explicaciones a nadie: siempre y cuando volvieran victoriosos, nada importaba.

En noviembre llamaron a Durruti para la defensa de Madrid y Crispo le acompañó en la aventura pensando en los culitos respingones de las mujeres estiradas de la capital. Sin embargo, el frente de Madrid no tenía nada que ver con lo vivido en Aragón. Las tropas de Franco ocupaban el Hospital Clínico y aquella batalla de la Ciudad Universitaria resultaba más dura y cruenta que ninguna de las anteriores.

Él no le ponía mucho empeño, la verdad: permanecía en la retaguardia y dejaba que sus compañeros fueran los héroes. Pero una bala perdida podía alcanzarle en cualquier momento. Los milicianos caían como moscas y él correría la misma suerte si no ponía remedio.

Estaban apostados tras una barricada de sacos de arena. Las balas silbaban sobre sus cabezas y el suelo temblaba con explosiones que les helaban la sangre. Crispo disparaba de vez en cuando con su revólver sacando solo la mano, sin asomar la cabeza. A ninguno le quedaban balas para el fusil. Dentro de poco, tendrían que lanzar piedras.

Si quería seguir vivo, debía salir de allí. Echó a correr agachado, empuñando el revólver delante de la cara. Rodeó un edificio y regresó a la vía del tren. Dudó sobre qué dirección tomar. Tenía que desertar, pero no había muchos sitios donde ir.

Tuvo una idea, una que encajaba muy bien con otra a la que llevaba tiempo dando vueltas.

Corrió por las vías del tren. Sentía pinchazos en los escuálidos músculos de las piernas por la falta de comida y de sueño. Desde que llegaron a Madrid, no pegaba ojo.

Cuando pensaba que ya no le alcanzaban las fuerzas, vio a lo lejos el edificio ruinoso y abandonado donde Durruti había improvisado el cuartel general. Llegó con un último esfuerzo y, jadeando aún, se cuadró ante Durruti, simulando un respeto y una formación militar que no tenía. A su lado, observó a mosén Jesús, el cura de Candasnos que Durruti acogió bajo su protección y convirtió en secretario personal. Crispo no entendía por qué un anarquista protegía a un clérigo. Era una incongruencia y una falta de respeto hacia la gente que lo seguía. Y a ese cura, en concreto, Crispo le tenía muchas ganas.

—Dime, compañero —Durruti lo miró unos segundos y bajó la vista al suelo para evitar su desagradable rostro.

—Esto es una cascadura —explicó Crispo, haciendo un gran esfuerzo para buscar palabras adecuadas—, los *columneros* caen como chinches en el frente del Clínico. Solo quedan tres y el de la guitarra y están desertando.

Durruti movía la cabeza con preocupación.

—¿Qué número gastas?

Crispo miró sus alpargatas agujereadas. Dos dedos con uñas negras asomaban por cada una.

—Cuarenta y tres.

—Dámelas.

Crispo dudó, pero obedeció. Durruti le entregó sus botas de cuero.

—En esta situación no hay más remedio que atarse las alpargatas, aunque estén rotas.

Crispo no comprendía lo que quería decirle, pero se puso las botas muy contento. Eran de su talla. Agradeció llevar los pies calientes, hacía frío. Lo único bueno de Madrid era que no soplaba el cierzo.

—Sígueme.

Subieron al coche que esperaba en la puerta.

—Los del ministerio nos deniegan el armamento y nos mandan a Prieto exigiendo que acudamos a la ayuda de Madrid —explicó Durruti con resignación.

—Anda, qué tragaderas.

—Me cagué en Prieto y en su responsabilidad de burócrata, pero Abad y Federica insistieron. Y no me pude negar. Necesitamos estar unidos para ganar.

—¡Qué cuajo tienen esos cabrones!

Los disparos y las explosiones sonaban cada vez más cerca. La devastación tomaba las calles y el chófer maniobraba constantemente para esquivar los escombros, los agujeros de bomba y los cadáveres.

Se acercaban al Hospital Clínico.

—¡Para el coche! —gritó Durruti.

Varios milicianos arrancaban los travesaños de las vías del tren. Durruti corrió hacia ellos.

—¡Qué hacéis, insensatos! ¿No os dais cuenta de que al destruir las vías atentáis contra nuestros propios intereses?

Los otros no estaban de acuerdo con él y se enzarzaron en una discusión. Uno de ellos empujó a Durruti.

Crispo observaba la escena, sentado en el asiento trasero del coche. Empuñó el revólver que llevaba al cinto. Reparó en el naranjero que descansaba junto a su pierna. Durruti, al bajar tan rápido del auto, había olvidado su fusil. Lo cogió con una sonrisa y saltó del coche. Durruti discutía con vehemencia con los milicianos. Crispo paró detrás de él y elevó el fusil.

—¡Zaborrero, zaborrero, te gusta mucho meterte a farolero! —exclamó con guasa.

—¿Qué haces? —Durruti lo miró asombrado.

—*Me se* ha encasquillao el naranjero.

Crispo avanzó un paso y le descerrajó un tiro en el pecho. Durruti cayó redondo al suelo.

Crispo observó sus alpargatas rotas y sonrió. Pensó que las botas nuevas de Durruti le vendrían muy bien ahora.

—¿Qué has hecho? —gritó uno de los *columneros*.

Crispo le disparó y echó a correr hacia el Hospital Clínico. Las balas silbaban alrededor. No se detuvo. De alguna forma, la figurilla de piedra con forma de puño que llevaba en el bolsillo le indicaba que no lo hiciera.

Crispo tiró el naranjero y cruzó la línea del frente corriendo con las manos en alto.

—¡He matado a Durruti! —gritaba—. ¡Yo he matado a Durruti!

Contra todo pronóstico, entró en el hospital sin recibir ningún disparo.

26

Año 2018

Caín paseaba por el cementerio enfundado en el abrigo y el pantalón de pana que usaba cuando iba de paisano. Pasó por delante de varios panteones. Había uno mucho más fastuoso que destacaba sobre los demás, con las paredes revestidas de mármol, casi un mausoleo. La niebla era tan intensa que tuvo que acercarse para leer el nombre: «Familia Galán Villegas». Miró a través del cristal de la puerta y descubrió una foto con un marco de pan de oro y un texto que rezaba: «Crispo Galán Villegas, fallecido a la edad de 60 años».

Caminó hacia los nichos. Incluso en estas tumbas sencillas, eran apreciables las diferencias de estatus y clase social. Y eso que era un pueblo pequeño, cada vez con menos habitantes. Los jóvenes emigraban en busca de trabajo y oportunidades mientras la edad media de la población aumentaba como el caudal del Ebro con las lluvias, dispuesto a desbordarse en cualquier momento y hacer limpieza, dejando otro pueblo vacío, habitado por fantasmas.

Llegó a la zona de tumbas más antiguas, excavadas en el suelo. No eran muchas. Leyó algunos epitafios, la mayoría anteriores a la guerra.

—Buenos días.

Caín dio un respingo y descubrió a un hombre mayor que emergía de la niebla. Pasaba de los setenta, pero se movía con agilidad. Era casi tan alto como él, de espaldas anchas y mentón cuadrado, bien afeitado, elegante. Sus manos enormes sujetaban una escoba de cebada con mango de caña.

—Buenos días.

—Soy Quico.

—Caín.

Estrecharon las manos. La fuerza del apretón sorprendió a Caín.

—Usted es el guardia nuevo, ¿verdad?

—Llevo ya un mes —repuso Caín—. Sí, soy el nuevo.

—¿Y qué hace aquí?

—Es un destino como cualquier otro.

—Me refiero al cementerio —aclaró Quico—. ¿Tiene familia en el pueblo?

—No —Caín observó las lápidas—. Es un lugar tranquilo. Me gusta pasear sin que nadie me moleste.

—Ah, si le estorbo… —Quico dio un paso atrás.

—No, no quería decir eso —se disculpó—. Me gustan el silencio y la tranquilidad de este lugar. Me ayuda a pensar. ¿Y usted?

—Lo construí yo con mis propias manos, ¿sabe? —Quico señaló una columna de nichos a través de la niebla—. Lo construí el mismo día que murió mi madre, el mismo día que murió el Quico. ¿Sabe quién era Quico Sabaté? —Caín negó con la cabeza—. Yo viví tres años con él. Quico Sabaté, el enemigo público número uno del régimen franquista, el bandido que todos tachaban de sanguinario y analfabeto. Yo solo tenía dieciséis años y ya era un forajido, expropié bancos y empresas a sus órdenes para ayudar a los pobres y a los presos políticos. Un día llegó una carta de mi padre, solo dos líneas: «Tu madre se muere. ¡Vuelve al pueblo, hostia!». Yo no quería volver. El Quico estaba planeando una incursión en Barcelona, me necesitaba. Cuando el Quico leyó la carta, no lo dudó: «Es tu madre», me dijo. Lo recuerdo como si fuera ayer —continuó con ensoñación—. Yo me quejé, le dije que necesitaba mi ayuda, que la policía los estaría esperando. «Tú eres como Lucio», me cortó. Habíamos vivido algunas temporadas en París, en la casa de Lucio Urtubia, otro anarquista y uno de los mejores amigos de Quico. «En vosotros he visto crecer los ideales libertarios.» El Quico alargó el dedo y lo puso sobre mi corazón. «Si no volvemos, esos ideales seguirán vivos ahí.»

Año 1960

El día de Reyes, Paco estaba junto a la cama y sujetaba la mano de su madre cuando exhaló el último aliento.

Paco le besó la frente y salió en dirección a La Hermandad para darle la noticia a su padre. De camino al bar, pensaba que no tenía traje para el entierro porque nunca iba a misa los domingos y que en el pueblo lo mirarían mal, pero no le importó.

Vio al aguador, un chaval que transportaba en un carro de mano los cántaros desde la Balsa Buena a las casas que no podían a ir a buscarla.

—¡Eeeeh! —le saludó.

—¡Eeeeh! —respondió Paco.

—¿Te has enterado? El Quico hizo su último viaje.

—¿Qué dices? —exclamó Paco.

—Lo acribillaron ayer en San Celoni. —Levantó las manos como si empuñara una ametralladora y disparó—. ¡Ta, ta, ta, ta, ta, ta!

Paco sintió que cada una de aquellas balas imaginarias le atravesaba el corazón. Sin duda, aquel era el peor día de su vida.

—¿Estás seguro?

—Lo acaban de decir por la *arradio*.

El aguador continuó su camino empujando el carro con una sonrisa de satisfacción.

Paco echó a correr por la carretera hasta las afueras del pueblo. Llegó al cementerio sudando, con el corazón dando vueltas en el pecho, tañendo con cada latido el toque a muerto. Traspasó la reja y una arcada le hizo doblarse para evacuar en el suelo los jugos de su estómago vacío.

Cayó de rodillas y lloró. Se preguntó si al Quico le darían un entierro digno.

Recordó que ellos ni siquiera tenían un nicho donde enterrar a su madre. La echarían en la fosa común.

En el cementerio quedaba mucho terreno libre. Paco pensó que, si construía un par de hileras de nichos, quizá le dejaran quedarse uno para él. Al menos, su madre tendría un sitio donde descansar en paz. Y el Quico, aunque solo fuera de modo simbólico, podría acompañarla.

Paco se apretó el pecho, en el mismo lugar donde el Quico puso el índice, el mismo lugar donde el Quico dijo que anidarían sus ideales libertarios.

Sintió una pesada responsabilidad sobre los hombros, una carga que algunos llamaban «madurez». El niño que cuidaba ovejas en el monte había quedado atrás hacía tiempo. Ahora también quedaba atrás el chaval que trabajaba como una bestia, el adolescente que daba tumbos por la vida con el único deseo de aprender y sobrevivir. Dejaba atrás al joven encandilado con los ideales libertarios, que admiraba al Quico como un maestro, un padre, casi un Dios.

La mariposa abandonaba la crisálida convertida en un hombre, un hombre que hacía suyos unos ideales heredados, un hombre al que ahora le correspondía pelear por mantenerlos vivos en una sociedad sometida, adoctrinada, convertida en un rebaño de corderos mansos dispuestos para ir al matadero.

Paco sentía más que nunca la presión del índice de Quico sobre el pecho.

—Buenos días. —El enterrador paró a su lado. Empujaba una carretilla con un saco de huesos.

—Buenos días —respondió él con mala cara.

—¿Estás bien, Paco?

Se enjugó las lágrimas y lo miró con convicción.

—Paco, no. Quico. A partir de ahora quiero que todo el mundo me llame Quico.

—Ese día construí estos nichos. Ahí están mis padres y algunos de mis tíos. En mi época, valorábamos el sacrificio y el esfuerzo por encima de todo. Hoy en día, los chavales están enganchados a todos los *pichorros* con internet. ¿Es culpa suya? Si no pueden trabajar, aunque quieran. ¿Adónde va a ir este país si no hay trabajo?

—En eso tiene razón —acordó Caín—. Si no hay trabajo la sociedad se va a la mierda.

—Usted tiene mucho trabajo últimamente —continuó Quico con una sonrisa—. ¿Qué, cómo lleva sus investigaciones?

—¿Se refiere al suceso de la balsa?

—Sí, claro, entre otros.

—La investigación está en manos de la policía judicial de Fraga.

—¿En serio? —Quico frunció el ceño—. ¿Ya ha tirado la toalla?

Caín lo observó con resignación. Estaba acostumbrado a ese tipo de reproches.

—Es una cuestión de procedimiento legal. Los guardias de puesto nos dedicamos a patrullar y a casos sencillos de robos, drogas o denuncias comunes. Casos más graves pasan al juzgado, los instruye un juez y los investiga la policía judicial.

—Me sorprende que pueda decir tantas palabrotas juntas para explicar una chorrada.

—¿Palabrotas? —Caín empezaba a enfadarse con aquel tipo—. ¿De qué está hablando?

—«Procedimiento legal», «guardias de puesto», «instruir un caso», «policía judicial»… Chorradas. ¿Es usted policía o no?

—Soy guardia civil.

—¿Y es su deber proteger a la gente?

—Entre otras cosas.

—Entonces haga su trabajo.

—Ya hago mi trabajo. —Caín intentó mantener la calma—. Le acabo de explicar que mi trabajo no consiste en investigar…

—¿Es usted ahora el comandante de Candasnos?

—Sí.

—¿Apareció el brazo de una mujer en Candasnos?

¿Cómo sabía que era de una mujer? Recordó que el forense lo dijo en voz alta al recoger el brazo. En un pueblo, los cotilleos se propagaban como el virus más contagioso.

—Sí, pero…

—Ni peros ni hostias. Usted vio la bestia que salió de la balsa. ¿No está preocupado? ¿No le interesa saber lo que era?

—Ya sabemos lo que era. Hay un informe del forense.

—¿Sí? —Quico parecía más tranquilo—. ¿Y qué era, pues?

—Eso es secreto de sumario. Hasta que no termine la investigación…

—No me joda. Usted vive en el pueblo, ¿o ya ha pedido el traslado?

—No he pedido el traslado.

—¿Y espera que esos pijos de Fraga hagan su trabajo?

—Pues… —La verdad es que Caín tampoco confiaba.

—Esto nos afecta a todos los del pueblo. Y lo tenemos que resolver en el pueblo. —Quico clavó en él los ojos azules, intensos y furiosos como la ira de Zeus—. ¿Qué le arrancó el brazo a esa mujer?

—Un jabalí —admitió Caín.

—¿Un jabalí?

—Un jabalí extraordinariamente grande, decía el informe.

Quico miró al suelo, pensativo. Apretó la caña de la escoba, que crujió entre sus fuertes manos.

—Tenemos que organizar una partida de caza —continuó.

—¿Una batida? Está loco.

—Nadie estará a salvo mientras esa bestia siga suelta. Tengo entendido que usted lo hirió. ¿Sabe lo peligroso que es un jabalí herido?

—Le metí al menos cuatro o cinco balas. Lo más probable es que esté muerto.

—Si está muerto me gustaría verlo.

—Es mejor que lo dejemos en manos de la justicia.

—¿Justicia? —rio Quico—. ¿No le duele la boca al pronunciar esa palabra?

—El juez enviará al Servicio Cinológico.

—¿Otra palabrota?

—La unidad canina de la Guardia Civil…

—Ya sé lo que es —le interrumpió Quico—. ¿Me está tomando el pelo? Esos perros están adiestrados para buscar drogas y dinero. Aquí lo que necesitamos son perros de caza. Y esos los tenemos en el pueblo.

—No pienso poner en peligro a civiles —respondió Caín enfadado.

—¿Quiere dejar de hablar como un soplapollas? No somos civiles, somos personas, ciudadanos, pueblerinos, y estamos acostumbrados a sacarnos las castañas del fuego sin esperar a los bomberos. ¿Comprende? Aquí las cosas funcionan así.

—Le puedo encerrar por desacato a la autoridad —le amenazó Caín.

—Creía que no estaba de servicio. —Quico elevó la mirada hacia él —. ¿Qué le pasa? Le estoy ofreciendo ayuda para solucionar el

problema.

—Creo que me está coaccionando.

—Mire, este es un pueblo de agricultores y cazadores y, le guste o no, vamos a organizar la batida. Si quiere participar en representación de la autoridad, está invitado.

Quico desapareció entre la niebla. Caín escuchó, poco después, el sonido de la escoba cepillando la acera junto a los nichos.

27

Año 2018

Vera se frotaba los ojos mientras la cafetera italiana borboteaba. Estaba nerviosa. No era capaz de reunir el valor para hablar con sus padres y ponerlos al corriente de que volvía a ser una desempleada, de que había heredado una casa ruinosa en un pueblo perdido y de que investigaba un asunto turbio con tintes de conspiración mundial.

Llenó el termo y subió al granero. La luz mortecina se derramaba desde el ventanuco que daba a la calle, creando un ambiente triste y gris. Encendió la estufa y el ordenador. La pantalla le iluminó la cara y le hizo pestañear. Bebió café y continuó la lectura por la carpeta «Hipótesis», que suponía que contenía las teorías de la conspiración a las que tan aficionada parecía Toki… Y ahora ella misma comenzaba a creérselas. ¿Le estaría afectando vivir en el pueblo, en su casa?

Aquellas teorías le recordaban a su primer novio en la universidad, que invertía todo su tiempo libre en rastrear noticias extrañas con la esperanza de que le ayudaran a destapar un complot mundial. Un día, frente a una cerveza, él le habló de los Illuminati, la secta o sociedad secreta que buscaba un nuevo orden mundial. Para él eran los responsables de los acontecimientos más traumáticos sufridos por la humanidad: Revolución francesa, guerras mundiales, atentados del 11-S y, por supuesto, todo tipo de pandemias. Sus integrantes eran gente con mucho poder, dinero o influencia —solía afirmar—, situados en los órganos que controlaban las finanzas y los gobiernos o en el mundo del espectáculo y la comunicación. En este grupo incluía a personalidades como el papa o Beyoncé.

Sin embargo, los archivos de Toki afirmaban que para ella el primer puesto del ranking de conspiraciones lo ocupaba el Club Bilderberg, un selecto club de hombres y alguna mujer poderosísimos, nacido tras la Segunda Guerra Mundial con el noble objetivo de evitar otra contienda. Se reunían cada año a puerta cerrada en complejos hoteleros de lujo desde donde gobernaban el mundo tomando decisiones favorables a sus propios intereses…, aunque en los últimos años las redes sociales se habían convertido en un nuevo medio para controlar el pensamiento de la población, lo que permitió a Rusia y China mover sus fichas para catapultar a la presidencia de los Estados Unidos a un loco sin control en lugar de la candidata propuesta por el

Club Bilderberg. Esto fue un duro golpe para el club, que tuvo que buscar medios más efectivos para controlar el voto en los países democráticos.

Vera estiró las piernas mientras asimilaba la información. Estados Unidos, Unión Europea, China, Rusia, Club Bilderberg, distintos participantes de una única carrera por el control mundial. Pero había algo que no le cuadraba en esa ecuación.

Candasnos.

Echó en la taza más café, el aroma y el sabor amargo la reconfortaron. Toki insinuaba en sus notas que Candasnos participaba en la carrera por el control mundial, aunque no llegaba a entender cuál era su papel en esas conspiraciones. Que ella supiera, los del Bilderberg no pernoctaban en El Pilar.

Candasnos no cuadraba, pero la familia de los Crispos sí.

Las fotos y las pruebas apuntaban a que en Candasnos se tomaban decisiones importantes y oscuras. ¿El objetivo era controlar la alimentación con transgénicos? Semilia tenía mucha presencia en toda la comarca y en buena parte de Aragón, pero era una empresa pequeña en comparación con las grandes multinacionales.

¿Cómo consiguió César Galán llegar a los políticos europeos? ¿Estaría también en contacto con los integrantes del Club Bilderberg?

Apuntó sus dudas en el archivo de notas y pasó a revisar la siguiente carpeta del pen drive: «Hechos probados». Había dos documentos en ellas: «Crímenes» y «CRISPR».

El primero, relataba dos casos de personas del pueblo fallecidas recientemente.

Acario, que Toki describía como un gran cazador, murió devorado por lobos.

—¿Lobos? ¿Hay lobos en Candasnos? —se preguntó Vera en voz alta.

Un artículo del *Diario del Alto Aragón* relataba varios ataques a rebaños de ovejas desde el 2017. Por lo visto, el lobo regresó a los Monegros tras muchos años de paz.

El otro muerto se llamaba Teodoro, un agricultor que completaba sus ingresos vendiendo miel de romero. Lo mataron sus propias abejas. Toki presentaba la información como si hubiera una confabulación entre colmenas para acabar con el amo represor.

Vera sonrió. ¡Qué imaginación!

Recordó entonces la muerte de Toki, despeñada dentro del pozo de hielo, atacada por los buitres. Pensó en los refuerzos de la puerta de su casa, en las rejas de las ventanas y del balcón, en el sistema de seguridad, en que Toki vivía recluida en el granero. ¿Y si no era de las

personas de quien tenía miedo?

Vera se estremeció.

Con Toki, eran tres los fallecidos en el pueblo por ataque de animal. Tres agresiones en menos de un año. Eso eliminaba el factor aleatorio, descartaba la casualidad.

Lo apuntó todo en su archivo y añadió un recordatorio para recabar más información.

Abrió por último el documento «CRISPR». Había mucha información copiada de internet sobre la moderna técnica de manipulación genética. Vera no entendía las explicaciones técnicas, aunque intuía que era un procedimiento mucho más novedoso y avanzado que los transgénicos tradicionales.

La contaminación de las tierras y los casos de enfermedades en la comarca eran el tema principal de su artículo, pero Toki había encontrado algo más.

Vera leyó con atención. Su olfato le decía que esto era lo más importante: abría una nueva vía de investigación.

Tenía que hacer una llamada. Desbloqueó un número de teléfono.

—Hola, Vera. —El tono al otro lado fue seco.

—Necesito tu ayuda —prefirió ir al grano, sabía que a él no le iban los rodeos.

—Claro, preciosa. Supongo que has vuelto ya de tu retiro espiritual de ocho meses.

—Lo siento, yo…

La relación con él fue complicada desde el principio. Era un tipo muy atractivo que nunca la hizo feliz. La presionaba y la utilizaba. Mientras ella estuviera dispuesta a abrirse de piernas cada vez que a él le apetecía, la cosa funcionaba. Un día que le pidió que le hiciera una felación, Vera le dijo que no, que era vegetariana. A él no le hizo gracia el chiste y abandonó el apartamento con un portazo. Fue el detonante para que Vera tomara la decisión y cortó con él por WhatsApp.

—No me des explicaciones, estoy con otra.

Sabía que estar con otra no era problema para él.

—Estoy investigando una empresa que se llama Semilia.

—Qué cara más dura tienes.

—Es una empresa de transgénicos.

Silencio al otro lado, a él le preocupaba aquel tema. Era vegano, naturista y biotecnólogo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué es la técnica CRISPR?

—CRISPR es una pasada —respondió con un atisbo de emoción en

la voz—. Si el siglo pasado acabó con la revolución de la información y las comunicaciones a través de internet, este siglo comienza con la revolución de la medicina. La decodificación del genoma humano y CRISPR abren las puertas a curar cualquier enfermedad. En los años 90, un microbiólogo de la Universidad de Alicante estaba investigando un microorganismo con una tolerancia extrema a la sal. En su genoma descubrió secuencias de ADN repetidas que funcionaban como un mecanismo de defensa contra los virus.

—¿Y eso qué relación tiene con los transgénicos? —Vera no entendía nada.

—Las bacterias desarrollaron un sistema inmune que modificaba su propio genoma con secuencias de ADN de los virus que les atacaban. Esto les permite identificar a los virus y desactivarlos utilizando una enzima para cortar su cadena de material genético.

—Sigo sin entender la relación con las semillas y transgénicos.

—Esa enzima permite cortar con precisión cualquier cadena de ADN. Por eso CRISPR es conocido como el corta-pega genético. Abre unas puertas increíbles a la medicina. Todas las enfermedades genéticas se pueden curar modificando el gen defectuoso. Es una técnica muy barata y precisa.

—Esa es la parte buena —comprendió Vera—. Y supongo que, si permite modificar cualquier gen, abre las puertas a elegir el color del pelo, de los ojos…

—Sí, a elegir la altura, la musculatura, la inteligencia o hasta la esperanza de vida.

—Esto es jugar a ser Dios.

—No está exento de conflictos morales.

Ahora comprendía lo que Toki había escrito en la sección «Fotos»: César presionaba en la Unión Europea para que CRISPR no sufriera las mismas restricciones que los transgénicos tradicionales. Si lo conseguía, tendría vía libre para modificar los genes de los cultivos, para hacer productos resistentes a herbicidas, plagas, pesticidas o lo que se le pasara por la imaginación. Y todo patentado, lo que le daba el control absoluto de las semillas y dejaba indefensos a los agricultores.

—Gracias, te debo una cerveza.

—Espero algo más que una cerveza.

Estaba segura de que pasaría algún día por su piso para cobrarse el favor. Ya pensaría alguna excusa cuando llegara el momento.

Caciques de pueblo, teorías de la conspiración, muertes por ataques de animal y la técnica CRISPR. ¿Cómo demonios encajaba toda esa información con Semilia y la muerte de Toki?

28

Año 1975

Era Nochevieja y el champán corría por el patio de butacas de El Molino regando las risas y el bullicio del público. Todo el mundo quería pasarlo bien. Cargada con el vestuario y su neceser de maquillaje, Calixta abandonó el camerino privado que disfrutaba desde que era vedete y entró en el situado bajo el escenario. Quería compartir los últimos momentos del año con sus amigas.

—Tus medias —le dijo a Pepi—. Y ten más cuidado, que a partir de ahora no estaré yo para remendarlas.

—Ay, Calixta, qué voy a hacer sin ti.

—Anda, abre ese benjamín que ha dejado el Pep y vamos a celebrar nuestra última actuación juntas.

Carmela la miraba con ojos húmedos.

—¿Estás segura de dejarlo?

—Felipe no quiere que siga con esto. Y yo no soy como tú, Carmela, no podría dejar a mis hijos en casa con una mujer para venir a trabajar.

—No tengo más opción, pero tú…

—No seas pesada, Carmela, si quiere dejarlo para casarse con un hombre guapo, olé su chumino. Hablando del tema, ¿alguna tiene un tampax por ahí? Me acaba de bajar la regla.

Carmela le tendió un tampón.

—Vamos a disfrutar del espectáculo, que hoy es Nochevieja. —Calixta dio un largo trago al botellín de champán.

Carmela le ajustó la mochila de plumas y subió las escaleras. Las primeras notas brotaron de los instrumentos de los músicos y La Viuda emergió en el escenario como una náyade de las aguas. Los aplausos y silbidos reemplazaron a las voces de la platea y ella dio la bienvenida con el acompañamiento de las vicetiples.

—Gracias por elegir El Molino para celebrar el último día del año. Damas, caballeros, espero que disfruten de esta función preparada con tanto cariño para ustedes.

En realidad la función era la misma de todos los fines de semana, con algún número extra para hacerla especial. Los trajes de la revista eran tan caros y los ensayos tan costosos que solo cambiaban el libreto una vez al año.

Calixta bajó al camerino para el cambio de vestuario.

—Te he buscado por todos lados. —La señora Martina entró en el habitáculo—. Antes de la estampa, cantarás «Si vas a Calatayud».

—Pero no la he ensayado. Y no es momento para esa canción.

—Está hablado con doña Vicenta y con los músicos. Deja que te ayude a cambiarte antes de que entren esas dos pájaras. No sé por qué vuelves a este antro.

Saltó al escenario enfundada en el traje de baturra, con un moño tirante que le hizo su mami.

El sonido de las bandurrias y las guitarras rasgó el ambiente festivo. La Viuda ocupó el centro del escenario, con las manos en las caderas y la cabeza alta, para evitar que los largos pendientes dorados rozaran su piel. Era la encarnación de la mujer aragonesa.

«Por ser amiga de hacer favores, porque fue alegre su juventud, en coplas se vio la Dolores, la flor de Calatayud.»

La parte más complicada de la jota era el momento en el que tenía que hablar. Pocas artistas conseguían darle la fuerza necesaria a aquel fragmento.

«Copla que vas dando muerte, con el alma te maldigo, fuiste dolor de mi madre, pero no podrás conmigo.»

El público aplaudió y se puso en pie. La congoja amenazaba con no dejarle terminar la canción. Pensó en la Dolores de la copla, en la Dolors muerta en la cárcel y en ella misma. No entendía por qué su mami le obligaba a cantar aquella canción.

«Yo la quería con amor bueno, más la calumnia la difamó, y no supo limpiar el cieno, que la maldad le arrojó.»

Rompió a llorar antes de terminar el estribillo. Un hombre del público continuó la canción con acento maño y otros lo siguieron. Había muchos emigrantes aragoneses en Barcelona.

«Si vas a Calatayud, pregunta por la Dolores, que una copla la mató, de vergüenza y sinsabores. Di que te lo digo yo, la hija de la Dolores.»

El Molino entero aplaudió y jaleó en pie. La Viuda saludó y envió besos a todos los rincones de la platea y los palcos, agradecida.

—¿Ves lo que te quiere el público? —Su mami le deshizo el moño que le tiraba de las sienes.

El resto de la noche pasó como un sueño y llegó el momento de la apoteosis.

Los artistas desfilaron por el pequeño escenario: primero las vicetiples y los bailarines, después las modelos seguidas de las vedetes y, por último, ella. El Molino volvió a vibrar. Las dos vedetes principales quedaron eclipsadas esa noche por su éxito. Todos los

hombres de la primera fila le dieron la mano y algún que otro paquete de tabaco, que ella entregaba al regidor entre bambalinas. La mismísima doña Vicenta apareció en el escenario. La música y las voces cesaron a la vez.

—Amigos de El Molino, son ustedes nuestra razón de ser, el alma que recorre todas las tardes y las noches este edificio. Los artistas no somos nada sin ustedes. Gracias, maravilloso público, por compartir con nosotros tantas sesiones de felicidad. Alcen sus copas con nosotros —dos camareros repartían cava entre los artistas del escenario—, y brindemos por 1976. En este año glorioso, el Caudillo ha muerto y esperemos que Dios lo tenga en su gloria, para que no incordie más a los artistas.

Las risas recorrieron las butacas, saltándose a algunos espectadores que mostraron disgusto. Hacía unos meses que no usaban las bombillas rojas de los camerinos para avisar de la presencia de un censor en el teatro. Tampoco eran necesarios ya los pases privados para que los censores midieran los escotes y aprobaran las letras de las canciones.

—No se alteren, damas y caballeros, no estoy aquí para hablar de política, sino de una artista con mayúsculas que nos abandona. La Viuda se casa y ya no podrá seguir siendo La Viuda. Lo lamento, señores, han perdido su oportunidad.

Estalló una carcajada general y brindaron por La Viuda y por el esperanzador año 1976.

Calixta estaba emocionada. Ya no volvería a taconear las tablas del escenario, a respirar el humo de los puros, a brillar con la luz de los focos, a escuchar el sonido de los aplausos. Contuvo las lágrimas.

Tras tomar las uvas y despedirse, salió a la calle. Carmela la siguió y le cogió la mano.

—¿Estás segura?

Del interior llegaban risas y detonaciones de petardos. La gente celebraba el nuevo año que venía cargado de cambios. También para ella.

—Sí.

Le dio otro abrazo a su amiga y caminó en silencio hasta casa. En el portón había un hombre fornido con la cara oculta bajo un sombrero que burlaba la luz de las farolas. Calixta sintió un escalofrío. El tipo avanzó hacia ella y le estampó una bofetada antes de hablar.

—¡Cagoendiós! Pensé que me engañaban, hasta que me llamó una señora y me lo confirmó todo. No podía creérmelo. Tenía que venir y verlo con mis propios ojos, hermana.

El acento de *Grabiel* le sonaba fuerte y extraño, ya no estaba

acostumbrada a la cadencia de su pueblo.

Con la mejilla ardiendo, abrió la puerta y encendió la luz de la entrada. La vergüenza y la rabia asaltaban su pecho.

—Gabriel, yo…

—¿Desde cuándo eres tú tan fina? De tan fina, te *esfilorchas*. Soy *Grabiel,* de toda la vida, desde que madre me parió. Ser puta y fina no pega.

—Basta ya. Dime qué quieres y lárgate.

—¿Que me largue? Recoge tus cosas, nos vamos *pal* pueblo.

—Mi sitio está aquí.

—¿Puteando? He visto el espectáculo. Madre está enferma y si se entera de esto, la matas. Tienes que volver para cuidarla. Y a padre y a mí. Ese es tu lugar.

Le costaba asimilar lo que su hermano le pedía.

—¿Madre está enferma?

—¿Este quién es? —Felipe entró con la cámara al cuello. En Nochevieja trabajaba hasta tarde.

—Es mi hermano. Vamos a casa, por Dios, no quiero dar un espectáculo a los vecinos.

Obedientes, los dos hombres siguieron a Calixta por las escaleras y entraron en el piso.

—¿Qué ocurre? —Felipe frunció el ceño.

—Mi hermana tiene que volver para cuidar de la familia.

—Me temo que eso no puede ser. Esta mujer es mi prometida.

Grabiel apretó la mandíbula, no esperaba aquel contratiempo.

—Si eso es verdad y fueras un hombre como Dios manda, no dejarías que hiciera lo que hace. ¿Eres su chulo?

—No soy el chulo de nadie. —Felipe cerró los puños a ambos lados del cuerpo—. Calixta acaba de dejar su trabajo. Nos vamos a casar.

—Nuestra madre está enferma y alguien tiene que cuidarla. Padre y yo trabajamos, así que Calixta tiene que encargarse.

—Ahora Calixta está conmigo. Ya os da bastante dinero del que gana con su trabajo, así que deja de aprovecharte de mi novia y búscate a una paleta que cuide de tu familia.

Grabiel jamás se casaría. Estaba enamorado de una chica, pero no reunió el valor para declararse y ella aceptó la proposición de otro. En el pueblo apenas quedaban mujeres: muchas emigraban a las ciudades en busca de trabajo, mientras los hombres permanecían atados al ganado y a las tierras.

—A partir de ahora Calixta solo cuidará de mí y de mis hijos —insistió Felipe.

Grabiel era más alto y mucho más corpulento, con músculos

moldeados en el duro trabajo del campo, con manos acostumbradas al roce de la tierra, curtidas en la intemperie y el clima extremo de Los Monegros. Calixta tuvo miedo.

—¡Este no es un hombre de los que se visten por los pies! —*Grabiel* intentaba contenerse—. Vuelve a casa y deja de putear. No humilles más a la familia.

—¡Es mi mujer! —Felipe la cogió por el brazo—. ¡Y no se irá a ningún sitio!

Grabiel apretó los puños. Iba a golpearle.

—¡Cagoendiós! —estalló Calixta y pegó un tirón para que Felipe la soltara—. No soy ni la criada ni la esclava de nadie. ¡Yo decidiré qué hago con mi vida! ¡Y vosotros dos podéis mataros si queréis!

Calixta abandonó el piso echa una furia, sin atender a los requerimientos y las súplicas de los dos hombres.

El frío húmedo de la noche se enroscó en su cuerpo. Echó a correr sin rumbo fijo. La enfermedad de su madre la ensombrecía con los peores presagios. Buscó cobijo en un portal y rompió a llorar. Tenía que volver al pueblo: necesitaba verla y despedirse. Al día siguiente llamaría a la Pilar y tomaría el primer autobús.

Ahora tenía que hacer otra cosa. Se enjugó las lágrimas y orientó sus pasos hacia el Marsella. Tenía una conversación pendiente.

Una multitud de jóvenes celebraban el nuevo año con bebidas y confeti. Calixta pasó entre ellos y encontró a la señora Martina en su lugar habitual. Parecía mayor y cansada, sin rastro del temperamento con el que la engatusó hasta convertirla en una marioneta. Y los dueños no soportan que los esclavos les rechisten.

—¿Llamó usted a mi hermano? —preguntó Calixta.

La señora Martina le obsequió con una mirada acuosa, fruto del tercer vaso de absenta. El camarero dejó otra copa de líquido verde en la mesa y Calixta pidió un Soberano. La señora Martina sonrió con resignación.

—Sí, yo lo llamé —Calixta acercó una silla mientas escuchaba—. Quiere que vuelvas, ¿verdad? Que cuides de toda la familia, que les laves la ropa, les prepares la comida y limpies la porquería que dejan detrás.

—¿Por qué lo hizo?

—Para que te des cuenta, muchacha, de que la mediocridad acecha en cada rincón oscuro. Una mala decisión te puede llevar a una vida anodina, da igual que sea la de hija, la de hermana o la de esposa.

—¿Eso le pasó a usted, señora Martina?

—Más o menos.

—Solo que usted no se casó. Abandonó la profesión de artista, pero

no llegó a ser una mujer respetable.

El camarero trajo su Soberano.

—Te crees muy lista, ¿verdad? Pues te equivocas. La boda nunca entró en mis planes. Y eso no quiere decir que perdiera mi respetabilidad. ¿Acaso alguien habla mal de dos amigas solteras que viven juntas? —Calixta abrió de par en par los enormes ojos violeta, eso no lo esperaba—. Sí, querida. La conocí cuando era vicetiple. Yo era consciente de mi escaso futuro en el mundo artístico, así que aposté por otros talentos. Sabes que soy muy buena con las gestiones, los contratos y demás. Ella tenía muchas propiedades y pocas ganas de preocuparse de ellas. Me convertí en su secretaria y señora de compañía.

—Usted es la menos indicada para juzgarme, tomó la misma decisión que yo.

—Yo no tenía tu talento, muchacha. No lo olvides. Ni tu físico.

—Podría haber sido coreógrafa o sastra y eligió la seguridad.

La señora Martina se levantó con lentitud y abandonó el último vaso de absenta sin probar. Calixta la observó con la fiera intensidad que produce la traición.

—Estás equivocada en algo, muchacha. No hay nada más mediocre que hacer siempre lo que los demás esperan de ti.

Con el bolso pegado al cuerpo, la señora Martina desapareció entre los jóvenes ruidosos.

Calixta supo que no la volvería a ver. Cogió su copa de coñac y la llevó a los labios. El olor le resultó desagradable. La cambió por el vaso de absenta y el olor anisado la reconfortó. Observó el líquido verde con veneración y lo apuró de un trago.

Era hora de dejar de ser mediocre.

29

Año 2018

Melquíades era el secretario de la Asociación de Cazadores de Candasnos. En cuanto los campos drenaron el agua de la lluvia, organizó la batida para cazar al animal de la balsa. Quico le dijo que solo podía ser un jabalí gigante. Los coches se arremolinaban alrededor de la Balsa Buena y más de cien perros de caza ladraban y corrían ansiosos, esperando las órdenes de sus dueños.

Estaban todos los hombres del pueblo aficionados a la caza. Incluso había dos mujeres, algo impensable en cualquier otro pueblo de la zona.

Prudencia, la mujer de Cecilio, era la vicepresidenta de la asociación; de fuerte carácter, había ganado prestigio entre los hombres a base de mucho esfuerzo. A ella no le gustaban las armas de fuego, utilizaba una jabalina y nadie la había visto nunca errar un tiro: cuando tenía dudas, no lanzaba. Caín recordó las extrañas palabras de su marido al mencionar que Prudencia era una de las especiales.

La otra mujer era Atanasia, la mujer de Hipólito, el herrero. Era una gran amante del deporte que siempre ganaba las carreras pedestres de las fiestas e incluso vencía en maratones y pruebas de velocidad por todo el país. Cuando Hipólito le pidió salir, hacía diez años, ella respondió que solo saldría con quien la derrotara corriendo. Él aceptó el reto y le propuso una competición de cinco vueltas al pueblo. En las dos primeras ella le sacó casi un minuto de ventaja. En la tercera, Atanasia paró en la puerta de la iglesia ante una escultura humana fabricada con trozos de chatarra y metal que ofrecía un paquete de regalo sobre una mano alargada. Confiada en su ventaja, fue a curiosear y vio que llevaba su nombre. Encontró el vinilo de un single de *Imagine*. Hipólito pasó a su lado con una sonrisa, mientras ella se preguntaba cómo conocía su canción favorita. Echó a correr y lo adelantó en unos segundos. En la siguiente vuelta, otro paquete ocupaba la mano del hombre de hojalata. Contenía una primera edición de la novela que más la había conmovido, *Tokio Blues*. Hipólito pasó a su lado y ella le adelantó. Al final de la cuarta vuelta, había otro paquete más pequeño que custodiaba un anillo de oro, una alianza sencilla, como a ella le gustaba. Atanasia se preguntó cómo la

podía conocer tan bien. Hipólito la volvió a adelantar. Ella se puso el anillo y corrió tras él. Esta vez, no se esforzó por ganar.

Al contrario que Prudencia, Atanasia sí usaba rifle para cazar, aunque no superaba a su marido en los concursos de tiro.

Caín y Ansó bajaron del coche de la Guardia Civil empuñando un rifle de asalto.

—¿No vendrás a impedirnos la cacería? —gruñó Melquíades al verlos. Observó el Cetme LC que empuñaban, mucho más moderno que el viejo Chopo que él utilizó en la mili.

—¿Por qué no lo dejáis para otro día? —Caín bajó el arma al suelo —. Con esta niebla no vas a ver ni el punto de mira del rifle.

—Los campos están secos, eso es lo importante. Los perros serán nuestros ojos.

—Ni los ojos ni los perros os servirán de nada si os topáis con esa bestia. —Caín daba fe de ello.

—Yo también estuve en la balsa aquella noche. Sé a qué nos enfrentamos.

—Esperad al menos a que despeje.

—No tiene pinta de escampar. —Melquíades no estaba dispuesto a ceder—. Si no lo cazamos, habrá más muertes.

—Está bien, testarudos cabezones de pueblo. Si os empeñáis en salir de caza, iremos con vosotros. —Caín alargó la mano hacia él.

Melquíades lo miró con desconfianza, dudó y finalmente la estrechó.

—Bien, me alegro. —Dejó escapar una risotada y le golpeó la espalda a Caín—. Ya estamos todos, pues. En marcha.

Con varios silbidos, llamaron a los perros que subieron en la parte trasera de varias camionetas.

—Distribuiremos a los perros en varios puntos para que batan todo el terreno —le explicó a Caín—. Nosotros esperaremos junto a la autopista. La valla y el tráfico continuo harán de corredor para que la bestia venga directa hacia nosotros.

Tras dejar a los perros, estacionaron junto a la valla del área de servicio de la autopista. Caín aparcó el coche oficial un poco más lejos y llegó andando.

—Revisad la valla por si hay algún agujero —ordenó Melquíades, aunque parecía en buen estado.

Era poco probable que el jabalí cruzara al otro lado por uno de los puentes que sobrevolaban la autopista. Si la valla permanecía intacta, por fuerza tenía que seguir en la zona. Dos parejas la recorrieron en direcciones opuestas. Melquíades echó un trago de una bota de vino y la alargó hacia Caín, que la rechazó.

La niebla resultaba asfixiante, como una mordaza que tapaba los ojos y la boca, como un aliento fantasmal que sustituía el valor por el miedo a lo oculto, a lo desconocido, a la muerte.

—La valla está bien —anunciaron los cazadores.

Escucharon los ladridos de los perros, que se acercaban desde direcciones distintas. Varios conejos corrieron delante de ellos, y después un ciervo. Audaz, otro de los vecinos que participaba en la cacería elevó el rifle.

—¿Qué haces? —gruñó Melquíades, y le bajó el cañón de un manotazo—. Solo nos interesa una presa hoy. Será mejor que volvamos a subirnos a las camionetas.

Aquella zona era llana, campos de labranza sin ninguna vertiente o altozano que les proporcionara ventaja sobre la presa. No era un buen sitio para la caza mayor, pero la pieza que buscaban tenía allí sus dominios.

De pie, en la parte trasera de cinco camionetas, los cazadores empuñaron los rifles y esperaron. La niebla contrarrestaba la ventaja que les daba la altura.

Escucharon unos gruñidos y Melquíades sujetó el cañón de Audaz que no debía de ser cazador habitual porque su escopeta era más modesta y no iba tan bien pertrechado como la mayoría, con chalecos y cinturones tácticos. Dos jabalís cruzaron delante de ellos.

—La presa que buscamos es mucho más grande —le recordó—. No queremos que los disparos la ahuyenten.

En la lejanía sonaron unos berridos estridentes, que rasgaban los oídos y descosían el alma.

—Esa sí es la bestia —indicó Melquíades, recordando la escena de la balsa.

Los ladridos eran cada vez más fieros. Un lamento rasgó el aire, un sollozo interrumpido súbitamente.

—Está atacando a los perros —bufó Prudencia, y bajó de la camioneta de un salto.

—¿Estás loca? —gritó Melquíades—. ¡Vuelve a la camioneta!

—¡Calla! —le ordenó Cecilio—. ¿No ves que está concentrada? —Él mejor que nadie conocía a su mujer y sus expresiones.

Prudencia tenía los ojos cerrados, meditaba. Estallaron nuevos ladridos a unos cincuenta metros. Con la niebla no se veía nada, pero ella corrió en esa dirección con la jabalina en alto.

—¡Espera! —gritó Caín, y saltó de la camioneta empuñando el fusil de la Guardia Civil.

Prudencia lo ignoró; parecía que estaba en trance. Cecilio y Melquíades bajaron y corrieron también detrás de ella para protegerla.

Pasaron junto a los cadáveres de dos perros destrozados. Los ladridos de otro braco competían con los gruñidos del jabalí y comenzaron una pelea. Prudencia no podía verlos, pero elevó la jabalina, echó el cuerpo hacia atrás y la lanzó con todas sus fuerzas. El sonido de la pelea cesó. De pronto ya no se oía al braco. El tenso silencio duró unos segundos que parecieron horas. Estalló un impacto lejano y, después, un berrido infernal.

—Ha acertado —aplaudió Cecilio, mientras él, Melquiades y Caín rodeaban a su mujer y apuntaban a la niebla con las armas. Prudencia sacó un cuchillo de caza.

—Aquí estamos desprotegidos —exclamó Caín, nervioso—. Volvamos a las camionetas.

Algunos perros llegaron hasta ellos y formaron una barrera delante, ladrando frenéticamente. Los rugidos de la bestia eran estremecedores y aumentaban a toda velocidad. Melquíades colocó el dedo en el gatillo. La niebla perfiló una forma de color negro. Era enorme. La jabalina de Prudencia le atravesaba el lomo y salía por un costado. Apreciaron el morro y los colmillos gigantescos manchados de sangre. Melquíades apretó el gatillo y Cecilio y Caín lo siguieron. Los disparos acertaron al objetivo y la sangre saltó a borbotones, pero el animal no se detuvo. Corría hacia ellos con una fuerza diabólica. Los perros caían destripados a su paso, como muñecos de trapo descosidos que perdían el relleno de la vida. Melquíades accionó el cerrojo para cargar otra bala. Lo tenían encima. Echaron a correr. Cecilio no se movió. Su disparo le acertó en la cabeza. El monstruo bajó el morro y lo embistió con berridos estremecedores. Lo vieron saltar por los aires y caer al suelo hecho un ovillo.

—¡Cecilio! —Prudencia gritó con desesperación y todos corrieron hacia él.

Los perros perseguían a la bestia y la rodeaban con sus ladridos. Sonaron varios tiros en la lejanía y un fuerte impacto metálico, como un accidente de coche.

Prudencia giró el cuerpo de Cecilio con temor. Él abrió los ojos.

—¡Cecilio! ¿Estás bien?

—Eso creo —se lamentó, un poco aturdido.

Prudencia le revisó el cuerpo. Tenía las ropas rasgadas y algunos cortes, nada grave.

—¡Gracias a Dios! —sollozó ella, y lo abrazó.

—Hemos tenido mucha suerte —intervino Caín—. Te ha golpeado con la cabeza en vez de atacarte con los colmillos.

—Soy un tipo afortunado. —Cecilio abrazó a su mujer, todavía algo mareado.

—Todos somos afortunados hasta que dejamos de serlo —comentó Caín—. Volvamos a los coches.

Prudencia ayudó a Cecilio a caminar. Seguían el rastro de perros despedazados. Entre los ladridos distantes, distinguieron las voces alteradas de sus compañeros. Poco a poco, la niebla desveló las camionetas. La primera estaba volcada de lado.

—¿Estáis bien? —preguntó Caín con preocupación.

—Sí —respondió Audaz—. Esa bestia tiene una fuerza sobrenatural.

—¿Y vosotros? —Jacinto, otro de los cazadores, señaló a Cecilio.

—Estoy bien. Aunque no para seguir cazando.

—Esta cacería es absurda —intervino Caín—. Volvamos al pueblo. Llevamos suficientes sustos por hoy.

—Volved vosotros —gruñó Melquíades, y acarició el colmillo que llevaba al cuello—. Yo no me voy de aquí sin mi trofeo. La tercera será la vencida.

—No hay forma de matar a ese animal —gritó Caín impaciente.

—Eso ya lo veremos.

—No te puedes quedar solo.

—Yo me quedo con él —exclamó Tomás, que al igual que Melquíades llevaba un rifle que valía más que su coche. Su compañero se lo agradeció con un movimiento de cabeza.

—Está bien —aceptó Caín resignado—. Haced lo que os salga de las narices.

Entre varios hombres empujaron la camioneta volcada y la pusieron de pie. Estaba completamente abollada por el lado izquierdo. Era de Jacinto, pero este tuvo que subir para arrancarla por la puerta del acompañante. Por suerte, pudo hacerlo sin problemas. Los otros también subieron a los coches y se marcharon.

Melquíades echó un buen trago de la bota de vino y se la pasó a Tomás. Se habían quedado solos los dos.

—Salir a cazar con mujeres es un coñazo —comentó Melquíades, y le alargó el rifle para que se lo sujetara—. No puedes ni mear tranquilo.

—Desde luego —coincidió Tomás—. Y esas chorradas de cazar con jabalina. ¿Qué se cree, que es una puta amazona o qué?

—Las mujeres siempre tienen que dar la nota. —Melquíades vació la vejiga con un suspiro de alivio—. Estaba a punto de reventar.

—¿Te recargo el rifle? —preguntó Tomás.

—Claro, gracias.

El chorro amarillento despedía vapor blanco y cortaba la niebla como la espada de un gladiador. Escuchó a Tomás sacar el cargador del rifle y colocarlo otra vez. Repitió la operación con el otro.

—Hay que reconocer que algún mérito tiene —continuó Tomás—, la hija de puta ha acertado al bicho sin visibilidad y a unos treinta metros de distancia.

—¿Qué mérito ni qué cojones? —gruñó Melquíades sacudiéndose la polla—. Somos cazadores, no caballeros Jedi, joder.

Silbaron a los perros y caminaron en la misma dirección que había tomado el jabalí. Los animales los adelantaron ladrando.

—Hemos herido a esa bestia muchas veces, incluso en la cabeza. Tiene que caer ya.

Siguieron el rastro de sangre mientras ponían verdes a las mujeres y a los blandengues como Cecilio, que no sabían ni ir a cagar sin ellas.

La intensidad de los ladridos aumentó y escucharon los gruñidos del jabalí.

—Parece que sigue vivo. Sepárate. —Melquíades empujó a Tomás a unos metros de distancia. Apuntaron a la niebla, guiados por los berridos.

Comenzó otra pelea entre los perros y el monstruo. Rugidos arropados por alaridos que quedaban truncados de repente. Un podenco volvió junto a ellos con el rabo entre las piernas. Melquíades le apuntó, pero Tomás le voló los sesos primero.

—Perro cobarde —farfulló.

Los bramidos del jabalí aumentaron de intensidad en dirección a ellos. Los hombres elevaron los rifles. La bestia surgió de la niebla en dirección a Melquíades. Este le apuntó a la frente y apretó el gatillo. El percutor devolvió un clic metálico. No disparó ninguna bala.

—¡Qué coño! —Melquíades tiró del cerrojo y no salió casquillo alguno. El cargador estaba vacío. Miró a Tomás con sorpresa y al ver su sonrisa comprendió que se la había jugado—. ¡Hijo de puta!

La noche anterior, Tomás había recibido un mensaje de su tío César para que fuera a su casa. Y él obedeció. César sabía lo de la batida para cazar al jabalí y dejó bien claro que no quería que ese animal cayera en manos de los cazadores. Tomás asintió y César concluyó con una frase lapidaria: «Haz lo que sea necesario».

Melquíades sacó el cuchillo de caza al tiempo que recibía la embestida del jabalí. Los colmillos gigantes le atravesaron el abdomen y lo desgarraron por dentro. Escupió un chorro de sangre sobre la bestia, gritó de dolor y frustración y elevó el cuchillo con las dos manos. Con su último aliento, lo descargó sobre el ojo del monstruo, que berreó con agonía y sacudió la cabeza con movimientos espasmódicos para quitárselo de encima.

Mientras la vida le abandonaba por el abdomen, Melquíades solo podía pensar que una mujer habría sido mejor compañía que ese

traidor hijo de perra.

30

Año 1939

Cuando acabó la guerra, Crispo regresó al pueblo convertido en un héroe para los nacionales. Le ofrecieron ser el alcalde de Candasnos, pero ese cargo no era para él, requería mucha labia y demasiada visibilidad. Prefería un cometido que pasara más desapercibido, donde cortar el bacalao a su antojo. El puesto de alguacil cuadraba más con sus aspiraciones.

Como primera medida, puso en marcha el decreto que el gobierno franquista emitió en diciembre de 1938, invalidando todos los billetes acuñados por los republicanos después del 18 de julio de 1936.

Escribió el pregón y salió a recorrer el pueblo para difundirlo a los cuatro vientos. Con gran solemnidad, ocupaba cada esquina, hacía sonar la corneta, sacaba el papel de la americana y recitaba sus propias palabras con entonación de pregonero:

—Se hace saber que las perricas republicanas fabricadas durante la guerra ya no valen ni *pa* comprar berzas y deberán llevarse al ayuntamiento *pa* su destrucción. Repito, todos los vecinos de Candasnos deberán llevar sus perras al ayuntamiento, donde el alguacil triará las que valen de las que no. Se hace saber que la Guardia Civil estará al tanto y hará registros por sorpresa en las casas y el que, por jota o por bolero, no haga caso o se le pille de extranjis intentando usar las perricas sucias de sangre roja, como Dios pintó a Perico, que la Guardia Civil le dará morradas hasta que la ley le entre en la mollera. Así que ya podéis menear las piernas y al punto de la mañana os quiero a *tos* en la puerta con el culo prieto.

La gente tenía miedo y obedeció sin rechistar.

—*Hi* venido de propio a *traételo* —decían algunos.

—¡Qué sudaderas llevo!

—¡Toda la vida trabajando por la paja!

Crispo los miraba con indignación y respondía:

—¡Vuelta la burra a las coles! ¿Acaso es mi culpa que este pueblo esté infestado de ratas republicanas?

A los que no se quejaban les daba un capón y les decía:

—Tienes mal pelaje.

Los terratenientes llegaron cargados con varios sacos llenos de billetes y Crispo los recibió con efusividad.

—Son mis ahorros de toda la vida.

—Así me gusta, na menos que tres cebaderas de billeticos. Esto me viene fenomenal pa calentar el hogar y hacer unas brasicas *pal* cordero, que tú y yo siempre hemos sido de morro fino.

—Algo valdrá, pues —se quejaba el otro, al ver que Crispo echaba todos los billetes, sin mirarlos, a los cubos de basura que tenía en el despacho.

—Todo esto es papel *mojao,* no vale *na*. —Crispo le entregaba un recibí con un encabezado que indicaba: «Fondo de papel moneda puesto en circulación por el enemigo», y lo despachaba con una carcajada y una patada en el trasero.

Cuando veía algún burro atado debajo del balcón del ayuntamiento, Crispo sacaba el pene entre las rejas y le meaba encima. Al bajar de la oficina, el pobre dueño encontraba al animal empapado y apestando a orines, miraba arriba y encontraba al alguacil sacudiéndose la minga en el balcón y riendo a espuertas. El pobre infeliz caminaba hacia los campos de trabajo, arrastrando al burro detrás, con las carcajadas de Crispo clavadas en el alma.

Cuando los cubos de basura estaban llenos, Crispo pasaba el dinero a sacos de esparto que guardaba en la habitación contigua. Al acabar la jornada, contaba los billetes y les ponía un sello que debía identificar como válidos solo los emitidos antes de la guerra. Él lo ponía en todos, sin distinción.

Después hacía ocho partes, para el alcalde, el secretario, el jefe de la Falange, el sargento de la Guardia Civil, el cura y el presidente y el secretario de la Cámara Agraria. La última era la suya y ponía diez billetes por cada uno de los otros.

Los primeros años de la posguerra fueron muy duros. El Servicio Nacional del Trigo eliminó el libre mercado y obligó a los agricultores a vender el cereal al Estado. Las exigencias eran cada vez mayores, y obligaban a declarar bajo juramento las siembras y regulaban el transporte del grano para evitar el estraperlo.

Y todo ese control pasaba por Crispo.

Los vecinos que tenían fincas pequeñas intentaron llevar una economía de subsistencia, apretándose el cinturón para sobrevivir con el mísero precio que les pagaban en los silos, que no cubría ni los gastos de producción.

Los terratenientes, arruinados y con grandes parcelas de tierra que no podían mantener, tuvieron que venderlas y abandonar el pueblo. Sin ningún pudor, Crispo les compró las tierras con el mismo dinero que les había robado.

31

Año 1968

Después de la mili, Quico volvió al pueblo. Trabajaba con su padre en el campo y no recibía ni un céntimo de salario. Tuvo que buscar otra forma de financiación y sus años de expropiaciones con Quico Sabaté le dieron la idea: de pequeño, su madre le contaba la historia del Cucaracha, un bandolero del siglo XIX que encarnaba los ideales libertarios. Algunas noches se disfrazaba del Cucaracha y rondaba los caminos y la carretera en busca de un botín.

Una pequeña parte la destinaba a su manutención. El resto lo repartía entre la gente más necesitada del pueblo.

Quico siempre recordaría las fiestas de Candasnos del 68. Fue el año que asesinaron a Martin Luther King, el año en que nació el príncipe Felipe, el año del mayo francés, el año en que Massiel ganó Eurovisión, el año en que llegó el agua corriente al pueblo y el año en que Calixta cumplió los dieciocho.

Cuando Quico la vio en la verbena de verano se quedó de piedra. Calixta tenía diez años menos que él y el calor del verano hizo florecer la exuberancia de su cuerpo. A él no le gustaban las mujeres delgadas que estaban de moda. Una mujer sin curvas era como un somier sin colchón.

Calixta llamaba la atención con los alegres colores del vestido floreado. Su pelo negro caía sobre los hombros rectos y fuertes. El modesto escote insinuaba el nacimiento de unos pechos voluptuosos, de los que era difícil apartar la mirada. La tela ajustaba su cuerpo, entallada en la estrecha cintura y la generosa cadera, desde donde caía grácilmente hasta debajo de las rodillas. A pesar de las revistas de sociedad y series como *Embrujada,* las minifaldas tardarían mucho en llegar al pueblo.

Quico apretó los puños, intentando reunir el valor para pedirle un baile a Calixta. Nunca había sentido tanto miedo, ni siquiera cuando participaba en expropiaciones, estafas y tiroteos. Abrió las manos y avanzó hacia ella con decisión. El pie le lanzó un pinchazo que le hizo estremecerse y cojear. Vestía el traje prestado de su padre y los zapatos le iban pequeños, pero prefería pasar un mal rato a presentarse en el baile con las botas desgastadas.

Aguantó el dolor y miró a Calixta, decidido en su propósito. En ese

intervalo se le adelantó el hijo del Chispas, el electricista. Era dos quintas mayor que Calixta y tenía fama de guaperas entre las chicas del pueblo. Entre los chicos tenía fama de fanfarrón y descerebrado, por eso le decían el Luces.

Quico observó decepcionado cómo Calixta aceptaba la invitación y le regalaba una sonrisa. Se sintió mal. Y el dolor de pies no ayudaba.

Regresó a casa a leer. Los libros eran su refugio, el único lugar seguro. Quico sabía que la ignorancia era el mayor privilegio de los estados, de las religiones y de los dueños sin escrúpulos.

Año 1977

Quico volvió a París con Lucio Urtubia. Necesitaba olvidar el pueblo, olvidar que Calixta se había casado con otro, olvidar lo que había hecho por ella y contra ella. La causa revolucionaria le haría sentirse útil y arropado: volvería a darle sentido a su vida.

Lucio lo acogió de buen grado en su apartamento y le contó los planes que tenían en marcha. Lucio nunca dudó de él, no dudaba de los amigos de Quico Sabaté.

Trabajaba con el equipo de Laureano Cerrada, el mejor falsificador de su época, que murió tiroteado un año antes, al salir de una cafetería de París. Según le gustaba contar, había logrado escapar de un campo de trabajo nazi mediante la falsificación de un documento de la Komandatur que decretaba su libertad.

Lucio y Laureano pensaban falsificar dólares, pues era una moneda muy fácil de copiar. Sin embargo, si les pillaban la pena era de veinte años de cárcel. Lucio propuso entonces hacerlo con los *traveller checks* ya que, al ser emitidos por un banco privado, el castigo era correccional.

Laureano estaba muerto, pero todos sus colaboradores trabajaban a pleno rendimiento.

Año 1980

Aquellos fueron años felices para Quico, trabajando con Lucio, en París. Sin embargo un día el First National City Bank dejó de pagar los *traveller checks*. Fue un gran revés para el banco, porque los turistas y los hombres de negocios llegaban a sus destinos y no podían cobrar los cheques. Nadie quería comprar *traveller checks* y el banco sufrió una gran caída en bolsa.

Para Lucio también fue un duro golpe: acababa de imprimir ciento cuarenta kilos de papel en cheques y no tenía forma de quitárselos de

encima.

Un amigo catalán le dijo que tenía un contacto interesado en comprarlos por un tercio de su valor. A Lucio le pareció bien y quedaron para hablar del negocio, aunque era muy desconfiado y tomó todas las precauciones posibles. Entregó un maletín de cheques y todo salió bien. Tiempo después, cuando fue a hacer una segunda entrega con el mismo método, la policía le tendió una trampa.

Lo encerraron en la cárcel.

El banco pensó que habían solucionado el problema, pero los cheques falsos volvieron a inundar el mercado.

* * *

—Me alegro de verte. —Quico abrazó a Lucio con efusividad cuando este regresó a su piso de París—. Pensaba que no salías de esta y has vuelto a dejar en calzones a esos cabrones del banco.

Lucio tenía amigos en el gobierno francés que le consiguieron un buen abogado. Los dirigentes del banco no tardaron en negociar con él. Le ofrecieron la libertad a cambio de las planchas con las que imprimían los cheques. Lucio aceptó, si añadían a su libertad un montante de cuarenta millones de francos.

—Mi suerte fue nacer pobre —dijo Lucio con calma, agradecido—. El pobre ya no puede hundirse más, así que está destinado a subir. En el pueblo obligaron a mi padre a trabajar gratis mucho tiempo para gente de derechas que tenía familiares o hijos en el frente.

—En mi pueblo también hicieron muchas barbaridades después de la guerra —le confió Quico—. Los falangistas le cortaban el pelo al rape a las mujeres republicanas y les obligaban a beber aceite de ricino. Las hacían desfilar por el centro del pueblo como en un encierro, hasta que la descomposición hacía que se cagaran delante de la gente.

—Por eso estás aquí. Nosotros no tenemos que hacer ningún esfuerzo para perder el respeto a la propiedad privada, a la Iglesia y al Estado.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¡Quia! —exclamó Lucio, y meditó unos segundos—. Soñaba con cambiar el mundo, con eliminar el dinero y la propiedad privada. No lo he conseguido, pero he hecho temblar al sistema capitalista. Ahora debo abandonar la revolución. Estoy tan vigilado que tengo las manos atadas. ¿Qué he de hacer? Pues lo único que sé, seguir trabajando.

—Con una pequeña parte de lo que te han pagado, hay de sobra para retirarte. Y queda mucho dinero para financiar revoluciones.

—Ellos me enseñaron a no respetar la propiedad privada, pero también a no apropiarme de lo expropiado —respondió Lucio—. Ese dinero es todo para ayudar a los compañeros revolucionarios. —Le miró a los ojos—. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Un libro, incluso una canción, puede cambiarte la vida —dijo Quico—. A mí me la cambió un encuentro.

—Ya lo sé —dijo Lucio—. A mí me pasó lo mismo.

—Quico Sabaté es y siempre será nuestro Dios.

—Si te apetece probar aires distintos, puedo ponerte en contacto con guerrilleros y revolucionarios de todo el mundo.

Quico asintió agradecido.

—Ha llegado el momento de dejar las causas de otros. Ha llegado el momento de pelear por mi propia causa.

—Así se habla. —Lucio le golpeó la espalda—. ¿Vas a organizar tu propia revolución?

—Eso es —admitió Quico con orgullo—. Pero antes tengo que pasar por Barcelona.

32

Año 2018

La tienda era pequeña y los productos rebosaban las estanterías. La dependienta la observaba con atención mientras Vera cogía pasta de dientes, algunas piezas de fruta y un paquete de detergente para la ropa. No tenían el ecológico a granel que ella utilizaba.

—¿Eres la sobrina de Toki? —preguntó la tendera.

Vera supuso que su breve charla con la anciana había recorrido los rincones del pueblo tan rápido como el cierzo.

—Sí.

—Te acompaño en el sentimiento. En el entierro solo vimos a tu hermana.

—Yo no pude asistir.

La mujer sonrió con suspicacia. Vera no sabía si le creía.

—¿Y ahora vas a vivir en el pueblo?

—He venido a ver la casa. ¿Usted cree que alguien querrá comprarla?

—No sé. —La mujer dudó—. La gente joven prefiere hacerla nueva. Si la pones barata, quizá le interese a algún cazador forastero para vacaciones.

—Para vacaciones —repitió Vera con sorpresa—. ¿Vienen cazadores de vacaciones al pueblo?

—Algunos vienen de Cataluña a matar ciervos y jabalíes. Aquí vienen hasta actores de cine y políticos importantes. —La mujer bajó la voz—. Pero esos se quedan en la casa de César.

—¿La casa de César es un hotel? —preguntó Vera, haciéndose la tonta.

—No, claro que no. Es una casa particular por los *atrases* del pueblo —señaló en dirección a Zaragoza.

—¿Se refiere a César Galán?

La mujer la miró con recelo y no contestó.

—Son quince euros.

Vera pagó con dos billetes y una sonrisa.

Dejó la compra en casa y salió a correr. El chándal de Toki le iba un poco corto y ancho, nada que no pudiera solucionar descosiendo los bajos y apretando el cordón de la cintura. Vera solo compraba ropa de segunda mano, mucho más barata y sostenible que la nueva, así

que la ropa heredada le parecía estupenda. Reutilizar la ropa reducía la huella ecológica, ahorraba agua, energía y evitaba la contaminación por residuos y teñidos.

Corrió por la carretera de Caspe hasta una laguna y tomó un camino para verla de cerca. Un cartel la identificaba como «El Hondo de la Unilla, observatorio ornitológico». Había bastantes patos en el agua y un par de águilas la sobrevolaban en busca de algún conejo. Dio la vuelta corriendo y regresó al pueblo. Cruzó la carretera frente al silo y el cuartel de la Guardia Civil. Otro cartel le llamó la atención, delante de una cueva enrejada a los pies de una colina. «El pozo de hielo.» Allí fue donde murió Toki. A través de la puerta observó una estancia vacía, iluminada por un haz de luz derramado desde arriba. Subió hasta dar con el agujero por el que en su día echaban la nieve dentro del pozo. Estaba tapado con una reja metálica y un precinto amarillo. La pondrían después de la muerte de Toki. Había una buena caída hasta el fondo del pozo.

Pero ¿qué hacía Toki subida allí arriba?

Levantó la cabeza y la vio. Una espectacular casa cuadrada, con un amplio patio interior, que le recordó a una villa romana. Una carretera asfaltada conducía hasta ella, flanqueada por dos hileras de árboles frondosos. Vera la había visto en las fotos: era la casa de César. Tal vez Toki estaba vigilando la mansión de los Crispos cuando sufrió el accidente. Las puertas y ventanas estaban cerradas.

Sacó una foto con el móvil y bajó la colina con el pecho oprimido por el miedo. Estaba haciendo exactamente lo mismo que Toki cuando murió.

—Hola.

Vera se giró de un salto, con el corazón en un puño. Un chico negro y muy delgado pasó a su lado. Ella devolvió el saludo y echó a correr. Supuso que los inmigrantes serían bienvenidos en Candasnos, un pueblo envejecido, con grandes extensiones de campo que cultivar.

Ya en casa, se duchó y antes de salir programó el GPS del móvil, que señalaba unos diez minutos de trayecto en coche. Le quedaba una visita que hacer antes de la comida.

En el todoterreno de Toki, tomó la nacional en dirección a Zaragoza. Camiones perezosos ralentizaban su marcha. Mantuvo a raya los nervios, que echaban chispas como cables de alta tensión. El GPS la desvió a la altura de un chiringuito llamado La Fuente. Estaba cerca y dejó el coche en el aparcamiento. En la guantera encontró unos prismáticos, le vendrían bien. Avanzó por el terreno árido. Los sonidos del tráfico llegaban cada vez más atenuados mientras dejaba la carretera atrás. La civilización también. Un par de conejos cruzaron

el camino y otro paró frente a ella. Se movía de manera errática. Mixomatosis. Estaba ciego. No tardaría en morir de hambre o de la propia infección. Lo tomó con cuidado: el miedo lo paralizaba. Regresó al coche y le puso un poco de agua en la tapa de los prismáticos.

—Bebe, Luz —bautizó a la pequeña hembra.

Luz acercó el hocico y bebió. Temblaba, estaba sufriendo y ella no podía ayudarle, no en ese momento. Después llamaría a un veterinario.

La dejó en el maletero, entre mantas viejas, y avanzó de nuevo por los pedregosos terrenos candasninos. Un edificio desentonaba entre los campos de labranza, al borde de un barranco. Tenía tintes de almacén militar, con sus grises y sus metales, o de cárcel, pues insólitamente estaba rodeado con doble valla de seguridad. Decenas de conejos saltaban alrededor, como si no temieran a los depredadores. Miró arriba en busca de águilas o de buitres. El cielo encapotado estaba asombrosamente despejado de aves.

Había cámaras por todo el perímetro y una garita en la puerta. Vera se ocultó tras un montículo. Su ropa marrón ayudaba a mimetizarse con la tierra. No tardó mucho en aparecer una furgoneta de reparto. El guardia de la garita examinó la carga y abrió la puerta. Vera memorizó la matrícula y el nombre de la empresa y lo buscó en internet en su móvil. Era una empresa de fertilizantes. Los productos químicos emponzoñaban el terreno, pero eran legales.

Se puso los guantes; tenía las manos heladas. El tiempo pasaba sin más actividad interesante. Las piedras le pinchaban el trasero y el aburrimiento le hacía cabecear. Otra furgoneta, esta vez de material de papelería.

Sus tripas rugieron y las apaciguó con una barrita de cereales. Era la hora de comer. No pensaba quedarse tanto rato, pero necesitaba algo interesante.

Llegaron un par de coches. Parecían de trabajadores. El cambio de turno debía de ser a las tres de la tarde.

Casi a las cuatro apareció otra furgoneta blanca, más grande, sin distintivos y sin cristales en la parte trasera. El guardia subió la barrera sin examinar la carga. La furgoneta entró y, en lugar de detenerse en el aparcamiento, accedió al interior del edificio a través de un portón de almacén. Vera no pudo averiguar qué transportaba. Su instinto le decía que esa furgoneta era importante. Apuntó la matrícula y regresó al coche. Quería seguirla cuando se marchara.

—¡Alto, señorita!

Odiaba aquellas dos palabras, más aún si iban unidas. El guardia de

la garita la había descubierto y la escrutaba con semblante amenazante. Avanzó hacia ella. Vera reparó en la pistola que llevaba al cinto.

—No puede estar aquí.

—Ya me iba. —Decidió que discutir no era una buena opción.

—Deme su móvil.

—Solo estaba dando un paseo. ¿Qué ocurre?

El hombre mantenía la expresión sombría y la mano extendida.

—Me gustan los conejos. —Sacó el móvil y le enseñó la foto de Luz. El guardia pareció tranquilizarse.

—¿Y los prismáticos?

—Me dijeron que hay muchas rapaces, pero no veo ninguna.

—Las aves están en el Hondo de la Unilla, pregunte en el pueblo. Esta es una zona de seguridad, no puede estar aquí ni sacar fotos.

—Ah, lo siento. No sabía que esto fuera una zona de seguridad. Es una empresa de semillas, ¿no?

—Sí, señorita, y debemos proteger nuestras patentes. —Le hizo un gesto para que se marchara.

—Claro, tiene razón.

Con una sonrisa tímida, Vera caminó hacia el todoterreno. Imaginó al guardia mirándola con desconfianza, estudiando su ropa, su complexión, sus movimientos. La habían pillado in fraganti, pero ahora tenía un objetivo: descubrir qué transportaba la furgoneta blanca.

33

Año 2018

Eran las seis de la tarde y anochecía. El invierno y la niebla se habían repartido a medias la tarea de derrotar al sol, dejándole apenas unas pocas horas de tímida regencia que daban lugar a días cortos, oscuros y tristes. Las noches gélidas y tenebrosas se alargaban como una mancha del inframundo.

Sofía trabajaba en el portátil. Caín la saludó al llegar con un beso en la frente.

—Cuando acabe el ensayo, quiero irme de viaje —insistió ella.

—¿Lo dices en serio? —Él la miró sorprendido. Era la segunda vez que lo decía en poco tiempo.

—Quiero ir a la India.

Caín dejó la cena que acababa de comprar fuera en la cocina. Hacía tiempo que Sofía quería visitar la cuna de la espiritualidad, el país de Buda. Si no fuera por el accidente ya habrían ido. Pero ahora…

Volvió al salón.

—No creo que la India esté adaptada para…

—¿Para tullidos? —le cortó ella—. Yo pienso ir. Lo único que tienes que decidir es si quieres venir conmigo.

—Sabes que contigo iría a cualquier parte.

Ella lo miró y reparó en su cara de preocupación.

—¿Cómo ha ido? —La voz gutural de su mujer no le reconfortó.

—Mal. Ha muerto un hombre.

—¿Qué? —Sofía alargó la mano temblorosa para acariciarle la cara —. ¿Cómo?

—Durante la cacería. —Caín no tenía ganas de hablar. Había sido un error apoyar la batida—. El jabalí le embistió, le clavó los colmillos en el abdomen…

Después de dejar a la gente en el pueblo, Caín regresó en busca de Melquíades y de Tomás.

—¿Y… habéis… matado… al… jabalí? —Sofía estaba emocionada y le costaba más hablar. Las palabras surgieron lentas, precedidas de un rápido parpadeo convulsivo que evidenciaba el esfuerzo.

—Durante la cacería le clavaron una jabalina, lo acribillamos a tiros y ese monstruo no moría. Tendrías que verlo, no imaginaba que existiera un animal de ese tamaño y esa fuerza. No es… natural —hizo

una pausa. Ella le cogió la mano—. El muerto era cazador, un tipo duro. Cuando el jabalí lo embistió, sacó el cuchillo y le atravesó un ojo. La bestia murió poco después.

Caín y su compañero Ansó regresaron justo después de la muerte de Melquíades. Encontraron a Tomás junto al cadáver y el jabalí agonizante doscientos metros más adelante. Ansó lo remató con varios tiros a bocajarro.

—Siento lo de ese hombre. —Sofía le animó a apoyar la cacería y ahora se sentía culpable.

—Yo también. —Notó el temblor de su mano. La apretó, intentando calmarla y detener el movimiento involuntario, aunque sabía que era imposible—. Hay otro hombre herido; nada grave, por suerte.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—El capitán se ha puesto como loco, preguntándome qué pasaba en este pueblo con tanto cadáver. Me ha ordenado que me esté «quietecico», literalmente, que pronto asignarán a un nuevo sargento; que me dedique a hacer los cuadrantes de trabajo, a patrullar para evitar hurtos y peleas y que deje los asuntos delicados, haciendo alusión a los muertos, en manos de los mayores.

—¿Y tú qué has hecho?

—Pedirle ayuda a uno de los cazadores.

Mientras Ansó se encargaba de Tomás y del cadáver de Melquíades, Caín llamó a Quico y le pidió que le enviara a alguien de confianza.

—¿Para qué?

—Para que trajera un tractor antes de que llegaran la ambulancia, el forense y el de la judicial.

—¿Un tractor? —Sofía seguía sin comprender.

—Para echar al jabalí al maletero de mi todoterreno y tapar el rastro de sangre.

Sofía lo miró con intensidad durante unos segundos, procesando la información.

Después sonrió y Caín también lo hizo.

Hacía mucho que no la veía sonreír.

34

Año 1940

Crispo era el dueño de Candasnos. Controlaba el ayuntamiento, controlaba las tierras y controlaba el silo. Todo el mundo trabajaba para él o tenía que hacer negocios con él si quería ganar dinero o recibir su cartilla de racionamiento.

Vivía en la casa de los antiguos terratenientes que tuvieron que malvender sus propiedades y abandonar el pueblo, una casa de piedra, con dos plantas y granero, en la calle Mayor.

Necesitaba una mujer que se encargara de la casa, que le hiciera la comida, le lavara la ropa y le calentara la cama. Le echó el ojo a Florentina, una beata de dieciséis años que quedó huérfana en la guerra y pasaba sus ratos libres en la iglesia. Esa inocencia le daba morbo y soñaba con ponerle su cirio delante y obligarla a adorarlo con devoción. Los tíos de la chica no podían mantenerla y vieron el cielo abierto cuando Crispo la pretendió.

A Florentina le repugnaba Crispo. Era un tipo feo, sucio y desagradable, una mala persona que disfrutaba maltratando a la gente. Asumió su destino con resignación y abría las piernas o la boca sin rechistar cada vez que a él le apetecía.

Cuando la dejó embarazada, el asco que sentía por su marido se convirtió en repulsión. Aguantaba las náuseas y, cuando su marido terminaba, corría a vomitar al corral.

Los primeros meses de embarazo Florentina perdió mucho peso, estaba pálida y muy débil. Suplicó a su marido que buscara a alguien para ayudar en las tareas de la casa y, después de varios desmayos, Crispo aceptó a regañadientes. Contrató a una moza del pueblo, Renata, que tenía fama de trabajadora.

Pero Florentina no mejoraba, pasaba semanas enteras sumida en la fiebre y el delirio. Y Crispo seguía metiéndose entre sus piernas cada noche. El contraste del aspecto famélico con la enorme barriga le excitaba; también los insultos que brotaban de su boca en mitad de los delirios: «¡Herodes! ¡Judas! ¡Satanás!».

Una noche, mientras Crispo la montaba, Florentina dejó de gritar y de moverse. Al terminar, él le echó una jarra de agua en la cara y, como no reaccionaba, llamó a sus hombres para que la enterraran en el patio. El capataz la miró horrorizado.

—Está *preñá* de siete meses. ¿Y el *chiquer?*

Aunque a Crispo le importaba un pimiento, sintió una punzada de curiosidad por saber si se parecería a él.

—¡Sácalo, pues!

El capataz caminó con recelo hacia el cuerpo desnudo y demacrado sobre la cama. Colocó el cuchillo de caza sobre la barriga abultada e hizo un corte debajo del ombligo. Metió la mano y cogió al bebé por los pies. Era un niño y rompió a llorar.

—*¡Folio!* ¡Si es más feo que un cardo borriquero! Me ofende esa jeta.

—Es tu *chiquer*. —El capataz estaba asombrado de que hubiera sobrevivido.

—¿Tú sabes si es mío? Yo no sé ni picota. Dáselo a los tocinos, que coman pelota.

El capataz abrió los ojos, horrorizado por la idea de dárselo a los cerdos.

—Conozco una pareja del pueblo que no pueden hacer hijos. Igual lo quieren *pa* ellos.

—¡No me corrompas la sangre! Haz lo que te dé la gana.

El capataz envolvió al niño en una manta y abandonó la casa en busca de un nuevo hogar para él.

35

Año 1980

Hacía un mes que Quico acudía a El Molino un par de veces por semana. Un mes que estudiaba los espectáculos, disfrutaba de los bailes, reía con los chistes y se deleitaba con el cuerpo de Calixta. La pedrería y las plumas cubrían los brazos, mientras los pechos bamboleaban con libertad.

Quico fumaba un caliqueño en la incómoda butaca de madera. Todas las chicas eran preciosas, pero Calixta las superaba. Cada vez que la veía le temblaban las manos y las piernas, más que en la primera expropiación con Quico Sabaté.

Los días laborables hacían espectáculos de variedades y, el fin de semana, un espectáculo de revista inspirado en las diosas del Olimpo. Quico ya empezaba a conocer las artimañas de las artistas: sabía que cuando una vedete bajaba del escenario en busca de un voluntario para sus chistes picantes, siempre elegía a un hombre acompañado de su mujer. Al estar ella presente, el marido no se atrevería a manosearla. Calixta jamás bajó.

Quico había vuelto a Barcelona para estudiar y para verla. Sin embargo, pasaban las semanas y no se atrevía a hablar con ella. Quizá nunca reuniera valor para hacerlo.

El público aplaudió con vehemencia. La Maña comenzó un número de humor con su marcado acento aragonés: «Un anciano le dice a su mujer: "Cariño, ¿dónde quieres que hagamos hoy el amor?" "¡En el suelo!" "¿Y por qué en el suelo?" "¡Para sentir algo duro!"».

Tras otra escena musical, apareció Christa. La sala quedó en silencio. Quico apagó el cigarro y prestó toda su atención. Christa Leem era uno de los grandes reclamos de El Molino. En 1977 saltó a la fama por ser la primera artista en hacer un desnudo integral en televisión. El poeta Joan Brossa le había escrito el número, titulado *Striptease català,* que generó gran polémica en una sociedad aún constreñida por los tabús sexuales.

Todos los espectáculos de Christa le impactaban: no eran simples desnudos. Su magnetismo y su lánguida sensualidad hacían que cada espectador lo percibiera como un acto íntimo.

Ese día Christa apareció vestida con falda, blusa y sombrero y, al ritmo rápido de la música, se despojó de todas las prendas excepto el

tanga. Sentada sobre una mesa, quedó inmóvil con las piernas cruzadas al tiempo que la música comenzaba a transitar hacia una cadencia más sosegada. Sacó de un lateral una camisa blanca con la que acarició sus piernas. En pie, desplegó la camisa y dispuso las mangas alrededor de su cuello, como si un hombre invisible la abrazara. Christa bailaba con la camisa, movía las mangas sobre sus pechos desnudos, la dejaba caer sobre el abdomen y la deslizaba entre las piernas, donde la movía adelante y atrás, soltando gemidos mientras acariciaba su sexo. Por último, la tiró al suelo, convertida en un trapo sucio de placer.

Después de los números musicales y de humor, apareció Calixta sola sobre las tablas. Era la primera vez que Quico la veía interpretar un número individual. A excepción de la cara, todo su cuerpo estaba cubierto con chapas plateadas que imitaban la coraza de un robot. La propuesta visual resultaba extraña. La música electrónica acompañaba unos movimientos mecánicos que pretendían ser insinuantes, sin llegar a provocar más que risa. Las placas metálicas cayeron al suelo como la pesada piel de un coche desmantelado, mostrando los brazos, las piernas, la espalda, los pechos y el tanga.

A Quico, el número le pareció aburrido y sin gracia, aunque el cuerpo desnudo de Calixta compensaba la decepción.

El negrito Poly ponía la guinda final del espectáculo. Con la llegada del destape, los estriptis no eran suficiente reclamo para atraer clientes. ¿Por qué pagar por ver tetas si las tenían gratis en la tele? Los dueños de los cabarets decidieron probar con espectáculos de porno en vivo. Y funcionaban.

A Quico le parecían denigrantes. Abandonó la butaca en dirección a la salida mientras Poly bailaba en el escenario con una chica rubia, vestida con salto de cama y medias de rejilla. Quico salió mirando hacia atrás y chocó con alguien. La disculpa murió entre sus labios. Era Calixta.

—¿Paco? —preguntó ella con sorpresa y alegría.

—Sí, bueno —titubeó él—, ahora prefiero Quico.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a vert… a ver el espectáculo.

—¿Y ya te vas? Te vas a perder lo mejor.

—Solo asisto a espectáculos sexuales si soy yo el protagonista.

Ella soltó una carcajada luminosa.

—Es lo que el público pide. Doña Vicenta nunca lo consentiría, pero la nueva directiva… ¿Tienes noticias del pueblo?

Después del entierro de su madre, Calixta no volvió a Candasnos. Se rumoreaba que su familia no le hablaba desde que descubrieron

que trabajaba en El Molino.

—Tu padre y tu hermano están bien. Este año ha sido malo, ha llovido poco y a deshora, pero sobrevivirán. —Ella asintió agradecida —. ¿Por qué no vamos a un lugar más tranquilo?

Calixta dudó y cada latido del corazón de Quico superó al siguiente en una sintonía monocorde.

—Está bien. Conozco un sitio.

Caminaron en dirección a las Ramblas.

—El Molino nació a finales del XIX como tablao de espectáculo flamenco para marineros borrachos. Me he informado. —Quico no dejaba de parlotear—. ¿Sabías que su verdadero nombre era Le Petit Moulin Rouge en honor al famoso cabaret parisino? Durante la dictadura obligaron a ponerlo en castellano y a quitar la palabra «rojo».

—Pues no tenía ni idea, la verdad, pero qué interesante. —Calixta señaló una fachada—. Es aquí.

«Bar Marsella», indicaba el cartel de un local acogedor decorado con madera. Calixta pidió en la barra y, con dos vasos de líquido verde, ocuparon una mesa junto a un gran ventanal.

—¿Qué es esto?

—Absenta. —Ella sonrió—. De toda la gente de Candasnos, eres el único al que me apetecía ver.

—Vaya, sí que tienes mal recuerdo del pueblo.

—No me lo pusieron fácil.

—¡Por nosotros!

Brindaron.

—¡Hostia! Que Dios me perdone. ¡Qué fuerte es esto!

La risa franca de Calixta aceleró las pulsaciones de Quico. Estaba tan cerca de ella, tan cerca de sus ojos violetas como las grosellas francesas, de su piel blanca como la nieve de los Pirineos; estaba tan cerca que su olor le evocaba la imagen de una crepe de fresa y chocolate con un toque picante de guindilla.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Calixta.

—Soy albañil y vivo en una pensión horrible. Por las noches estudio.

—¿Estudias?

—Sí, para maestro.

—¿Y no te casaste? ¿No estás con nadie?

—¿Además de las chinches? —Calixta rio con la broma—. No, no hay nadie. Y a ti, ¿cómo te va? —preguntó con timidez—. ¿Has conocido a alguien?

—Estuve prometida. —Dio un trago de absenta, incómoda.

—¿Y qué pasó?

—Los hombres tenéis la mala costumbre de confundir amar con poseer. Y yo aposté por mi libertad.

—No todos pensamos así —puntualizó él, inmerso en la ensoñación de la absenta y el influjo de Calixta.

—¿Qué te ha parecido el número?

—¿El del robot? —La mente de Quico funcionó de nuevo—. Me parece muy original, quizás un poco frío. Ya sabes, por los *pichorros* de metal y todo eso.

Esta vez Calixta no sonrió.

—Es una metáfora de la deshumanización de la sociedad actual —explicó—. Debemos despojarnos de todas nuestras miserias para que aparezca de nuevo el ser humano. —Quico desvió la mirada. No parecía muy convencido—. Las chapas me costaron un riñón. ¿Te gusta más el de Christa?

Quico dudó, pero decidió que una mujer como ella merecía saber la verdad.

—Sí, el de Christa es más sensual, transmite más emociones y hace pensar. —Calixta bajó los ojos a la copa y bebió decepcionada—. En el tuyo, solo deseaba que acabaras de quitártelo todo para… —se arrepintió del arrebato de sinceridad.

—Christa cuenta con intelectuales y poetas que le escriben los números —alegó ella.

—¿Por qué no sigues haciendo lo que hacías?

—La revista tiene los días contados, Quico. Y yo también. Hace un tiempo llegué a ser vedete, pero tomé una mala decisión, me despedí de El Molino y Lola Nais recuperó mi puesto.

—¿Y qué pretendes con estos números?

—Admiro a Christa, ella parece que improvisa, se deja llevar por la música, olvida que hay gente mirándola… Su trabajo me parece precioso, es una inspiración. —Miró a Quico a los ojos—. Su arte permanecerá.

—Y tú también quieres permanecer.

—En mi noche de bodas estuve a punto de morir y sentí que no le importaría a nadie. Necesito destacar de alguna forma. —Calixta dudó —. Disculpa, te estoy aburriendo. No he cenado y la absenta me está afectando.

Quico quería preguntarle por lo que pasó la noche de bodas, pero no se atrevió.

—Los artistas no imitan —dijo, en cambio.

—¿Qué quieres decir?

—Que dejes de copiar a Christa Leem y hagas algo original. Yo

podría escribir un número para ti.

—¿Tú? —Calixta rio—. Quico, tú no eres poeta.

—Es cierto. —Él rio también y apuró la copa de un trago. Le ardieron la lengua, el paladar y la garganta—. Yo no soy poeta, soy anarquista.

—¿Y eso te ayuda a escribir?

—Me ayuda a pensar.

36

Año 2018

Cuando aparcó y cerró la puerta del garaje, Vera sintió que estaba en casa, que aquel era su hogar. Tendría que hacer arreglos, tirar algunas paredes y comprar muebles modernos y prácticos. Conocía una almoneda con buenos precios. Solo tendría que alquilar una furgoneta.

Sacó a Luz del maletero, que permanecía inmóvil entre las mantas.

—Tranquila, Luz, estoy aquí para ayudarte. —Observó los párpados inflamados y percibió el sufrimiento del animal y la inminente visita de la portadora de la guadaña.

En la cocina la dejó junto a la estufa. El fuego agonizaba, como el animal, pero el fuego tenía remedio. Echó un leño y removió las brasas con el atizador. Dejó en la percha la ropa de abrigo y buscó el móvil.

—¿Cuánto hace que está enferma? —La voz del veterinario despuntó sobre una orquesta de ladridos.

—No lo sé —contestó Vera—, la he encontrado en el campo.

—No hay cura, morirá pronto. Puedes aliviar el malestar con dexametasona, un corticoide.

Tenía que enterarse de si había algún veterinario en el pueblo. Candasnos estaba rodeado de granjas de cerdos (no sabía si incluir en ese grupo la casa de los caciques) y algún corral de ganado.

Antes tenía que dar respuesta a un asunto pendiente.

Subió al granero en busca de conexión y pidió un informe en la página de la DGT. El más básico no tenía coste; el completo, que incluía los datos del propietario, valía poco más de ocho euros. La furgoneta Mercedes estaba domiciliada en Fraga y pertenecía a Agro Solutions, una empresa de trabajo temporal especializada en empleo agrario en las comarcas de Monegros, Bajo Cinca y limítrofes.

«Qué raro», pensó Vera.

Recuperó el informe de Hacienda de Semilia y fue al listado de proveedores. Allí estaba Agro Solutions.

César tenía una sociedad limitada con sus hermanos que explotaba las tierras de la familia. Pero Semilia se dedicaba a la producción de semillas, no a la explotación de cultivos. ¿Para qué necesitaban los servicios de temporeros?

Dejó el tema por el momento, debía encargarse de su pequeña amiga.

Salió a la calle, desierta para variar. Frente a la casa de Toki había un bar, La Hermandad. A través de las amplias ventanas pudo ver el mobiliario anticuado, el deslucido amarillo de las paredes y a dos hombres acodados en la barra. Avanzó hacia los tres escalones de la entrada cuando un joven negro se cruzó con ella.

—Buenas tardes —saludó taciturno.

Era el mismo chico que vio por la mañana junto al pozo de hielo.

—Espera. —El joven le clavó dos ojos grandes y asustados—. ¿Hablas castellano?

—Claro. —Pareció ofendido.

—¿Sabes si hay veterinario en el pueblo? —El la miró sin comprender y ella continuó—. Médico, médico para animales.

—¿Estás enferma?

—Yo no. Un conejo.

—No hay. —El joven se rascó la cabeza de pelo corto y rizado. Era de mediana estatura y delgado, vestía ropa desgastada y no muy limpia—. Yo entiendo un poco.

Vera lo observó con recelo. Era solo un niño.

—¿Quieres verlo? —le propuso finalmente.

Entraron en la cocina y el chico caminó rápido hasta la estufa, donde Vera le indicó que estaba Luz. El gesto duro cedió ante el calor reconfortante. Bajó la mirada hacia el animal, le acarició la cabeza y le miró los ojos.

—Muy enfermo, va a morir.

—Lo sé. Solo quiero que no sufra.

—Los animales sufren. Peor que sufran las personas.

Aquellas palabras inquietaron a Vera.

—No te lo puedes comer —continuó, y Vera intuyó que a él no le importaría comérselo.

—Tranquilo, soy vegana. —Al ver su expresión, aclaró—: No como carne.

—Españoles sois muy raros.

—Me llamo Vera —rio ella.

El chaval la miró con el mismo ojo clínico que dedicaba a Luz.

—Dale mucha agua. No comida, agua. Morirá pronto.

Vera asintió y notó que la tristeza le atenazaba el estómago. No había comido casi nada en todo el día y no tenía hambre.

El chico permaneció inmóvil.

«Ah, qué torpe», pensó, «esperará una propina».

Le alargó unas monedas.

—Mejor un té caliente, gracias. —Las rechazó con un gesto.

Vera abrió la boca sorprendida y guardó el dinero.

—Siéntate. Voy a preparar algo mejor.

El chico entonó una canción con voz queda y acercó las manos al conejo, sin tocarlo. Funcionaba. Luz ralentizó el ritmo de la respiración.

Vera tenía puré de verduras para cenar. Siempre hacía para varios días, suficiente para los dos. Puso la olla a calentar junto a un cazo con agua. Abrió la mesa de la cocina y buscó un mantel. Los cuadros estaban descoloridos, pero sabía que no le importaría a su primer invitado. Sirvió los platos de puré y dos infusiones.

—¿Manzanilla, jengibre y romero? —El chico se encogió de hombros, conforme—. ¿Con miel? —Afirmó frenéticamente.

Vera agradeció la compañía inesperada. Le ayudaba a despejar la cabeza, a pensar en otra cosa. Estaba demasiado obsesionada con la investigación.

—Rico —dijo el joven tras probar el puré—. Hace tiempo no como caliente. Totú es tonto y no compró gas cuando vino camión.

—¿A qué te dedicas? —Vera dio un sorbo a la infusión.

—Saco piedras campo, podo árboles, llevo tractor, cuido ganado, sé de perros… Y cuido conejos.

Vera sonrió, él también.

—Me llamo Moussa.

—Encantada, Moussa.

—Estoy aquí de paso —explicó con solemnidad.

—Ah, ¿sí? ¿Adónde vas?

Moussa miró para otro lado, incómodo.

—No puedo hablar, el calor del estómago quema lengua.

—Yo tampoco soy de aquí.

—Lo sé. Dices eres sobrina de la Toki, pero la gente habla es mentira. Conociste a Toki en sanatorio mental en Barcelona, eso habla gente. ¿La mataste tú para ganar casa? Yo no creo. Tú guardas secretos, yo sé. Este pueblo es pequeño y feo. ¿Por qué vienes? Barcelona grande y bonito.

Los ojos tristes de Moussa la interrogaron.

—Estoy buscando respuestas. ¿Y tú? —le devolvió la pregunta.

—Yo también. —Apartó el cuenco vacío—. Está caliente, pero mejor más pimienta y mostaza. Yo puedo enseñar a hacer bien. —Vera sonrió.

Moussa dio un largo trago a la infusión. Parecía complacido.

—Esto sí bueno, bueno. ¿Tú sabes mirar matrículas?

La pregunta sorprendió a Vera.

—¿Mirar matrículas?

—Sí, como películas. Tú das número y te dicen dueño y dónde vive. Aquí nadie sabe.

—Tienes que entrar en una página de internet y pagar por ello —explicó Vera—, o preguntarle a un amigo que trabaje en la policía.

—¿Tú tienes amigo policía?

—¿Para qué necesitas esa información?

Silencio.

Luz se removía ligeramente en la improvisada madriguera de mantas viejas. Vera le dio un poco de agua con una cucharilla. Estaba agonizando. Le acarició la patita, no quería hacerle daño.

—Busco hermano. —Vera alzó la cabeza y Moussa continuó—. Es como mí, más gordo, come mucho. Vino España porque comida buena y hacía calor. No verdad, aquí hace frío y tu puré mejor que mucha comida, aunque falta picante. Su nombre Cheikh, como padre y abuelo. Él mayor que yo, pero no más listo, solo habla mucho y parece sabe.

Vera se lavó las manos en el grifo de la cocina y volvió a la silla.

—¿Se fue con alguien en un coche?

—Cheikh no irse. Trabajaba en campo. Ser inmigrante, no delincuente. Policía paró y llevó a CIE.

—Un Centro de Internamiento de Extranjeros. Tu hermano no tenía permiso de residencia, ni pasaporte, ni domicilio fijo. Lo iban a deportar, ¿verdad?

—Llevaron CIE Barcelona. Necesitan llenar avión con senegaleses antes de enviar a Dakar. Si sesenta días no lleno, ellos sueltan Cheikh.

—¿Y lo soltaron?

—Quedaban dos días para salir. Cheikh envió mensaje algo raro, pensé que deportaban. Llamé abogado de Cheikh. Nada raro sabía.

—¿Y por qué viniste a Candasnos?

—El día que soltaban Cheikh, fui a esperar a puerta CIE. Cuando Cheikh salió, dos hombres empujaron dentro furgoneta blanca. Llevaron Cheikh y tres más. Yo escondí tras pared, fui cobarde. —Apretó los gruesos labios y bajó la mirada, avergonzado.

Vera imaginó a aquel chaval demasiado delgado intentando detener a los secuestradores de su hermano.

—No fuiste un cobarde, fuiste listo y apuntaste la matrícula. —Moussa asintió—. ¿Cómo llegaste a Candasnos?

—Cheikh y yo vemos dónde está el otro. —Le mostró en su móvil un símbolo que marcaba en Google Maps la última ubicación recibida de su hermano—. Mapa dice que llegó aquí. Después móvil de Cheikh sin conexión. No actualiza mapa, no coge llamadas.

—¿Preguntaste al abogado?

—Abogado dijo policía liberó Cheikh. Es mentira. Yo vi furgoneta blanca y Cheikh no llamó.

—Tendrías que denunciar la desaparición.

—No denuncia. Yo tampoco papeles, no quiero ir a CIE. Además, policía culpable de esto. Policía mete a Cheikh en furgoneta blanca. —Parecía que Moussa iba a llorar, pero de pronto dio un salto y se puso en pie con mirada amenazante—. ¡Tú no decir lo que yo cuento o yo matarte, mujer blanca! —y deslizó el índice por su cuello.

Vera endureció el rostro. No podía consentir aquellas palabras, aunque fueran fruto del miedo de un niño.

—Moussa, estás en mi casa, has comido mi comida. Retira ahora mismo lo que acabas de decir o no cuentes con mi ayuda.

El chico se sentó, derrotado.

—Lo siento, yo cobarde. No quiero ir a CIE, no quiero ir furgoneta blanca.

—Dame el número de la matrícula. —Vera tuvo un presentimiento.

Moussa se la recitó de memoria. Ella la comparó con la de la furgoneta que había visto entrar en Semilia: era la misma.

—La furgoneta blanca pertenece a Agro Solutions, una empresa de trabajo temporal domiciliada en Fraga.

—Fraga está lejos.

—Tranquilo, no hace falta que vayas. Hoy he visto esa furgoneta aquí, en Candasnos.

—¿Dónde?

—Escúchame, Moussa —Vera le cogió la mano y le miró a los ojos con seriedad—, esto puede ser peligroso. No hagas nada por el momento. Déjame a mí que investigue un poco, ¿de acuerdo? Hay que tener cuidado y ser discretos. Nadie puede saber lo que hemos hablado de esto hoy, aquí.

—En boca Moussa no entran moscas.

—Eres un chico muy inteligente. Sé que puedo contar contigo. Vamos a averiguar dónde están Cheikh y los otros chicos y luego iré a la policía…

—No policía.

—Está bien, no policía. Contactaré con mis amigos periodistas y armaremos un escándalo en todas las televisiones. Toma, este es mi número de teléfono, llámame si necesitas algo. —Le alargó una tarjeta de visita.

Moussa miró a Luz.

—La enfermedad hincha conejo. Pero tu conejo tiene cabeza demasiado grande: no normal, deforme.

Después de decir esto, el chico le dio las gracias y se marchó. Luz respiraba con cada vez más agitación. Vera acercó las manos a ella y entonó, muy suavemente, la nana con la que su abuela la tranquilizaba cuando ella estaba enferma. La respiración del animal se ralentizó hasta que el pecho quedó inmóvil.

Moussa tenía razón, la cabeza de Luz era deforme. Acarició el pelo suave del conejo y sintió un escalofrío, una premonición de desgracias y muerte.

Comenzó a llorar.

Aquel pueblo estaba maldito. Tenía que acabar con Semilia y después pondría la casa en venta. Quizá le interesara a alguna familia para pasar las vacaciones de verano, niños entretenidos con las bicis, que pusieran una piscina hinchable en el corral y jugasen al pilla-pilla en la plaza; y padres relajados haciendo barbacoas en el campo.

Primero convertiría Candasnos en un lugar seguro. Después, se iría de allí para siempre.

37

Año 2018

A mediodía las campanas tocaron a muerto. Caín detuvo el todoterreno oficial en la puerta de la iglesia, donde se arremolinaba todo el pueblo. Hombres y mujeres de luto entraban en el templo con paso lento y caras funestas. La viuda y los dos huérfanos sollozaban en la entrada cuando apareció el coche fúnebre. Cuatro hombres cargaron el pesado ataúd y caminaron tambaleándose por el esfuerzo.

—Buenos días —saludó Quico con su acento cerrado y cantarín. Venía con un acompañante.

—Podrían ser mejores —repuso Caín.

—Desde luego. —Quico estaba afligido—. Melquíades era amigo mío, muy amigo.

—Lo siento.

—La vida es así. —Quico señaló a su compañero—. Este es Aurelio, el médico del pueblo. ¿Lo conoce?

Era un tipo bajo y delgado, pelo corto y gafas, el prototipo de ratón de biblioteca.

—No. —Caín alargó la mano—. Encantado.

—Igualmente.

—Bueno, yo os dejo —repuso Quico—. Mis creencias me impiden entrar en la iglesia.

—¿Qué creencias son esas? —preguntó Caín.

—Ningunas, precisamente —rio Quico—. Yo no creo en las instituciones, creo en las personas.

Y se marchó.

—Era un buen hombre —afirmó Aurelio.

—¿Quico?

—Melquíades, digo. Un poco bruto, eso sí, pero sin vueltas ni reveses.

—En lo de bruto estoy de acuerdo —contestó Caín—. Le dije que no era un buen día para cazar, pero no quiso escucharme.

—¿Cree que habría ido mejor con menos niebla? Dicen que acribillaron a tiros a esa bestia y no cayó.

—Así es. Embistió a dos personas y un coche después de meterle un montón de tiros.

—Examiné a Cecilio —explicó Aurelio—. Tenía contusiones y algún

corte leve. Un tipo afortunado.

—No lo sabe usted bien, tendría que ver el tamaño del jabalí.

—Tengo entendido que no ha aparecido.

—No —respondió Caín, incómodo. Lo llevaba en el maletero del coche, envuelto en un plástico negro, oculto tras los cristales tintados. No sabía qué hacer con él.

—¿Cree que escapó? —preguntó Aurelio.

—Dicen que Melquíades acabó con él, pero no encontraron el cuerpo.

—Un misterio, ¿no? —continuó Aurelio con ironía.

—Este es un pueblo plagado de misterios.

Las últimas personas entraron en la iglesia. Solo cuatro o cinco hombres siguieron hablando en la puerta.

—¿No va a entrar? —preguntó Caín.

—¿Para qué? No lo vamos a resucitar.

—¿Tampoco cree en nada?

—Yo sí creo. Creo en lo que puedo ver y tocar, creo en lo que puedo estudiar y explicar a través de la ciencia.

—La ciencia es una falacia —discutió Caín—. Hoy la ciencia puede explicar cosas que hace cien años se creían fruto de la magia y las supersticiones.

—En eso tiene razón. —Aurelio lo observó con sorpresa—. ¿Le gusta la ciencia?

—La frase es de mi mujer. Ella es la pensadora y la inteligente.

—Pues su mujer tiene razón. La ciencia está en pañales. El sabio es aquel que acepta su ignorancia. La sabiduría no se basa en el conocimiento, sino en una pregunta continua.

—¿Es usted del pueblo? —preguntó Caín.

—Sí. Estudié medicina en la facultad de Zaragoza y pedí aquí la plaza. La vida en este pueblo es dura, pero las raíces tiran mucho.

—Comprendo.

—Aquí todo funciona distinto. En la ciudad haces tus horas, te vas a casa y te olvidas. En el pueblo nos conocemos todos, y si alguien necesita algo… pues qué voy a hacer, estoy de guardia las veinticuatro horas. Igual hago de médico que de enfermero, o incluso de pediatra o de veterinario —rio.

De veterinario. Una idea tomaba forma en la mente de Caín. Las conversaciones con su mujer le llevaban a desconfiar de sus superiores, de sus compañeros, de la policía judicial, del forense… Del sistema en general. Por eso no sabía aún qué hacer con el jabalí. No quería enviarlo a Fraga… La única forma de estar seguro de que la investigación avanzaba era tomar las riendas.

—¿Cuánto tiempo lleva de médico del pueblo?

—Diez años.

—¿Alguna vez ha hecho una autopsia?

* * *

La casa de Aurelio estaba al otro lado del pueblo, cerca de la carretera de Caspe. Caín metió el todoterreno en el garaje y cerraron la puerta. Aurelio accionó un interruptor que derramó la luz verdosa y fría desde unas pantallas fluorescentes colgadas con cadenas. Colocó una mesa baja con ruedas en la parte de atrás del maletero y entre los dos, y con esfuerzo, ataron el cuerpo del animal con una cuerda. El otro extremo fue al gancho de remolque del coche de Aurelio, un C5 algo desvencijado. Caín pensó en pedirle los papeles de la ITV.

Aurelio arrancó y avanzó despacio. El cuerpo del jabalí salió del maletero y cayó sobre la mesa que sujetaba Caín. Juntos la empujaron hasta la zona de taller, con varios bancos de trabajo y herramientas de todo tipo.

—¿Le gustan las manualidades? —preguntó Caín.

—Si vamos a hacer esto juntos, creo que podemos tutearnos.

—Tienes razón.

—Soy soltero y tengo mucho tiempo libre. —Le mostró una hamaca de madera de un palmo de alta—. Hay que entretenerse con algo, aunque sea en hacer juguetes para los sobrinos. Espera un momento.

Aurelio salió por la puerta del fondo y regresó con dos batas blancas.

—Será mejor que nos pongamos esto.

Caín cubrió el uniforme con ella. El médico le entregó unas gafas de protección, una mascarilla de papel y una gorra.

—¿Es necesario?

—Hazme caso.

Aurelio cogió una radial y comprobó que funcionaba.

—Ayúdame a moverlo.

Desplazaron unos metros la improvisada camilla. Quitaron el plástico negro y ataron las patas delanteras del animal para despejar el pecho. Con unos guantes de goma, el médico empuñó la radial. Miró a Caín.

—¿Por qué lo haces?

Él bajó la cabeza sin saber qué responder. Por su mujer, por la gente, por la verdad, por la justicia… Llevaba mucho tiempo fuera de juego, vagando por el mundo como un alma en pena. Quizá, por sí mismo.

—Es mi trabajo. —Sintió en el estómago un cosquilleo de satisfacción.

Aurelio lo miró con intensidad.

—¿Robar el cadáver del jabalí y hacer una autopsia clandestina? Ese no es tu trabajo. Ningún guardia se implica tanto en los problemas del pueblo, nadie tiene el más mínimo interés.

—Las cosas no son tan fáciles —rebatió Caín—. Hay normas y procedimientos que cumplir. No nos los podemos saltar a la torera.

—Tú lo estás haciendo.

Sabía que no debía hacerlo, la investigación debía seguir el cauce oficial. Pero habían muerto cinco personas en el pueblo y a nadie le importaba una mierda. Si lo dejaba pasar, sabía cuál sería la explicación oficial: «Muertes accidentales».

—Digamos que un año me parece un plazo razonable para que la vía reglamentaria dé algún fruto. Y cinco muertes por ataque de animal en un pueblo tan pequeño me parece excesivo para no buscar una explicación.

Aurelio encendió la radial y el disco giró a toda velocidad.

—Pues vamos a buscarla.

La acercó al pecho del jabalí y saltó un chorro de sangre que le ensució la bata y la cara. Caín lo observó con sorpresa. Era la primera vez que presenciaba una autopsia en directo. Observó con curiosidad al ratón de biblioteca, transformado en el asesino sádico de cualquier película de terror.

El disco alcanzó el esternón y el hueso tajado chirrió con un sonido escalofriante. Movió la radial de arriba abajo con movimientos cortos y precisos. La sangre saltó con cada embestida y el pecho del animal liberó las entrañas sobre la mesa y el suelo.

A través de la mascarilla, Caín percibió un olor nauseabundo que mancilló sus fosas nasales. Era repugnante. Retrocedió en busca de aire limpio.

El médico cogió unas tijeras y un cubo de plástico, metió las manos entre las vísceras y tiró de una tripa muy larga.

—Los intestinos —explicó. Cuando alcanzó el extremo lo cortó y lo echó al cubo—. Nada reseñable. —Cortó más vísceras—. El estómago. Parece algo inflamado, dentro de lo normal. —Después sacó el hígado, el páncreas, los riñones y el corazón—. Mira qué curioso. —Tuvo que sujetar el órgano con las dos manos de lo grande que era—. Tiene dos corazones pegados.

—Joder, supongo que ahora me vas a contar que en este pueblo escondéis una central nuclear en una granja de cerdos.

—Tenemos cosas peores. —Aurelio lo dejó sobre la mesa—. Un

corazón sufrió un infarto y el otro siguió funcionando un tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno está muy inflamado y tiene mal color. —Utilizó las tijeras para separar los órganos. El primero soltó un chorro de sangre. El que estaba más hinchado, no—. ¿Lo ves? Este tiene sangre coagulada dentro.

—¿Quieres decir que uno de los corazones pudo pararse durante la cacería y el otro lo mantuvo vivo hasta el enfrentamiento con Melquíades?

—Puede ser.

Se limpió las manos con un trapo.

—Ahora vamos con la cabeza.

Cogió la radial y el sonido estridente y desagradable volvió a retumbar entre las paredes del almacén. Con mucho cuidado, acotó el perímetro del cráneo con una línea de sangre. Usó un destornillador para retirar el cascarón vacío.

—¡Dios!

—¿Qué pasa? —Caín se inquietó—. ¿También tiene dos cerebros?

—¿No ves el color?

A Caín le pareció un cerebro como otro. Una masa amorfa de color morado, llena de pliegues y cubierta de sangre. Aurelio le enchufó una manguera para quitar los restos sanguinolentos. Los pliegues blancos, como gusanos abultados, sobresalían de una base azul fosforescente.

—Lo del corazón es raro, aunque puede ser una malformación genética —miró a Caín—. Esto no es natural. Solo las medusas y algunas especies raras son bioluminiscentes.

—¿Quieres decir que papá jabalí montó a mamá medusa y parieron un jabato gigante con dos corazones y un cerebro brillante?

—Lo veo complicado —Aurelio sonrió—. Apostaría por OMG.

—*Oh, my God!* —exclamó Caín—. Yo también apuesto por ello.

—OMG son las siglas de «Organismo Modificado Genéticamente». Es decir, plantas o animales creados mediante manipulación genética. Los OMG eran organismos transgénicos que combinaban genes de distintas especies que nunca podrían mezclarse en la naturaleza. Por ejemplo, al maíz le introducen genes de bacterias para hacerlo resistente a las plagas o a ciertos herbicidas. También implantan genes de araña en gusanos.

—¿Gusanos araña? —Caín mostró una mueca de desagrado—. ¿Para qué?

—El hilo de araña es mucho más resistente y flexible que cualquier otra fibra conocida. Quieren utilizarlo para fabricar armaduras y chalecos antibalas. Sin embargo, no es posible montar granjas de

arañas porque se matan entre ellas. Solución: modificar a los gusanos para que produzcan seda con las características del hilo de araña.

—Lo de los chalecos antibala suena bien. ¿Cuál es la parte negativa de todo esto?

—Que están haciendo experimentos sin ningún control y nadie conoce las consecuencias a largo plazo. Imagínate que un maíz resistente a plagas y herbicidas germinara a una mala hierba y esta se vuelve resistente. No habría forma de detener su expansión. O que una planta modificada genéticamente sufre otra mutación que la convierte en otra cosa desconocida. O que los alimentos transgénicos que consumimos nos provocan cáncer, malformaciones, mutaciones… Jugar a ser Dios es muy peligroso y puede tener consecuencias nefastas.

—Entiendo —aceptó Caín—. ¿Y crees que este jabalí es transgénico?

—Estoy seguro de que es un OMG. Demasiadas cosas raras: su tamaño, los dos corazones y el color del cerebro. Pero hay técnicas mucho más avanzadas que los transgénicos. CRISPR permite editar el genoma de cualquier organismo a voluntad, sin necesidad de introducir genes de otras especies.

—¿CRISPR? —repitió Caín—. Pero, en el pueblo, ¿quién va a hacer ese tipo de experimentos? Esto es cosa de multinacionales farmacéuticas.

—Las empresas de semillas —afirmó Aurelio—. Los OMG permiten patentar las semillas. Así evitan que el agricultor guarde parte de la cosecha para plantar en la siguiente temporada. Está condenado a comprar siempre al productor, que controla los precios y el mercado.

—Y en el pueblo hay una fábrica de semillas.

—Eso me temo.

—Creo tendré que darme una vuelta por allí. CRISPR, ¿verdad?

38

Año 1980

Quico llevaba un mes buscando un número para Calixta, un número tan original, rompedor e impactante que la llevara a la televisión, la lanzarla a la fama, que la pusiera en boca de todo el mundo. Un número que marcara a toda una generación.

«¿Has visto el número de La Viuda? Sí, claro, quién no.»

Trabajaba de albañil diez horas al día, pero su mente volaba lejos de los ladrillos y el cemento. Después de cenar y antes de estudiar hasta la madrugada, emborronaba un cuaderno con las ideas que cruzaban su cabeza. Hizo un listado y las analizó una a una, valorando tanto el contenido erótico como el intelectual. Descartó las que no le convencían, sobrevivieron seis y eligió la más provocativa.

Con el guion escrito, dedicó un sábado a buscar la música adecuada en una tienda de discos. Le ayudó el dependiente, que acabó contento de participar en una gran creación artística.

Por último, citó a Calixta en el Marsella. Ella vestía un traje de pantalón oscuro, chaqueta con hombreras y un jersey blanco de cuello alto. A Quico le pareció la mujer más hermosa del mundo. Ocuparon la misma mesa que la otra vez. Era domingo a mediodía y por la calle desfilaban las familias con sus mejores galas de camino a misa.

Quico sacó la libreta. Estaba nervioso, tanto que apenas había dormido. Le contó la idea.

—Es un tema delicado. —Calixta desvió la mirada y bebió absenta con los ojos anegados.

Él no esperaba aquella reacción.

—¿Delicado? —Quico no pudo ocultar su frustración—. ¡Qué *pichorro*! ¿No querías impactar?

—Sí, claro. Pero…

No la dejó terminar.

—¿Has oído hablar de las once de Basauri? Mujeres pobres a las que metieron en la cárcel acusadas de asesinato solo por ser pobres y tratar de abortar en España. Llevan desde 1976 esperando juicio. Las feministas se tiran a la calle, encabezadas por figuras importantes como Ana Belén, Massiel, Pilar Miró, Lola Gaos, Nuria Espert o Mercedes Milá. Tú puedes unirte a sus voces.

—Por favor, Paco, no grites.

—Llámame Quico. —Bajó el volumen—. El espectáculo será impactante. Une sensualidad y reflexión; defiende el feminismo y la lucha de clases.

—Necesito un tiempo para prepararlo.

El aborto era un tema que la removía por dentro, presente en las principales desgracias de su vida. Ella tuvo que abortar después de su fatídica noche de bodas. Y ella ayudó a la Dolors, que acabó muriendo en la cárcel por abortar.

No quería que el aborto volviera a su vida.

No quería que las desgracias volvieran con él.

Quico le entregó el guion y el disco con el tema de The Velvet Underground que le regaló el dueño de la tienda a cambio de una invitación para ver el espectáculo.

Se despidieron con frialdad. Su colaboración no resultó tan gratificante como él había soñado.

* * *

El día del estreno, Quico acudió a El Molino acompañado del dueño de la tienda de música. Eligieron sitio y, con una cerveza en la mano, esperaron a que apareciera Calixta sola en el escenario.

El tema «Venus in Furs» sonó poco antes de la mitad del espectáculo. Calixta vestía un sensual disfraz de caniche. Quico se removió en el duro asiento. Junto a ella había un galgo escuálido con las costillas marcadas y el rabo entre las piernas.

—Es «Venus in Furs» —susurró animado el compañero de Quico.

—Sí, pero no es mi número.

Calixta acarició al perro de forma sensual, acercó la cara a su hocico y lo besó en la boca. El animal le propinaba rápidos y certeros lametazos. Ella meneó el trasero como una hembra en celo que lanza el anzuelo de las feromonas. El galgo miraba al público con las orejas gachas, intimidado por la música y las luces, ajeno al juego que ella le proponía. Calixta bailó en el escenario y dejó caer la piel de caniche al suelo, liberando sus explosivas curvas. Lanzó el tanga a la platea y el escenario quedó a oscuras, a excepción de un foco que perfilaba su figura a contraluz. La música se detuvo, Calixta separó las piernas y orinó sobre el suelo, ante la atenta mirada del galgo.

La conmoción golpeó al público y un rumor de incredulidad e indignación recorrió el teatro.

El escenario quedó a oscuras de nuevo y las luces regresaron con la música del siguiente número. Las chicas ocuparon el escenario con sus cuerpos esculturales.

Quico abandonó el teatro, indignado. Esperó más de una hora hasta que salió su acompañante y después Calixta.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó a ella a bocajarro—. Ese número es ridículo.

—¿No te gusta? Pues ha creado revuelo entre el público.

—A mí me parece desconcertante, *noia* —intervino el dueño de la tienda de música.

—Indignante, diría yo.

—¿Y no es eso lo que dijiste, que buscara un número que impactara, que diera de qué hablar?

—¿Eso le dijiste, Quico? Pues se ha superado. —Su compañero era el único que disfrutaba.

—Sí, pero no porque sea ridículo o humillante. El número que yo te propuse…

—No puedo hacer un número así.

—Lo que has hecho provoca indignación y rechazo porque es desagradable, porque es asqueroso, sin más. La gente lo criticará y se reirá durante un par de días. Después, lo olvidarán, porque no hay un mensaje detrás.

—*Home,* mensaje sí que hay, a mí me ha llegado.

—Tú eres un pervertido —le increpó Quico.

—Hay un mensaje —insistió ella—. Habla de la atracción sexual desde el punto de vista animal, de marcar el territorio y del control que la hembra ejerce sobre el macho a través del apareamiento.

—¡Qué mensaje es ese! —exclamó Quico.

—*Home,* no te pongas así.

—El verdadero espectáculo —continuó Quico— es el que aúna diversión y compromiso. El que queda grabado a fuego en la mente de la gente, el que les remueve por dentro y no pueden olvidar.

—Lo siento, no podía hacerlo.

—Así no conseguirás reconocimiento.

Calixta le dedicó una mirada furibunda.

—Eso ya lo veremos.

Y se marchó sin más.

—Quico, gracias por invitarme —su acompañante le estrechó la mano con una sonrisa bobalicona—. No sé qué me ha gustado más, si el espectáculo de dentro o este de fuera. Y que conste que a mí el mensaje me ha llegado.

39

Año 1955

Tras la muerte de Florentina, Crispo encontró consuelo en las faldas de Renata, la chica que ayudaba con las tareas de la casa. Esta no era tan guapa como Florentina, ni tan esbelta, ni tan callada, pero en la cama era mucho más entregada y lo dejaba extasiado de felicidad.

Crispo la dejó embarazada y celebró una boda en la plaza Mayor a la que obligó a asistir a todo el pueblo para que le rindieran pleitesía a él, a su mujer y a su futuro retoño. Unos meses después, nació una niña y la llamaron Antonia.

Renata no quería vivir en aquella casa donde era la sirvienta e insistía todo el tiempo en mudarse a un nuevo hogar donde ser la señora. Crispo, en cambio, no quería abandonar la casa que siempre habían ocupado los dueños del pueblo.

Renata le enseñó un plano que dibujó ella misma: una mansión a las afueras, con un patio interior y en él un templo levantado con piedras del Conventaz, una nueva morada para el amuleto que Crispo tanto adoraba, un santuario donde la *figa* recargara energías, donde fuera más poderosa y efectiva. Crispo pensó en matarla al descubrir que Renata conocía su secreto. Pero sabía que ella tenía razón. Crispo conocía la historia de la *figa,* el objeto mágico se la revelaba a todo el que lo tocaba. El Conventaz era su templo de origen y sería su mejor cobijo. Quizá Renata pudiera serle más útil de lo que había imaginado en un principio.

Inició la construcción de la nueva casa.

Mientras tanto, nacieron Alfonso y Elena, y después de mudarse, Esther, Pablo y César.

Renata quería que sus hijos estudiaran en Barcelona para que hicieran contactos y se codearan con la alta sociedad. Crispo creía que los hijos debían trabajar para los padres.

—¡Hay que sacarles el pringue! Estos *chiquetes* sudan con solo pensar en el trabajo.

En cuanto cumplían los ocho años, a las chicas las ponía a hacer las tareas de la casa y a los chicos los mandaba al campo.

Renata pensaba que las relaciones sociales eran más importantes que el dinero y quería que alguno de sus hijos tuviera una buena educación y posibilidades de prosperar.

Fue a ver al cura a espaldas de Crispo y le preguntó por internados para enviar a César. Era su hijo menor y las dificultades del parto le dejaron claro que no volvería a ser madre. Era su última esperanza.

—Están los preventorios de tuberculosos —le dijo el cura.

—¡Eso es para los *chiquetes* de los rojos! —exclamó Renata—. Yo quiero uno de cojón de mico en Barcelona, donde vayan los *chiquetes* de la gente importante.

—¡Un colegio *privau!* Eso es muy caro, maña.

—Mi marido tiene dinero a espuertas.

—Creía que no se había de enterar.

—Yo me encargo de eso.

—Amén, pues.

A César le faltaban unos meses para cumplir siete años cuando Renata fue a hablar con Crispo. Era a principios de septiembre y en el pueblo comenzaba a refrescar por las noches. El mosén ya había hecho para ese entonces la matrícula en el Liceo Francés a petición de ella. Solo faltaba formalizar el pago.

—Voy a enviar a César a estudiar a Barcelona.

—Tú eres tonta del culo.

—He hecho la matrícula y tienes que soltar las perras.

—¡Vete a *escaparrar*!

Renata intentó convencerlo por las buenas en muchas ocasiones y nada dio resultado. Esta vez tomaría medidas drásticas.

—Puedes coger el choto que quieras, pero vas a pagar.

Le entregó una pequeña lámina de metal con una inscripción. Crispo la apartó de un manotazo y la tiró al suelo.

—¿Qué mierda es, maña?

Renata la recogió con añoranza. Recordaba el día que su padre regresó con un regalo muy similar. Fue antes de la guerra, en verano, la época en la que limpiaban la Balsa Buena. La vaciaban y la dividían en sectores que tenían que limpiar a partes iguales entre todas las casas del pueblo. Aquel día su padre regresó del trabajo con una fina plancha de metal, enrollada como un diminuto pergamino. La encontró enterrada en el barro de la balsa. Renata la desliò con curiosidad y descubrió un texto grabado. Tenía doce años y hacía poco que sabía leer, pero no logró descifrar las palabras labradas en aquel trozo de plomo.

Esa misma noche, su padre regresó del bar, cogió la escopeta y fue a la casa del cura. Le pegó dos tiros en el pecho, la recargó y se voló la cabeza. Los hombres del pueblo le explicaron a su madre que perdió todas las tierras jugando a las cartas con el cura. Algunos afirmaban que el cura hacía trampas, otros que no.

La misa del funeral la celebró el obispo de Lérida. Tras la ceremonia, mientras los vecinos le daban el pésame a su madre, el obispo se acercó a Renata. Sentada en la primera fila, observaba la lámina de metal entre los dedos.

—Hola, soy Rafael —dijo el obispo—. ¿Cómo te llamas?

—Renata.

—¿Qué es? —señaló la lámina.

Ella se encogió de hombros.

—Mi padre la encontró en los turrumperos de la balsa.

—¿Me dejas ver?

El obispo frunció el ceño mientras la leía con curiosidad.

—Es una maldición. Lleva cuidado.

—¿Entiende lo que pone?

—Es latín, los sacerdotes conocemos esa lengua.

—¿Me lo puede leer?

—Mejor que no, es peligroso.

—Mi padre me la dio antes de morir.

Renata lloró y el obispo la observó con misericordia.

—Será mejor que la tires. Puede ser la culpable de lo que le ha ocurrido a tu padre.

—¡No lo creo! —Renata juntó las palmas delante de la cara, sollozando—. Por favor, léala; por favor, necesito saber lo que pone.

El obispo dudó, se santiguó varias veces y le pidió que le acompañara fuera. Con la mano derecha, empuñó la cruz de plata que llevaba al cuello y la colocó frente al texto mientras leía.

Renata lo escuchó con mucha atención. Aunque no acertaba a desentrañar el significado de todas las frases, aquellas palabras quedaron grabadas para siempre en su cerebro con la misma fuerza que el nombre de su padre en la lápida de granito.

* * *

Crispo la observaba con desprecio desde el sillón mientas ella sostenía el trozo de metal en la mano. Renata leyó.

—Mercurio, guardián de las fronteras, jefe de los sueños, príncipe de los ladrones, espía nocturno, escucha mis plegarias y castiga a la Florentina, la esposa de Crispo, por aprovecharse de su marido y creerse la dueña del pueblo. Arrebátale la salud, el cuerpo, el color, las fuerzas y las energías, llévaselas a Plutón, para que la ate y consuma.

—¿Castiga a la Florentina? ¿Qué estás…?

—No he acabado —continuó ella—. Llévale la fiebre terciana, cuartiana, cotidiana, para que infecten su sangre; envíale las diez

plagas del averno; manda a los lobos para que le saquen las entrañas; pide al perro de tres cabezas…

—*¡Ta!* ¡Calla, ignorante! Eso me sabe mucho malo.

—Alguien hizo esta maldición para la Florentina y quizás ahora esté pensando en hacer algo parecido contigo.

Crispo comprendió la amenaza y sintió miedo. Recordó la eterna enfermedad de Florentina mientras Renata ascendía a dueña de la casa.

—¡El amuleto me guarda! —exclamó Crispo.

—¿La *figa*? La *figa* descansa en el templo que yo levanté para ella. ¿A quién crees que protegerá?, ¿a ti o a mí?

Crispo contrajo la cara en el sillón. Pensó en salir corriendo, en coger el amuleto y metérselo en el bolsillo para llevarlo siempre encima. Así, la *figa* no tendría dudas sobre a quién proteger. Pensó también en coger su revólver y volarle la tapa de los sesos a aquella maldita bruja, en empuñar un cuchillo y degollarla como a un cerdo, en coger el atizador de la chimenea y romperle todos y cada uno de los huesos. Pero Crispo no se movió. Tenía miedo. Creía en la magia, sabía que funcionaba. Lo que no sabía era hasta dónde llegaba el poder de aquella bruja. Si Renata maldijo a Florentina, si consiguió que muriera de una enfermedad larga y agonizante, si logró ocupar su lugar… ¿podría hacer lo mismo con él? ¿Podría hacerlo, aunque él tuviera la *figa*?

Crispo no lo sabía y no necesitaba correr el riesgo.

—Está bien, maña, lleva al *chiquer* a Barcelona.

Renata se arrodilló frente a él.

—Gracias.

Puso las manos sobre sus rodillas y le acarició los muslos hasta la cremallera del pantalón. La bajó, mirándolo a los ojos, y observó con placer cómo desaparecía el enfado al apretar su pene. Cuando empezó a lamerlo, Crispo lo olvidó todo.

40

Año 1980

Hacía tres meses de su último encuentro con Calixta en El Molino. No volvieron a hablar, aunque Quico continuaba asistiendo al cabaret una vez por semana. Un día, descubrió con sorpresa que ella no formaba parte del espectáculo. Cuando preguntó al portero, le dijo que estaba en el hospital, y muy grave.

Quico echó a correr. Rodeó el Mercat de San Antoni hacia Villarroel, atravesó la Gran Via de les Corts Catalanes y un taxi estuvo a punto de atropellarlo. Corrió por delante del teatro Villarroel, de la biblioteca, atravesó la avenida de Roma y, exhausto, llegó al Clínico.

Preguntó por ella en recepción. Le dijeron la habitación, pero estaba en aislamiento y no la podía visitar.

Él hizo caso omiso. Subió las escaleras hasta la segunda planta y evitó a enfermeros y celadores hasta dar con la habitación prohibida.

Calixta abrió los ojos al oírlo, aquellos ojos violetas que habían perdido el brillo, dos flores agostadas sobre un campo yermo. Sudaba a chorros, con los músculos tensos, contraídos.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

Ella no centraba la mirada.

—Rabia —articuló con dificultad, con la boca seca.

—¿Rabia? —Quico repitió la palabra con incredulidad—. No puede ser. —Había una vacuna para la rabia, pero, una vez que aparecían los síntomas, no servía de nada. La rabia era una enfermedad mortal.

—Eso me han dicho. —No pudo seguir hablando.

No se le ocurría cómo podrían haberlo hecho, pero Calixta sospechaba que alguna compañera pudo haber infectado al perro para vengarse por otras fechorías que su mami llevó a cabo en su nombre. De todas formas, no era más que un perro callejero y, aunque lo llevó al veterinario, quizá ya estuviera enfermo cuando lo recogió de la calle. En realidad, daba igual. Ella conocía la verdadera razón de sus desgracias: desde el día de su boda estaba maldita, perseguida por la mala suerte.

Quico trajo un vaso de agua del baño. Cuando Calixta lo vio, gritó fuera de sí y estampó el vaso contra la pared de una patada. Le lanzó la almohada y golpeó la cama furiosa.

—¡Tranquila! —Calixta intentó morderle, pero Quico le cogió el

mentón y la tumbó. Entendió que no la habían atado porque estaba muy débil, pero el agua la había puesto fuera de sí—. Tranquila. —Ella forcejeó sin resultado, hasta que cayó exhausta.

Quico se apartó a un lado.

—Me duele mucho la cabeza y tengo la cara dormida —murmuró ella, con un hilillo de voz—. No siento las manos. Es como si miles de hormigas me devoraran por dentro.

—La rabia no tiene cura —repuso él—. ¿Te lo han dicho?

—Sí.

—La medicina no tiene cura —continuó Quico—, pero hay otra cosa que quizá sí. —Calixta giró la cabeza hacia él, con desgana—. Estoy hablando de magia.

—¿Magia? —Su voz era cada vez más débil.

—Magia, sí. Hay un *pichorro* mágico capaz de quitar la vida y de darla, capaz de traer fortuna o arrebatarla. —Quico la miró con intensidad—. Esa magia podría curarte. ¿Quieres que la traiga?

Calixta asintió.

—Lo haré con una condición —continuó él.

Ella comprendió lo que quería.

—Que haga tu número —susurró.

—Eso es. —Quico le apretó la mano con suavidad mientras por el rabillo del ojo veía a los enfermeros que entraban por la puerta de la habitación con la intención inequívoca de sacarle de allí—. La magia te devolverá la vida y mi número te dará la inmortalidad.

41

Año 2018

En el armario de Toki predominaba la ropa cómoda y algo deslucida: vestidos, chándales y pijamas, la indumentaria habitual para estar en casa. Vera tenía que hacer una visita oficial y buscaba algo más serio. Encontró un atuendo pasado de moda, cubierto por un plástico. Quizá fuera el uniforme de Toki cuando regentaba la tienda de fotografía o el uniforme para hacer fotos de encargo en las bodas y comuniones. No había otra cosa. Era su única opción.

Deslizó las medias a lo largo de sus piernas rectas, metió la blusa de estampados ocres por dentro de la falda y ajustó la cintura con un imperdible disimulado bajo un cinturón ancho. Los zapatos de Toki le iban pequeños. Se calzó las deportivas blancas. No sabía si la moda de traje con deportivas había llegado a un pueblo tan pequeño.

Retiró la goma de la cola y liberó el pelo lacio sobre los hombros. El resultado potenciaba su atractivo de mujer joven.

En la cocina, dio el último sorbo al café. ¡Qué haría sin el café de Toki!

Esa mañana había enterrado a Luz junto a los rosales y regado la pequeña tumba con sus lágrimas. No lloraba solo por un conejo, lloraba de frustración e impotencia. Si no consiguió ayudar a Luz, ¿sería capaz de ayudar a Cheikh y Moussa? ¿Sería capaz de liberar a aquel pueblo de Semilia, la empresa que emponzoñaba las tierras, que envenenaba a la gente?

Después del sepelio, buscó información sobre los nombres que aparecían en el informe de Toki como fundadores de Semilia.

El primero era Peter Dumpen, el administrador único que ocupaba el puesto de gerente. Vera encontró una breve entrevista en la televisión autonómica de Aragón y le pareció un idiota arrogante, como casi todos los jefazos. Dumpen tenía una mirada gélida, fruto de sus orígenes escoceses, y un sospechoso bigote que ocultaba la expresión de la cara. El informe de Hacienda indicaba que no había otras empresas a su nombre. Peter Dumpen solo dirigía Semilia.

El otro fundador de Semilia se llamaba Carles Filices y había abundante información sobre él en internet. Era un médico que firmaba numerosos artículos sobre genética y trabajó para varias farmacéuticas importantes. La última, antes de Semilia, era la

multinacional Saint Hill.

Miró el reloj. Se le hacía tarde. El otro nombre era de una mujer. Continuaría después. Ahora tenía que hacer una visita. Toda la información bailaba en su cabeza sin encontrar un hilo conductor que ordenara sus pensamientos. Una empresa de semillas, un chico desaparecido, la familia Galán, tablillas de maldición romanas, animales asesinos, conspiraciones mundiales, un escocés con bigote y un médico especializado en genética. Nada tenía sentido. Y, de alguna forma, intuía que ya disponía de todas las piezas del puzle: solo había que ordenarlas.

Caminó por la carretera general hasta el cuartelillo de la Guardia Civil, junto al silo. Había un par de camiones aparcados a ambos lados de la entrada. Un ex le contó una vez que los camioneros estaban más seguros no por la presencia de los agentes, sino por las cámaras que grababan el perímetro.

Llamó al timbre de la valla verde. A la derecha, había un edificio bajo con pinta de oficina y, al fondo, otro de dos plantas con ropa colgada en los balcones, por lo que supuso que se trataría de las viviendas. En el amplio jardín delantero las plantas se mimetizaban con el ocre de la tierra. Solo sobrevivían los árboles.

Un guardia joven y uniformado abrió la reja.

—Buenos días —saludó con aire marcial y acento del sur.

—Quería poner una denuncia. —Vera aliñó sus palabras con una mirada desvalida.

Lo siguió hasta un pequeño y oscuro despacho donde una mesa convivía con las estanterías y archivadores. Los únicos muebles actualizados eran las sillas.

—Usted dirá.

—Me gustaría hablar con el responsable.

—El sargento está patrullando, tenemos mucho trabajo estos días. Yo registraré la denuncia.

—Es que es un tema delicado.

Con teatralidad, ocupó la silla y alisó la falda. Respiró hondo.

—Yo era voluntaria en Cruz Roja en Barcelona —mintió—. Uno de nuestros usuarios era un joven senegalés que fue internado en el CIE. El mismo día que lo dejaron en libertad, desapareció. —Esperó unos segundos, atenta a la reacción del guardia. Percibió un ligero arqueo de la ceja derecha—. No puse la denuncia en Barcelona porque la ubicación de su móvil me indicó que estaba aquí, en Candasnos.

—Entonces no desapareció.

—Cuando llegó aquí, el móvil dejó de funcionar y no sé nada de él.

—Mire, señora, es habitual que los inmigrantes cambien de zona,

sobre todo si los han internado una vez.

—Yo estaba presente cuando salió del CIE. Lo metieron en una furgoneta blanca y no era de la policía.

El guardia parecía incómodo.

—¿Conocía personalmente al desaparecido?

—Era mi novio —improvisó.

—Está bien, vamos a preparar la denuncia. —Acentuó el ceceo—. Deme su DNI, por favor.

Vera dudó.

—Creo que volveré otro día para hablar con el sargento.

—Ya le he dicho que no es necesario para poner una denuncia.

—¿Ha habido más desapariciones en el pueblo?

—No.

—¿Y qué me dice de los ataques de animales?

El guardia la miró con suspicacia.

—Los estamos investigando.

—En menos de un año, van tres muertos por ataque de animal y un chico desaparecido, eso que sepamos. ¿Le parece normal para un pueblo de cuatrocientos habitantes?

—Lo estamos investigando —repitió.

—Por eso quiero hablar con el sargento.

—Mire, señora, las investigaciones son confidenciales. No le podemos facilitar ninguna información al respecto.

—¿Están investigando Semilia? —insistió ella.

—No le puedo dar esa información. ¿Quiere poner la denuncia o no?

—No. —Vera se levantó—. No creo que vaya a servir de nada. Le agradezco su tiempo.

Caminó hacia la puerta.

—Ese chico —repuso el guardia— no es su novio, ¿verdad?

Vera salió sin responder.

42

Año 2018

Caín tomó la N-II en dirección a Peñalba. Entró en la carretera entre dos camiones a los que identificó gracias a las luces de posición. Por el carril contrario, reptaba una serpiente infinita de dinosaurios blancos que surgían de la niebla dispuestos a embestirle. Había conductores nerviosos que intentaban adelantar. Una tontería, se jugaban la vida para pasar un camión y detenerse de inmediato detrás del siguiente. Lo mejor era tomarse con filosofía aquel tramo negro entre Zaragoza y Fraga, aquella carretera maldita donde se sembraban accidentes y muertos con el mismo empeño que maíz y cebada.

Se desvió en la venta La Fuente. Algunos decían que era una tapadera para vender droga. «Igual debería investigarlo», pensó Caín, aunque ahora tenía cosas más importantes en las que pensar. Continuó por el camino de la derecha y vio la fábrica de semillas. Era una nave bastante grande, situada al borde de la meseta de los Monegros. Todo el perímetro estaba asegurado con cámaras y dos vallas metálicas.

Detuvo el coche en el aparcamiento. Un cartel con un rayo anunciaba que la valla estaba electrificada. Demasiadas medidas de seguridad para una fábrica de semillas.

Caminó hasta la puerta custodiada por una barrera y una garita. Apareció un guardia.

—¿Qué desea?

—Quiero ver al gerente de la fábrica.

—¿Tiene cita?

—No.

—¿Es asunto oficial?

Caín bajó la cabeza para mirar su abrigo y uniforme y volvió a levantarla hacia el guardia.

—Sí.

—Espere un momento.

El tipo entró en la garita y regresó al poco.

—Venga conmigo.

Caín obedeció.

—Necesito su DNI.

Tomó nota y se lo devolvió junto a una tarjeta de «VISITANTE» que colgaba de una cinta azul.

—Una secretaria vendrá a buscarle.

Una mujer enfundada en un abrigo negro trastabilló sobre el suelo húmedo con los zapatos de tacón. De lejos, resultaba atractiva; de cerca, su cara imitaba un cuadro expresionista. Le pidió que la siguiera.

Entraron en la nave, un recibidor blanco y frío del que partían varias puertas y una escalera. Subieron hasta un pasillo con despachos. El efecto de la calefacción obligó a Caín a despojarse del abrigo. Pasaron frente a una mesa vacía y la mujer llamó a una puerta rotulada como «DIRECCIÓN».

—Adelante.

La secretaria invitó a pasar a Caín. Dentro, descubrió un gran bigote a un hombre pegado. Una sonrisa elevó el bigote, del que surgió una mano.

—Peter Dumpen, gerente.

—Cabo Caín Álvarez, comandante del puesto de Candasnos.

—Siéntese, por favor —le invitó el gerente mientras se atusaba el bigote—. Usted dirá.

Caín lo estudió, valorando la sinceridad de la sonrisa. Era mala señal que la ocultara tras aquel bigote.

—¿Vive usted en el pueblo?

—¿Yo? —Peter pareció sorprendido por la pregunta—. No, vivo en Fraga. Soy de Zaragoza y el pueblo me queda pequeño.

—¿Cuánto tiempo lleva como gerente de esta fábrica?

—Casi diez años ya —volvió a atusarse el bigote—. ¿Puedo saber a qué vienen estas preguntas?

—De momento, soy yo el que las formula.

—¿Debo pedir un abogado? —preguntó Peter con ironía.

—No lo sé —respondió Caín—. ¿Cree usted que lo necesita?

Detrás del bigote desapareció la sonrisa.

—Aún no sé por qué está usted aquí.

—¿Cuántas personas del pueblo trabajan en esta fábrica?

—Cuatro.

—¿El resto de personal viene de Fraga?

—Los científicos casi todos, excepto un biólogo que es de Peñalba. Es una plantilla pequeña, pero también tenemos personal de Ballobar, Ontiñena y Bujaraloz.

—¿A qué se dedican en esta fábrica exactamente? —continuó Caín —. He preguntado por el pueblo y lo único que la gente sabe es que venden semillas.

El gerente estiró la espalda en la silla.

—A eso nos dedicamos, a la fabricación y venta de semillas.

—¿Y una fábrica de semillas necesita tantas medidas de seguridad?

Peter volvió a recostarse en el sillón.

—¿Lo dice por las cámaras y la valla electrificada? —Se humedeció el pulgar y el índice con la lengua y los utilizó para afilar las puntas del bigote—. Además de fabricar, nos dedicamos a la investigación. Creamos nuevos tipos de semillas y los patentamos. ¿Sabe usted lo que valen estas patentes?

—Ni idea.

—¿Le gustaría visitar la fábrica? —se puso en pie—. Puedo enseñarle algunas investigaciones que llevamos a cabo. Estoy seguro de que entenderá las medidas de seguridad.

—Me encantaría.

Bajaron las escaleras y el gerente abrió con la tarjeta de seguridad una puerta que daba a la nave principal. Atravesaron una oficina y llegaron a un pasillo oscuro, con tantas puertas como patas de un ciempiés.

—Esta es la zona de laboratorios —explicó Peter, atusando su bigote—. Venga.

Abrió una puerta con el rótulo «Semillas resistentes». Dos hombres con batas blancas trabajaban con un ordenador que mostraba una molécula de ADN.

—Buenos días.

El laboratorio disponía de mesas blancas de trabajo copadas de material de instrumentación: decantadores, pipetas, mecheros, trípodes, un microscopio…

No había ventanas y una pantalla de fluorescentes derramaba una luz fría como un jarro de agua. Caín pensó que se volvería loco si tuviera que trabajar ahí ocho horas diarias.

—Aquí desarrollamos semillas resistentes a plagas y herbicidas —explicó Peter—. ¿Sabe la importancia de este tipo de semillas para los agricultores?

—Mi padre era agricultor —repuso Caín—. Siempre se quejaba del taladro, un gusano que devora el maíz por dentro. Decía que les vendían las semillas con la plaga incluida para que compraran el pesticida.

Peter lo observó unos segundos, valorando si bromeaba.

—¿Usted cree que íbamos a invertir millones de euros en investigación para tirarnos piedras sobre nuestro propio tejado?

—Patentan las semillas, con lo cual impiden al agricultor plantar las que saca de su propia cosecha. Además, venden los herbicidas y pesticidas, que no son precisamente baratos…

—Sígame.

Llegaron a otro despacho que ponía «Control de plagas».

—¿Ha oído hablar del teosinte?

—No.

—Es una planta originaria de Mesoamérica, un ancestro del maíz que no es comercializable y, si aparece en los campos, puede diezmar la producción hasta un treinta por ciento.

—Ya —respondió Caín—. Y ustedes tienen un herbicida capaz de matarlo.

—Así es. El único problema es que en Europa aún no está permitido su uso. Y para eso necesitamos la colaboración de los agricultores, para que presionen y fuercen un cambio de ley que lo permita.

—Yo me pregunto cómo llegó ese teosinte de los campos americanos a los aragoneses. Parece bastante improbable que unas semillas atraviesen el Atlántico arrastradas por el viento.

—Nadie sabe cómo llegó aquí. Ahora es un verdadero problema que hay que solucionar.

—Todo esto me recuerda a los antivirus de los ordenadores. Las mismas empresas que hacen los antivirus desarrollan los virus que hacen su producto necesario.

—Eso es una tontería —sonrió el gerente—: está comparando peras con manzanas. Los virus informáticos son artificiales, los crea el hombre, y puede que sea como dice, yo lo desconozco. Las malas hierbas y las plagas son obra de Dios y, si no ponemos remedio, se expanden sin control. —Caminó hacia la puerta—. Venga conmigo, me gustaría enseñarle otras cosas interesantes.

Recorrieron el pasillo hasta otra estancia rotulada como «Nuevos desarrollos».

—No sé si ha oído hablar de los problemas que producen los abusos de fertilizantes químicos en la agricultura. —Caín negó con la cabeza —. Estos fertilizantes son como una droga para la tierra. La hacen mucho más productiva para la cosecha actual, pero aceleran la descomposición de materia orgánica, lo que compacta la tierra y reduce capacidad de absorber agua y retener nutrientes. La única forma de contrarrestarlo es aumentando las dosis de fertilizantes y, como la droga, una dosis mayor solo agravará el problema.

—Y ustedes han encontrado una solución.

—Estamos en ello. —Peter señaló una caña de maíz en miniatura que mostraba una mazorca con largas barbas doradas. Varios tubos fluorescentes la sometían a una intensa sesión de rayos UVA—. Algunas plantas leguminosas como la alfalfa poseen un método de cooperación con determinadas bacterias para conseguir nitrógeno preparado para la asimilación. Actúan como fertilizantes naturales.

Por eso existe la rotación de cultivos: si alternamos maíz con alfalfa, regeneramos la tierra. ¿Qué le parecería si introdujéramos en el maíz ADN de esas bacterias para que la propia planta sea capaz de asimilar el nitrógeno del aire? ¿No es fabuloso? Esto acabaría con el problema de la drogadicción de la tierra, sanearía los campos y produciría alimentos más ricos en minerales.

—Suena bien —admitió Caín—. Pero ¿me está hablando de cultivos transgénicos?

—Sí, claro, ¿y cuál es el problema?

—Tengo entendido que no conocen las consecuencias del uso de transgénicos a largo plazo.

—Los avances y los descubrimientos siempre dan miedo y son criticados. Supongo que habrá oído hablar de Galileo. —Soltó una carcajada.

—Creo que era un torero —sonrió Caín—. Una cosa es plantear una teoría y otra jugar a ser dioses, modificando genes e inventando nuevas especies de seres vivos.

—Sígame. —En el fondo de la sala había una rosa dentro de una urna. A Caín le recordó a la de la película *La Bella y la Bestia*—. ¿Ve esta flor? ¿Cuánto tiempo diría que tiene?

Caín dudó: tenía un aspecto fresco y radiante.

—Dos días —aventuró.

—Dos años. —Peter atusó el bigote sobre su sonrisa—. ¿No es maravilloso, mágico, asombroso? ¡Una flor natural que no se marchita nunca! ¿No le parece lo más bello que ha visto? —Caín estaba sorprendido. Examinó la rosa de cerca. Parecía natural y su color era extraordinario—. La energía nuclear es imprescindible hoy en día para abastecer a la población mundial. Sin embargo, también la usan para crear bombas que destruyen ciudades enteras. —Le dio tiempo para reflexionar—. El problema no es la técnica, sino cómo la utilicen. Y ahí entra en juego la ética de los científicos, de las empresas y de los gobiernos, que son los que permiten o no ciertas prácticas a través de las leyes.

—Y ustedes solo la utilizan para hacer el bien.

Peter sonrió.

—Le voy a poner un último ejemplo. El arroz dorado fue creado para evitar la ceguera de millones de niños de todo el mundo. La xeroftalmia o ceguera seca es una enfermedad desarrollada durante la infancia si no hay un aporte suficiente de vitamina A. El arroz dorado fue creado en laboratorios de universidades públicas para solucionar esta carencia en las zonas más pobres del mundo.

—¿Y no es más fácil que coman zanahorias? —repuso Caín.

—Las zanahorias son un artículo de lujo en las zonas de las que hablo. El arroz es el alimento básico del veinticinco por ciento de la humanidad.

—¿Y qué pasa con las patentes? —discutió Caín—. ¿Cree que en esos países del tercer mundo podrán pagarlas?

Peter sonrió satisfecho.

—El arroz dorado lo desarrollaron las universidades públicas, libre de patentes. Cualquier país que lo desee puede plantarlo y reutilizar las semillas de sus propios cultivos. —Hizo una pausa y observó la reacción de Caín—. ¿No le parece extraordinario?

—Suena bien, sí.

—En 2005, lograron la primera variedad de arroz con suficiente aporte de vitamina A para solucionar el problema. ¿Puede creer que el consumo humano no fue autorizado hasta finales del año pasado y solo en algunos países?

—Supongo que es mejor ser precavido y asegurar que no supone riesgo para la salud.

—La principal causa del retraso fue la oposición de grupos ecologistas como Greenpeace al uso y consumo de cualquier tipo de transgénico. ¿Sabe que todos los premios Nobel de ciencia vivos firmaron un manifiesto acusando a Greenpeace de crímenes contra la humanidad?

—El arroz dorado no deja de ser un parche para un problema mucho más grave al que nadie busca solución: la carencia de una nutrición adecuada.

—Quizás el arroz dorado sea solo un primer paso para esa solución. Ya hay otras variedades de arroz transgénico ricas en antioxidantes. Tal vez con el tiempo puedan añadir otros nutrientes que conviertan un plato de arroz en una dieta completa y saludable. —Caín guardó silencio—. ¿Cree más sencillo acabar con la pobreza y las desigualdades en el mundo?

—No lo creo, igual que no creo que nadie busque soluciones reales a los problemas del tercer mundo. Pero tiene razón —admitió Caín—: los avances siempre dan miedo.

—Me alegro de que lo admita al fin. Como le he dicho, el problema no es la técnica, sino el uso que se haga de ella.

—Hablando de técnicas, he oído mencionar una nueva llamada CRISPR. —Peter permaneció callado y Caín continuó—. Creo que también la usan ustedes.

—CRISPR es una técnica muy novedosa que aún está en pañales. Solo la utilizamos de forma experimental, aunque los resultados son sorprendentes. Sígame. —Llegaron a otra sala con un cultivo dentro de

un pequeño invernadero de cristal—. CRISPR permite editar los genes de un organismo uno a uno. Ahora sabemos que cambiando solo cinco genes podemos modular el sabor del tomate y potenciarlo. Otros genes están relacionados con el color, la maduración, la resistencia a enfermedades o el tiempo que aguantan después de cortados. Controlando estos genes, podemos crear el tomate perfecto.

—¿Estos son tomates perfectos? —preguntó Caín.

—¿No lo parecen?

—Tienen buen aspecto.

—Y también buen sabor. ¿Quiere probar uno?

—No, gracias. Quizás esté bueno, pero ¿cómo sé que no me provocará un cáncer?

—CRISPR solo produce una modificación en un gen controlado, como se podría producir en la naturaleza. La diferencia es que con CRISPR no dejamos las mutaciones al azar.

—Entiendo.

—Si no tiene más preguntas, aquí acaba la visita. —Peter caminó hacia la puerta.

—Solo una más. —Caín no se movió—. ¿Dónde llevan a cabo la investigación con animales?

—¿Animales? —La sonrisa desapareció de la cara del gerente—. Aquí nos dedicamos a la agricultura, no a la ganadería. Solo trabajamos con plantas.

—¿Está seguro?

—Le acabo de enseñar las instalaciones de nuestra fábrica, incluso nuestros secretos mejor guardados que espero que trate con confidencialidad.

—Por supuesto —aseguró Caín—. Voy a volver a preguntarlo. ¿Está seguro de que aquí no llevan a cabo investigaciones con animales?

—Completamente.

Caín estudió su rostro con intensidad durante unos segundos.

—Supongo que sabrá que en el pueblo hay varios muertos por ataques de animales que no podemos explicar. Y hemos visto un jabalí de tamaño y resistencia descomunales. En una partida de caza le asestaron varios disparos en la cabeza y otros puntos del cuerpo, pero ese bicho no se moría. No es normal.

—No sé qué decirle —dudó el gerente—. Tendría que verlo para opinar.

—Un médico lo vio y sospecha que ese jabalí es producto de investigaciones genéticas.

—Eso no se puede afirmar tan a la ligera. Y aunque fuera verdad, ¿cree que realizamos esos experimentos aquí? —Peter estaba

indignado—. Le he mostrado nuestras instalaciones, incluso los desarrollos más novedosos y avanzados. ¿Qué más quiere que haga?

—Decir la verdad.

—He sido muy paciente con sus provocaciones.

—Que yo sepa no hay otro centro de investigación genética por los alrededores.

—Puede que su médico esté equivocado. —Tras el bigote apareció una sonrisa forzada—. Si nos trae el ejemplar podremos darle nuestra opinión.

—Ese jabalí mató a dos personas. No quiero su opinión, sino a un culpable al que meter en la cárcel.

43

Año 1973

Todos los días, después de comer, Crispo iba a dar una vuelta por las tierras. El Seat 1500 era lo más parecido a un tanque que encontró, un coche cómodo, pesado y robusto, capaz de soportar los baches y el traqueteo de los agujereados caminos del monte de Candasnos.

Sin embargo, el indicador de temperatura subió hasta la zona roja. Crispo pensó que el coche aguantaría. No quería pasar ni un solo día sin vigilar sus propiedades y a los holgazanes que las trabajaban. Un manto de humo blanco escapó entre las rendijas del capó y terminó de convencerlo para abandonar el recorrido. Cuando aparcó en la puerta de su casa, el capó vibraba como la tapadera de una olla hirviendo.

El mecánico del pueblo acudió a la llamada con la lengua fuera. Dejó la caja de herramientas en el suelo y le preguntó a Crispo por los síntomas del paciente. En lugar de responderle, Crispo le pidió que avanzara y le pegó un empujón en el pecho. El mecánico tropezó con la pesada caja y cayó de espaldas sobre el capó ardiendo. Gritó y saltó del coche frotándose el trasero.

—¿Ves qué tiene? ¿Ves qué tiene, liebre? —gritaba Crispo, desternillándose de risa—. El *chiquer* tiene fiebre.

El mecánico se tranquilizó, bajó la cabeza y se puso un pegote de grasa sobre las ampollas de las manos.

—Y lo quiero *p'ayer,* que aquí no *plega* ni Dios hasta que esté arreglao.

Crispo entró en la casa con una sonrisa en la cara. Al menos, había liberado la tensión acumulada por no vigilar y martirizar a sus empleados.

Antes de cenar, Crispo salió a ver cómo iba. Era de noche y el mecánico seguía trabajando en el coche con una linterna. Con sigilo, apretó la válvula de una rueda con un destornillador. El coche descendió, aprisionando al mecánico debajo.

—¡Sal, sargantana! —gritó Crispo, riendo como un niño pequeño—. ¡Sal, sargantana! ¡Y menea esa *colica* enana!

—¡Socorro! —El mecánico peleaba por liberarse—. ¡No puedo respirar! ¡Socorro!

Unos potentes faros avanzaron por el camino de la casa, anunciando la llegada de un descapotable negro. Bajó un hombre

joven y atractivo, enfundado en un traje negro con camisa blanca. Su rostro bien afeitado esbozaba una sonrisa amable.

—Buenas noches —saludó.

Crispo lo observó con recelo.

—¡Ayúdeme, por favor, ayúdeme! —sollozaba el mecánico—. ¡Estoy atrapado!

El recién llegado rodeó a Crispo, se agachó de espaldas al chasis y subió el coche con sus propias manos. El mecánico salió a rastras, jadeando aliviado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre joven.

—Nada, nada —El mecánico estaba nervioso—. Se ha *despanzurrao* la rueda conmigo debajo.

—Bonito carro. —Crispo observaba el interior del coche negro.

—Es un Spider —explicó el hombre joven—, el primer descapotable de fabricación española. —Alargó las llaves hacia él—. Si lo quiere, es suyo.

—¿Mío? —Crispo torció la sonrisa. Pensaba que aquel tipo le tomaba el pelo.

—Es un regalo, padre.

Crispo comprendió que el hombre que tenía ante él era su hijo César. No lo veía desde que se fue a estudiar a Barcelona. Renata iba a visitarlo un par de veces al año y nunca permitía que él viniera al pueblo.

—Eso no es un coche, es un juguete. —Apartó las llaves de un manotazo—. ¿Qué haces aquí?

—He terminado los estudios. Ahora me gustaría ayudarle con los negocios.

—¿Tú? —se mofó Crispo—. ¡Si llevas toda la vida de fiesta!

—¿Entramos? —preguntó César—. Tengo cosas que contarle.

Crispo lo observó con desprecio y caminó hacia la casa moviendo la cabeza con resignación.

—Por cierto —dijo César—, tiene que limpiar este pueblo de cucarachas. Me he tropezado una en la carretera, armada con una escopeta.

—¡Jodo! Cuando pille a ese *malnacío* lo voy a destripar. Por suerte, nunca ofende a los del pueblo.

César saludó a su madre y a sus hermanas Elena y Esther, que vivían también en la casa. Con una cerveza cada uno, continuó la conversación con su padre en el salón de verano.

—Las cosas están cambiando muy rápido, padre. Hay que buscar nuevas formas de negocio.

—*¡Ta!* —gruñó Crispo—. La tierra es el único oficio seguro. El

hambre nunca va a faltar.

—¿Ha oído hablar de la heroína?

—¿Es una moza?

—Es una droga. Es el negocio más productivo que hay. La gente se engancha y es capaz de robar o matar para comprarla.

—¡No me interesa! —respondió Crispo enfadado.

—No coja el choto, padre.

—La tierra es mi empleo. ¡Asunto concluido!

—Está bien. Pero debe cambiar la forma de tratar con la gente. Franco no vivirá siempre y no podrá utilizar la fuerza bruta. Hasta ahora tiene el control del ayuntamiento, pero ¿qué cree que pasará si el príncipe Juan Carlos decide plantear elecciones democráticas?

—¡Chorradas!

—Hágame caso, padre. Esto ya sucedió en Italia. Después de la dictadura, las mafias controlaban los ayuntamientos del sur del país. Y no lo hacían con amenazas, sino con favores.

—*¡Ta!* Yo solo creo en esto. —Crispo levantó el puño—. Con una buena estaca, cualquier perro mete el rabo entre las patas.

—Sí, pero ese perro jamás le defenderá cuando tenga un problema. Por el contrario, un perro criado con cariño dará la vida por su dueño.

—No me corrompas la sangre, *pocasustancia*. ¿Pretendes que reparta besos en lugar de palos?

—Aparte de estudiar, me dedico a los negocios, padre. La mafia italiana lleva años controlando el estraperlo del puerto de Barcelona. Trabajo con ellos. Cuando es necesario eliminar a alguien, no les tiembla el pulso. Mientras tanto, funcionan con favores. Si tú necesitas un favor, ellos te lo hacen y esperan que estés dispuesto a devolverlo cuando lo pidan. La gente colabora con ellos de forma voluntaria, están en deuda. Y en las elecciones, votan a los políticos que ellos les dicen.

Crispo le pegó un guantazo que le giró la cara.

—¿Lo ves? Hasta tú *tas* callao. —César lo miró y Crispo volvió a golpearle—. Ese es el único idioma que entiende la gente.

César le dedicó una mirada desafiante. La nariz le sangraba.

—Como le he dicho antes, padre, un perro criado a palos no defenderá al dueño. En cuanto pueda, le morderá la mano. O el cuello.

Crispo le pegó un puñetazo que lo tiró de espaldas al suelo. Soltó una carcajada estridente y cogió el atizador de la chimenea. Avanzó hacia César, que estaba aturdido.

—¿Qué haces, *zepurro?* —gritó Renata desde la puerta.

Crispo la miró con cara de odio. Delante de César, elevó el atizador en el aire y… lo lanzó contra la chimenea.

Miró a Renata, con una sonrisa vacía.
Le pegó una patada en las costillas a César y salió de la habitación.

44

Año 2018

Caín estaba cansado de las entrevistas con Calixta. Su mujer lo obligaba a indagar en una historia que a él no le interesaba en absoluto. O eso quería creer. Cuanto más averiguaba de la vida de aquella mujer, más sorprendente y extraordinaria le parecía. Una historia de superación, de alguien que lo perdió todo la noche de bodas, siendo apenas una adolescente, y se recompuso a base de esfuerzo, un poco de suerte y un cambio de mentalidad para dejar atrás los prejuicios de aquel pueblo conservador, alentado por la tradición y el aislamiento. El salto a una gran ciudad como Barcelona, las relaciones con personas diferentes y el instinto de supervivencia le permitieron salir adelante en un mundo hostil y la convirtieron en la mujer que era.

Lo que molestaba a Caín era la atracción que sentía por Calixta. Ella tenía sesenta y ocho años y le parecía antinatural imaginarse liado con una mujer de esa edad. Además, él estaba casado, era fiel a su mujer y continuaría siéndolo. Su compromiso era hasta que la muerte los separase y él cumplía con las normas y los compromisos.

Pensó en la autopsia clandestina del jabalí, en la visita oficiosa y sin autorización a la fábrica de semillas. Siempre cumplía con las normas… hasta hacía poco.

Caín estaba dispuesto a terminar de una vez por todas con aquellos encuentros incómodos. Tenía que centrar la historia y conducirla al punto que le interesaba a su mujer. Debía descubrir qué llevó a Calixta a realizar un número tan subversivo para la época como para conducirla a la cárcel, un número casi desconocido, que podría ser el precursor del posporno, casi diez años antes de que Annie Sprinkle realizara la famosa performance en el teatro Harmony de Nueva York, donde, subida al escenario de un teatro, invitaba al público a inspeccionar el interior de su útero con un espéculo y una linterna en una crítica al desconocimiento general de la anatomía femenina.

A Caín no le interesaban el arte ni los activismos sociales, pero el posporno le llamó la atención desde el principio. La sexualidad como una manifestación artística o política era algo revolucionario e impactante, era un puñetazo en la cara. Sofía tenía razón, la sociedad imponía una sexualidad orientada al placer del hombre. Eso era una

posición política y hacía necesario un movimiento en contra para conseguir el equilibrio.

Observó las uñas pintadas de rojo, resaltadas por las cintas negras de unos zapatos de tacón. Los pies, pequeños y brillantes por el efecto de alguna crema, continuaban con unos delicados tobillos y unas piernas acogedoras, mullidas y de piel tersa. El kimono de seda era ya el atuendo oficial de las entrevistas.

Y a Caín le gustaba y le incomodaba a la vez.

La mujer madura y sensual le sirvió el café mientras él comenzaba:

—Durante la época del destape, hicieron espectáculos pornográficos en vivo en El Molino. Sofía quiere saber si usted participó en ellos.

—Yo nunca actué con el negrito Poly. —Clavó en el techo los excepcionales ojos violetas—. En esa época, apareció también Christa Leem. Ella fue la primera que imprimió un toque artístico a los espectáculos eróticos. Yo presencié los ensayos de su número de la camisa y quedé fascinada. Aprendí mucho de ella. Descubrí que, además de poner cachondo al espectador, podíamos arrancarle una reflexión. No a todos, claro, pero sí a una parte del público más culta y sensible.

»Fue entonces cuando inicié una serie de números distintos a los de antes. Me apropié de la semilla plantada por Christa y la regué con mis propios delirios.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Alguna vez hizo porno en vivo?

—Si quiere que sigamos hablando de ese tema va a tener que acompañarme.

—¿Adónde? —preguntó él con sorpresa.

—A un viaje interior. —Calixta elevó la botella de absenta hacia él —. Tendrá que darle una oportunidad al Hada Verde.

Caín dudó y observó sus propias piernas enfundadas en el pantalón de pana. Elevó los ojos hacia ella.

—Está bien. —Supuso que se lo debía. Esperaba que fuese la última entrevista—. Hoy tengo el día libre.

Calixta contoneó las caderas en dirección a la cocina al ritmo de sus tacones. Volvió con dos vasos y una botella de agua y le sirvió un dedo de líquido verde.

—La absenta es alcohol puro —explicó ella, y Caín observó la etiqueta que indicaba un 80 por ciento—. Normalmente se diluye en agua.

—Pero usted la toma sola —señaló él.

—Me gustan las emociones fuertes. —Le acercó la botella de agua.

—La probaré sola, gracias.

Caín elevó el vaso en el aire.

—Por el arte.

—Y los artistas.

Brindaron con suavidad.

El sabor anisado le resultó agradable, le calentó la boca y le quemó la garganta. El esófago se le cerró de repente, comenzó a toser y le saltaron las lágrimas. Calixta sonrió y llenó de agua el otro vaso. Él tragó y notó alivio.

—Le he advertido —rio ella.

Caín controló la tos y se enjugó las lágrimas con un pañuelo de papel. Su educación machista le había hecho pensar que si ella era capaz de tomar absenta a palo seco, él también lo sería.

—La absenta es una bebida espiritual —explicó Calixta—. Los primeros tragos son depurativos, limpian el cuerpo y el alma. Si es capaz de terminar ese vaso, con el siguiente disfrutará.

Caín observó con recelo el dedo de líquido verde. Tendría que repetir para que ella respondiera sus preguntas. «El Hada Verde», pensó. Deberían llamarla «El Demonio Verde». Movió el líquido en círculos y lo acercó a la nariz. El olor y el sabor anisado eran cautivadores, como la voz de una sirena que atrae hacia una muerte inesperada y cruel.

Cerró los ojos y bebió. La tos fue más violenta que antes. La controló con un poco de agua y se sonó la nariz. Quizá fuera cierto que aquella bebida purgaba su cuerpo y su mente. A pesar del espectáculo, se sentía bien. Volvió a beber, controló la tos. Calixta disfrutaba de la bebida. Caín elevó el vaso hacia ella y lo apuró con un último trago. Lo dejó sobre la mesa con un golpe seco.

—Bien, lo ha conseguido. —Ella rellenó el vaso, lo que a Caín no le hizo ni pizca de gracia—. A partir de ahora, será un placer.

—Creo que prescindiré de ese placer, por el momento. Es su turno. —Caín la miró desafiante y alargó la mano para coger el vaso—. ¿Va a responder a mi pregunta?

Tomó un pequeño sorbo que le sentó bien.

—Después de conocer a Christa, realicé varios números eróticos o porno light —Hizo una pausa—. Si con porno en vivo se refiere a practicar el coito en el escenario, sí, lo hice. Solo una vez.

—¿Fue el número por el que la encerraron en la cárcel?

—Así es. —Calixta también bebió. Sus ojos brillaron de una forma especial con aquellos recuerdos—. ¿Usted nunca sueña con ser inmortal?

—Supongo —«Hace mucho», pensó Caín, que ahora soñaba más con la muerte.

—Para mí llegó a ser una obsesión. —Calixta parecía emocionada —. El día de mi boda fue el día de mi muerte. Ese día murió la chica que fui y nació la mujer que soy. Nací de una paliza propinada por la persona con la que me casé, nací del dolor, de la frustración, del desengaño y la decepción. Desde ese día, mi único objetivo fue sobrevivir. Sobrevivir al fraude que era mi vida, sobrevivir al desprecio de los que me rodeaban, sobrevivir al ostracismo de mi familia, sobrevivir a la soledad, sobrevivir al insomnio, sobrevivir al hambre. Sobrevivir a toda costa. Simplemente sobrevivir.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Su respiración era entrecortada. Caín bebió absenta y el mareo resultó cautivador. Observó aquellos maravillosos ojos violetas, hinchados y enrojecidos ahora, un poco desfigurados por el rímel y la pintura corridos.

—Debió de ser una etapa muy dura. —Caín le cogió la mano, tratando de consolarla.

Calixta elevó la vista y él quedó atrapado en aquel iris quimérico. Él elevó la mano y le enjugó las lágrimas, acariciándole la mejilla con el pulgar. A pesar de su edad, a pesar de las arrugas de los ojos, a pesar de los delicados surcos que rodeaban y enmarcaban su boca, su piel resultaba suave y agradable al tacto.

—Al principio, solo quería sobrevivir al día a día —continuó ella, con la voz quebrada y la mirada desvalida—. Después, el objetivo cambió. Sobrevivir cada día ya no era suficiente, deseaba sobrevivir a la vida —apretó la mano de Caín entre sus dedos—. Y cuando apareció Christa con sus números revolucionarios, quedé fascinada y pensé que la inmortalidad era posible. Comprendí que el arte podría sobrevivir a nuestra muerte y llevar nuestros nombres al Olimpo de los dioses. —Miró a Caín con intensidad—. ¿Cree que un espectáculo de revista es arte?

Caín cogió el vaso de absenta mientas pensaba la respuesta.

—Yo no soy una persona sensible. No sé qué decirle; no me interesa el arte, la verdad. —El trago de líquido verde le nubló la vista y creyó que iba a perder el sentido. Mantuvo el equilibrio y recuperó el control. «El Hada Verde» lo había hechizado. Recorrió el cuerpo de Calixta con la mirada—. Supongo que el arte puede tener muchas formas. Creo que usted en sí misma es una obra de arte.

La miró y la estudió con curiosidad. Calixta sonrió.

—¿Sabe cómo definía el arte Auguste Rodin?

—No. —Le sonaba que era un escultor famoso, pero no recordaba su obra ni sus ideas.

—Decía que el arte es el placer de un espíritu que penetra en la naturaleza y descubre que esta también tiene alma. —Clavó los ojos

en él con cierta picardía. Caín se imaginó como un espíritu errante y a aquella mujer como la naturaleza salvaje—. ¿Cree que yo aún tengo alma?

—No lo sé. —Una corriente eléctrica le recorrió el interior de los muslos—. Pero podría descubrirlo.

Caín la cogió del pelo y la besó con ansia, bebiendo el deseo que brotaba de sus labios carnosos, lascivos y experimentados. Sus bocas encajaron a la perfección, como dos mitades de una misma pieza, mientras sus lenguas jugaban entrelazadas. Caín la puso de pie y le abrió la bata con un tirón brusco. Ella soltó un grito de sorpresa que precedió a una sonrisa de satisfacción. Bajo la bata tan solo lucía unas bragas blancas de encaje. Observó su cuerpo contundente, de generosas curvas, bien modelado. Recorrió con los dedos las suaves arrugas entre los senos. La acercó de un tirón del cinturón de seda, la besó, exploró bajo la suave tela, acarició la espalda y descendió hacia unas nalgas espléndidas. Recorrió el monte de Venus debajo de las bragas. Calixta gimió con deseo, le besó con frenesí y le soltó el cinturón. De rodillas delante de él, le bajó los pantalones y los calzoncillos a la altura de los tobillos. Enfrentó con valentía el desafío de su miembro, lo besó con indiferencia y lo lamió con suavidad, estudiando sus reacciones. Caín sonrió ante la perspectiva que le ofrecía, le acarició el pelo y evitó la tentación de sujetarla y obligarla a abrir la boca. Calixta le acarició el pecho y le besó los muslos. Bajó las manos hasta el abdomen y apretó su sexo. Caín gimió y miró al techo, complacido. Ella ascendió hasta la punta del pene y marcó la siguiente diana para sus labios. A Caín le temblaron las piernas. Hacía mucho que no practicaba sexo oral, desde antes del accidente de su mujer. Y ya no recordaba cuánto le gustaba. Dejó la mente en blanco. Solo existía una sensación sedosa, agradable, esponjosa, delicada, sutil, exquisita, que creció en intensidad, a la vez que aumentaban la presión y la velocidad de los movimientos. Estaba muy excitado. Tenía que pararla, debía pararla, casi no conocía a aquella mujer. Ya era tarde. Se deshizo en su boca con un gemido agónico. Ella lo miró desde abajo, con una sonrisa grabada en los ojos violetas.

Tras regresar del baño, Calixta arrastró a Caín hasta la mesa del comedor. Se tumbó encima y abrió las piernas. Perdió los dedos en su sexo, mientras lo observaba con deseo. Él comprendió lo que quería, el regalo no era desinteresado, ahora le tocaba a él compensarla. Le besó los muslos, olió su sexo y lo acarició con la lengua. Surcó con suavidad las inmediaciones de aquel regalo y Calixta apretó las piernas contra su cabeza. Disfrutó del sabor salado, de la suavidad de su interior, del olor estimulante que devolvió a la vida a su exhausto

pene. Los movimientos ganaron en intensidad, alentando los gemidos de ella, que apretaba su pelo para evitar que escapara hasta que se descompuso en un gemido largo y profundo. Caín apretó las nalgas contra su cara, aumentando la presión de la lengua y notando la tensión de todos los músculos. No le ofreció descanso. La arrastró hacia él y la penetró con violencia. Ella gimió. Caín la sujetó por el pelo y la besó. No sabía por qué, pero aquella mujer le hacía sentirse salvaje, desinhibido, capaz de anular la parte humana para sacar al animal que llevaba dentro. La giró sobre la mesa y le besó la espalda. Apretó los pechos y los pezones, embistió desde atrás. Calixta acarició de nuevo su propio sexo. No estaba dispuesta a que solo disfrutara él. Caín la sujetó por el cuello y le giró la cabeza para besarla, sin dejar de embestir, sin dejar de sentir. Los gemidos de ella crecían en intensidad, la excitación embriagaba su propio cuerpo en forma de bruscas descargas complacientes. Ella acompañó las embestidas sin descuidar el cometido de sus sabios dedos. Caín notó un dolor en los testículos, un dolor muy intenso que precedía lo que ya intuía que iba a ser el mejor orgasmo de su vida. El dolor aumentó hasta explotar en su mente como una bomba que anulaba todos los sentidos, todos excepto la sensación profunda, aguda y apasionada que llegaba en forma de vibraciones obscenas a través de la unión de sus sexos. Acabó con una última acometida que lo dejó exhausto y le devolvió la consciencia.

Se echó a reír. Era una risa tonta, involuntaria e incontrolable. Calixta lo observó con curiosidad. Y lo abrazó.

—Gracias —susurró ella—. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto.

—Gracias a ti —respondió Caín con sinceridad—. Yo nunca había disfrutado tanto.

La besó y permanecieron unidos unos segundos, minutos, quizás horas. Perdieron la noción del tiempo y del espacio.

Caín recordó la misión que le llevó allí.

—Antes de irme tendrás que responder algunas preguntas. Necesito cerrar la historia de una vez.

—¿Ahora que me has follado ya no piensas volver? —preguntó ella con una mezcla de picardía e ironía.

—No me importaría volver cada día. —Caín la besó—. Tengo que darle a mi mujer lo que necesita.

—¿Siempre das a todos lo que necesitan?

No supo qué contestar. No sabía si hablaba en serio o en broma. A pesar de la intimidad que acababan de compartir, casi no la conocía.

—Te daré lo que quieres —continuó ella—. Te daré lo que necesitas

para satisfacer a tu mujer. Con una condición.

—¿Cuál? —preguntó él con cautela.

—Que me acompañes con un vaso de absenta.

Caín sonrió. La condición le pareció justa, apetitosa y agradable.

45

Año 1980

Calixta volvió a la consciencia desde la nada, desde un vacío placentero y cautivador. Estaba bien, descansada, recuperada. Si había soñado con algo, no lo recordaba.

Abrió los ojos y parpadeó para adaptar las pupilas a la luz de la habitación. La almohada estaba más dura en la parte derecha. Metió la mano debajo y encontró un objeto alargado y frío, de tacto suave.

Un calambrazo le recorrió todo el brazo y el cuello hasta la espalda. Un montón de imágenes estallaron en su cabeza. Vio la Balsa Buena rodeada de soldados muertos, un templo romano junto al camino de Fraga, caballeros con capas y espadas, incluso uno con corona de rey, arrodillado frente a la Virgen del Coro del monasterio de Sigena. Calixta apenas sabía de Historia, pero supo que era Pedro II, rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpellier.

Retiró la mano, asustada. Sacó de debajo de la almohada la talla de piedra. La tocó con cuidado y, esta vez, no sucedió nada.

La observó con curiosidad. Representaba parte de un antebrazo, con el pulgar asomando entre el índice y el corazón del puño.

Era el objeto mágico del que Quico le habló.

—Buenos días.

Calixta bajó la almohada sobresaltada. Un hombre trajeado la observaba desde la puerta.

—Veo que está bien —continuó él—. Llevo esperando varios días a que despierte.

—¿Quién es usted? —Ella apoyó la espalda en el cabecero.

—Carles Filices, gerente de investigación y desarrollo de la sede de Barcelona de la empresa Saint Hill. —Dejó una tarjeta sobre la mesa auxiliar—. Hasta la fecha, solo hay registrados siete supervivientes a la rabia en todo el mundo y algunos de ellos ni siquiera está confirmado que tuvieran la enfermedad. Todos fueron sometidos a un coma inducido de un mes, durante el cual el sistema inmunológico acabó con el virus. Es el único tratamiento para la rabia que ha funcionado, y solo en siete casos excepcionales. El suyo es completamente distinto. Usted fue desahuciada y le aplicaron cuidados paliativos. Contra todo pronóstico, ha despertado en menos de una semana. —Calixta escuchaba con atención—. Queremos

estudiarla. Queremos hacerle análisis, queremos saber cómo funcionan las defensas de su cuerpo, queremos aprender de ellas.

—¿Es una empresa farmacéutica?

—Sí.

—¿Por qué debería colaborar con ustedes?

—Para ayudar a la ciencia —sonrió.

—Eso está muy bien. Pero cuando salga de este hospital, no tendré trabajo.

—Le pagaremos.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto quiere?

—Cien millones de pesetas.

—Está usted loca.

—No vendería mi cuerpo por menos —afirmó ella con rotundidad —. Si no le importa, me gustaría descansar mientras lo piensa.

—No hay nada que pensar. —Carles caminó hacia la salida—. Aunque no descarte que volvamos a cruzar nuestros pasos.

Abandonó la habitación con una inclinación de cabeza. Cuando salía, entró Quico.

—¿Estás bien?

—Estoy viva. —Calixta estiró las manos y las observó con fascinación.

—¿Te duele la cabeza o el cuerpo?

—Me siento como nueva. Y sé que te lo debo a ti. —Hizo una pausa para enfatizar—. Gracias, Quico.

—No hay de qué. —Ocupó una silla, contento.

—Es la segunda vez que estoy a punto de morir —continuó ella—. Y la segunda vez que sobrevivo.

—¿A qué te refieres?

—A mi noche de bodas.

—No tienes que hablar de eso. Aún estás muy débil.

—Sé que en el pueblo dijeron muchas barbaridades sobre mí.

—Yo no me creo nada —repuso Quico—. Sé que César y los suyos te querían hacer daño y corrieron rumores infundados. Y sé que Alberto intentó matarte.

—¿Qué? —Ella jamás lo comentó con nadie, era demasiado vergonzoso.

—Oí a César hablar con él la mañana de tu boda —mintió.

Año 1974

Quico estaba en La Hermandad, con la botella de Soberano sobre la

mesa, metiéndose un vaso tras otro entre pecho y espalda. Bebía por necesidad, para ahogar las penas que lo consumían.

Necesitaba olvidar que Calixta se casaba en ese momento con el Luces.

No podía soportarlo.

Durante su noviazgo, el Luces alardeaba de frecuentar burdeles. Quico sabía que era mala persona, un hombre agresivo que convertiría la vida de Calixta en un infierno.

Bebió el brandi de un trago y volvió a rellenar el vaso.

Quico pensó en sacar su traje de justiciero, irrumpir en mitad de la iglesia montado en el caballo negro y rescatar a la princesa del ogro con el que estaba a punto de casarse. El problema era que ella no deseaba que la rescataran.

Volvió a beber. Estaba mareado. Bajó el vaso lentamente, como el hacha de un verdugo que descarga golpes suaves, pensados para hacer daño y matar lentamente.

Un tenso silencio inundó el bar cuando entró César y caminó hacia él. Era el hijo menor de Crispo, el cacique del pueblo. Había regresado hacía poco, después de pasar años estudiando en Barcelona.

—¿Qué pasa, hermanito?

César pidió un vaso que rellenó con Soberano. Lo chocó con el de Quico.

—Por la familia.

—Nosotros no somos familia.

—En eso tienes razón. Solo de sangre y la sangre es lo que menos importa. La verdadera familia es la que está cuando la necesitas. Y yo podría apoyarte para que las cosas te vayan mejor, para que prosperes en el pueblo.

—¿A cambio de qué?

—De un favor.

Quico estaba decidido a decir que no, pero César continuó.

—Quiero castigar a Calixta por algo que ha hecho.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Quico asombrado.

—Eso es lo de menos.

Quico no insistió. Sabía que daba igual, no haría cambiar a César de opinión. Calixta estaba condenada.

—Ya es tarde para impedir la boda —continuó César—, pero haremos que el matrimonio sea un inmediato y rotundo fracaso. Quiero que le cuentes a Alberto que Calixta es una fresca, que ha pasado por todas las camas, campos, graneros y cobertizos de Candasnos.

—¿Por qué yo?

—Todo el mundo sabe que estás enamorado de ella.

—Por eso mismo, Alberto no me creerá.

—Te creerá si le das detalles. Calixta tiene una cicatriz en la nalga derecha, una marca limpia que seguramente pasa inadvertida si no la buscas. Cayó sobre un clavo cuando era una niña.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo le empujé —rio César—. Se clavó una tabla en el culo. No era más que una niña desgarbada y asustadiza.

—Comprendo.

—Ese dato será suficiente para que Alberto la repudie. Y Calixta no tendrá más remedio que abandonar el pueblo.

—¿Eso quieres? —preguntó Quico—. ¿Que abandone el pueblo?

—Con eso me conformo.

Quico sabía que no era cierto, sabía que Alberto la mataría. De todas formas, aceptó el encargo. Lo aceptó porque no quería que ese matrimonio prosperara, porque quería que Calixta fuera feliz y, sobre todo, lo aceptó porque quería que Calixta viviera.

Si no lo hacía él, lo haría otro y él no estaría allí para protegerla.

Año 1980

Pero eso no se lo podía contar a ella.

Quico observó aquellos ojos bulliciosos, alborotadores y festivos, ojos de un violeta luminiscente, tan brillante y llamativo como la aurora boreal.

—César malmetió a Alberto contra ti. ¿Por qué lo hizo?

Calixta desvió la mirada y dos lágrimas rodaron por las mejillas antes de responder.

—La mañana de mi boda vi algo que no debía.

46

Año 1974

En la misa de cada sábado, el cura recordaba que el domingo era el día del Señor y de descanso. Y la Guardia Civil se llevaba al cuartelillo a los hombres que incumplían esta ley divina para trabajar las escasas cahizadas de tierra que tenían arrendadas al ayuntamiento. Cuando lo mandaban los amos, la Guardia Civil hacía la vista gorda. Por eso, a pesar de ser domingo, a pesar de ser el día de su boda, Calixta estaba trabajando.

La señora Renata ordenó varear el colchón del amo Crispo. Calixta no lo entendía, los colchones no se vareaban en invierno, salvo que alguien acabara de morir en él. Había que descoser la funda para lavarla con ímpetu, sacar la lana, extenderla en el suelo y golpearla con la vara. En primavera, era una tarea agotadora; en invierno, el agua fría y la aspereza de la caña hacían sangrar las manos.

La Pilar, la criada que llevaba toda la vida en la casa, era demasiado mayor para acometer la tarea sola. La boda era a mediodía, así que Calixta le ofreció ayuda.

—¿Hoy no cantas? —preguntó la Pilar—. Anda, vete, o llegarás tarde. No deberías estar aquí. Si la señora Renata descubre que me ayudas, me despide por inútil.

—Con tu vista tardarás todo el día en coser el colchón.

—Anda, anda, no es para tanto. Deja la aguja enhebrada y vete. Mañana, si Dios quiere, no tendrás que volver a trabajar en esta casa del demonio.

La Pilar siempre hablaba así, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo.

—Qué bruta eres.

—Ver, oír y callar. Métetelo en la cabeza si quieres sobrevivir. Los cimientos de esta casa son muerte y brujería. Anda, enhébrame la aguja, que cada vez las hacen con el agujero más pequeño, y vete ya. Echaré de menos tus canciones.

Con una sonrisa, Calixta hizo lo que le pedía. Dentro de dos horas sería la mujer de Alberto el Luces y solo tendría que cuidar su propia casa.

En la cocina, el fuego crepitaba. Dejó el delantal y dio un respingo al ver al amo Crispo sentado a la mesa, bebiendo del porrón y

engullendo un trozo de pan con tocino. Las profundas arrugas que surcaban el rostro amargado y quemado por el sol lo hacían parecer más viejo que el Imperio romano, y la fealdad de sus rasgos recordaba al mismísimo diablo. Calixta lo evitaba siempre que podía. Le daba repelús.

—Eh, maña, ¿ya te vas? —preguntó el amo antes de que saliera—. Que ya sé que me habéis destrozao el colchón. Si es que a la Renata se le va la olla y esa criada vieja es un pan sin sal. Le vamos a dar un tozolón un día de estos.

Soltó una tremenda carcajada.

—La Pilar está terminando de coser la tela —respondió Calixta.

—Espero que lo hayáis dejao bien, porque yo no vuelvo a dormir en el catre de la Renata. Si es preciso me voy contigo de noche de bodas, que *m'enterao* que te casas y no *m'has* invitao. —Retorció una sonrisa —. En otra época, una hembra como tú no me *s'habría* escapao. —Mostró la lengua gris entre los labios mustios y acartonados.

A Calixta le subió el rubor a las mejillas.

—¡Padre! —La voz de César llegó desde la entrada de la casa.

—¡Arrea! Que hoy podrás joder *to* lo que quieras sin irte por los andurriales. Jode mucho, maña, y ten muchos hijos con el Luces, como yo con la Renata. Todos unos hijos de puta, pero hijos, al fin y al cabo.

—¡Padre, te estamos esperando! —La voz sonaba imperiosa y lejana.

—¡Ya voy! —gritó—. ¡Putas misas de los cojones, menuda cascadura! —Se puso en pie y caminó hacia Calixta, que mantenía los ojos clavados en el suelo—. Dile al imbécil del Luces que lo quiero de vuelta antes de una semana. —Calixta contuvo la respiración; el olor putrefacto del aliento le provocaba ganas de vomitar—. Y no me lo dejes baldao con la jodienda, ¿eh? Que en los campos hay muchas piedras que sacar.

El viejo salió y Calixta volvió a respirar. César había reunido a todos los hermanos en la casa familiar, incluso Alfonso, que ya no vivía en el pueblo.

A Calixta le inquietaba mucho César. Presentaba el aspecto de un hombre elegante y afable, pero ella sabía cómo era en realidad. De pequeño, César ya apuntaba aires de matón y se ensañaba especialmente con ella.

Calixta recogió los restos del almuerzo. Por suerte, no tendría que hacerlo más. Echó un leño a la chimenea y sintió que quemaba una etapa oscura de su vida. Empezaba a sentir la emoción por los cambios y la libertad que le traería la inminente boda.

Los Crispos vivían a las afueras del pueblo, en una casa que levantaron sobre el antiguo cobertizo donde creció la señora Renata. Era una casa muy grande y contaba con una habitación que daba al patio interior y que la señora mantenía siempre cerrada. Calixta creía que era una capilla, pero no lo sabía con seguridad porque ni siquiera el servicio entraba a limpiar. Cuando Calixta salió de la cocina dispuesta a abandonar la casa para siempre, escuchó unos gritos procedentes del cuarto misterioso y reparó en la puerta entornada.

Con curiosidad, espió el interior a través de la rendija entreabierta. Vio a la señora Renata delante de un altar de piedra con los ojos en blanco elevados hacia el techo, invocando seguramente al mismísimo diablo con palabras incomprensibles. En el centro de la estancia, los seis hijos formaban un corro alrededor del amo Crispo, que soltaba toda clase de improperios mientras César le sujetaba las manos desde atrás. Antonia dio un paso hacia su padre, elevó una daga en el aire y la descargó en el hombro. El amo Crispo gritó como un cerdo degollado. Alfonso le arrancó el cuchillo del hombro y lo hundió en la barriga. Elena, Esther y Pablo le asestaron sendas puñaladas en el pecho, uno detrás de otro. El amo Crispo apenas seguía en pie cuando la daga llegó a César. Desde atrás, la colocó en la garganta y le rebanó el pescuezo.

Los ojos de Calixta se cruzaron con los de la señora Renata, que ahora miraba al frente, serena, observando cómo sus hijos daban muerte al que hasta ese momento había sido su esposo. Calixta, oculta tras la puerta entreabierta, dudó, pensando que, en una escena como aquella, lo más probable era que lo que ella había interpretado como un cruce de miradas no fuera más que una impresión suya fruto del pavor. Seguramente, Renata estaba mirando a su marido moribundo, o a sus hijos asesinos, no a ella, no podía saber que estaba ahí… Pero los ojos de Renata permanecían fijos, penetrantes, inmóviles mirando hacia donde ella estaba, clavados en su mirada.

Calixta retrocedió rápidamente y abandonó la casa corriendo, con el miedo fluyendo por las venas como un veneno. ¿Era posible que la hubiera visto? En el pueblo rumoreaban que la señora Renata, la del cobertizo, estaba loca. Era seria, estricta y fría, pero a ella siempre la trataba con corrección. La gente contaba que Renata era sirvienta del amo Crispo y que supo ocupar el lugar de la anterior señora cuando esta murió. Las malas lenguas la acusaban de estar implicada en su muerte.

Calixta nunca lo había creído.

Hasta ahora.

47

Año 2018

La Guardia Civil no parecía dispuesta a colaborar en la investigación de la desaparición de Moussa. Vera supuso que aquellas muertes por ataque de animal eran demasiado para un pueblo tan pequeño. Y además ahora llegaba ella, queriendo denunciar otra desaparición y metiendo las narices en asuntos oficiales. El guardia la había calado rápido.

Cuando llegó a casa, Vera retomó el informe de la investigación de Toki. Aunque no aportaba pruebas, en el dosier indicaba que César traficaba con drogas. ¿Estaría la Guardia Civil implicada en los negocios turbios de César y Semilia? No sería la primera vez que pasaba algo parecido.

Volvió a sus notas, al punto donde lo había dejado. Estaba revisando el informe de Hacienda y recopilando información sobre los socios fundadores de Semilia, Peter Dumpen y Carles Filices. La última implicada era una mujer con un nombre tan extraño como llamativo: Calixta Lapena Pena. Google no obtuvo ninguna respuesta, ni siquiera obviando el segundo apellido. O se había ocupado muy bien de borrar su huella digital o aquella mujer no había hecho nada relevante en su vida. Lo más probable es que fuera una mujer de paja de los Galán.

Vera sacudió la cabeza. Necesitaba despejarse, ensanchar su mundo. Demasiados días sin hablar con alguien que no estuviera involucrado en delitos y conspiraciones. Marcó el teléfono de su amiga.

—Hola, Verita. ¿Qué tal por los campos oscenses?

—Bien, bueno, no sé.

—Eh, tía, ¿pasa algo con esos jodidos maños?

—No es nada. Estoy metida en una investigación que me está volviendo loca.

—Ay, chiqui, qué ganas de hablar contigo, pero ahora tengo mucho trabajo. El *señoro* de mi jefe no para de apretarme las tuercas. Tengo que terminar la contabilidad de un cliente y cada dos por tres me viene en plan *mansplaining* con cosas de las que no tiene ni puta idea. No me deja trabajar. Le da rabia que mañana me coja vacaciones. Y pienso desconectar el móvil, no me vaya a llamar mientras me tomo un mojito. Me entran ganas de apretarle los huevos hasta que le salga

la testosterona por las orejas. Te llamo esta tarde antes de preparar las maletas y hablamos tranquilamente, ¿vale?

—Vale.

Assumpta no le devolvería la llamada. Aunque era una buena amiga, había que tener paciencia con ella.

Bajó a la cocina e intentó leer un rato en el sofá. No era capaz de concentrarse.

Cogió el abrigo y el bolso y cruzó al bar de enfrente. La recibió el calor seco de la calefacción y el olor a tabaco, café y sudor. Sentado en una mesa, un señor viejo, que le recordó a los galanes del cine español de los 60, tomaba un café y miraba las noticias en el televisor de la pared. Tras la barra, el camarero reponía botellines de cerveza en los arcones.

—Un zumo de naranja natural, por favor. —Vera ocupó un taburete.

—De bote. —El camarero se secó las manos en un trapo desgastado.

—Mejor un zumo de piña.

—Melocotón.

—Melocotón, entonces.

—Pero está caliente.

—Vale, no importa.

—Estamos en un pueblo, pero tenemos de todo —dijo el señor con aire de galán.

Vera no supo discernir si hablaba en broma. Pasaba de los sesenta mal llevados, con barriga prominente y piel cuarteada por el sol.

—Usted no es de por aquí. —El hombre de la mesa la estudiaba con curiosidad.

—No —titubeó Vera.

—*Grabiel,* tráele la bebida. Ande, siéntese conmigo y haga compañía a un pobre viejo.

Vera dudó. No le apetecía inventar explicaciones, aunque era una oportunidad para obtener información.

—Antes los jubilados veníamos a La Hermandad a tomar el carajillo y jugar al dominó o a las cartas. Ahora no quedan viejos. Ni jóvenes. ¿Ha visto algún niño jugando por las calles? El pueblo está muerto, es un cadáver con un gran hongo que consume la podredumbre.

—¿A qué se refiere con el hongo? —Vera pensaba en Semilia.

—Usted es la sobrina de la Toki, ¿verdad? —Su voz era profunda y bien modulada, la voz de alguien acostumbrado a hablar y a ser escuchado.

—Sí. —Se sentó frente a él.

—Las sobrinas de la Toki viven en Madrid y usted tiene acento

catalán. —Los ojos del hombre chispeaban.

Vera permaneció en silencio. *Grabiel* dejó el zumo junto a un vaso con un cubito y volvió a la barra con un gruñido.

—¡Qué *pichorro*! Si la Toki le dejó la casa, sus razones tendrá. La Toki era una buena mujer, muy obsesiva, pero buena mujer. Disculpe que hable así de ella. Sepa que le tenía aprecio y lamenté mucho su pérdida.

—Gracias.

—Esa obsesión no la llevó a buen fin.

—¿Insinúa que Toki murió por sus investigaciones?

—Yo no insinúo nada. Solo planteo hechos. Ya sabrá que no es la primera muerta en el pueblo en circunstancias parecidas.

—Sí, me he enterado.

—Mire, los asuntos del pueblo quedan en el pueblo. Mi consejo es que deje de meter las narices donde no la llaman.

—No me dejo intimidar fácilmente.

El rostro surcado de arrugas se tornó pétreo.

—No es una amenaza, es un consejo. No me gustaría que le pasara nada malo. Por cierto, qué maleducado: me llamo Quico.

—Usted ya sabrá mi nombre.

—Vera, creo. Nunca lo había sentido, un nombre bonito. No es mi intención amedrentarla, me gusta la gente valiente. Solo le pido que tenga cuidado. Una forastera haciendo preguntas por el pueblo llama mucho la atención, ¿comprende?

—Le agradezco el consejo. Usted parece saber mucho.

—No siga por ahí, moza. Aquí todo el mundo sabe y todo el mundo calla. Es la ley del hambre, la ley del silencio. Y cumplir la ley es lo único que te mantiene vivo. Yo ya soy mayor y me gustaría morir en mi cama, ¿comprende?

—Solo quiero saber una cosa. —Vera decidió probar suerte—. ¿Cuál es la opinión del pueblo sobre Semilia?

—Cuando pidieron permiso para instalar la fábrica, prometieron dar trabajo a mucha gente y solo contrataron a tres chavales y la mujer de la limpieza. El resto son forasteros.

—¿Piensa que ocultan algo? ¿Por eso no contratan a más gente del pueblo?

—¿Usted qué cree?

—Yo sé que hacen experimentos genéticos con semillas y sospecho que secuestran a inmigrantes.

—Pues dos más dos…

—Experimentos genéticos y secuestro de inmigrantes —reflexionó Vera—. Creía que solo investigaban con plantas. ¿Insinúa que

experimentan también con personas? —Pensó en los ataques de animales—. ¿Y con animales?

Quico permaneció en silencio unos segundos. Le clavó los ojos azules y gélidos.

—Debería cuidarse de saber más de la cuenta. Hágame caso.

—Gracias de nuevo por el consejo.

Vera apuró el zumo y se levantó. Estaba cansada, necesitaba tumbarse en el sofá al abrigo de una manta y la estufa de leña.

En su mente agotada afloró una pregunta que le rondaba la cabeza.

—Una última cosa. —Quico suspiró con resignación—. ¿Quién es Calixta Lapena Pena?

El rostro del hombre se iluminó.

—Baje el tono. Ese de ahí es su hermano, *Grabiel,* pero hace años que no se hablan. Calixta es una mujer excepcional, toda una leyenda en el pueblo. Fue una vedete famosa en El Molino, una mujer de bandera. La llamaban La Viuda.

—¿Vive en Candasnos ahora?

—Sí.

—¿Me puede decir dónde?

—¿Para qué quiere saberlo? ¿Es que no entiende lo que le digo? No se juegue la vida por escribir un artículo.

—He entendido el mensaje. Me gustaría hablar con ella; después, abandonaré el pueblo.

—Está bien. Vive frente a la Balsa Buena, la única casa con jardín.

48

Año 2018

Caín abandonó la casa de Calixta y caminó por la calle embriagado aún por lo sucedido. Sus pies golpearon el asfalto con contundencia, un suelo blando, esponjoso, como un manto de hierba. La energía brotaba de sus zapatos con cada paso e imprimía huellas capaces de derretir el hielo y chamuscar la tierra. La niebla se abría ante él como las aguas del mar Rojo. Sentía las manos poderosas, la mente despierta, el cuerpo activo, eficiente. Una sonrisa decoraba su cara mientras los detalles del encuentro viajaban de un lado a otro de su mente y segregaban un torrente de endorfinas. Por primera vez en mucho tiempo, la idea de bailar con la muerte dejó de atraerle.

Recordó los pechos de Calixta, mullidos, contundentes, de piel suave. Palpó las curvas de su cuerpo, del cuello a las caderas, modelado con el patrón de un violonchelo. Viajó a la tersura de sus labios y la delicadeza de su lengua experimentada. Añoró el placer de su sexo, esa unión mágica que lo transportaba al cielo para visitar las estrellas.

La euforia y el entusiasmo se diluyeron en los problemas que le esperaban en casa. Sacudió la cabeza. Estaba mareado por aquella bebida diabólica. La imagen de su mujer le asaltó. Sofía trabajando en la mesa de comedor; Sofía caminando con el andador, arrastrando los pies, reptando; Sofía emitiendo sonidos guturales, cortantes y desagradables, que devoraban su voz.

Los golpes secos del suelo retumbaron en los pies y saltaron a las rodillas como pinchazos desgarradores. La niebla lo engulló como la boca de un perro hambriento y borró la sonrisa de su cara. Paró en seco.

¿Qué había hecho?

Había engañado a Sofía, faltado a su palabra, a su lealtad. Y, aunque quisiera, no podía deshacerlo.

¿Y por qué?

¿Un simple polvo, un poco de sexo, uno o dos orgasmos podían justificar la traición, tirar por la borda la vida, la moral y los principios?

Los pies respondieron con pereza, con desánimo.

¿Qué le iba a decir a Sofía? ¿Debía contarle la verdad, esperando

que ella lo comprendiera, esperando que se compadeciera de él, pobre infeliz condenado a cuidar de una inválida, de los despojos que quedaron de la persona a la que él quería?

¿O debía intentar olvidarlo, obviar el tema como si no hubiera sucedido, que era lo mismo que engañarla?

Una mentira piadosa era la mejor solución. Pero no podía hacerlo: iba en contra de su moral, de su naturaleza como persona.

Sofía lo necesitaba, dependía de él. Si le contaba la verdad y ella no era capaz de aceptarlo, ¿qué pasaría después? Estaría condenada a vivir con un traidor, a depender de alguien en quien no confiaba. Supondría un sufrimiento y un desgaste insoportables.

¿Qué iba a hacer?

Caminó despacio. Cada pie cargaba kilos de culpa y arrepentimiento.

Mientas arrastraba las botas sobre el asfalto húmedo, dejando la marca de las suelas de goma, y cortaba la niebla en un empeño inútil por deshacerla, su mente abotargada y culpable viajó al origen de todos sus males, al día fatídico del accidente. Era un día normal, un día de vacaciones, un día traicionero que comenzó con risas y buen sexo en un hotel de carretera de los Pirineos oscenses. Era un día que prometía felicidad, un día lleno de esperanzas y expectativas, uno de esos días que invitan a vivir. Después del desayuno, Sofía le abrazó desde el asiento trasero de la moto y tomaron la carretera de curvas sinuosas que conducía al monasterio de San Juan de la Peña. Habían estado hacía años, cada uno por separado, y querían volver juntos. Disfrutaron mucho la visita, un templo espectacular construido bajo el techo de piedra de la propia montaña, encajado en la roca con tanta armonía que formaba parte de ella.

Escucharon con interés las explicaciones de los guías, rieron, corrieron y jugaron como niños. Lo pasaron en grande hasta que los rugidos del estómago les avisaron de la hora y montaron en la moto en busca de un buen asado de cordero pirenaico. El hambre hizo que Caín apretara el puño más de la cuenta sobre un asfalto húmedo en las zonas de sombra. En una curva, la rueda delantera derrapó. Caín tuvo suerte: se estampó contra la propia moto que rebotó en los quitamiedos y lo detuvo con un golpe en el pecho. Poco a poco, recuperó el aliento. El dolor del pecho era muy fuerte; después le dijeron que tenía tres costillas rotas. Sofía estaba tumbada boca arriba en mitad de la carretera. Corrió hacia ella. Tenía el cuello girado en una postura forzada y antinatural. Levantó el cristal y puso la mano delante de la nariz. Respiraba. No sabía si tenía roto el cuello, si estaba bien o si estaba jodida. Como le enseñaron en las clases de

primeros auxilios, le puso la cabeza recta, cruzó el brazo derecho sobre el pecho y le empujó con cuidado para colocarla de lado. Corrió a la moto para recuperar el teléfono de las alforjas. Pidió una patrulla de la Guardia Civil y una ambulancia. Antes de colgar escuchó el frenazo, el derrape estridente y el impacto. Descubrió un coche parado y un hombre que bajaba con el rostro pálido, lo miraba incrédulo y vomitaba sobre los zapatos. Caín corrió. Sofía estaba debajo del coche, el casco roto, el cristal reventado y un reguero de sangre fluía de la cabeza, del hombro o de la base del cuello. El mundo se derrumbó sobre él. Toda la felicidad y los buenos momentos desaparecieron de repente, borrados, exterminados.

La sacó de debajo del coche. Logró identificar la herida del cuello e hizo todo lo posible por taponarla.

La ambulancia tardó media hora en llegar, la media hora más larga de su vida, en la que tuvo tiempo para la esperanza y el desánimo, para maldecir, rezar y blasfemar, para hacer preguntas y esperar respuestas que nunca llegarían.

Sofía sobrevivió, pero la mujer que él conocía, la mujer que él amaba, murió en aquella carretera. Aquel espectro que salió del hospital en silla de ruedas no era más que una caricatura mal dibujada, una copia burda y defectuosa de la persona con la que él compartía su vida. Al principio, no podía hablar y no reaccionaba a los estímulos. Con el paso del tiempo y las sesiones de rehabilitación, el cerebro y el cuerpo comenzaron a responder. Aprendió a andar y a hablar de nuevo, aprendió a pensar, a recordar, y tras muchos lloros, insultos y maldiciones, aprendió de nuevo a vivir y, a veces, a sonreír.

Caín no pudo volver a hacerlo. Ni sonreír ni vivir. Era el culpable de lo sucedido. Si no hubiera apretado tanto el puño de la moto… Si no la hubiera dejado en mitad de la carretera… Si hubiera señalizado antes de llamar por teléfono… Si hubiera sido él en lugar de ella… Si, si y si…

* * *

No quería llegar a casa. No quería enfrentar el momento horrible de mirar a su mujer a los ojos. Compró la comida en El Pilar, un par de berenjenas rellenas, y continuó hacia al acuartelamiento.

Sofía estaba tumbada en la alfombra, haciendo estiramientos. Caín entró en la cocina, evitando su mirada.

—¿Cómo ha ido? —preguntó ella con las palabras deshechas en balbuceos.

—Bien. —Caín colocó las berenjenas en platos y las llevó al

comedor.

Sofía fue al baño, mientras él ponía la mesa.

—¿Qué te ha dicho? —insistió ella.

—Que no fue idea suya… —Mantenía los ojos clavados en el plato.

—¿El qué?

—El número por el que la encerraron. Dice que estuvo muy influenciada por Christa Leem. Fue ella la que le enseñó a pensar de otra forma, a plantear los espectáculos de otra manera.

—¿Fue Christa la que ideó el número? —preguntó Sofía con sorpresa.

—No. —Caín mordió un trozo de berenjena con carne y bechamel. No le sabía a nada. Quizá por el desasosiego que le atenazaba el estómago—. Gracias a Christa hizo algunos espectáculos eróticos que pretendían arrancar una reflexión al espectador avispado. Espectáculos un poco burdos, que no tuvieron demasiada repercusión. Uno de ellos fue el que le causó la enfermedad.

—La rabia —puntualizó Sofía—. El espectáculo con el perro.

—Sí.

—Es otro gran misterio. —Era evidente el esfuerzo de Sofía para dibujar aquellas palabras con los labios. Dejó el tenedor a un lado—. ¿Cómo sobrevivió a una enfermedad a la que nadie sobrevive?

—No lo sé. Después de caer enferma y recuperarse, aceptó un encargo, un número que pretendía remover conciencias y derribar barreras.

—Ya sé cuál es el número. —Sofía estaba impaciente—. Pero ¿quién lo ideó?

—Una persona del pueblo. Un hombre, un anarquista, un poeta de la vida.

—¿Vive aquí? —Ella abrió los ojos son sorpresa—. ¿Está vivo? Quiero conocerlo.

—Puede. —En realidad, Caín no lo sabía, Calixta no le dijo el nombre—. Tendré que informarme.

Ella cogió el tenedor y comieron en silencio. Caín notaba los ojos de ella atravesar su cuerpo con movimientos rápidos, cortantes, inquisidores. No le quitaba la vista de encima.

—Te la has tirado, ¿verdad?

Caín se atragantó, tosió y bebió un poco de agua. No estaba seguro de entenderla bien.

—¿Qué?

—Te la has tirado —repitió ella con calma, con lentitud, para despejar dudas—. No me miras a la cara.

—Yo… —Los pensamientos bulleron en su cabeza. Decirle la

verdad era su primera opción, pero ahora buscaba cualquier excusa para negarlo. No estaba preparado, lo había pillado por sorpresa, sin opción de defensa, a quemarropa—. Estoy cansado. —Ahora sí la miró —. Esa mujer me pone la cabeza loca con un montón de historias que no me interesan.

—Te la has follado.

—¡Deberías haber ido tú! —Lanzó el tenedor sobre la mesa—. Tú no lo entiendes. Ni siquiera la conoces. Te dije que no me metieras en tus asuntos.

—No me importa. —Ella alargó una mano temblorosa hacia él—. No me importa, de verdad. Solo, me sorprende. —Ella esbozó algo parecido a una sonrisa—. ¿Te has liado con una mujer de casi setenta años?

—Me voy a dar una vuelta —gruñó Caín.

—¿Folla bien?

Caín cogió el abrigo.

—¡Muy bien! —gritó.

Y abandonó el apartamento montado en cólera.

49

Año 1974

Después del entierro de Crispo, Renata convocó a sus seis hijos a una reunión en la casa familiar. Algunos creían que iba a repartir la herencia, pero Renata les pidió que salieran al patio.

Era de noche y hacía frío. El cierzo descansaba y las pocas nubes que navegaban el cielo permanecían ancladas alrededor de la luna llena.

Rodearon a su madre cerca de la fuente presidida por una estatua del dios Baco. Elena llevaba abierto el abrigo de plumas sobre un jersey de lana, inmune al frío. César estaba helado, con los mofletes rojos bajo el gorro negro.

—¿Qué hacemos aquí, pues? —preguntó Alfonso.

—Tenemos que reorganizar los negocios familiares y repartir las responsabilidades —explicó César.

—¡Jodo, maño! A mí este pueblo me da *pampurrias,* no pienso quedarme —dijo Alfonso—. Solo quiero mi parte de la herencia y ¡a picos pardos!

—¡Arrea, pues! —gritó Antonia—. ¡Y vete solo! ¡Deja a mi hija en paz!

—¡Anda a *escaparrar*! ¡Eso lo discernirá ella, no tú! —respondió Alfonso con agresividad—. Que ya es mayorcica.

—Claro, ya es mayor de edad, pero no lo era cuando la secuestraste.

—¡Eso es una cosa seria, maña! Se vino conmigo con voluntad.

—¡Solo contaba dieciséis años!

—Los mismos con los que tú te preñaste.

—¡Pero tú tenías treinta, asaltacunas! ¡Que le doblas la edad!

Antonia era la mayor y se casó con solo dieciséis años. Fue un escándalo en el pueblo, pero su hija lo superó cuando, con su misma edad, se fugó con su tío Alfonso, el segundo de los hermanos. Antonia le pidió a su padre y a su marido que los buscaran, pero su marido agachó las orejas ante la respuesta de Crispo:

—¡Déjalos en paz! La nuez ta salío cocona, pero aún te quedan tres *chiquetes pa* entretenerte.

Cuando César regresó y decidió quitar a su padre de en medio, trajo a Alfonso al pueblo. César dijo que tenían que estar todos de acuerdo,

lo tenían que hacer entre todos.

—No me corrompáis la sangre —intervino Renata—. Hoy no se va a partir la herencia. ¡Vaya cascadura de hijos! La familia seguirá unida y los negocios también, como hasta ahora.

—Mejor que hasta ahora —puntualizó César—. Seguiremos trabajando la tierra y vamos a introducir nuevas líneas de negocio. La mama aparecerá como propietaria única de las tierras, aunque en realidad todos seremos los dueños a partes iguales y cada año repartiremos los beneficios en función de la implicación y el trabajo de cada uno.

—¿Y el que no se implique? —insistió Alfonso.

—Recibirá su parte, aunque sea menor.

Alfonso parecía satisfecho.

—A partir de ahora, nos organizaremos en círculos de poder —continuó César—. En el primer círculo estamos la mama y yo, nosotros somos el cerebro y el corazón de la familia —señaló su cabeza y el pecho de la madre—. El segundo círculo sois todos vosotros. El tercer círculo son los capataces, gente de especial confianza con la que contamos para gestionar a los componentes del último círculo, los trabajadores y la gente del pueblo.

—Y ahora —intervino su madre—, os toca jurar vuestra lealtad a la familia.

—Yo no me quedo —remachó Alfonso—, así pues…

—*¡Ta, capacero!* —le cortó Renata—. ¡Y vuelta la burra a las coles! El ritual comenzó con la muerte del papa. Por jota o por bolero, vuestras almas estarán en peligro hasta que lo despachéis.

—Todos debemos completar el juramento —explicó César con tono conciliador—. Acabado el rito, que cada uno haga lo que le venga en gana.

—¡Tan amarga penitencia! —exclamó Alfonso—. ¡Anda, anda! ¡Acabemos, pues!

—Repetid conmigo —Renata elevó un trozo de metal hasta su cara y leyó con voz más grave de lo habitual, despojada del acento aragonés—: Mi padre es el sol y mi madre la luna. —Sus hijos repetían cada frase—. Todos mis lazos de sangre se disuelven en el ácido del olvido hasta la séptima generación. Reniego de mi pasado, porque mi verdadera historia comienza ahora, en este mismo momento. Los lazos reales son los actuales y juro salvaguardar el honor de mis sabios hermanos, carne de mi carne y sangre de mi sangre. Bajo la luz de las estrellas y el esplendor de la luna, formo la santa cadena. En el nombre de Mercurio y Plutón, bajo la vigilancia de las tres cabezas de Cerbero, con palabras de humildad, formo esta santa sociedad. —

Renata sacó el revólver de Crispo y les apuntó uno a uno—. Desde este momento, no os juzgan los hombres: os juzgan los dioses del Averno, ellos vigilan vuestros actos, ellos dispondrán si sois fieles o no a este juramento. —Abrió el tambor del revólver, les mostró una bala y la metió dentro con movimientos lentos y ceremoniales. Giró el tambor y lo cerró—. El revólver de vuestro padre juzgará vuestro compromiso con el juramento que acabáis de hacer y decidirá si sois dignos de pertenecer a esta santa sociedad.

Le ofreció el revólver a Antonia.

—Mama, ¿por qué yo?

—Eres la mayor.

Antonia seguía casada con el hombre que la dejó preñada con dieciséis años, aunque no lo soportaba. Tenían cuatro hijos y su marido trabajaba de capataz en las tierras familiares.

Cogió el arma y apuntó a su cabeza. Cerró los ojos y apretó el gatillo.

¡Clic!

Espiró aliviada y Renata le arrebató el revólver con una sonrisa de satisfacción. Caminó hacia Alfonso.

—¡Alpargatas, *pa* qué os quiero! —Alfonso echó a correr, pero su madre le apuntó con el revólver.

—¡Quieto ahí, *petoste*! Yo no fallaré.

—Caben seis balas y somos seis. —Alfonso se golpeó la cabeza con indignación—. Uno de nosotros va a morir sí o sí.

—¡Será la voluntad de Plutón! —exclamó ella y extendió el revólver hacia él.

Alfonso lo cogió.

Hacía dos años que se había fugado con la hija mayor de su hermana Antonia. Vivían en Toledo, donde montaron una tienda de ultramarinos que les daba para vivir con dignidad. Tenían amigos y eran felices. Él no quería volver al pueblo, ni siquiera por la herencia, pero César le obligó con amenazas.

Alfonso pensó en disparar contra su hermano pequeño. César era el preferido de su madre, el único que pudo estudiar. Ellos, mientras tanto, se partían el lomo en el campo.

Sabía que eso no era culpa de César, sino de su padre. Su padre era la peor persona que había conocido, carroña, pura escoria. César promovió su asesinato y Alfonso lo agradecía. Hicieron un favor al mundo y a sí mismos. Ahora debía cumplir ese ritual y sería libre para regresar a la vida en Toledo, lejos de aquella familia demente, lejos de aquel pueblo condenado al sufrimiento. Tras completar el ritual, sería libre.

Si no se volaba los sesos, claro.

Colocó el cañón debajo de la barbilla y disparó.

¡Clic!

—Pensé que sería yo —afirmó con alivio.

Su madre miró a Esther.

Esther y Elena eran dos solteronas que vivían en la casa de sus padres. Eran muy distintas entre sí. Esther casi nunca salía de casa, le encantaban la cocina y las actividades del hogar, era la perfecta ama de casa. Por el contrario, Elena sentía pasión por la agricultura y gestionaba las tierras familiares. En el pueblo, corrían rumores de que Elena era lesbiana, incluso de que le puso un apartamento en Zaragoza a su novia.

—¡Mama, ya basta! —insistió Alfonso—. Las probabilidades de que…

—¡Chitón! —Renata le apuntó con el revólver.

Alfonso cerró la boca, los ojos y los puños.

Esther metió el cañón entre los dientes, que le castañeteaban de miedo. La barriga le rugía de nervios, como las tripas del Cancerbero. Disparó.

¡Clic!

El dolor de estómago le subió a la garganta, escupió el arma y vomitó en el suelo.

Elena llegó hasta ella con dos grandes zancadas y le arrebató el revólver antes de que su madre reaccionara. Sin un atisbo de duda, lo puso sobre su corazón y disparó.

¡Clic!

Satisfecha, Renata le llevó el revólver a Pablo.

—Solo quedan dos intentos —insistió Alfonso—. Mama, Pablo tiene dos *chiquetes,* uno recién nacido. ¿No te da pena?

—No podemos juzgar la voluntad de Plutón —repuso ella.

Pablo era agricultor y trabajaba a las órdenes de Elena. Cogió el revólver. La mano le temblaba, revelando la tensión que le corroía por dentro.

—Madre, yo…

La frialdad de la mirada le impidió terminar la frase. Pablo cerró los ojos.

¡Clic!

Apartó el arma a un lado, con repulsión. Renata llegó a César.

Esta vez, nadie dijo nada. Todos sabían que era el favorito de su madre. En el revólver había una bala y solo quedaba un disparo.

César miró a su madre con una sonrisa y aceptó el revólver con una inclinación de cabeza. Tragó saliva. Con los ojos fijos en los de su

madre, llevó el revólver a la sien y apretó el gatillo.

Bajó la mano lentamente. Todos lo miraban con sorpresa e incredulidad. Estaba vivo. El revólver no disparó.

Renata abrió el arma y sacó la bala. La mantuvo en alto unos segundos para que vieran que permanecía intacta.

—Esta bala os ha atravesado a todos y cada uno de vosotros. Aquel que rompa el juramento, caerá fulminado por su efecto.

Devolvió la bala al tambor, cerró el revólver y disparó.

¡Bum!

Un fogonazo saltó del percutor y la bala atravesó el pecho de la estatua de Baco que presidía la fuente. Estupefactos, observaron cómo brotaba un chorro de sangre del agujero de la bala, una fuente de vino nacida del corazón del Dios.

50

Año 2018

Caín caminó a paso ligero sobre el asfalto de la carretera que atravesaba Candasnos. La construcción de la variante redujo el tráfico a su mínima expresión: gente del pueblo que se desplazaba de un bar a otro sin mover las piernas, tractores que iban o venían del campo y algún camión despistado en busca de un restaurante o un lugar tranquilo donde echar una cabezada. La variante devolvió la tranquilidad al pueblo y eliminó esa frontera peligrosa e infranqueable que lo partía en dos. Era de agradecer, porque conducir por la N-II en ese tramo entre Zaragoza y Fraga era como jugar a la ruleta rusa. Y era mejor para todos que ese tipo de juegos pasaran de largo.

Entró en el cementerio y caminó entre los nichos y las lápidas hacia la zona más antigua, su favorita, donde disfrutaba con la lectura de nombres y fechas de antaño que retaban a su imaginación para inventar historias de guerra o de amores interrumpidos.

—Buenas tardes.

El acento cerrado y cantarín lo pilló por sorpresa. A su espalda, observó una figura desdibujada por la niebla. Era Quico y llevaba en la mano la sempiterna escoba.

—Buenas tardes.

¿Qué le pasaba a aquel jubilado, sacaba un sobresueldo barriendo el cementerio?

—¿Cómo van los asuntos policiales? —preguntó Quico sin más preámbulos—. ¿Ya han resuelto el caso los pijos de Fraga?

—No, que yo sepa.

—¿Y usted? —continuó—. ¿Ya sabe quién es la muerta?

—No. —Caín percibía la presión de aquel hombre como representante de todo el pueblo, la personificación de una conciencia colectiva que le pedía responsabilidades—. Estas cosas van lentas, pero no se preocupe, lo descubriremos.

—Ya. —Quico clavó en él los incisivos ojos azules—. ¿Cómo le fue la visita a la fábrica?

—¿Cómo sabe que estuve en la fábrica? —Caín lo observó con el ceño fruncido.

—Soy amigo de Aurelio, ¿recuerda? Muy amigo. —Quico sonrió—. Yo les presenté.

—Sí, claro.

—Estoy en conocimiento de los resultados de la autopsia.

—Aurelio es un bocazas —sentenció Caín—. Esa información es confidencial hasta que cerremos el caso.

—Lo sería si fuera una investigación oficial. —Quico elevó la escoba hacia él—. Pero creo que usted se ha saltado unos cuantos de esos procedimientos que tiene siempre en la boca.

—Eso era lo que usted quería, ¿y ahora me critica? —Caín estaba indignado, aunque también, si bien jamás lo reconocería ante él, le hacía gracia la situación.

—Yo quiero que hagan su trabajo y me importa un *pichorro* cómo lo hagan. ¿Fue a la fábrica o no?

—Ya sabe que fui.

—¿Y qué descubrió?

—Que hacen una gran labor humanitaria. Están investigando para acabar con las plagas en los cultivos y con el hambre en el mundo.

—Sí, ¿verdad? Son una gran ONG. Estoy seguro de que les darán el próximo Nobel de la Paz y les harán un hueco destacado en Naciones Unidas. —Quico sonrió con ironía—. ¿Le enseñaron la flor que no se marchita?

—¿Ha estado usted allí?

—No, pero me he informado —explicó—. ¿Y los animales? ¿Le enseñaron dónde experimentan con ellos?

Caín observó con curiosidad la cara tostada que mantenía el efecto perenne del sol impregnado en la piel a pesar de que este llevase meses cegado por la niebla.

—¿Cómo sabe que experimentan con animales?

—¿No es evidente? —Quico chasqueó la lengua—. ¿De dónde cree que salió ese monstruo?

—Según el director de la fábrica, solo trabajan con plantas y semillas. Nada de animales.

—Nada de animales. ¿Así que no los vio?

—Según el director no había nada que ver.

—¿Y usted le creyó?

—No, pero no era una visita oficial.

—Ya —continuó Quico—. No tenía orden de registro.

—La orden de registro la emite un juez y la ejecuta la policía judicial. Ya le dije que los guardias de puesto tenemos las manos atadas. —Hizo una pausa—. ¿Cómo está tan seguro de que experimentan con animales?

—Si Toki estuviera viva, ella lo demostraría. Pero está muerta. Qué casualidad, ¿verdad?

—¿Quién era Toki?

—La fotógrafa del pueblo.

—¿Eustoquia? —Caín recordó el expediente.

—La misma. Hacía mucho que no prostituía su tiempo y su cámara, como ella decía. Vivía sola y llevaba diez años dedicada a los asuntos que le interesaban. Muchos aseguraban que estaba loca, que ni siquiera dormía, que pasaba días y noches enteras investigando y vigilando, sumida en paranoias. ¡Chorradas, no te jode! La tía destapó varios escándalos de corrupción en la Diputación de Aragón y la comarca. Y obligó a dimitir al anterior alcalde. ¿Sabe cómo? —Caín negó con la cabeza—. Con fotos y con pruebas irrefutables. ¿Qué le parece? ¿Cree que es necesario el permiso de un juez para cambiar las cosas?

—En mi caso, sí —insistió Caín.

—Resulta que Toki estaba investigando algo sobre la fábrica de semillas y la encontraron muerta en el pozo de hielo. Qué casualidad.

—Le sorprenderían las casualidades que he visto. —Caín continuó —. No quiero discutir con usted. Es evidente que ese jabalí no era natural y que en la fábrica ocultan algo. Estamos en un pueblo pequeño, aislado en mitad de la nada. Y dos más dos…

—Son cuatro. Me alegro de que hablemos el mismo idioma. —Quico alargó la mano y Caín la estrechó—. Entonces, ¿qué va a hacer?

—Nada.

—¿Nada? —Quico apretó el puño con frustración.

—No puedo hacer nada. Soy guardia civil y tengo que respetar las leyes. La investigación está en manos de la policía judicial y estoy seguro de que harán un buen trabajo.

—¿Ni siquiera va a comprobar lo de Toki? —gruñó Quico con desprecio.

—Ese es otro caso distinto que no tiene relación con el brazo.

—Venga, no me joda. Usted mismo lo ha dicho: estamos en un pueblo de cuatrocientos habitantes. ¿Sabe algo de estadística? Es imposible que todos esos ataques de animales no estén relacionados.

—Puede que tenga razón, pero tendremos que esperar a que el juez haga su trabajo.

—Las cosas del pueblo se arreglan en el pueblo. Si no hace nada, es usted un cobarde.

Caín sintió que le ardían las entrañas. Aquel viejo acertaba con el peor insulto que le podía propinar, quizá porque encerraba mucha verdad. El accidente lo había convertido en un cobarde, en una persona cerrada e insegura, incapaz de hacer frente a los problemas, incapaz de hacer frente a la vida.

—Puede que tenga razón —admitió con dolor—. No lo voy a negar.

—Es una pena. —El viejo apretó la escoba—. Ya no quedan hombres de verdad. Durruti y el Quico son dragones, unicornios, seres mitológicos de cuya existencia es fácil dudar. Dentro de poco, nadie hablará de ellos.

Caín recordó que le contó sus aventuras con Quico Sabaté. Una idea cruzó su mente, una idea que podría compensar un poco la traición contra su mujer.

—¿Es usted anarquista?

—Pues, claro —confirmó Quico—. ¿Acaso puedo ser otra cosa?

—¿No será poeta? —Caín sintió cierta excitación. Ante él tenía la posibilidad de satisfacer uno de los deseos más anhelados de su mujer.

—¿Poeta? —Quico lo miró—. Eso es mucho decir —sonrió con cinismo—. Algunos me llaman «poeta de la vida». Yo me considero un simple «librepensador».

—¿Conoce usted a Calixta Lapena?

Quico desvió la mirada. Tardó varios segundos en contestar.

—Por supuesto. En el pueblo nos conocemos todos y ella es una celebridad.

—¿Escribió usted un número para ella?

—¿Yo? —Quico soltó una carcajada—. ¿Quién le ha metido esa chorrada en la cabeza?

Caín notó que la voz del viejo vacilaba por primera vez.

—Mire, estoy dispuesto a ir a casa de Toki, a seguir con esta investigación hasta el final, a hacer todo lo que esté en mis manos para aclarar estas muertes. Pero usted tiene que hacerme un favor primero.

—¿Cuál?

—Venir a conocer a mi mujer.

51

Año 1980

—¿De dónde sacaste la mano mágica? —preguntó Calixta.

Estaban en su rincón favorito del Bar Marsella, junto al ventanal que derramaba sobre ellos unos agradables rayos de sol.

La Pilar, la criada vieja de los Crispos, ya estaba jubilada. Fue ella la que en tiempos le habló a Quico de los rituales de la señora Renata y la importancia de la *figa*. Quico la visitó cuando regresó al pueblo, le contó el plan y ella accedió con gusto a entregarle las llaves que aún conservaba.

Quico recuperó el disfraz del Cucaracha de la casa de sus padres y, con la cara cubierta y un naranjero en mano, entró de madrugada y forzó la puerta del templo donde Renata hacía sus rituales. Como un fantasma, desapareció antes de que nadie advirtiera su presencia. César estaba tan seguro de su poder y del miedo de la gente que jamás imaginó que alguien osara robarle. Nunca supo quién lo hizo y, desde ese día, un par de guardias vigilaban permanentemente la puerta de la casa.

—Es una *figa* —aclaró Quico—, un objeto muy poderoso. Nuestro pueblo está bajo el influjo de una maldición desde la época de los romanos. La *figa* es lo único que protege de sus nefastas consecuencias.

—Cuando la toqué —Calixta dudó, no quería que la tomaran por loca—, vi cosas.

—Yo también. La *figa* tiene memoria y cuenta su propia historia.

—¿Y cuál es? Vi las imágenes, me vinieron algunos nombres, pero no comprendí nada. Solo el final, cuando tú la cogiste de casa de los Crispos.

—Una calzada romana, la Vía Augusta, iba desde Lleida hasta Velilla de Ebro. El trozo de esta vía que discurre entre Fraga y Peñalba es conocido como «el Camino del Diablo».

—Tiene sentido —apuntó Calixta—. Es el punto más negro de la N-II.

—Los accidentes son solo una consecuencia más de la maldición. Este tramo es duro e incómodo por la inclemencia del tiempo y la aridez del terreno. Pero muchos viajeros perdieron la vida sin entender el motivo.

—¿Y cuál es?

—La maldición. —Quico bebió absenta—. En época romana, no existía Candasnos, solo un pequeño poblado íbero que se abastecía del agua de lluvia acumulada en las balsas naturales de la zona. Los romanos construyeron la Balsa Buena y les obligaron a pagar impuestos por el uso del agua. Los íberos aceptaron su destino sin resistencia, pero en Cardiel había un asentamiento militar que vigilaba la zona y les hacía la vida imposible. Violaban a sus mujeres cuando les apetecía y cazaban a los hombres como animales. —Calixta comprendía ahora algunas de las imágenes que vio—. Un día, tras beber el agua de la balsa, todos los soldados de Cardiel cayeron muertos al suelo.

—¿Los envenenaron?

—Así es. Y los romanos masacraron a los íberos. Después obligaron a los monjes del templo de Mercurio a hacer una tablilla de maldición contra todo el que ocupe ese asentamiento.

—¿El templo de Mercurio es el Conventaz? —preguntó Calixta.

—Sí. Los soldados lanzaron la tablilla de maldición al interior de la Balsa Buena. Días después, los monjes hicieron la *figa* para contrarrestar la maldición y la custodiaron ellos mismos. Con la caída del Imperio romano, el templo quedó abandonado y la *figa* perdida. Nadie supo de ella hasta mediados del siglo XII, cuando la talla de la virgen de una parroquia de Sigena desapareció por arte de magia y la encontró un toro entre la maleza de un islote de la laguna del río Alcanadre. El toro regresó cada día a visitar la talla, hasta que los hombres la vieron y la devolvieron a la parroquia. La virgen volvió a desaparecer para ir al mismo sitio. Y así sucedió cada vez que la llevaban a la ermita. La historia de la virgen viajera llegó hasta la reina doña Sancha, esposa de Alfonso II el Casto, que entendió que la virgen quería estar en esa laguna y ordenó construir un monasterio. Primero desecaron la laguna y… ¿a que no sabes lo que encontraron?

—La *figa* —Calixta veía la imagen tan nítida como si la presenciara.

—Exacto. Cuando la encontraron, vieron que era especial y la guardaron en el monasterio, junto a la Virgen del Coro. Pedro II, el hijo de Sancha, estuvo muy ligado a Sigena. En una visita, reparó en esa mano de piedra junto a la virgen. Cuando la tocó, conoció su poder y se la llevó. Iba junto a Alfonso VIII de Castilla y Sancho VII de Navarra a la batalla de Las Navas de Tolosa. A pesar de estar en desventaja numérica, los cristianos derrotaron a los almohades, marcando el inicio de la expulsión de la península. Después de eso, Pedro II no se separó de la *figa*. Hasta la batalla de Muret, donde murió peleando junto a los cátaros. La noche anterior la pasó con una

mujer siniestra, una espía de los cruzados que hizo que olvidara la *figa* cuando marchó a la batalla. Sus hombres no la olvidaron y lo enterraron con ella en el monasterio de Sigena. Y allí la encontró Crispo al principio de la Guerra Civil, cuando saquearon y quemaron el monasterio. Desde entonces, a Crispo le fue de maravilla y se convirtió en el dueño del pueblo.

—La tenía Renata, la madre de César. ¿La has robado?

—Sí —confesó Quico—. Y quiero que me la devuelvas. Es un objeto muy poderoso y valioso. No debería caer en malas manos.

Calixta desvió la mirada y bebió absenta. Su cara se ensombreció.

—Hay una pregunta que me ronda la cabeza desde que hablamos en el hospital. Me dijiste que César habló con Alberto el día de la boda, que estuvo malmetiendo contra mí. Sin embargo, recuerdo que cuando llegué a la iglesia te vi a ti en el altar hablando con Alberto. Lo recuerdo porque me llamó mucho la atención. Vosotros no erais amigos y tú no estabas invitado a la boda.

Quico tragó saliva, incómodo.

—Tienes razón. Fui yo quien habló con Alberto.

—¿Tú malmetiste contra mí?

Calixta le pegó una bofetada. Quico permaneció en silencio.

—¿Por qué lo hiciste?

—César me lo pidió.

—Eso no es excusa.

—Renata te maldijo para que murieras ese día —explicó Quico—. La Pilar robó la maldición del ataúd de Crispo y me la trajo corriendo a mi casa. Yo fundí aquella lámina de plomo en el fuego, pero temía que no fuera suficiente. Después, cuando estaba en el bar para olvidar que te casabas, César vino a hablar conmigo. Quería que le dijera a Alberto que le habías sido infiel, quería que Alberto te matara. La única forma de salvarte la vida era tomar las riendas de la situación.

—¿Qué quieres decir? —Las lágrimas rodaron por su rostro.

—Después de la boda os seguí hasta el hotel. Me hice pasar por camarero del servicio de habitaciones. Cuando vi lo que te hizo…

—¿Estuviste en la habitación? —Calixta sollozaba recordando la escena—. ¿Tú tiraste a Alberto por el balcón?

—Te iba a matar.

—Quizás habría sido mejor.

—No digas eso. —Quico alargó la mano hacia la de ella. Calixta la apartó.

—Ahora me toca a mí cumplir la promesa. —Calixta se puso en pie —. Voy a hacer el número que escribiste. Después, no quiero volver a verte nunca más.

52

Año 2018

La conversación con aquel anciano llamado Quico puso nerviosa a Vera. Suponía que todos en el pueblo debían de saber ya que era periodista; incluso por las preguntas que hacía, podían intuir que ella escribió el artículo sobre Semilia y sus productos transgénicos. ¿Explicaba eso la hostilidad que percibía en la gente?

Tenía que entrevistar a Calixta Lapena, la vedete de El Molino.

Salió al baño y observó un pantalón tirado en la puerta del almacén. Lo recogió y entró para dejarlo con la ropa sucia. El cubo estaba volcado y la ropa esparcida por el suelo. Vera sintió un escalofrío. ¿Había entrado alguien en la casa?

Miró alrededor. Agudizó los sentidos. No detectó ningún sonido ni movimiento.

Era posible que se volcara solo, que estuviera mal apoyado. Recogió la ropa. Dos pantalones, dos pares de calcetines, una camiseta y unas bragas. Qué raro. Solo una camiseta y unas bragas. Debería haber dos de cada también.

Horrorizada, dio un paso atrás.

Tenía las manos frías y la cabeza trabajaba de manera febril. La vejiga le palpitaba a punto de reventar. No podía ir al baño hasta comprobar toda la casa.

En la cocina, cogió el cuchillo más grande del cajón de los cubiertos. Empuñándolo como un sable, recorrió la casa de punta a punta. No encontró a nadie.

Corrió al baño, por fin.

¿Alguien entró en la casa solo para robarle una camiseta y unas bragas sucias?

¿Qué clase de pervertido haría eso?

Querían amedrentarla, una advertencia, una simple demostración de poder.

Pero ¿hasta dónde llegaba ese poder? ¿Hasta qué punto estaba implicada la gente del pueblo? ¿Y la Guardia Civil?

El consejo de Quico cobraba más sentido que nunca. Debía abandonar Candasnos cuanto antes.

Subió al granero e hizo tres copias de toda la información recopilada hasta el momento. Guardó una en el pen drive de Toki,

otra en el portátil y la tercera en un disco duro externo. Se metió el pen en el bolsillo; el portátil y las fotos, en la mochila, y el disco duro lo envolvió con papel de periódico y celo.

Recogió el abrigo y atravesó el corral enarbolando el cuchillo. El interruptor del almacén derramó la luz mortecina de la bombilla de tungsteno. Tenía miedo. Aspiró el aire lleno de humedad, efluvios de gasoil y de madera. Tras esconder el disco duro en un lugar seguro, dejó la mochila en el lado del copiloto y sujetó el volante entre las manos, apretando los puños hasta que los nudillos palidecieron como bloques de hielo.

Debía irse, sabía que tenía que irse. Pero antes quería hacer la última visita.

Apoyó el portátil en el salpicadero y buscó información sobre La Viuda de El Molino. Encontró algunas fotos borrosas de sus actuaciones. Era una mujer alta y esbelta, de cabello negro y ojos tristes sobre una sonrisa forzada. Supuso que ese nombre iría asociado a un personaje construido para las actuaciones, una joven viuda a la espera de un caballero que la rescatara del sufrimiento. También posó para varias revistas. Su carrera artística fue corta. Encontró otra noticia de archivo que le llamó la atención. «La popular vedete La Viuda se recupera milagrosamente de la enfermedad de la rabia.» La leyó con interés. Los médicos no podían explicar cómo había sobrevivido, la rabia era mortal en todos los casos. Le llamó la atención la fecha de la noticia, tres años antes de la fundación de Semilia. No encontró más información sobre La Viuda después de esa fecha. Desapareció como la niebla con el sol.

Metió el portátil en la mochila y cerró el coche. Con el cuchillo en el bolso, caminó rápidamente hasta la calle de La Balsa, donde Quico le había dicho que vivía.

Era el momento de hablar con aquella misteriosa mujer. Después, abandonaría el pueblo para siempre.

53

Año 2018

Quico cumplió su parte del trato. Fue con él a casa para hablar con su mujer sobre Calixta y el famoso número que la llevó a la cárcel. A Caín le gustó mucho la naturalidad con la que la saludó. En ningún momento la trató como una tullida o una enferma. Quico la miraba con normalidad, no con condescendencia ni pena, le hablaba interesado y le pedía con paciencia que repitiera las palabras que no entendía.

Caín no se quedó mucho rato, no estaba cómodo. Ahora le tocaba a él cumplir su parte del trato. En el despacho, examinó los expedientes, apuntó la dirección que necesitaba y salió.

La calle San Isidro estaba en el centro del pueblo, frente al ayuntamiento. Llegó a la fachada estrecha y antigua. El cristal de la puerta estaba roto. Llamó al timbre. Nadie contestó. Miró a ambos lados de la calle. Estaba tan desierta como la calva de un senador romano. Metió la mano a través del cristal roto y abrió.

Toda la casa estaba patas arriba. Ropa tirada por el suelo, colchones rajados, muebles volcados y rotos… ¿Por qué registraría alguien la casa de una mujer muerta por un ataque de buitres? ¿Qué buscaban? Quico tenía razón: aquellas muertes no eran accidentales, no eran simples casualidades. Los buitres no registran las casas de las personas a las que matan. Aunque después del enfrentamiento con el jabalí gigante, ya no aseguraba nada con rotundidad.

Caín inspeccionó la casa. Le llamó la atención la cantidad de comida de la despensa. En el granero, había una suerte de despacho con una cama improvisada, varios monitores y unos hilos con pinzas en la pared. Pero los ordenadores, discos duros, fotos o cualquier tipo de pista habían desaparecido. En el almacén, encontró un todoterreno negro.

Llegaba tarde, se le habían adelantado.

Llamó a la casa de al lado y abrió una mujer mayor.

—¿Quién es?

—Soy guardia civil —cerró el abrigo para ocultar que no llevaba uniforme.

—¿Qué quiere?

—La casa de al lado es la de la señora Eustoquia, ¿verdad?

—Era la de Toki, sí —corrigió la mujer—. La pobrecita está muerta.

—¿Y sabe a quién pertenece ahora?

—Vino una chica joven, una sobrina o algo así.

—¿Sabe cómo se llama?

—Ni idea. Yo no salgo mucho. Pregunte a los jóvenes en el Foriche.

—Está bien, gracias.

Caín tomó la calle hacia la plaza Mayor. Un chico negro salió de un portal en mitad de la niebla y le asustó. Ver a un negro allí era lo último que esperaba. Los temporeros venían en primavera, la mayoría eran senegaleses que trabajaban la tierra o recogían la fruta en verano. En otoño, desaparecían en busca de zonas más cálidas donde ganarse la vida.

—¿Buscando a Vera? —Tenía acento.

—¿Vera? —preguntó Caín con sorpresa—. No, yo…

—Vera, mujer periodista.

—No conozco a ninguna Vera.

—Entonces, ¿por qué ido casa de Vera?

—¿Vera es la chica que vive ahora en esa casa?

—Sí. —Sacó una tarjeta. «Vera Sole Vila. Periodista ambiental.» Y venían dos teléfonos de contacto, un móvil y un fijo—. Hace mucho que no veo Vera.

—¿De qué la conoces?

—Yo Moussa —alargó la mano y él la estrechó.

—Cabo Caín Álvarez.

—Vera me ayuda encontrar hermano. ¿Usted policía?

—Guardia civil. —El chico lo miró sin comprender—. Parecido a policía.

—Mi hermano desaparecido.

—¿Quieres un café? —preguntó Caín.

En el Foriche, pidieron dos cafés con leche. El chico le contó que a su hermano lo metieron en una furgoneta al salir del CIE y lo llevaron a Candasnos. Por último, le explicó cómo conoció a Vera.

—¿Tienes la matrícula de la furgoneta?

—Sí. —Moussa la recitó de memoria.

—Lo comprobaré.

54

Año 1984

Desde que César relevó a su padre, los negocios familiares iban cierzo en popa. Lo primero que hizo fue arreglar los caminos del monte que conducían a los campos de cultivo. El ayuntamiento nunca tenía dinero para hacerlo y sabía que era una de las principales demandas de la gente. Pagó todas las comidas populares de las fiestas de primavera y, en las de agosto, trajo por primera vez un espectáculo de revista al pueblo. Puso calefacción en la escuela, arregló el consultorio médico y restauró la iglesia. Subió el salario de los trabajadores a una cantidad que permitía vivir con dignidad y ofreció préstamos a intereses muy bajos a todo el que quisiera cambiar el coche, reformar la casa o viajar en verano. César hacía favores a todo el mundo y solo ponía una condición: que estuvieran dispuestos a devolverlos cuando él lo necesitara.

La gente estaba encantada y, en las primeras elecciones democráticas, ganó por amplia mayoría el alcalde que él apoyaba.

El control del ayuntamiento era fundamental para controlar el pueblo. Los Crispos eran los únicos que tenían tierras en propiedad; el resto pertenecían al ayuntamiento y era este el que decidía a quién darle el usufructo. Quien controlaba el ayuntamiento controlaba la economía.

Como le propuso a su padre, César trajo la heroína desde el puerto de Barcelona y montó una red de distribución que cubría toda la comarca, desde Fraga a Barbastro, desde Bujaraloz hasta Caspe.

La heroína era muy lucrativa, pero tenía un grave problema: las personas enganchadas se convertían en despojos humanos. Y esa publicidad no era buena para el negocio ni para él.

Cuando César logró al fin recuperar la *figa,* los negocios tomaron gran impulso. En esa época llegó también la cocaína, una droga con mejor imagen, asociada a personas de éxito y poder. Fue una sorpresa que el comandante de puesto de la Guardia Civil le propusiera entrar en el negocio. Según le contó, no era iniciativa suya: tenía órdenes de sus superiores, órdenes que venían desde el ministerio, apremiándole a colaborar con los traficantes de droga. El objetivo era enganchar a la población joven para desactivar los movimientos revolucionarios contra la nueva idea de país que se estaba forjando. Era la guerra

sucia desde las cloacas del Estado. Llevaban años haciéndolo en grandes ciudades como Madrid, Barcelona y, sobre todo, en el País Vasco, donde la droga, sobre todo la heroína, resultaba un arma muy efectiva para neutralizar a los jóvenes independentistas afines a ETA.

El comandante le ofreció su colaboración pasiva, permitiendo el tráfico, o activa, proporcionándole él mismo la droga procedente de alijos requisados a grandes traficantes. Cada modalidad tenía un precio. César optó por la primera. No quería renunciar a los proveedores de la mafia italiana con los que había hecho tan buenas migas en Barcelona.

Casi todo el mundo en Candasnos trabajaba para César. La mayoría en las tierras, algunos en la fábrica de semillas, otros en bares y puticlubs que compró por toda la comarca y que le servían como puntos de distribución de la oscura mercancía.

Había unos pocos oficios que escapaban a su control: el albañil, el fontanero, el electricista, el herrero, el panadero, la tienda de comestibles, los maestros, el cura o el médico. Era un porcentaje pequeño, pero César sabía que esas familias eran potenciales rebeldes, disidentes de sus ideas, de sus negocios y de sus métodos. Y todo el que no estaba con él, en algún momento podía estar en contra.

Mientras no interfirieran en sus asuntos, los toleraba.

Si prosperaban demasiado, César les cortaba las alas.

55

Año 1980

—¿Quién es usted? —preguntó Calixta a través del cristal que la separaba de su visitante.

—Carles Filices, gerente de investigación y desarrollo de la sede de Barcelona de la empresa Saint Hill. —Le mostró una tarjeta de visita —. Ya le di una de estas, ¿no se acuerda?

—Ah, sí, vino a verme al hospital.

—Y le dije que volveríamos a cruzar nuestros pasos.

—¿Va a pagarme los cien millones?

—No. —Carles sonrió con benevolencia—. Pensaba que ahora habrían cambiado sus prioridades. Puedo conseguir cosas como tabaco, alcohol, ropa… O su libertad.

Calixta llevaba una semana en la cárcel de mujeres de la Trinitat. No era un hotel, pero tampoco se quejaba. Hacía un par de años que las Cruzadas Evangélicas de Cristo Rey no gestionaban la prisión. Ahora estaba en manos de simples y razonables funcionarias. Las reclusas más veteranas contaban historias de la anterior etapa que le ponían los pelos de punta.

—Aquí tengo todas mis necesidades cubiertas. —Calixta rio con descaro—. Cama y comida gratis. ¿Qué más puedo desear?

—¿Y no echa de menos a su amigo Quico, la absenta, los espectáculos, los aplausos de la gente? —Calixta lo observó con atención. Aquel tipo sabía mucho de ella—. Su espectáculo del Molino fue impactante. Conmocionó al público, se rompieron las manos en aplausos y la garganta en halagos. ¿No quiere volver a sentir esa magia que raya la divinidad?

—Ese número fue mi despedida. Mi carrera artística acabó con él.

—No diga eso. Su espectáculo fue criticado en todos los medios de comunicación, incluso traspasó fronteras. Es usted famosa, puede actuar donde quiera. Incluso la televisión y el cine están deseando ofrecerle un contrato.

—No me interesa.

—Está aquí por defender los derechos de los pobres y de las mujeres. Su número provocó revueltas por todo el país, huelgas de los servicios de limpieza en varias comunidades y manifestaciones de mujeres reivindicando el derecho al aborto. Tuvo más repercusión que

las de Basauri. ¿No va a aprovechar el tirón?

—No.

—¿Fue idea suya que un negro interpretara el papel de señorito? Cuando el señorito negro viola a la sirvienta blanca es un puñetazo en toda la cara. —Calixta no contestó—. ¿Y lo del aborto? ¿Cómo pudo practicar un aborto en directo?

—Era un simple número de cabaré.

—La gente creyó que estaba embarazada de verdad.

—La gente ve lo que quiere ver, esa es la magia del espectáculo.

—El feto era muy real.

—Era un feto de animal.

—¿Y lo llevaba ahí dentro? Porque todo el mundo vio cómo lo sacaban…

—¿Qué quiere de mí?

—Ya sabe lo que quiero. Estudiarla. Averiguar cómo sobrevivió a la rabia.

—Si cree que mi cerebro es especial por parir ese espectáculo rompedor, está equivocado. Yo lo interpreté, nada más. No fue idea mía.

—No quiero estudiar sus ideas, sino su resistencia al virus de la rabia.

—Ya le dije que no soy altruista.

—Por eso vengo a ofrecerle la libertad.

—Nadie es libre en esta sociedad. Los hombres son esclavos, obligados a trabajar por sueldos miserables para sobrevivir. Algunas mujeres también, aunque muchas son esclavas de los esclavos, sometidas por un contrato de matrimonio a sus deseos y necesidades.

—¿Prefiere la cárcel?

—Aquí tengo tiempo libre, tiempo para pensar y descansar, sin estrés y sin presiones.

—¿Qué necesitaría para aceptar mi propuesta?

—Que garantice mi libertad.

—Eso ya lo he hecho. Puedo sacarla de la cárcel.

—Mi libertad en todos los sentidos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero un sueldo vitalicio. No necesito ser rica, solo pido no volver a preocuparme por el dinero.

—Esa propuesta me parece más razonable.

56

Año 2018

El frío espesaba la niebla como la nata de la leche hervida. Candasnos era un lugar inhóspito, dejado de la mano de Dios. Vera soñaba con vivir en un pueblo tras la jubilación, quizá por los recuerdos idealizados de las vacaciones de su infancia. Ahora comprendía que estaba equivocada: la vida rural no era más fácil ni más cómoda que en la ciudad. Eso sí, quizás una ciudad pequeña como Lleida fuera más acogedora que Barcelona.

Con el corazón en un puño, llegó a la casa con jardín que le había indicado Quico. No sabía si encontraría a La Viuda, no sabía si querría contestar sus preguntas. Era el último cartucho antes de abandonar el pueblo.

Pensó en Moussa. Le hubiera gustado despedirse de él, pero ya era tarde. No quería ponerlo en peligro y tampoco tenía información sobre su hermano.

Llamó a la puerta. Abrió una mujer madura, que ocultaba su edad tras un favorecedor maquillaje y un vestido largo y vaporoso de estampado selvático. Sus movimientos eran solemnes, como una aristócrata de abolengo. «Una mujer de bandera», dijo Quico, y no le faltaba razón.

—¿Sí? —La voz era grave y la expresión de la cara mantenía la tristeza de las fotos de juventud.

—Soy periodista y quería hacerle unas preguntas acerca de Semilia. —La mujer no movió ni una brizna de la selva que la envolvía. Vera probó suerte con otro argumento—. Vengo de parte de Quico.

La anfitriona enarcó una de las delicadas cejas oscuras.

—Pasa, será divertido.

Si respondía a sus preguntas, no le importaba interpretar el papel de bufón para aquella excéntrica mujer.

El recibidor era diáfano, decorado con plantas de helecho y monstera. Siguió su intenso perfume y la danza del vestido de seda hasta el salón.

Las pesadas cortinas le transmitieron una sensación opresiva. Después, reparó en otros detalles más agradables; una chimenea de diseño desprendía un calor acogedor; una vela aromatizaba la estancia desde la mesita de café; una estantería colmada de libros le daba el

toque intelectual; y los cuadros de París y Nueva York, el aire cosmopolita.

—¿Le gusta viajar? —preguntó Vera.

—¿Lo dices por los cuadros? No, no he salido jamás de este pueblo.

—Fue artista en Barcelona.

—Barcelona son los suburbios de Candasnos.

La sonrisa de Calixta mostró unos dientes blancos y alineados. Con incomodidad, Vera se sentó en el sofá de cuero marrón. No dijo nada, no era momento de hacer proselitismo del movimiento vegano. Calixta encendió una de las lámparas doradas repartidas por la estancia y tomó asiento en el otro sofá.

—Como ya sabrá, escribí un artículo sobre Semilia y sus investigaciones transgénicas con plantas.

—No lo sabía.

—El caso es que me quedé muy corta en mis conjeturas. Ahora tengo más información que quería contrastar con usted.

—Lamento no poder ayudarte. Yo casi no salgo, no me relaciono con la gente del pueblo.

—Usted fue socia fundadora de Semilia.

La sonrisa iluminó la cara de Calixta, parecía más joven. Apartó un mechón de pelo moreno.

—He hecho café, ¿te apetece una taza?

—Solo si usted me acompaña.

—Para eso lo he preparado.

Trajo una preciosa bandeja de cobre, grabada con motivos árabes. Todo lo que la rodeaba parecía llegado de otros lugares y otras épocas.

—No tengo azúcar, ni edulcorantes. Solo leche de avena.

—Es perfecto, no tomo azúcar.

—¿Ni con el café?

—Ni con el café.

A Calixta le agradó la respuesta.

—¿Qué tiene que ver usted con Semilia?

—Veo que no te andas por las ramas. ¿Por qué tendría que contestar a tus preguntas?

—Quizá me equivoque, pero creo que Quico no aprueba las cosas oscuras que suceden en este pueblo y creo que usted tampoco. Cuando hablé con él, vi en sus ojos que sentía veneración por usted.

—Quico es un buen hombre. —Puso un poco de leche en su café—. Hoy la vida es más sencilla para las chicas jóvenes y guapas como tú. Tenéis libertad de elección. En mi época, la única salida decente para una mujer era el matrimonio. A mí me privaron de esa salida y tuve que tomar decisiones desesperadas para sobrevivir. Yo participé en la

fundación de Semilia, no necesitas saber más. Y ahora deberías irte.

Miró fijamente a Vera mientras probaba el café.

—Quico también me aconsejó que abandonara el pueblo, y es lo que pienso hacer en cuanto termine esta entrevista. Pero antes quiero saber qué hacen en Semilia. ¿Por qué los animales atacan a la gente?

Calixta se levantó. El vestido estampado flameaba como las llamas de la chimenea, mientras caminaba hacia el mueble bar. Sirvió un líquido verde en un vaso cuadrado y lo bebió de un trago.

—Deberías hacerle caso a Quico —exclamó de espaldas a Vera—. Quizá ya sea demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir?

Calixta regresó a la mesa con la botella de licor verde.

—Eres muy joven y aún crees que vivirás para siempre, ¿verdad?

—Solo quiero hacer lo que es justo.

—¿Crees que vas a cambiar algo? No solo peleas contra el dinero y el poder: te enfrentas a magia muy poderosa.

—¿Magia? —preguntó Vera estupefacta. Aquella diva excéntrica estaba más chiflada que Toki.

—No has probado el café, es una variedad muy cara que me traen de Vietnam.

Vera bebió y el fuerte sabor le despejó la mente.

—Está muy bueno.

—Candasnos está en un cruce de caminos.

—En los cruces de caminos aparece el diablo —sonrió Vera.

—Exacto. Si el demonio existe, sin duda, pasa a menudo por este pueblo.

—De hecho, la ruta que me trajo hasta aquí se conoce como el Camino del Diablo. —Vera le siguió la corriente, quería ver adónde conducía.

—Candasnos está en la intersección de dos caminos por los que corren fuerzas muy poderosas que buscan el equilibrio. El eje del Bien parte del monasterio de Sigena, donde enterraron a los primeros reyes de Aragón, y termina en la ermita de San Bartolomé, ubicada sobre el cerro más alto del pueblo.

—San Bartolomé es el patrón de los curtidores —indicó Vera.

—Sí, pero antes de ser desollado vivo, hizo un exorcismo a la hija del rey Polimio. Está en esa ermita porque sabía cómo tratar con los demonios.

—Y el eje del Mal es el Camino del Diablo —continuó Vera—, el tramo de la Vía Augusta que va desde Ilerda hasta Celsa.

—En realidad, no es tan largo. En un extremo se encuentra el Conventaz, un montón de piedras en lo alto de una colina junto a la

antigua vía romana.

—Sé a qué lugar se refiere. —Vera recordaba la pila de piedras que le llamó la atención cuando vino al pueblo, donde los buitres devoraban el cadáver de un cordero.

—En el otro extremo del eje del Mal se encuentra…

—Semilia —comprendió Vera.

—Estás jugando con fuerzas muy poderosas que ni siquiera comprendes. —Calixta bebió un trago de absenta—. Cada reino tiene su monarca, cada religión su dios, y Candasnos tiene a César Galán. —Calixta se acercó a Vera. Sus ojos violetas brillaban como las ascuas del hogar—. Vete de Candasnos. Nada vale tanto como la propia vida.

—Algo así me dijo Quico.

Calixta soltó una carcajada amarga.

—Quico es un hombre sabio. —Calixta endureció el rostro—. Debes marcharte.

Vera permaneció en silencio, confusa.

—Aún no me ha dicho lo que hacen en esa fábrica de semillas.

—¿Quieres saberlo? Te lo diré. Aunque es demasiado tarde para que saques provecho de esa información.

* * *

Vera abandonó la casa de Calixta con un nudo en el estómago. La niebla la envolvía, ocultando el mundo, distorsionando la realidad. Tenía más miedo que nunca. Las historias de la vedete sobre magia y el diablo le habían calado más de lo que creía, pero lo que hacían en la fábrica le ponía los pelos de punta.

Atravesó el jardín y caminó por la calle. La niebla buscaba los huecos de la ropa, como un ejército de hormigas carnívoras ansiosas por devorar cada centímetro de piel. Se subió el cuello del abrigo y cruzó los brazos sobre el pecho.

Tenía todo lo necesario para escribir el artículo, para detener a Semilia. Por fin, abandonaba Candasnos. Solo necesitaba llegar a casa de Toki y montar en el todoterreno.

Escuchó un gruñido. No veía nada alrededor. Niebla, solo niebla. Aceleró el paso hacia la calle que conducía al centro del pueblo. Unas pezuñas retumbaron sobre el asfalto, acercándose. Vera retrocedió. El corazón saltó en su pecho, como una bomba pasada de revoluciones intentando desaguar un barco hundido. Metió la mano en el bolso en busca del cuchillo. Sintió el mango frío entre los dedos y pensó que no sabría qué hacer con él. Ella era periodista, no carnicera. Cogió el móvil en su lugar.

Los gruñidos aumentaron.

Algo corría como un toro salvaje.

¿Un animal?

Algo más grande, una bestia, un monstruo.

Pensó en lo que le había contado La Viuda.

Recordó las bragas y la camiseta desaparecidas, impregnadas con su olor.

Venía a por ella, no cabía duda.

Empuñando el móvil, echó a correr en dirección contraria.

57

Año 1988

Quico pasó cinco años en Barcelona. Los dos primeros, compaginó el trabajo de albañil durante el día con los estudios por la noche para preparar el examen de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años. Lo aprobó a la primera y en otros tres años sacó la diplomatura en Formación del Profesorado de EGB, en la especialidad de Ciencias Humanas.

Aunque aprobó la oposición con un cinco raspado, no tuvo ninguna dificultad para obtener una plaza de maestro en Candasnos. Había pocos titulados y nadie quería un destino en un pueblo aislado y perdido en los Monegros.

—¿Quién sabe lo que es la moral? —preguntó Quico a los alumnos de la clase. Tenía quince niños de diez y once años, los que cursaban cuarto y quinto de EGB. En un pueblo tan pequeño solo destinaban cuatro maestros y cada uno daba dos cursos a la vez. En la práctica, era una ventaja, porque a los niños más pequeños les sonaban los conceptos del año siguiente y a los mayores les servía de repaso del año anterior.

—La moral es el árbol de la mora —dijo Jacinto, que siempre era el primero en levantar la mano.

—Casi, pero no —rio Quico—. La moral es un conjunto de normas o valores que utiliza una sociedad para juzgar si el comportamiento de las personas es bueno o malo. ¿Quién sabe lo que son los valores?

Jacinto volvió a levantar la mano, pero Quico señaló a Atanasia. Ella se encogió de hombros. Era mucho mejor en el deporte que razonando.

—¿El precio de las cosas? —respondió entre dientes.

—Eso es el valor material, pero yo estoy preguntando por valores morales.

—¿La fuerza? —intervino Tomás.

—La fortaleza sería un valor, muy bien, Tomás. —Miró a los otros niños—. La fortaleza de espíritu, no la física.

—El valor.

—Muy bien.

—La rapidez.

—No, eso es un atributo físico.

—El honor.

—La amistad.

—Correcto —aplaudió Quico—. También la honestidad, el respeto, la humildad, la justicia, la igualdad, la tolerancia o la solidaridad, por ejemplo. —Les dio un poco de tiempo de reflexión—. Sin embargo, he dicho antes que la moral es característica de cada sociedad. ¿Qué hace distinta la moral de una sociedad y la de otra?

Los chavales agacharon la cabeza, ni siquiera Jacinto intentó responder. Para su sorpresa, Tomás levantó la mano.

—¿El conjunto de valores que toman por buenos?

—Correcto. —Quico le palmeó la espalda con sus manazas, orgulloso.

Tomás era un chico muy avispado. No lo invitaba a sus clases extraescolares porque era hijo de Pablo *el Crispo,* el hermano de César. Viniendo de esa familia, Quico pensaba que sería un caso perdido. Ahora lo veía diferente. Quizá, si trabajaba con él desde niño, pudiera cambiar su escala de valores y convertirlo en un hombre de provecho. Con el tiempo, incluso podría utilizarlo para obtener información de la familia de caciques.

Cuando sonó la sirena de las doce, Quico le explicó a Tomás que impartía una clase extra para algunos alumnos avanzados. Él se mostró interesado y juntos salieron al patio. Dos chicas esperaban en un banco de madera y dos chicos jugaban en el tobogán de hierro.

—He invitado a Tomás a que conozca el grupo —explicó, y los tres niños ocuparon el banco junto a las niñas—. Hoy hemos hablado en clase de la moral. Ahora me gustaría centrarnos en dos tipos de moral distinta y analizar sus valores. Estoy hablando de la moral de amos y la moral de esclavos. —Los chavales lo miraron sorprendidos. Aquello sonaba bien—. Amos y esclavos o señores y siervos. Los señores aprecian como bueno todo lo superior y altivo, fuerte y dominador. La moral de los señores está basada en el egoísmo, en la superioridad, en la dominación de los demás. Algo es bueno si es beneficioso para ellos, algo es malo si les perjudica. ¿Lo entendéis?

—Lo único importante es el amo y el resto de la gente no importa.

—Muy bien, Aurelio.

Aurelio era otro de los chicos más espabilados, pero su timidez le impedía participar más en clase. En este grupo reducido estaba más cómodo, aunque miraba a Tomás con recelo.

—Por otro lado —continuó Quico—, la moral de los siervos nace de los oprimidos, de los débiles, y condena la conducta de aquellos que los someten. Inventan una moral que haga más llevadera su condición de esclavos, basada en la obediencia, la compasión, la paciencia y la

humildad. Para el esclavo, una acción es buena si la hacen con buena intención, independientemente del resultado.

—Al contrario que los amos —intervino Atanasia—, a los que solo les interesa si el resultado es bueno para ellos.

—Exacto. —Quico los observó con interés, caminando de un lado a otro ante el banco—. Ahora viene la gran pregunta. Vosotros estáis creando vuestro intelecto y vuestra moral. ¿Cuál vais a elegir?, ¿la moral de amos o la de esclavos?

—Yo la de amos —respondió Tomás de inmediato—. No quiero ser esclavo de nadie.

—Yo también —le apoyó Atanasia—. Los amos son fuertes y valientes. Yo quiero ser así.

—Pues yo prefiero la de siervos —repuso Jacinto—. Los amos son unos egoístas que solo piensan en sí mismos y se aprovechan de los demás. No es justo.

—Yo opino igual —respondieron Aurelio y Honesta a la vez.

—Muy bien. Como veis, no hay una respuesta clara, porque cada tipo de moral tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, unos valores que nos gustan y otros que no. —Quico sonrió con placer—. Y esto nos lleva al concepto de «superhombre».

—¿Los superpoderes también son valores morales? —preguntó con sorpresa Honesta, que le sacaba una cabeza de altura al resto de sus compañeros.

Quico soltó una carcajada y los niños también rieron.

—¿Y qué pasa con la supermujer? —repuso Atanasia y cruzó los brazos sobre el pecho, con indignación.

—Tienes razón —rio Quico—. El superhombre o la supermujer es una persona capaz de crear su propia moral, eligiendo los valores que considera más adecuados. El Superhombre no se rige por la moral de sus padres, ni por la moral de la sociedad en la que vive. Para ser una supermujer hay que romper con lo establecido, hay que tener pensamiento crítico y no aceptar lo que viene impuesto por defecto. ¿Entendéis lo que digo? —Asintieron—. Por ejemplo, a todos os han enseñado que robar está mal. Pero ¿qué opináis de Robin Hood? ¿Creéis que está bien robar a los ricos para ayudar a los pobres?

Los chicos dudaron, sin saber qué responder.

—Yo creo que sí —afirmó Tomás.

—Yo también lo creo. Y para convenceros, os voy a hablar del primer superhombre que conocí en mi vida, Quico Sabaté.

58

Año 2018

A Caín no le apetecía volver a enfrentarse a su mujer. Por eso, cuando abandonó el Foriche y a Moussa, fue a su despacho en el acuartelamiento. Revisó el expediente de Toki y llamó al que constaba como su abogado.

—¿En qué puedo ayudarle?

—¿Es usted el abogado de Eustoquia Ballestar?

—Eustoquia ha fallecido.

—Le llamo precisamente por eso. Necesito saber quién heredó su casa.

—Eso es información confidencial.

—Está bien. —Caín miraba la tarjeta que le dio Moussa—. Solo necesitaría que me confirme que la heredera es Vera Solé Vila.

El abogado vaciló un momento.

—Es ella.

Caín le dio las gracias y colgó. Marcó el móvil de Vera y contestó la voz mecánica y familiar que le informaba de que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Lo intentó con el fijo. Era un teléfono de Barcelona.

—¿Sí? —parecía una chica joven.

—¿Podría hablar con Vera?

—No está. ¿Quién le llama?

—Llamo de la Guardia Civil.

—¿La Guardia Civil? —La voz de la chica se alteró—. Hombre, no me jodas: sus padres denuncian la desaparición y llaman a casa preguntando por ella. ¿Así hacen su trabajo?

—¿Han denunciado la desaparición?

—Pues claro. ¿No me llama por eso?

—No.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Vera heredó una casa en Candasnos y vino al pueblo. Estoy tratando de averiguar si le sucedió algo. ¿Quién es usted?

—Soy su compañera de piso… Los precios de Barcelona… Ya sabe. Sí, soy lesbiana, y no, no somos pareja. ¿He respondido a sus preguntas?

Caín ignoró el tono desafiante.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace más de un mes. Acababa de perder el trabajo y me dijo que necesitaba alejarse de la ciudad por un tiempo. Sí, iba a ver la casa esa que le dejaron en el pueblo.

—Debió de ser entonces cuando vino a Candasnos. ¿Y no habló con ella después?

—Hablamos un día, pero muy poco porque yo me iba de viaje. Cuando regresé la llamé varias veces. Tenía el teléfono apagado. Pensé que quería desconectar de todo, pero ayer decidí echar un vistazo a sus redes y vi ese Facebook Live que me puso de punta los pelos del... Entonces llamé a sus padres. Tampoco sabían nada de ella, ni siquiera que había perdido el empleo. Me dijeron que iban a denunciar la desaparición. Creía que llamaba por eso.

—¿Qué es un Facebook Live?

—¿De qué cueva ha salido usted? Es un vídeo emitido en directo en Facebook para todos tus contactos.

—¿De qué trata el vídeo?

—En realidad de nada, es una puta rayada. Creo que tenía poca cobertura, estaba oscuro, había cortes y no se entendía una... de lo que decía.

—Y ese vídeo ¿se queda grabado en Facebook?

—Sí, claro.

—¿Me podría enviar el enlace? Le voy a dar un e-mail. —Caín sintió alivio mientras se lo dictaba. Si Vera había estado en redes hacía poco, no podía ser la muerta—. ¿Cuándo publicó el vídeo? —preguntó de forma rutinaria.

—Hace más de un mes.

—¿Tanto? ¿Y cómo es que usted no lo había visto? —preguntó con indignación.

—Yo no uso las redes, son la herramienta de adoctrinamiento de los gobiernos modernos. Con el WhatsApp tengo bastante.

—¿Y nadie lo había visto hasta ahora?

—Pues no sé qué decirle. Supongo que sus padres estarán más verdes que usted en nuevas tecnologías y sus contactos pensarían que era una broma, o alguna prueba que estaba haciendo. Tendrá que preguntarles a ellos.

—¿Cree que le ha pasado algo? —esta vez, la pregunta iba despojada del tono irónico y agresivo—. Vera es una buena tía, ¿sabe? De las que se preocupan por todo el mundo.

Caín tardó un rato en contestar.

—Aún no lo sé.

El correo llegó enseguida. Presionó el enlace que inició la

reproducción del vídeo. Aparecía la pantalla en negro. Con un poco de imaginación, intuía la silueta de una cabeza en plena oscuridad. La imagen quedaba congelada cada dos por tres y la voz entrecortada brotaba de los altavoces como chasquidos y chirridos. La pantalla quedó en negro. El audio revelaba una voz más agitada, nerviosa, desesperada, igualmente encriptada por los cortes de conexión. Y la voz se convertía en gritos, alentados por unos gruñidos estridentes y grotescos. El vídeo terminaba en una oscuridad y un silencio absolutos. Caín tuvo que escucharlo varias veces para descifrar algo. Por suerte, tenía el oído entrenado con su mujer. Consiguió juntar palabras sueltas. «Miedo», «animal», «rueda», «rue…», «rueda». Por alguna razón, repetía esta palabra varias veces. Sabía que la conexión no era buena y quería que quedara grabada.

¿Sería una broma tonta para llamar la atención en las redes? ¿O sería una petición real de auxilio, un mensaje en una botella virtual, lanzado al mar del ciberespacio?

El tono de voz y los rugidos, fácilmente identificables con los que él había oído en la Balsa Buena el día que les atacó la bestia, le llevaron a optar por la última opción. «¡Dios mío!», Caín entendió, de repente, lo que eso significaba. El vídeo tenía más de un mes; la chica desapareció justo después de subirlo a Facebook; ni Moussa ni su compañera de piso volvieron a saber de ella; en el vídeo sonaban gruñidos y gemidos muy similares a los del jabalí gigante. La fecha coincidía con la muerte de la dueña del brazo que encontraron. Como diría Quico, «Dos más dos…».

Caín tenía una identidad probable para el brazo. Ahora sí podía solicitar que cotejaran las huellas de la mano con las de Vera en la base de datos de DNI.

Hizo una llamada y pidió que realizaran la comprobación lo antes posible.

Volvió a ver el vídeo. Vera repetía la palabra «rueda» varias veces, puso mucho empeño en asegurar que esa palabra quedara grabada. ¿Por qué?

«Un coche, cuatro ruedas.»

Lo primero que le vino a la cabeza fue el coche de Toki, que descansaba en el almacén de la casa. ¿Sería una pista?

No perdía nada por comprobarlo. Cogió el abrigo y salió a la calle. Caminó rápidamente entre la niebla, cada vez más densa, cada vez más oscura. Era tarde, intuía que empezaba a ponerse el sol.

Entró en el garaje de la casa de Toki y examinó una de las ruedas delanteras del coche. Estaba sucia de barro, en buen estado, nada llamativo. Metió la mano por debajo del guardabarros sin ningún

resultado. Repitió la operación con las otras tres. Nada. Quizá no quisiera pedir ayuda con ese vídeo, quizá ni siquiera dijera «rueda». Decepcionado, pensativo, Caín apoyó la espalda en la parte trasera del coche. Notó la superficie blanda, flexible, al contrario de lo que esperaba. Descubrió la rueda de repuesto, anclada a la puerta del maletero.

«Un coche, cinco ruedas.»

La presionó con la mano. ¿Estaba pinchada? La soltó y cayó al suelo, tumbada. Estaba rajada por la parte de dentro. Metió la mano y sonrió con cierta emoción al sacar un paquete. Lo deslió con ansia, a tirones, rompiendo con brusquedad el papel de periódico y el celo. Apareció un disco duro. Sonó el teléfono y, del susto, casi se le cae al suelo.

—Caín, tenemos los resultados de la comparativa de las huellas de la mano.

—¿Y bien? —Caín apretó los puños antes de oír la respuesta.

59

Año 1983

Calixta entró en el ascensor panorámico que subía por el interior de un tubo de cristal tintado. La ciudad se desnudaba frente a ella, revelando algunos de los enclaves más llamativos: la Pedrera, la plaza de Cataluña, la catedral, la Rambla, la estatua de Colón, el Montjuic y el mar. También distinguía la brecha del Paralelo, aunque El Molino quedaba velado por otros edificios. Una punzada de añoranza le atenazó el estómago, un recuerdo agridulce de momentos buenos y malos, el recuerdo de toda una vida pasada.

El ascensor paró y Calixta tardó unos segundos en escapar de la ensoñación. Caminó por el pasillo iluminado por la luz mortecina de los cristales tintados.

La empresa Saint Hill ocupaba un edificio entero en la Diagonal, una torre negra y alta, una sombra oscura y amenazadora, como un aguijón venenoso elevado en el centro de la ciudad.

Durante los últimos tres años, Calixta pasaba largas temporadas en aquel edificio. Le hacían pruebas de todo tipo, incluida una pequeña incisión en el cráneo para obtener células de su cerebro.

La secretaria le indicó que Carles Filices la esperaba.

—Buenos días. —El gerente de investigación y desarrollo la saludó con rostro sombrío.

—¿Malas noticias? —Calixta se sentó y esperó que continuara.

—Los resultados de los experimentos son muy prometedores. Los análisis desvelan que las neuronas de tu cerebro han desarrollado un mecanismo de defensa especial contra cualquier agente patógeno. Sabemos que se produjo una mutación genética, pero no sabemos cómo, ni por qué. Y no somos capaces de reproducirla en el laboratorio. La tecnología actual no nos permite llegar más lejos. Haría falta una gran inversión y años de estudio para…

—Y la empresa no está dispuesta a financiar un proyecto tan costoso que no sabe si dará resultados —le interrumpió Calixta—. Entiendo. ¿Y qué pasa con mi paga?

—Nos vemos obligados a suspenderla.

—Me prometiste una paga vitalicia —respondió ella enfadada—. Eso significa hasta que me muera.

—La decisión no es mía —respondió Carles compungido—. A mí

me encantaría seguir con el proyecto, pero el consejo de administración no piensa lo mismo. Tengo las manos atadas.

Calixta no podía volver a El Molino y las posibilidades de conseguir un trabajo decente eran cada vez más reducidas con la edad.

—¿Hasta qué punto crees en el proyecto? —preguntó ella, con mirada desafiante.

—Mucho. Sé que estamos ante algo importante. Solo necesitamos tiempo para comprenderlo y desarrollar la tecnología para reproducirlo en el laboratorio.

—¿Estarías dispuesto a dejar tu empresa?

—¿Dejar Saint Hill? —preguntó sorprendido—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Para continuar con el proyecto por tu cuenta.

—Eso es imposible —meneó la cabeza—. ¿De dónde iba a sacar la financiación?

—Yo me encargaré de eso.

Carles la observó intrigado y sonrió con expectación.

60

Año 2018

Caín enchufó el disco duro de Vera al ordenador. En la carpeta que llevaba el nombre de la chica encontró un archivo de texto con un resumen.

Todo giraba alrededor de la fábrica de semillas y la familia que la fundó, los Galán, más conocidos en el pueblo como los Crispos. Caín recordó el mausoleo del cementerio, «Familia Galán Villegas», y la cara agria y amargada que lo presidía desde una foto, «Crispo Galán Villegas».

Le temblaba la mano. Notó la respiración acelerada y los pensamientos descontrolados que le invadían la cabeza.

Echó la espalda hacia atrás en la silla y respiró profundamente. No era consciente de lo acelerado que estaba, de la tensión que atenazaba los músculos de su cuerpo. La identidad de la víctima suponía un duro golpe. Él no conocía a Vera, ni a Toki, ni a ninguno de los muertos anteriores. Sin embargo, era evidente que todo el que investigaba a Semilia acababa destripado en alguna cuneta. Vera continuó la investigación de Toki donde ella la dejó. Ahora él continuaba la investigación de Vera. ¿Sería él el siguiente cadáver?

Habló con Ochoa y le pidió permiso para llamar a los padres. Fue un mal trago, pero le sirvió para conocer un poco a Vera.

—Sentía que algo malo había pasado —lloró la madre al otro lado del teléfono.

—Sabíamos que esta llamada llegaría algún día, no la esperaba tan pronto —masculló el padre con un hilillo de voz apenas destacable entre los sollozos de su mujer—. En el instituto siempre quería ser la delegada. Si la elegían, lo primero que hacía era cantarle las cuarenta al profesor de turno. «Yo no voy a ser su secretaria» —elevó la voz, imitando a su hija—, «ni voy a apuntar a los compañeros que hablan o van al baño cuando usted no esté en clase. El delegado es el representante de los alumnos, tiene que defender los derechos y buscar soluciones a los problemas de sus compañeros», decía. Acabó la carrera y tras años como becaria consiguió un trabajo bien pagado en un diario regional. Al poco, lo dejó porque no comulgaba con sus ideas y cambió a un periódico de internet dedicado a la ecología. Ecología. Menuda mierda de palabra. —La rabia hizo temblar la voz a

través del teléfono—. El planeta existe millones de años antes que los seres humanos. Podremos maltratarlo o destrozarlo, pero está vivo, se regenera y seguirá aquí cuando nosotros desaparezcamos. Mire Chernóbil. Decían que la vida sería imposible en la zona de exclusión durante cientos o miles de años. Sin embargo, las plantas y los animales campan ya a sus anchas sin la presencia de humanos. —Hizo una larga pausa—. A mi mujer le hacían gracia esas ideas. —Los sollozos de fondo aumentaron—. A mí, ni pizca. Los pobres no podemos permitirnos ideales. Nuestra única opción de prosperar es adaptarnos al sistema, bailar al son de los poderosos. Somos gente trabajadora, hijos y nietos de operarios, agricultores y paletas, sin más derechos que un salario miserable. Vera fue la primera de la familia que estudió una carrera, teníamos muchas esperanzas en ella, pero sus ideales la han matado. No sé qué hacía en ese maldito pueblo, pero estoy seguro de que luchaba por alguna causa descabellada que consideraba justa. —La voz le tembló de nuevo—. La justicia no existe, no para los de nuestra clase. Solo los ricos pueden enfrentarse y cambiar el sistema, solo gente con posibles y las espaldas bien cubiertas. Si un don nadie lo intenta, el sistema lo devora, lo despedaza. Vera lo intentó. ¡Maldita sea! Ha muerto y ha perdido su oportunidad de vivir, de convertirse en clase media, de formar una familia, de envejecer. Y con ella murieron nuestras esperanzas. —La voz del padre se quebró—. Vera era buena persona, siempre quería agradar, ayudar a todo el mundo, era amable, simpática. Esta es la mierda de justicia que hay para los pobres.

Caín trató de contener la emoción: Vera se parecía mucho a Sofía, su mujer.

—El sacrificio de Vera no ha sido en vano. Estaba investigando unos crímenes en Candasnos y ahora yo continúo donde ella lo dejó. Hay más muertos en este pueblo y vamos a detener a los culpables.

—Espero que tenga usted las espaldas bien cubiertas.

El padre colgó el teléfono sin esperar respuesta.

Caín pensó en aquella pareja desconsolada que se distanció de su hija con el tiempo, decepcionados por las decisiones, por los trabajos precarios enlazados como una cadena de fracasos. Su hija murió sin que ellos supieran que había perdido el empleo, que había heredado una casa en Candasnos, que el periodismo y las amistades la habían enrolado en una lucha para conseguir un mundo mejor, más justo, más agradable.

Lo que sí sabían era que había fracasado.

¿Fracasaría también él? Caín no era un idealista. Lo fue en su juventud, pero esos ideales murieron cuando la vida le golpeó tan

fuerte que la odió con toda su alma. Y esto le llevó a adorar la muerte como una opción más atractiva, más segura, menos traicionera.

Lo peor que podía pasarle si seguía los pasos de Vera y de Toki era que lo mataran. No tenía nada que perder.

Empuñó el ratón y revisó la información del disco duro. Aquel dosier denunciaba una conspiración orquestada desde la fábrica, hablaba de experimentos genéticos con animales y con personas, inmigrantes que secuestraban a la salida de los CIE. Aquello concordaba con la declaración de Moussa sobre su hermano.

Planteaba que los tentáculos de Semilia llegaban mucho más lejos de las fronteras de la comarca, de la comunidad y del país. Hablaba de una posible conspiración mundial que justificaba con fotos de César junto a influyentes dirigentes políticos y empresariales. Sin embargo, no aclaraba cuál era el objetivo de la conspiración.

También contaba los orígenes de la fábrica. Y en la sección «Actores», aparte de un listado completo de las personas que constituían la saga de los Crispos, aparecía un nombre que le llamó la atención y le dolió a partes iguales: Calixta Lapena Pena. El informe hablaba de ella como una de las principales promotoras de Semilia, claramente relacionada con los caciques.

Era tarde, cerca de las doce de la noche. Caín abandonó el acuartelamiento en dirección a la Balsa Buena. Las escasas farolas derramaban una luz tímida a través de la niebla que apenas le permitía ver dónde pisaba. A pesar de la oscuridad, a pesar de que caminaba prácticamente a ciegas, a pesar del silencio absoluto que envolvía un pueblo tomado por los fantasmas, apretó el paso y no tardó en llegar al chalé de Calixta. Llamó al timbre. Ella abrió enfundada en la bata de seda. Lo recibió con una sonrisa a la que Caín respondió con un gruñido.

—Tenemos que hablar.

Atravesó el pasillo hasta el salón.

—¿Qué tienes que ver con la fábrica de semillas?

—Necesito una copa. —La sonrisa abandonó el rostro de Calixta. Trajo la botella de absenta y sirvió dos vasos—. Soy accionista.

—Y promotora, según creo.

Calixta bebió.

—Fue idea mía montar la fábrica en el pueblo.

—Y lo hiciste con los Crispos. ¿Tienes negocios con ellos?

—Todo el mundo tiene negocios con ellos o trabaja para ellos. El pueblo les pertenece.

—Sí, son los caciques. Controlan casi todas las tierras y los negocios locales, legales o ilegales; controlan el ayuntamiento y hasta la DGA,

la Diputación del Gobierno de Aragón. Llevan muchos años enriqueciéndose a costa de la gente.

—Así funcionan las cosas.

—Supongo que también trafican con droga.

—Eso te lo explicaría mejor el sargento al que reemplazaste —sentenció ella y echó un buen trago.

—¿Experimentan con animales en esa fábrica?

Calixta bebió de nuevo.

—Ningún guardia civil ha metido nunca las narices en los asuntos de César. Al contrario, siempre aceptan el collar y actúan como los perritos falderos que son. —Lo miró intensamente, con esos ojos violetas capaces de hipnotizar—. Si me pidieras consejo, te diría que no seas el primero en romper la regla. —Alargó la mano y le tendió un collar de perro—. Es un recuerdo que procuro tener a mano.

Caín recibió el consejo como una amenaza y la ofrenda como un insulto. Su mente vomitó una serie de imágenes convulsas: el accidente de moto, su mujer en silla de ruedas, la infidelidad con aquella que tenía delante… Podría haberse llegado a enamorar de ella y ahora sentía la traición como las fauces de una bestia devorándole las entrañas.

Las visitas al cementerio cobraron sentido de nuevo, la decepción por la vida, la atracción por abandonar este mundo de mierda…

Caín observó el collar que Calixta le tendía y la amenaza le resultó atractiva. Dio dos pasos furiosos y la cogió del pelo.

—Contesta mi pregunta —rugió—. ¿Experimentáis con animales en esa puta fábrica? —Tiró del pelo hacia arriba, obligándola a mirarlo a la cara—. ¿Experimentáis con personas?

Los ojos de Calixta perdieron el brillo y el violeta se tornó tan negro como un corazón podrido. Le escupió en la cara. Caín la miró con sorpresa y odio y ella le pegó una bofetada que le partió el labio.

—¡No vuelvas a tocarme! —gritó Calixta.

Caín la soltó.

¿Qué coño estaba haciendo?

Aunque fuera el mismísimo diablo que había conseguido rendirlo a sus tentaciones, aunque aquella víbora le arrebatara el alma y le jodiera la vida, aunque fuera la promotora de experimentos genéticos con animales y personas, aunque quizá fuera la responsable de las muertes violentas ocurridas en el pueblo, ¿justificaba que le pegara a una mujer?

—Está bien. No necesito que me respondas. —Caín caminó hacia la salida.

—Te he dado el mismo consejo que a la chica periodista. Cómo lo

tomes es decisión tuya.

Caín la observó de reojo. Así que Vera habló con ella. Y le aconsejó que no metiera las narices en sus asuntos. Y después la mataron. Ahora sabía que era suyo el brazo de la balsa.

—Consejos vendo y para mí no tengo —gruñó Caín—. Hace mucho que acepté la muerte como una opción muy atractiva. No tengo nada que perder. ¿Puedes tú decir lo mismo?

61

Año 1983

El sudor resbalaba por el cuello de Calixta y recorría el profundo canalillo que el vestido cruzado dejaba a la vista. Los vivos colores de la tela contrastaban con la piel tersa, nívea, reluciente por la humedad y los rayos de sol. La atrevida raja de la falda exhibía con cada paso una larga y torneada pierna, desde la sandalia de tacón hasta la ingle. Los viejos, sentados a la sombra del mentidero, aguantaban la respiración ante los cimbreantes contoneos del cuerpo que recordaba a un junco meciéndose con las caricias de la brisa.

Dejó atrás las últimas casas del pueblo y tomó el camino asfaltado que llegaba a la mansión de los Crispos. Aunque aquella zona era un secarral, la sombra estrecha de algunos chopos daba un poco de respiro. La sirvienta le abrió la puerta y acompañó a Calixta a través de un amplio pasillo hasta el patio interior. César la esperaba sentado junto a una mesa, bajo la sombra de un castaño, leyendo un libro de Julio Verne titulado *Dueño del mundo*.

Calixta esperó a que dejara el libro.

—Siempre es un placer verte. —César recorrió las curvas de su cuerpo con la mirada—. Aunque no esperaba volver a hacerlo en este pueblo —señaló una silla y ella la ocupó—. He oído hablar mucho de tus éxitos artísticos. ¿Qué haces aquí?

—Abandoné el mundo del espectáculo y ahora me dedico a los negocios. —Calixta lo observó con frialdad—. Por cierto, he oído que los tuyos no funcionan muy bien últimamente.

—No hagas caso de las habladurías. ¿Te parece que paso hambre?

—No, pero dicen que algunos de tus hombres han acabado entre rejas, incluso alguno muerto en un tiroteo con la Guardia Civil.

—Creo que te equivocas. Yo me dedico a la agricultura, mis negocios son totalmente legales.

—A eso precisamente vengo, a ofrecerte un negocio legal que te va a interesar.

—Te veo muy segura. —César rio con incredulidad.

—Los últimos tres años he colaborado con una empresa farmacéutica en un innovador proyecto que investiga una mutación del cerebro capaz de curar muchas enfermedades mentales. Esta empresa ha cancelado el proyecto por falta de financiación, pero la

persona que lo dirigía está dispuesta a continuar por su cuenta si consigo el dinero necesario.

—¿Y por qué crees que yo iba a financiarlo?

—La empresa de la que hablo es Saint Hill. Vosotros les compráis las semillas para los cultivos. Esta persona traería a todo su equipo, expertos en la producción de semillas híbridas y pioneros en la investigación genética para mejorar los cultivos.

—Eso suena interesante.

—Saint Hill está a punto de producir la primera planta modificada genéticamente. Es el futuro de la agricultura. Una vez que consigan las semillas transgénicas, podrán patentarlas y controlar la alimentación. —Calixta señaló el libro de Julio Verne.

—Y el que controle la alimentación, controlará el mundo —comprendió César.

—Una persona tan ambiciosa como tú no puede dejar pasar esta oportunidad.

—Me gusta. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con la investigación de enfermedades mentales?

—Los beneficios que obtengamos de la empresa de semillas los invertiremos en la investigación de esa modificación neuronal —continuó ella emocionada—. Si conseguimos reproducirla será una revolución tan brutal en el mundo de la medicina que nos hará más ricos de lo que jamás hayamos soñado.

—Hablas como si fuéramos socios.

—Lo seremos —aseguró ella—. Yo tengo los contactos y tú el dinero.

—Los contactos son fáciles de conseguir. —César se puso en pie y rodeó la mesa hasta detrás de ella—. Lo difícil es tener una buena idea y la tuya lo es. —Apoyó las manos sobre sus hombros y le habló al oído—. ¿Qué me impide ahora hacerte cantar como un pajarito?

Las manos grandes y ásperas en el cuello le produjeron un escalofrío.

—Yo canto muy bien —mantuvo la compostura— y no tengo inconveniente en hacerlo si es lo que deseas. Sin embargo, la gente de la que hablo solo dejará su empresa por mí.

—¿Y eso por qué? —rio César, incrédulo.

Calixta apartó las garras de un manotazo y lo miró a la cara.

—La modificación genética está en mi cerebro —explicó con rotundidad—. Mis neuronas mutaron para sobrevivir a la rabia. Sin mí, no hay proyecto.

César rio de nuevo.

—¿Y por qué debería creerte?

—Entiendo que no confíes en mí —metió la mano en el bolso—, pero estoy segura de que confiarás en esto.

Calixta sacó la *figa* y la risa de César se congeló en sus labios.

—¿Cómo la has conseguido? —le dedicó una mirada asesina.

—Eso no importa. —Calixta se la entregó y César sonrió agradecido —. Lo único que importa es que tus negocios volverán a prosperar.

62

Año 2018

Caín caminó hacia el cementerio.

Necesitaba pensar.

Lo que había comenzado como un caso de ataque de animal, como un caso de accidente sin más, se complicaba hasta desembocar en una trama compleja dirigida por una familia de caciques mafiosos.

Caminó hasta las tumbas más antiguas. Leyó los epitafios en un intento de relajarse, de desviar la atención, de dejar la mente en blanco.

No podía.

El mundo funciona así. Hay gente poderosa que mueve los hilos y el resto son simples marionetas que bailan al ritmo que ellos marcan. Y si alguna de esas marionetas intenta rebelarse, cortan los hilos y cae.

—¿Otra vez por aquí?

Caín reconoció la voz, ya habitual en las visitas al camposanto. ¿Aquel viejo no tenía otra cosa que hacer?

—¿Y usted? —señaló la escoba que Quico llevaba en la mano—. ¿Barriendo a estas horas?

—Vivo solo y me aburro mucho en casa. Los muertos me hacen compañía.

—Hemos descubierto la identidad de la dueña del brazo —repuso Caín con cierta satisfacción.

—La chica periodista —afirmó Quico.

Caín lo miró sorprendido.

—¿Ya lo sabía?

—Pues claro. Todo el pueblo lo sabe.

—¿Qué? —Le entraron ganas de pegarle un puñetazo—. ¿Y por qué nadie me dijo nada? —Reformuló la pregunta—. ¿Por qué cojones tú no me dijiste nada?

—Aún no estabas preparado.

—¿Preparado para qué?

—Para conocer los secretos del pueblo, para tomar una decisión. Se está gestando una guerra y nadie podrá permanecer al margen. O abandonas el pueblo o tendrás que elegir un bando.

—¿De qué coño estás hablando? —Caín se sintió abrumado. ¿Una guerra? ¿Bandos?

—Los Crispos controlan el pueblo desde la época franquista. Son los dueños de las tierras, del ayuntamiento, de los negocios locales. Se han enriquecido sin ningún pudor, extorsionando, robando, torturando y matando. También ayudan a los que trabajan para ellos, a los que obedecen sin rechistar. Pero el tiempo de gloria llega a su fin. Llevo treinta años preparando una rebelión.

—Pues te lo tomas con mucha calma. —Caín no lo podía creer—. Deberías procrastinar menos y tomarte más en serio tus principios.

—Déjate de bromas, esto es muy serio. —Quico apretó la escoba entre sus poderosas manos y la elevó hacia él—. La ley del hambre ha imperado en este pueblo demasiado tiempo. Es hora de cambiarla.

—La demencia te está afectando —sonrió con ironía—. ¿Alzhéimer?

—Yo me crie con anarquistas —explicó Quico—. Era anarquista incluso antes de saber lo que significaba esa palabra. Los mejores años de mi vida los pasé con el Quico y el Lucio. —Caín le dedicó una mirada impasible—. En la escuela enseñan los nombres de los reyes, los políticos… todo lo que forma parte del sistema. Nadie habla de los anarquistas. La CNT, Durruti, Laureano Cerrada son los grandes desconocidos. Lucio es una leyenda viva. Cuando todo esto termine te lo presentaré. Ellos me enseñaron el concepto de «expropiación», me enseñaron que retirar dinero por la fuerza de un banco o de las arcas de un rico no es robar, es hacer justicia. Los años que pasé con Lucio trabajamos mucho y conseguimos poner en jaque al City Bank, uno de los bancos más importantes del mundo. Eso produce una satisfacción que no tiene precio. Ganamos mucho dinero, y no para enriquecernos, sino para financiar revoluciones en España y Sudamérica. Te sorprenderías al descubrir hasta dónde llegaban los contactos del Lucio, un simple albañil.

—¿Piensas cambiar las cosas con unas ideas trasnochadas? —le reprochó Caín.

—El Lucio me enseñó la importancia de la educación. «Una rebelión no se gesta de un día para otro», decía. «Hay que alimentarla poco a poco, desde la educación, para contrarrestar el control que los poderosos ejercen sobre el pueblo. La única forma de liberar a la gente es fomentando el pensamiento crítico.» Y yo me tomé muy en serio esas palabras. Cuando volví al pueblo, lo hice como maestro, la educación de todas las generaciones futuras pasaría por mis manos. Y durante estos treinta años he enseñado a pensar a los jóvenes de Candasnos. Hay muchos casos perdidos, pero en cada generación encuentras unos cuantos niños que tienen potencial y me centré en trabajar con ellos. Creé un programa de altas capacidades morales que

implanté fuera del horario escolar. Enseñaba conceptos desconocidos como «anarquía» o «comunismo», enseñaba a pensar, hablaba del control de los poderosos y de la importancia de la «conciencia de clase». También los entrenaba físicamente, aprendían defensa personal y técnicas de guerrilla. Algunas chicas eran grandes deportistas y ganaron torneos nacionales. Conseguí que esos chavales se sintieran parte de un grupo oprimido, la clase trabajadora; conseguí que entendieran los mecanismos de control que ejercen los poderosos y que arraigara un sentimiento de protesta que algún día nos conduciría a la libertad. Esos chavales son ahora hombres y mujeres. Algunos son agricultores, otros tienen carreras y son abogados en Fraga, asesores, ingenieros o el médico del pueblo, que ya conoces. Todos tienen ideas comunes, todos saben cómo funcionan las cosas y están deseando cambiarlas. Ha llegado el momento de la revolución.

Caín estaba sorprendido de que alguien invirtiera treinta años en preparar una rebelión.

—Es imposible hacer justicia robando o matando. Los delitos son contrarios a la idea de justicia.

—Si el hambre es la ley, la rebelión es la justicia —recitó Quico, con odio en la mirada—. Es justo robar al rico para repartir entre los pobres, es justo matar al opresor para liberar al pueblo. La justicia es relativa y poco tiene que ver con las leyes de los hombres. Las leyes las hacen los poderosos y nunca para beneficiar al pueblo. —Caín recordó una conversación similar que tuvo con Sofía—. Un servidor de la ley es un lacayo del poder. Todo el mundo lo sabe y por eso nadie te ayudó con la investigación del brazo.

—Si nos saltamos las leyes a nuestro antojo, entramos en un juego muy peligroso. Nos convertimos en juez y verdugo, dirigidos únicamente por nuestra propia moral, que puede ser más o menos acertada, pero que es indudablemente subjetiva. Si no respetamos las leyes, las normas de nuestra sociedad, volvemos al viejo Oeste, a la ley del más fuerte. ¿Es eso lo que queréis?

—Queremos un mundo sin amo ni soberano, regido por normas, sí, pero las normas del pueblo, las normas básicas de convivencia basadas en valores morales como la igualdad, el respeto, la solidaridad o la justicia. Queremos acabar con los privilegios de unos pocos, no para castigarlos, sino para que todos vivamos con los mismos derechos y las mismas oportunidades.

—El pueblo necesita quien lo gobierne —rebatió Caín—. La gente de a pie no quiere calentarse la cabeza y tomar decisiones a todas horas. Prefieren que alguien las tome por ellos.

—La mayor parte de la gente de hoy es ignorante, pero no es culpa

suya. No han tenido más oportunidades, no les han enseñado a pensar y alguien que no piensa por sí mismo no es libre. El primer paso es educar y, el segundo, dar libertad para que cada individuo participe en la toma de decisiones que le interese y le apetezca. En eso se basa la verdadera democracia, en la participación continua de la comunidad. Una supuesta democracia que solo permite votar cada cuatro años es una dictadura por tiempo limitado.

—En eso podría estar de acuerdo —admitió Caín—. Un gobierno que actúa a su antojo, ignorando las protestas o las manifestaciones de la gente, no merece el respeto de nadie. Pero sigo pensando que si no te gustan las leyes hay que hacer lo posible por cambiarlas. Las leyes deben estar consensuadas por la comunidad: no podemos decidir cada uno si cumplirlas o no basándonos en nuestro criterio personal.

—Tienes razón. Y la única forma de cambiar las leyes es estar en el gobierno. Por eso nos vamos a presentar a las elecciones.

—¿Las del ayuntamiento?

—Son esta semana. Los Crispos llevan muchos años controlando el ayuntamiento y cambiar esto es el primer paso para cambiar las cosas. ¿Nos vas a ayudar?

—¿Ayudar a qué?

—A protegernos y a que no haya pucherazo. ¿Sabes que hubo tres muertes por ataque de animal antes de Vera?

—Vi los expedientes.

—Teodoro era nuestro primer candidato a la alcaldía. Era el que mejor conocía el negocio de la agricultura y tenía algunos contactos en la DGA. Al poco de crear la lista de nuestro partido, murió asesinado por sus propias abejas. Acario inició una investigación de lo sucedido, hizo muchas preguntas por el pueblo y habló con las fuerzas de la autoridad. Al poco…

—Lo devoraron los lobos —concluyó Caín.

—Después sucedió lo mismo con Toki y con Vera. La advertimos del peligro que corría, pero no quiso escuchar. —Quico tomó aire—. Los Crispos intentarán ganar las elecciones por todos los medios, ilegales, claro. Necesitamos ayuda, protección y asegurar la cadena de custodia de los votos.

A Caín le pareció justo lo que pedía. Vigilar en unas elecciones municipales podía entrar dentro de sus funciones.

—Está bien. Estaremos en el colegio el día de las elecciones y escoltaremos al juez de paz si es necesario.

Caín y Quico se estrecharon la mano.

63

Año 2018

Una jota recorrió las calles del pueblo, escupida con violencia desde los altavoces municipales.

«Grande como el mismo sol, grande como el mismo sol es la jota de esta tierra. Si en amor luce su iris, lanza rayos en la guerra. Lanza rayos en la guerra, grande como el mismo sol.»

El pregón también se transmitía por una emisora de radio para que pudieran escucharlo con más claridad dentro de las casas. Algunas veces avisaba de la llegada de algún vendedor ambulante, otras de la hora de un evento o de cualquier trámite municipal, como un corte de agua o el límite del plazo para echar una solicitud.

«Por eso cantamos los de Aragón cuando enamorados al dulce sol. En la lid sabemos, quiere decir, que vencer debemos, o bien morir. En guerra sabemos, quiere decir, que vencer debemos, o bien morir. Quiere decir, quiere decir, que en guerra debemos vencer o bien morir.»

Normalmente era el alguacil el que desgranaba los pregones entre dientes, sin vocalizar. En esta ocasión, sonó una voz diferente:

—Se convoca a todo el pueblo a una reunión en La Hermandad, esta tarde a las siete. El tema principal a tratar son las elecciones municipales de mañana. —La voz de Quico vaciló antes de repetir el mensaje—. Esta tarde a las siete, se convoca a todo el pueblo a una reunión en La Hermandad. El tema principal son las elecciones de mañana. —Abandonó el tono oficial. Él no era el alguacil ni aquello era un mensaje del ayuntamiento—. Ya sé que os estáis preguntando para qué vais a venir. ¡Pues tenéis que venir, cojones! Llevamos casi un siglo gobernados por una familia de mafiosos que robaron las tierras y los negocios del pueblo. Muchos pensaréis que son buenas personas, que gracias a ellos tenemos trabajo y comemos, que incluso gastan su dinero en arreglar los caminos cuando el ayuntamiento no puede. Estáis muy equivocados. El ayuntamiento siempre tiene dinero, el dinero que pagamos entre todos, pero ellos lo gastan en *pichorros* inútiles como ese polideportivo. Arreglan las carreteras para que estéis agradecidos, para que os sintáis en deuda. Así es como funcionan las mafias. —Quico miró a su espalda. La escopeta de caza de Audaz clavaba los ojos negros debajo de la barbilla del alguacil, que estiraba

el cuello y, a pesar del frío, lloraba de miedo por cada poro de su piel —. ¿Creéis que fueron siempre los dueños de las tierras? Os equivocáis. Crispo Galán, ese que ostenta una foto de su horrible jeta en el valle de los Caídos local, era un muerto de hambre, una mala persona que engañó, robó y mató a gente decente. Y los que hoy nos gobiernan son su herencia, una herencia de mierda, un puto cáncer que está matando al pueblo.

Quico salió al balcón del ayuntamiento y observó a la gente que llegaba a la plaza Mayor con cara de asombro, incrédulos.

—Ha llegado el día en que tenéis que decidir. Y pensadlo muy bien antes de tomar la decisión. ¿Queréis seguir siendo esclavos toda la vida? ¿Queréis que vuestros hijos y vuestros nietos sean esclavos, que vivan siempre con miedo, con la cabeza gacha, besando los pies y lamiendo el culo de los que robaron las propiedades de vuestros padres y abuelos? —Quico apoyó el cuerpo en la balaustrada y elevó una mano en el aire, mientras sujetaba el micrófono con la otra. Habló con rabia, arrancando emociones olvidadas en la gente—. ¿O queréis pelear por la libertad? Por vuestra libertad y la de vuestros hijos y la de vuestros nietos y la de los nietos de vuestros nietos. Es ahora o nunca. Si queremos ser libres tenemos que devolver el control del ayuntamiento al pueblo y para ello tenemos que ir todos a una. Tenemos que protegernos, tenemos que unirnos y mañana tenemos que ganar unas elecciones, unas elecciones que no son más que un primer paso hacia la ¡libertad!

Elevó los brazos en el aire y la gente de la plaza comenzó a vitorear y aplaudir.

—Pero ¿cómo nos vamos a proteger? —gritó uno.

—¿Cómo garantizaremos que las elecciones sean limpias?

Quico volvió a besar el micrófono.

—Todas vuestras dudas serán resueltas en la reunión de esta tarde. Recordad: a las siete en La Hermandad. No puede faltar nadie. Si no lo hacéis por vosotros, hacedlo por vuestros nietos y por los nietos de vuestros nietos.

Quico entró en la sala y miró al alguacil con una sonrisa. Audaz apartó el cañón de la escopeta y el alguacil bajó la cabeza con alivio.

—Hay gente irrecuperable, gente que se cree especial, que piensa que forma parte de los Crispos, que tiene los mismos privilegios que ellos. Pero no son más que esclavos, esbirros que hacen el trabajo sucio. Y los Crispos no dudarán en castigarlos por no cumplir su cometido. Se desharán de ellos cuando ya no les sean útiles, porque para los Crispos solo son escoria, solo son perros que no merecen ni comida. Lo único que les espera es un lazo al cuello. Espero que hayas

pensado una buena excusa para permitirme dar el pregón. Si no es así, cuando te pongan esa corbata te sentirás importante de verdad.

64

Año 2018

A las diez de la noche, Tomás caminaba hacia la casa de su tío. En realidad era la casa de sus abuelos, pero su tío César se la apropió cuando regresó al pueblo. Eso le contó su padre. También le dijo que, al principio, le pareció bien. Después las relaciones empeoraron. César era muy autoritario y pocas veces escuchaba las opiniones de sus hermanos.

Su familia era muy peculiar. Sus abuelos, Crispo y Renata, tuvieron tres hijos y tres hijas, de los que el más normal era Pablo, el padre de Tomás.

Antonia, la mayor, se casó de penalti con solo dieciséis años y no soportaba a su marido.

Su hermano Alfonso se fugó con la hija de Antonia, catorce años menor que él. Ahora vivían en Toledo y nunca venían al pueblo. Tomás no los conocía.

De Elena decían que era lesbiana, y de Esther que estaba liada con César, su propio hermano. Decían que eran un matrimonio encubierto, que eran amantes.

A Tomás ya no le extrañaba nada.

Su padre le contó que César regresó de la gran ciudad, vestido de señorito, para gestionar los negocios familiares. Todos sabían que era el más listo o el más preparado, el único que salió del pueblo para estudiar. Cuando César llegó con sus revolucionarias ideas de la urbe, todos le siguieron. Todos menos el abuelo Crispo, claro. A Tomás le dijeron que el abuelo murió de un infarto, pero un día, en el cementerio, Quico le contó la verdad. Y la verdad era tan impactante como escabrosa. Al abuelo Crispo lo asesinaron sus propios hijos, dirigidos por la abuela Renata y encabezados por César. Todo el mundo en el pueblo lo sabía, al menos lo intuían, pero nadie hablaba jamás de ello en público.

Quizá lo tuviera merecido. Contaban muchas historias sobre su abuelo y ninguna buena. César, a su lado, parecía un santo.

Saludó a los dos guardias de la entrada con un movimiento de cabeza.

—Vengo a ver a la vieja —les dijo.

Los guardias le abrieron la puerta.

La vieja, su abuela Renata, era otro personaje para enmarcar. Tomás la recordaba igual desde hacía treinta años, siempre con un moño, siempre vestida con ropas negras. Nunca sonreía y pasaba la mayor parte del tiempo dentro de la habitación secreta.

Su abuela les daba dinero por los cumpleaños, pero nunca les compraba un regalo, ni a él ni a sus otros nietos. Cuando eran pequeños, nunca hablaba con ellos excepto para echarles la bronca, llamarles la atención o recitarles la lista de prohibiciones que debían respetar todos los visitantes de aquella casa.

Tomás recordaba con cierto humor la vez que llegó al colegio y varios compañeros empezaron a maullar. Les preguntó por qué lo hacían y ninguno contestó, solo sonreían. En el recreo, Jacinto respondió a sus preguntas:

—Dicen que tu tía Esther estaba ayer barriendo la puerta cuando pasó un gato por delante. Parece que a tu tía no le gustan los gatos, por eso de que se cagan por todas partes, y le arreó con la escoba. El gato saltó frente a ella indignado y le dijo: «Hija, no me pegues, que soy tu madre».

—¿Te crees que mi abuela es un gato? —rio Tomás.

—Todo el mundo sabe que es una bruja —sentenció Jacinto.

Tomás pensó en la cara agria y arrugada de su abuela y no le extrañó que lo pensaran.

Años después, cuando Tomás cumplió los dieciocho, descubrió que era verdad.

En enero, todos los jóvenes del pueblo que cumplían la mayoría de edad celebraban la fiesta de los quintos. En la plaza Mayor hacían una gran hoguera y recorrían las casas repartiendo la torta de los quintos a cambio de comida para los días de la celebración. Eran unos días de convivencia, un rito de iniciación para pasar a la vida adulta. Sin embargo, ni César, ni sus hermanos, ni ninguno de sus hijos, participaron en la fiesta. Su abuela Renata tenía para ellos un rito de iniciación distinto, un rito privado que realizaban con el revólver de su abuelo en el patio de la casa. En ese rito juraban lealtad a la familia.

Tomás atravesó el pasillo y paró con recelo en el patio interior. Sabía que César tenía un oso que vigilaba la casa por las noches, un oso pardo programado para atacar a cualquiera que no fuera de la familia. El animal estaba acostado en un rincón. Levantó la cabeza, olfateó y volvió a apoyarla sobre las grandes zarpas delanteras.

Tomás observó la fuente que presidía el patio. La estatua de Baco tenía un agujero en el pecho por el que salía vino. Alguna vez lo había probado. Sabía a vino rancio, casi a coñac.

Aquella estatua le recordaba el juramento que hizo con su abuela, el juramento que selló con un revólver cargado con una única bala. Su propio padre le ordenó que obedeciera, que apuntara el cañón a la cabeza y apretara el gatillo. A Tomás le parecía una locura, pero su padre le explicó que todos los miembros de la familia lo hacían y nunca moría nadie. A pesar de las reticencias, no tuvo más remedio que obedecer. Y sobrevivió.

Rodeó la fuente para llegar a una de las puertas del fondo, la más llamativa, la enmarcada por dos columnas de mármol y un tímpano triangular que contenía el relieve de un dios con un casco alado. Aquella era la habitación secreta, la primera y más importante de las prohibiciones que su abuela les recitaba cada vez que la visitaban.

—¡Ni se os ocurra acercaros a esa puerta!

Siempre estaba cerrada con llave, y cuando le preguntaban qué había en el interior, ella solo respondía con un estufido.

—¡Nada para vosotros!

Un día su padre le contó que eran los restos de un antiguo templo romano en honor a Mercurio que protegía la Vía Augusta en el tramo de Cardiel a Candasnos. Nadie vio el templo en pie, solo un montón de piedras sobre una colina cerca del antiguo camino de Fraga. Aquella pedriza era conocida como el Conventaz y nadie sabía qué había sido en realidad. Era un misterio que a nadie importaba.

De alguna forma, su abuela Renata sí sabía que era un templo romano y, cuando se casó con el abuelo Crispo y construyeron aquella casa a las afueras del pueblo, recuperó las piedras labradas del Conventaz para erigir el templo en su casa.

Tomás sabía que su abuela custodiaba ahí dentro algo más importante que un montón de piedras viejas, algo que guardaba y adoraba con recelo. Él llevaba una palanca de hierro de las conocidas como «pata de cabra», pero no la iba a necesitar: la puerta estaba abierta. Descubrió a su abuela arrodillada frente a un altar de mármol blanco. En la pared del fondo había una hornacina con una estatua de Mercurio y, en la mano derecha, el dios empuñaba la talla de un brazo de piedra, la *figa*.

Tomás cerró la puerta. Su abuela recitaba una letanía ininteligible mientras escribía sobre el altar. Caminó hacia ella y vio que grababa una chapa metálica con un punzón. Escuchó lo que decía:

—Castiga a aquellos que unen sus fuerzas en contra nuestra, castiga a su mentor, castiga a los que le siguen, arrebátales la salud, el cuerpo, el color, las fuerzas y las energías, llévaselas a Plutón. Llévales la fiebre…

Tomás tosió y ella detuvo el cántico, sorprendida.

—¿Qué haces aquí?

—¿Eso es una maldición? —preguntó él.

Su abuela se puso de pie.

—¡Sal de este templo! Es un lugar sagrado.

Quico le habló de la *figa* y le encargó que la robara. Sabía que era un objeto muy poderoso y no podrían vencer a los Crispos mientras contaran con su protección.

Tomás interiorizó las enseñanzas de Quico, aquellas que hablaban de la teoría del superhombre. Por ello, creó una moral a medida, muy parecida a la de los amos, aunque prescindiendo de valores superfluos como el honor, la rectitud o la dignidad. Su principal valor era la supervivencia. Y, cuando te ves inmerso en una guerra, la única forma de asegurar la victoria es que los dos bandos crean que estás con ellos.

Su tío César creía que trabajaba para él.

Quico también lo creía y, por eso, no podía rehusar el encargo.

Jugar a dos bandas era a la vez inteligente y divertido.

Tomás juró fidelidad a la familia y sabía que solo una cosa podía protegerlo de la maldición de su abuela si rompía el juramento.

—He venido a llevarme algo.

Pasó por detrás del altar desafiando a la anciana y cogió la *figa* de la estatua de Mercurio. Notó un calambre y una sucesión de imágenes estallaron en su cabeza.

—Por encima de mi cadáver —gruñó su abuela, con los puños apretados.

En realidad, le costaba llamarla abuela. Aquella vieja era una persona fría y distante, arisca y malcarada.

Tomó sus palabras al pie de la letra.

Le descargó la pata de cabra en el cuello, sin aviso, ni amenaza. La sangre salpicó el altar y la estatua del dios romano. Ella retrocedió con la cara contorsionada, taponando el agujero del cuello arrugado.

En cuanto entró al templo y la vio allí, Tomás había sabido que tendría que matarla. Si quería seguir con su doble juego, no podía dejar testigos.

La golpeó en la cara y observó con placer la bocanada de sangre y dientes que brotó de sus labios. Necesitó un tercer golpe para que dejara de lloriquear y moverse. Cuando le arrancó la pata de cabra del cráneo, cayó sobre el altar y un chorro de sangre bañó la tablilla de maldición, que quedó incompleta para siempre.

65

Año 2018

Caín entró en La Hermandad. Saludó a Quico y a Aurelio, que charlaban efusivamente con otros vecinos, y reparó en las escopetas apuntalando la barra junto a los pies enfundados en botas recias, rodeadas de servilletas de papel y huesos de oliva. Junto a Quico había una ametralladora. El viejo se dio cuenta de que la miraba.

—Te gusta ese *pichorro,* ¿eh? Es la Thompson de Quico Sabaté. Uno de mis chicos se hizo guardia, como tú. Cuando lo destinaron a Madrid, le encargué que la robara del Museo de la Guardia Civil, donde la exponían como un trofeo. Para mí y para muchos es un símbolo de la revolución.

Caín no sabía si hablaba en serio. Quico le golpeó el hombro con una risotada y le pidió una cerveza. Caín besó a la rubia, disfrutando del sabor amargo que le recordó a Calixta.

Apartó la mirada de las armas. Aquello de la rebelión iba en serio, armas en mano. Defenderse hasta la muerte… o atacar, quién sabe. Él no llevaba la suya, no estaba de servicio.

El reguero de asistentes creció hasta llenar el bar y Quico propuso pasar al cine por la puerta trasera. La gente ocupó las butacas y Quico subió a una tarima delante de la pantalla. Caín buscó un sitio en la última fila, preparado para huir si no le gustaba el espectáculo.

—Todos sabéis que estamos jodidos —comenzó Quico—. En este pueblo, estamos así desde la guerra. Mientras los Crispos ostenten el control del ayuntamiento no tendremos libertad. Ellos pueden paralizar o tirar para atrás cualquier trámite administrativo que necesitemos llevar a cabo. Además de la fuerza, tienen la ley de su parte.

—El ayuntamiento lo controlamos los concejales y yo, ¿qué tonterías dices? —interrumpió el alcalde, un alcalde que llevaba más de veinte años en el puesto.

—¡Cállate, Pumba! —gritó alguien y estalló un gran revuelo en la sala.

Cuando Caín llegó al pueblo y le contó a Sofía que al alcalde lo llamaban Pumba haciendo referencia al jabalí descerebrado de *El rey león,* ella le explicó que *pumbaa* significaba «tonto» en suajili.

Quico elevó la voz, tratando de acallar a la gente.

—Tienes cojones de estar aquí, Patricio. Todo el mundo sabe que trabajas para César, que eres su puta particular. A cambio vives bien, pero ahora se te van a acabar los privilegios.

El alcalde se levantó de la butaca.

—A mí nadie me falta al respeto. ¿Cómo te atreves…?

—¡Que te calles, Pumba!

—¡No te queremos, Pumba! ¡Vete de aquí!

Miró alrededor y observó con recelo a la gente enardecida. Tragó saliva y, al contrario de lo que Caín esperaba, se sentó. Quico continuó.

—Como todos sabéis, este es un momento muy crítico. Van a hacer la concentración parcelaria, van a repartir las tierras nuevas y es ahí donde todos debemos conseguir nuestra parte para sobrevivir, la parte que nos corresponde porque era de nuestros antepasados.

Las tierras nuevas era un tema de conversación habitual en el bar del pueblo. Tras la guerra, la gente dejó de pagar el IBI de las tierras, tenían preocupaciones más importantes, como buscar algo que llevarse a la boca. Era normal, todo el mundo lo hacía. En los años cincuenta, unos aviones de la DGA sobrevolaron el pueblo para tomar medidas y definir las parcelas. Crispo Galán estaba bien relacionado y alguien de la Diputación le dio el chivatazo. Pagó el IBI, legalizó sus tierras y algunas más que no eran suyas. Todos los demás, en cambio, perdieron sus tierras, que pasaron a ser propiedad de los caciques o del ayuntamiento. Estas últimas eran las «tierras nuevas». Los agricultores podían seguir trabajándolas, aunque ya no eran sus dueños. El ayuntamiento, bajo el control de los caciques, fue quitándoles poco a poco muchos usufructos para dárselos a los Crispos.

Si la DGA hacía ahora la concentración parcelaria, las «tierras nuevas» saldrían a la venta y cualquier persona del pueblo podría comprarlas. En teoría, claro.

—La ley dice que nadie puede comprar más de cien hectáreas por persona —continuó Quico—. Pero si Pumba y su séquito siguen en el ayuntamiento, ¿a quién creéis que las entregarán?

—¡A César! —gritó uno.

—¡A los hermanos de César!

—¡A la madre de César!

—¡A los sobrinos de César!

—¡A los testaferros de César!

—Parece que todos estamos de acuerdo —concluyó Quico—. La única alternativa es ganar las elecciones de mañana para controlar el ayuntamiento y repartir las «tierras nuevas» equitativamente entre

toda la gente del pueblo que quiera comprarla.

—¿Y de dónde vais a sacar el dinero? —rio el alcalde.

—Eso es verdad —gritó un vecino—. Ninguno tenemos dinero para comprar las tierras…

—Sí, y César se encargará de que ningún banco nos conceda un préstamo.

Quico elevó las manos intentando calmar a la gente.

—Pienso montar una cooperativa. Compraremos las tierras entre todos los que quieran participar, compraremos nuestras propias semillas a la empresa que nos interese y venderemos directamente las cosechas para conseguir un precio mejor que con intermediarios.

—¡Buena idea! —gritó uno.

—¡Yo me apunto!

—Sigues sin explicar de dónde vais a sacar el dinero —atacó el alcalde.

—El primer paso es el control del ayuntamiento para garantizarnos la oportunidad de comprar las tierras. Cien hectáreas es un medio de vida más que suficiente para una familia. —Quico intentó tranquilizar los ánimos—. Si logramos ese objetivo, yo me comprometo a conseguir el dinero para todos los que quieran entrar en la cooperativa —de nuevo surgió un gran revuelo—. Y ahora, aunque ya lo conocéis todos, quiero presentar a Jacinto, nuestro candidato a alcalde. Es el único abogado del pueblo.

Jacinto subió junto a Quico para defender la candidatura.

—Si ganamos las elecciones, vamos a hacer unos cuantos cambios importantes —afirmó con seriedad—. El primero es que el alcalde y los concejales serán retribuidos: si alguien tiene que hacer un trabajo hay que pagarlo —un murmullo manifestó la impopularidad de la medida—. Si los políticos no tienen sueldo, ¿quién creéis que podrá asumir el cargo? Solo los ricos, los que no necesitan trabajar o los que están planeando robar todo lo que puedan para compensar el esfuerzo. Si queremos que la gente trabajadora pueda gestionar el ayuntamiento, hay que pagar por ese trabajo.

Sonó un aplauso aislado y lo siguieron los demás.

—¡Bravo!

—¡Tienes razón!

—El segundo paso es el reparto equitativo de las tierras —continuó —. Repartiremos las «tierras nuevas» entre todas las personas del pueblo y expropiaremos a la familia Galán las que robaron durante la dictadura aprovechando sus contactos y su posición privilegiada. — Los aplausos volvieron a inundar la sala—. Crearemos una cooperativa para comprar semillas de cultivos autóctonos y vender los productos al

mejor precio. El ayuntamiento mantendrá los caminos y las zonas comunes y todo el pueblo participará en los plenos, donde decidiremos en qué invertir el dinero de los impuestos. A partir de ahora, los dueños de las granjas también pagarán impuestos para arreglar los caminos que destrozan sus camiones. Garantizaremos la formación de todos los trabajadores, organizaremos cursos sobre nuevas semillas, formas de regadío o control de plagas. A través de la cooperativa, habrá encuentros con otros agricultores de diferentes zonas de España para fomentar el intercambio de ideas y la mejora de la producción.

El aplauso estalló con violencia. Todo el mundo, excepto el alcalde y sus acompañantes, estaba en pie. Quico levantó el brazo de Jacinto en señal de victoria.

—¡Ja-cin-to! ¡Ja-cin-to! ¡Ja-cin-to!

Los vítores, los silbidos y los gritos crecieron hasta hacer temblar las paredes y el techo.

Caín abandonó el local. Tenía que descansar. El día siguiente iba a ser muy movido, un día de trabajo intenso y peligroso.

66

Año 2018

César tenía ya setenta años, pero la palabra jubilación nunca rondaba su cabeza. Tenía mucha vitalidad y muchas ganas de dar guerra todavía. Cuando llegaba la noche, disfrutaba de un rato de relax con su hermana Esther, jugando a las cartas junto al fuego y hablando de cualquier cosa. Algunas veces se unía también Elena, aunque normalmente esta prefería ver la tele. Después de cenar, su madre siempre iba al templo de Mercurio para realizar sus ritos, sus rezos o lo que hiciera allí.

César sabía que en el pueblo estaban gestando una revolución. Tomás lo mantenía al día sobre los movimientos de Quico y los suyos. César los toleraba porque no eran una amenaza real y era bueno que el pueblo alimentara la esperanza de la libertad, siempre y cuando fuera ficticia.

Últimamente las cosas se estaban complicando un poco. Suspendieron al comandante de puesto de la Guardia Civil, con el que tenía muy buena relación, denunciado por uno de sus hombres, un tal Caín, que lo relevó como nuevo comandante. César sabía que Caín metía las narices donde no debía, siguiendo el rastro de Toki e incluso visitando la fábrica de semillas. Sin embargo sus hombres hacían los deberes: Caín tenía un punto flaco, como todo el mundo. Y ellos lo encontraron.

Así que César jugaba a las cartas con Esther ajeno a lo que sucedía en el cine del pueblo. Para eso pagaba a sus hombres, para que vigilaran y lo mantuvieran informado.

Era ya tarde cuando aporrearon la puerta. César dejó las cartas y abrió con entusiasmo: quería saber cómo había ido la reunión en el cine. Sin embargo, la cara del informante estaba descompuesta.

—Señor, han matado a los guardias de la entrada —tragó saliva antes de continuar—. Y la señora Renata…

César frunció el ceño.

—¿Qué? —lo cogió de las solapas y lo zarandeó—. ¿La señora Renata qué?

El otro no podía articular palabra. Señaló hacia el templo de Mercurio. César vio la puerta abierta y atravesó el patio corriendo. El cuerpo de su madre estaba tirado a los pies del altar, cubierto de

sangre. Y la *figa* había desaparecido.

—¡Noooo!

Giró el cuerpo tendido y descubrió la cara hinchada y sanguinolenta. La mandíbula inferior colgaba fuera de sitio. Abrazó el cadáver.

—No, no, no, no —sollozaba.

Los hombres vigilaban desde la puerta. César soltó el cuerpo, se enjugó una lágrima y los miró con la cara, el pecho y las manos cubiertos de sangre.

—¡Id a la fábrica y soltad a todos los animales!

—¿A todos? —se sorprendió.

—¡A todos los preparados para atacar el pueblo! ¡Quiero que muera todo el mundo!

67

Año 2018

A las ocho de la mañana del día de las elecciones, Caín abrió el armero y repartió un chaleco antibalas y un Cetme LC a cada uno de los guardias. Eran cinco con él, porque Solsona se quedaba en el cuartel para la atención al público.

Aún estaba oscuro. Hacía casi una hora que había amanecido, pero la espesa niebla engullía los débiles rayos de sol, agonizantes como una vela sin oxígeno. Repartidos en dos coches, salieron derrapando en dirección al colegio.

—¿Y nosotros podemos votar? —preguntó Royo con inocencia, que acompañaba a Caín en el asiento del copiloto.

—Si sales a buscar novia, sí. —Caín sabía que Royo era muy joven y sus intereses no llegaban más allá del fútbol y las fiestas.

—¿Novia, para qué?

—Para que tu culo bote sobre el colchón de muelles del acuartelamiento. ¿Acaso estás empadronado en este pueblo…?

¡Pum! El fuerte golpe hizo que Caín frenara en seco. El otro coche paró detrás, a unos centímetros.

—¿Qué ha sido eso? —Royo estaba pálido. Caín se preguntó si podría contar con él en una situación límite.

—Hemos atropellado algo. —Caín miró a través de los cristales. La niebla les impedía la visión—. Vamos a ver.

Abrió la puerta y escuchó un gemido, combinado con un gruñido rabioso.

—¡Espera! —Royo lo sujetó por el brazo—. Me da mala espina.

Royo le quitó el seguro al Cetme. Caín asintió y también cogió el suyo. Empuñando el arma, rodearon el coche y observaron la sangre en el parachoques. El gruñido creció en intensidad. Caín extendió la culata retráctil y la apoyó en el hombro. Avanzó hacia los gruñidos, apuntando a ciegas. Cerca de la acera, encontró tumbado un animal parecido a un perro. Caminaron despacio, con precaución, hasta distinguirlo mejor.

—Es un lobo —exclamó Caín.

—¿Un lobo? —preguntó Royo incrédulo—. ¿En el pueblo?

Tenía rota la cadera y no podía mover las patas traseras. Mostrando los dientes se arrastraba hacia ellos babeando, dejando un reguero de

saliva y sangre sobre el asfalto. Royo elevó el Cetme y le apuntó. El lobo gruñía y gemía a partes iguales, con rabia, lanzando dentelladas dispuestas a despedazarlos.

—¿Disparo? —preguntó con voz temblorosa.

Caín recordó al jabalí gigante. Cuando le embistió en la Balsa Buena, cuando lo persiguieron en la cacería, cuando le hicieron la autopsia y descubrieron el doble corazón y el cerebro azul fosforescente. Había un parecido razonable entre el comportamiento del jabalí y el del lobo que tenían ante ellos. Un comportamiento agresivo, como si aquellos animales odiaran a los humanos.

—Dispara —ordenó y Royo apretó el gatillo. Tres ojos negros aparecieron en la frente del lobo y la sangre salpicó la acera. Cayó de lado, sin vida.

Bueno, Ferrer y Ansó llegaron desde el otro coche.

—¿Qué sucede?

—Hemos atropellado a un lobo —explicó Caín—. Parecía rabioso. Quiero que estéis alerta, me temo que vamos a encontrar más animales como este. Y, pase lo que pase, no os separéis del Cetme.

Caín golpeó el suyo para reforzar el mensaje. Los otros asintieron y volvieron a los coches.

Aparcaron en la puerta de la escuela y atravesaron la valla exterior. Sonó un graznido terrorífico.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Ferrer.

Miraron arriba. El manto blanco de la niebla devoraba los rayos de sol y ocultaba el cielo.

—Esperad aquí.

Caín entró. Había cinco hombres dentro del colegio electoral: los tres componentes de la mesa más Quico y Pumba. Estaban terminando de prepararlo todo, listas, urnas, papeletas…

—Buenos días —saludó Caín—. ¿Todo bien?

—Todo bien. —Quico le estrechó la mano.

—Excepto que es domingo y nos toca pringar —continuó uno de los miembros de la mesa—. A estas horas estoy en el bar, tomándome el carajillo.

Sonó el móvil de Caín.

—Soy Aurelio. Ven a la plaza Mayor, rápido.

Caín salió a la calle.

—Vosotros tres os quedáis aquí. Vigilad la entrada y el camino. Royo, conmigo.

Subieron al coche y, en un momento, llegaron a la plaza. Los esperaba Aurelio con un grupo de gente.

—¿Qué pasa?

—Ven.

Caín lo siguió hasta la fachada del ayuntamiento. Un cuerpo humano colgaba de una cuerda, a unos dos metros del suelo. Estaba destrozado. Le habían arrancado los dos brazos, tenía la cara desfigurada y el abdomen abierto, del que colgaban parte de las tripas.

—¡Joder! —exclamó Royo—. Empezamos bien el día.

—¿Sabéis quién es? —preguntó Caín.

—El alguacil —confirmó Aurelio.

Caín cogió el móvil. El médico le sujetó la mano.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar al forense y a la judicial.

—Quieren intimidar a la gente para que no vote.

—¿Quieres dejar el cadáver ahí colgado? —Caín comenzaba a agobiarse.

—No —continuó Aurelio—. Descolgamos el cuerpo y lo guardamos. Esto es una declaración de guerra. Y es posible que no sea el único cadáver que aparezca hoy.

—Pues más motivo para pedir refuerzos.

—César tiene contactos en Fraga, en Huesca y en Zaragoza. Conoce a políticos, a jueces y a policías. No nos interesa que venga nadie de fuera. Esta es una batalla que debemos librar los del pueblo. Y, pase lo que pase, hoy tenemos que ganar las elecciones. Cuando se cierre la mesa electoral, llamas a quien quieras.

Caín dudó. Si tocaba el cadáver contaminaría el escenario del crimen.

Sonó otro graznido. Un buitre descendió entre la niebla y se posó sobre la balaustrada del balcón, junto a la cuerda de la que colgaba el alguacil. Caín sintió un escalofrío al ver el tamaño del animal, que extendió las alas y lanzó un graznido horrible, como una advertencia. Era inusualmente enorme. Royo le apuntó.

—¿Disparo?

—Espera.

Caín observó al buitre con curiosidad. Las alas, de punta a punta, medían más que una persona de alto. El bicho imponía respeto, daba miedo.

El buitre recogió las alas y los miró con actitud desafiante, amenazadora. Saltó en dirección a Aurelio y Royo apretó el gatillo. Las balas atravesaron el plumaje y el animal cayó contra la pared hecho un fardo. Estaba vivo. Caín le puso el cañón en la cabeza y le voló los sesos.

Miró a Aurelio.

—Será mejor que nadie salga solo de su casa. Retiraremos el cuerpo

del alguacil y escoltaremos a todos los vecinos que quieran votar. ¿Te importa hacer un pregón?

Aurelio asintió y subió al primer piso del ayuntamiento. Caín sacó un plástico del coche y lo extendió debajo del cadáver. Cortó la cuerda y, con la ayuda de Royo, lo envolvieron en el plástico y lo metieron en el ayuntamiento.

Caín le dijo a Julián Bueno que vigilara la entrada, mientras los otros cuatro guardias se dividían en parejas para escoltar a la gente que fuera a votar. Eran las nueve y media e iba a ser un día muy largo.

Casa por casa, iniciaron el recorrido y preguntaron quién quería votar. Casi todos los más viejos y los más jóvenes rechazaban el ofrecimiento. Al resto los acompañaban, Cetme en mano, como si de personas importantes con guardaespaldas se tratara. Los llevaban al colegio, esperaban a que depositaran el voto y los devolvían a casa. Después, llamaban a la siguiente puerta.

La mañana transcurrió tranquila hasta mediodía, cuando Caín y Royo escoltaban a una pareja que vivía en la calle Joaquín Costa. Al llegar a la plaza de la iglesia, unos feroces gruñidos los sobresaltaron. En mitad de la carretera, dos lobos devoraban el cadáver de un ciervo. Los animales elevaron la cabeza hacia ellos con la boca ensangrentada y los ojos negros de odio y podredumbre.

Caín y Royo empujaron a la pareja hasta un portal. Con las espaldas cubiertas elevaron los rifles dispuestos a agujerear la niebla. Un aullido largo e inquietante recorrió las calles del pueblo, una llamada que no tardó en dar fruto. Más aullidos, gruñidos, patas con uñas largas que tatuaban el suelo con sus marcas.

La mujer golpeó la puerta de la casa y pidió auxilio, pero nadie respondió a sus súplicas.

Escucharon a los animales acercándose, congregándose alrededor, escucharon los gruñidos, incluso algún enfrentamiento que resolvieron a dentelladas. Después hubo un silencio casi absoluto, unos segundos eternos durante los que los agentes movían el cañón en busca de un blanco. El dedo rozaba el gatillo con ansia, nervioso, casi temblando. Hasta que volvieron los aullidos, los gruñidos y los pasos a la carrera. Varios lobos surgieron de la niebla a la vez y saltaron con las fauces abiertas, babeando por la ofrenda de carne humana. Los disparos los detuvieron en seco, arrancándoles un escueto gemido antes de caer sin vida. A continuación, saltó otro animal, y otro. La mujer a la que protegían gritaba como una posesa. El hombre la abrazó en un vano intento de tranquilizarla. Un lobo saltó hacia ellos por el lado. El disparo le arrancó media cabeza solo a unos centímetros del arma. La

sangre les salpicó la ropa. Más de diez lobos, perdían la cuenta, se amontonaban en el suelo, unos sobre otros. Una montaña de cadáveres, un futuro reino de gusanos. Royo continuaba disparando, aunque ya no atacaban más animales. Caín le puso la mano en el hombro y el chaval soltó el gatillo.

—Lo siento.

—No te preocupes.

Un buitre aterrizó sobre la pila de despojos y arrancó de cuajo el ojo de un lobo. Elevó la cabeza para engullirlo a través de su largo cuello. Royo disparó sin pedir permiso, pero el clac que devolvió el arma no le gustó nada. Palpó el chaleco y los bolsillos.

—No me queda munición —anunció con tono afligido.

Caín disparó contra el buitre, que salió despedido a varios metros de distancia.

—Era mi última bala.

Los graznidos llovieron desde el cielo y retumbaron entre las paredes de la plaza.

—Estamos jodidos.

La mujer volvió a golpear la puerta sin resultados. Abrazó a su marido y lloró con sollozos entrecortados.

Varios buitres surgieron de la niebla y cayeron en picado. Empuñaron las pistolas reglamentarias y apretaron el gatillo. La sangre y las plumas llovieron sobre ellos, mientras los animales salían despedidos a los lados. La última bala acertó en el pecho a un buitre, que plegó las alas y cayó como una bomba desde un avión. Royo apartó a la pareja de un empujón y el pájaro chocó con violencia contra la puerta de madera. Cayó junto a ellos y Caín notó un dolor punzante en la pierna cuando el buitre le clavó el pico en el gemelo. Le golpeó la cabeza con la culata, entre graznidos, una y otra vez, hasta que el pico se desprendió de la cabeza. «Si nos vieran ahora los animalistas.» Y pensó en Sofía, su mujer, amante y defensora de los derechos de los animales. Claro que, si respetaran los derechos de los animales, nadie realizaría experimentos genéticos con ellos y estos no les atacarían.

Varios rugidos cortaron la niebla a continuación.

—Ahora sí se ha agotado la munición. —Caín tragó saliva.

No tuvieron tiempo de lamentarse. Cuatro jabalís rodearon a la carrera la montaña de cadáveres de lobos avanzando hacia ellos. Aunque no eran tan grandes como el monstruo de la balsa, sus afilados colmillos parecían facas dispuestas a destriparlos.

—¡Deberíamos correr! —exclamó Royo.

—No moriré huyendo —objetó Caín y elevó la porra en el aire

dispuesto a partir el cráneo de los animales.

Royo también empuñó la suya. Las pezuñas de los jabalís derraparon sobre la plaza mientras se acercaban cada vez más con gruñidos grotescos. Estaban solo a unos pocos metros.

Caín agradeció la oportunidad de morir como un héroe.

68

Año 2018

Quico acompañó a una pareja a la salida del colegio. Ansó y Ferrer los esperaban fuera y los escoltaron hasta su casa, en los *atrases* del pueblo.

—¿Has visto a Caín? —le preguntó a Bueno, que vigilaba la entrada.

—No, parece que tardan mucho, ¿verdad?

Escucharon un sonido a través de la niebla y Bueno apuntó hacia allí. Surgió la figura de una mujer, que Quico identificó de inmediato porque empuñaba una jabalina. Era Prudencia. Tras ella, llegó Cecilio, su marido, y después Audaz, Hipólito, Atanasia, Aureo y Tomás. Quico se mostró orgulloso de ellos, preparados para la lucha con sus armas de caza.

Por último, llegaron Caín y Royo. Estaban pálidos, derrotados.

—¿Qué ha pasado?

—Tus chicos nos han salvado la vida —explicó Caín, que llegó hasta la fuente y golpeó el caño para quitar el hielo y echar un trago de agua. En el coche, cogió munición para él y para Royo—. Han asesinado al alguacil y el pueblo está invadido por una horda de animales asesinos. Nos quedamos sin munición y tu gente —señaló al grupo de cazadores— nos salvó en el último momento. La pareja que escoltábamos ha regresado a casa y no creo que vuelva a salir. Los grupos de WhatsApp del pueblo deben de echar humo en estos momentos. Nadie más vendrá a votar.

—Entiendo. —Quico estaba pensativo—. Si la montaña no viene al colegio… llevaremos el colegio casa por casa para que voten todos los que quieran.

—Eso no es viable —repuso Caín—, no podemos garantizar la seguridad de todos los miembros de la mesa cargados con la urna, las listas y las papeletas. —Quico lo miró con disgusto—. Sin embargo —pensaba a la vez que hablaba—, sí podemos organizar un voto por correo de urgencia.

—¿Qué hace falta para eso?

—El primer paso es informar al pueblo de que existe la posibilidad. Después, las personas interesadas deben realizar una solicitud.

—No tenemos tiempo para tantos trámites.

—Para informar es suficiente con un pregón. Y la solicitud puede ser un mensaje de WhatsApp al presidente de la mesa. Los mensajes de móvil tienen validez como registro, incluso en un juicio. El último paso sería la custodia del voto. Necesitamos una funcionaria de Correos que recoja los votos casa por casa y los traiga al colegio.

—¿La cartera?

—Sí, entre todos podemos garantizar la seguridad de una única persona. ¿Podemos contar con ella?

—Pues, claro —aseguró Quico—. Honesta es una de las especiales.

* * *

Honesta era un poco más baja que Caín y tenía la espalda igual de ancha. Era culturista y había ganado varios concursos regionales y nacionales.

La escoltaron por todo el pueblo. Tras varios enfrentamientos con animales, llegaron a los últimos vecinos que habían manifestado su deseo de votar. Caín cogió el todoterreno para ir a la casa de Calixta. Hacía rato que le había llamado para votar, no por correo, sino presencialmente, con dignidad, y quería que la escoltara él en persona. Estuvo a punto de colgarle, pero lo detuvo la responsabilidad. Su deber era garantizar el voto de todo el que quisiera ejercerlo, tal y como se había comprometido.

Ella abrió la puerta antes de que le diera tiempo a llamar.

—Pasa.

Caín rechazó la invitación con un gesto de desprecio.

—Vamos al coche.

—Tengo que hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar. —Él caminó hacia la puerta del jardín.

—¿Quieres saber o no?

—¿Saber qué?

—Lo que hacen realmente en la fábrica de semillas.

Clavó en ella los ojos humedecidos por una mezcla de enfado y sorpresa.

—Sí, quiero saber la verdad.

—Entonces, acompáñame.

Calixta pasó por delante de él hacia el todoterreno oficial. Caín condujo por la carretera nacional y ella le indicó que tomara el desvío a la altura de La Fuente. Un camino sin asfaltar les condujo hasta Semilia.

—Entra con el coche —le indicó ella, y Caín paró delante del

control de seguridad.

El guardia abandonó la garita.

—Vengo con un amigo —dijo Calixta.

El guardia le entregó un pase de visitante y elevó la barrera sin hacer más preguntas. Caín tiró la tarjeta sobre el salpicadero y aparcó cerca de la entrada principal, junto a un Lexus RX.

Dentro del edificio les esperaba un tipo enfundado en un abrigo de piel que olfateaba un café humeante. A pesar de las canas, su aspecto era juvenil. Caín sintió un estremecimiento y desenfundó la pistola con un movimiento automático. Era César, el de los Crispos. Mientras le apuntaba, lanzó una mirada de reproche a Calixta, esperando una explicación.

—No voy armado. —César dejó el vaso de plástico sobre el mostrador de recepción y se quitó el abrigo. Giró con los brazos en alto.

—¿Un café?

Caín iba a rehusar la invitación, pero cambió de opinión.

—Solo, gracias. —Bajó la pistola.

—Sírvete tú mismo. —César señaló la cafetera y las cápsulas expuestas en un dispensador.

—Mi madre me enseñó que es de mala educación ponerte a cocinar en la casa de otro.

Se estudiaron durante unos tensos instantes, como dos gladiadores antes del espectáculo. Calixta avanzó hasta la mesa y preparó el café.

—¿Azúcar?

—No, cuanto más amargo mejor.

César lo observó de arriba abajo.

—Ya veo. Eres un tipo duro, de esos que creen que no tienen nada que perder.

—Has acertado solo en lo segundo.

—Ya. —César bebió café—. Si no tienes nada que perder, significa que tienes mucho que ganar.

—¿Vas a empezar ofreciéndome un soborno? Esperaba más una amenaza.

—Tus antecesores siempre me han apoyado. ¿Por qué estás de parte de los débiles?

—Estoy de parte de la justicia.

Calixta le entregó el café.

—Los valores morales no tienen ninguna validez, son una convención social —refutó César—. El concepto de justicia cambia de una sociedad a otra. En Estados Unidos es justo ejecutar a un asesino, en Arabia Saudí es justo cortarle las manos a un ladrón o lapidar a una

mujer infiel. Hay tribus de África en las que la justicia la imparte el jefe, que gana el puesto en batalla porque es el más fuerte. Y cualquiera puede desafiarle para ocupar su lugar. ¿No es esto más justo que los reyes que heredan el trono o un presidente elegido por un pueblo manipulado por los medios de comunicación? La ley más justa es la de la naturaleza y esta es la ley de la fuerza.

—La justicia es relativa, eso es cierto, pero viene regulada por las leyes que gobiernan cada sociedad.

—Leyes creadas por los gobernantes para su propio beneficio. Con leyes injustas, no podemos hablar de justicia.

—La justicia no se puede medir con una vara individual. Las leyes nos garantizan un criterio común.

—Ni siquiera eso es cierto. Las leyes las interpretan los jueces con un criterio subjetivo. La justicia no existe —sentenció César—. No tienes más que mirarte a ti mismo. Un servidor de la ley, una persona íntegra que busca hacer el bien, defender a los débiles y detener a los malos. ¿Y cuál es tu premio por tan justa actitud? Ser repudiado dentro del cuerpo al que perteneces, vetado a cualquier ascenso, condenado al ostracismo, obligado a pedir un destino en el culo del mundo para sobrevivir. Y también podemos hablar de tu situación personal. ¿Crees que es justo lo que le pasó a tu mujer?

Caín se estremeció por toda la información que tenía de él.

—Deja a Sofía en paz.

—No, no voy a hacerlo. Te he hecho venir hasta aquí para hablar de ella.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Ya. Dicen que quieres saber si en esta fábrica experimentamos con animales.

—Así es.

—Pues yo soy el único que puede responder esa pregunta.

César apuró el café y lo dejó sobre el mostrador.

—Sígueme.

Abrió una puerta de seguridad con su tarjeta y avanzaron por un pasillo oscuro hasta un ascensor. Había solo dos botones, el de la planta baja y el del primer piso. En lugar de pulsarlos, César introdujo una llave en el bombín que había debajo. El ascensor descendió hacia las profundidades de la tierra.

Llegaron a otro pasillo sacado de alguna película de terror. La luz verdosa de los fluorescentes dibujaba las formas desvaídas. Se oían tras las puertas gruñidos de animales que ayudaban a crear un ambiente de pesadilla.

César los condujo hasta una sala donde un guardia armado vigilaba

una matriz de monitores. Cada uno mostraba una habitación con diversas jaulas de animales, desde ratones hasta monos pasando por perros, cerdos o caballos. Había bastantes vacías y uno de los monitores estaba apagado. Caín supuso que algunas de las vacías habían acogido a los animales que en esos mismos instantes estaban atacando el pueblo.

—La gente no lo sabe: hemos superado la realidad de las mejores historias de ciencia ficción. Todo el mundo lleva un ordenador en el bolsillo con el que estás conectado a todos tus contactos en cualquier parte del mundo y a la mayor fuente de conocimiento imaginada jamás. Existen casas inteligentes en las que tu voz regula la altura de las persianas, la intensidad de la luz, la temperatura ambiente, la música… Y tu asistente digital te entretiene contándote chistes o acertijos. Lo más curioso es que la gente pone voluntariamente en sus casas cámaras y micrófonos que, junto a los móviles y portátiles, hacen realidad el Gran Hermano de George Orwell. Nos vigilan, no lo dudes. Hace años que existen los coches que conducen solos, las motos voladoras y las estaciones espaciales. Sin embargo, todo esto son minucias en comparación con los últimos avances en ingeniería genética. Estamos a las puertas de materializar el universo de Aldous Huxley.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que Peter ya te habló de CRISPR —continuó César.

—Sí, y me aseguró que no lo utilizaban con animales.

—¿Y por qué no íbamos a hacerlo? CRISPR es para la ingeniería genética lo mismo que internet para las comunicaciones. En primer lugar, decodificaron el genoma humano y a continuación aparece el corta-pega genético. ¿Imaginas el potencial que tiene identificar un gen defectuoso y poder reemplazarlo por el correcto?

—¿Estás hablando de curar enfermedades hereditarias?

—Estoy hablando de controlar la naturaleza humana. Está demostrado que rasgos como la voz o la memoria son hereditarios. Si identificamos qué gen los controla, podemos hacer que nuestros hijos tengan una voz o una memoria excepcionales.

—¿Niños de diseño? Para elegir el color de los ojos y el tamaño del pene…

—Para mejorar la raza humana, para crear superhombres.

—Ah, vaya, yo soy fan de Supergirl.

—¿Sabías que existen peces capaces de regenerar partes del cuerpo, que algunas medusas pueden invertir el proceso de envejecimiento y volver a activarlo en un ciclo infinito que las convierte en inmortales? La cantidad de masa muscular de tu cuerpo está controlada por un

gen; lo mismo sucede con la inteligencia, con la altura o la belleza. ¿Por qué dejar la selección de los genes al azar cuando disponemos de la tecnología para controlarlo?

—¿A eso os dedicáis aquí? ¿A modificar los genes de animales… y de personas? —Caín pensó en Moussa y observó el monitor apagado. ¿Sería ese con el que vigilaban a los inmigrantes secuestrados para sus experimentos?

—¿Te jugarías a los dados la salud de tus hijos?

—Yo no tengo hijos.

—¿Y la de tu mujer? Resulta que el azar, el universo, las fuerzas de la naturaleza le han hecho una putada. Si pudieras curarla, ¿no lo harías?

Caín permaneció callado unos segundos, observando a César con desconfianza.

—¿Puedes? —preguntó al fin.

—Esta es solo una pequeña empresa de genética. Hay otras multinacionales que investigan la cura del cáncer, la interrupción del envejecimiento o granjas de cerdos para trasplantar órganos a humanos.

—¿Y a qué os dedicáis aquí? —preguntó Caín—. ¿Al estudio de la agresividad en animales y personas? ¿Es una fábrica de soldados? ¿De asesinos?

—Aquí nos centramos en la investigación del cerebro —intervino Calixta—, hasta hace poco uno de los órganos más misteriosos y desconocidos del cuerpo humano.

—Calixta sobrevivió a la rabia gracias a una mutación en las neuronas de su cerebro. Pasamos años estudiándola sin entender cómo se produjo ni por qué la protegió de la enfermedad.

—Hasta que apareció CRISPR —continuó ella—. CRISPR fue la clave que permitió descifrar la mutación.

—Este es uno de nuestros primeros experimentos —César dejó sobre la mesa un vial con líquido transparente—. Es un suero de la inteligencia, capaz de hacer que las neuronas se dupliquen en unos segundos, aumentando las capacidades del cerebro hasta límites jamás imaginados. Estoy hablando de capacidades de memoria y de procesado de información mayores que las de cualquier ordenador actual, además de potenciar otros atributos como la telepatía y la telequinesis.

—¿Y funciona? —preguntó Caín con escepticismo.

—Sí, aunque no hemos logrado detener la reacción en cadena que duplica las neuronas.

—¿Y eso qué significa?

—Que el ejemplar disfruta de las capacidades de un supercerebro durante unos maravillosos segundos. Después, la masa encefálica sigue creciendo y la presión contra el cráneo es tan fuerte que produce un dolor insoportable y una muerte inevitable. Hemos sustituido la parte superior del cráneo por una prótesis de mayor tamaño, aunque solo sirvió para retrasar unos minutos el efecto indeseado —observó la reacción de Caín—. Supongo que tu código moral rechazará nuestros métodos, pero ¿qué opinarías si te dijera que podríamos curar el alzhéimer? ¿No sacrificarías unos cuantos animales a cambio de una cura para el párkinson o la esquizofrenia? Nos dimos cuenta de que nuestro error fue buscar el aumento de capacidades. ¿Y si simplemente reparábamos los daños causados en el cerebro? La clave no estaba en el aumento de la capacidad neuronal, sino en la reposición de la perdida. ¿Te imaginas un cerebro capaz de recuperarse de un ictus, capaz de regenerarse por sí solo?

Caín sintió un fuerte pinchazo en el estómago.

—Eso es ciencia ficción.

—Es una realidad. —César abrió la puerta de cristal de un refrigerador y sacó un vial con un líquido azul fosforescente—. ¿Y si te dijera que este suero puede curar a tu mujer?

Caín dudó. Sabía que era una trampa, pero la idea era tan tentadora… Curar a su mujer suponía recuperar al amor de su vida, recuperar la felicidad y las ganas de vivir.

—No me lo creo.

—Dijiste que no tenías nada que perder. ¿Por qué no lo pruebas?

—¿Y cuál es el precio?

—Que te mantengas al margen de la guerra que libramos en este pueblo, un asunto que no te incumbe. Es un precio muy bajo por un milagro.

Caín no quería aceptar la oferta, pero… ¿y si funcionaba? ¿Y si Sofía podía volver a ser la de antes?

Miró a Calixta en busca de una respuesta, esperando que sus ojos violetas mostraran alguna emoción, que le ayudara a decidir. Su rostro permanecía impasible, como si todo aquello no fuera con ella.

—Te puedo hacer una demostración. —Le alargó el vial—. Toma, tengo más.

Caín lo cogió y César sacó otro del frigorífico. El vigilante abrió una puerta del fondo y entró otro tipo con bata blanca y la jaula de un ratón en las manos. El guardia le entregó a César un punzón y un martillo.

—Este es uno de nuestros mejores biólogos.

—Encantado —saludó el científico.

Con un guante, cogió al ratón y le sujetó la cabeza sobre la mesa. El animal intentó escapar. César situó el punzón sobre el pequeño cráneo y asestó un golpe seco con el martillo. Dejó de moverse.

—Le acabo de crear una lesión cerebral mortal. Sus funciones vitales han cesado, está clínicamente muerto. Pero la muerte sería reversible si fuéramos capaces de reparar rápidamente la lesión, antes de que la sangre coagule y pudra el organismo.

Sacó el punzón de la cabeza. Saltó un chorro de sangre, como un efecto especial para dar dramatismo a la escena. El biólogo taponó la herida con una venda y esparadrapo. César cargó la jeringuilla con el líquido fosforescente del vial y lo inyectó en el cuello del ratón.

Dejaron al animal dentro de la jaula y lo observaron con interés.

No sucedió nada.

César miró al biólogo con cara de pocos amigos.

—Hay que esperar unos minutos —afirmó, y tragó saliva con cierto temor.

No hubo que esperar tanto. Una pata efectuó movimientos espasmódicos. Movió las otras patas, la cabeza y, de un salto, se puso en pie.

Caín elevó el vial que tenía en la mano hacia los fluorescentes del techo y lo observó con fascinación.

69

Año 2018

El móvil vibró en el bolsillo de Caín cuando aparcaba delante del acuartelamiento.

—Caín, el recuento ha terminado —le dijo Bueno—. Gana Jacinto por seis votos. Vamos a escoltar al juez de paz a Fraga para que entregue los resultados.

Caín sacó el vial del bolsillo y lo observó con interés. Aquel pequeño bote de cristal suponía la única esperanza de recuperar su vida, pero quizás el precio fuera demasiado alto para vivirla con dignidad.

—No, nuestro trabajo ha terminado. Regresad al acuartelamiento.

—Pero…

—Ni peros ni hostias. Ya nos hemos jugado bastante el pellejo —y colgó.

Entró en su casa. Sofía estaba en la mesa del salón, leyendo en el portátil. Caín dejó las cosas y fue hacia ella.

—He terminado —dijo Sofía, y Caín pudo vislumbrar la alegría en su monótona entonación.

—Genial.

—Aún me queda revisar, pero el contenido ya está.

Caín dejó el vial sobre la mesa. La mano le temblaba.

—¿Qué es eso?

—Quiero que lo pruebes.

Sofía observó el líquido fosforescente. Su cabeza oscilaba a ambos lados con ligeros movimientos espasmódicos.

—¿Qué es?

—Vengo de la fábrica de semillas.

Sofía se echó hacia atrás en la silla. Las vibraciones de su cabeza aumentaron.

—¿La misma fábrica que crea animales asesinos?

—Están investigando el cerebro. Puede que no apruebe algunos de los experimentos que llevan a cabo…

—Ha muerto gente…

—Esta medicina es capaz de curar cualquier lesión cerebral. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Te la ha dado César?

—¿Y eso qué más da?

—Pues claro que da. ¿Cuál es el precio?

—Uno muy bajo por recuperarte.

—¿Tan poco valoras tu alma?

—Te valoro más a ti. Haría cualquier cosa para que vuelvas a ser la que eras.

—¡Cualquier cosa no! —gritó ella—. Hay límites. Cuando una persona renuncia a sus valores morales ¿qué le queda?

—¿Qué me queda ahora? —La voz de Caín se quebró, aunque contuvo las lágrimas.

—Te queda tu dignidad.

—Pues renuncio a ella. Renuncio a mis valores y a mi alma por recuperar lo único que me importa.

Caín abandonó la casa con un portazo que hizo temblar las paredes.

70

Año 2018

Caín corrió a través de la niebla hasta el cementerio. No tropezó con nadie por el camino, ni siquiera con algún animal dispuesto a atacarle. Supuso que ya habían acabado con casi todos los que soltó César para intimidar a la gente.

Se apoyó en la columna de piedra que sostenía la reja de entrada. Un espectro apareció ante él, una figura siniestra, desdibujada por la bruma y la oscuridad. ¿Vendría a cobrar la deuda adquirida al aceptar aquella medicina? ¿Vendría a por su alma?

—¿Qué haces aquí? —la pregunta le heló la sangre.

Poco a poco, reconoció los rasgos de Quico y respiró aliviado.

—Necesitaba pensar. ¿Y tú?

—Necesitaba trabajar. —Quico alargó hacia él la escoba—. El trabajo dignifica.

Caín dudó y la mirada dura de Quico le obligó a aceptar la escoba.

—Ven conmigo.

Lo siguió hasta los nichos de su familia.

—Estos *pichorros* custodian todo lo que me importa.

—¿No te queda nadie vivo?

—Ya soy muy viejo, demasiado. Mis padres no tuvieron más hijos. Y aquí estoy, el último de la saga, ¿qué te parece? —Caín no contestó —. Pero no es mi familia lo único que me importa. Yo pertenezco a una generación que creció sin educación, sin esperanzas y sin futuro. Éramos el proletariado, mano de obra barata, obligada a trabajar desde niños por poco más que la comida mientras los burgueses se enriquecían a nuestra costa y construían grandes mansiones modernistas, que nuestras mujeres y nuestras hijas cuidaban como criadas. Y algunos de nosotros, a pesar de no tener radio, ni televisión, ni móviles, ni internet, conseguimos sacar la cabeza de la ignorancia para hacernos conscientes de nuestra condición de esclavos y nos sumamos a un movimiento llamado anarquismo, que promulgaba la supresión de la propiedad privada, la igualdad y la completa libertad de las personas.

—Igualdad, libertad —repitió Caín—, fraternidad… Ideales demasiado grandes para que quepan ahí dentro —señaló los nichos.

—En eso te equivocas. —Quico tocó una de las lápidas. Era muy

sencilla, de granito, con un escueto epitafio: «Descansa al fin». La esquina inferior estaba reparada con un pegote de yeso blanco—. La grabé yo mismo con martillo y cincel. Esta lápida custodia los huesos de mi padre. Comenzó a trabajar en el campo con seis años, labrando, sacando piedras, cosechando, lo que hiciera falta. Murió de una embolia casi con ochenta, en mitad de la misma finca de secano que nunca dejó de trabajar. Ni jubilación, ni hostias. Nunca estuvo dado de alta en la Seguridad Social, como muchos de la época.

—Lo siento.

—No le tengas pena. Era un animal, una bestia dominada por el alcohol que maltrataba a su familia. Típico producto de una sociedad enferma.

Quico le pidió la escoba y, con un movimiento enérgico, arrancó un chasquido a la esquina de yeso de la lápida. Repitió el golpe varias veces, hasta que la rompió.

—Mete la mano.

—¿Qué? —Caín lo miró sin comprender.

—Esta lápida esconde la esperanza de la revolución.

—¿Los huesos de tu padre?

Quico amenazó con golpearle con la escoba.

—Mete la mano o tendré que romperte varias costillas. —Caín tragó saliva. ¿De qué tenía miedo? Le gustaban los cementerios, ¿no? Estaba cómodo entre los muertos. Sin embargo imponía respeto introducir la mano en el agujero oscuro de una tumba—. Vamos, ¿de qué tienes miedo? Miedo daba cuando estaba vivo.

Lentamente, Caín obedeció y sacó el trozo blanco de yeso.

—Sigue buscando. —Hundió los dedos en el polvo que cubría el suelo del nicho y avanzó como una araña hasta tocar un bloque de hielo. Retiró la mano con un espasmo—. ¿Has encontrado algo?

—Algo helado.

—¡Qué helado! Estará frío, no helado. Vamos, sácalo.

La mano reptó por el agujero hasta el objeto. Lo cogió. Era duro, con forma de ladrillo y muy pesado. Cuando lo vio, se quedó con la boca abierta.

—¿Es un lingote de oro?

—De doce kilos. Yo tuve la suerte de compartir las aventuras y desventuras de dos de los héroes más grandes que parió este país.

—El Quico y el Lucio —apuntó Caín, que ya conocía la historia.

—El Quico me enseñó lo que es el anarquismo, y el Lucio cómo poner en jaque a los poderosos sin daños colaterales. En tu mano tienes la esencia de esos ideales, la llave que los convertirá en realidad.

—¿Oro?

—El dinero para comprar las tierras del pueblo a la DGA, el dinero que nos dará la libertad. Me lo dio el Lucio cuando me separé de él. Sabía que volvía al pueblo a organizar una revuelta. Y todo el dinero que «expropiaba» el Lucio iba destinado a financiar revoluciones. Mi rebelión era a muy largo plazo, por eso cambié el dinero por oro.

—¿Cuánto hay?

—De sobra para comprar todo el monte de Candasnos. Y parte de Peñalba y Fraga si hiciera falta.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—La fábrica de semillas es una tapadera. Llevan años experimentando con personas. César utilizó al pueblo como un campo de cultivo. Las nuevas generaciones eran las cosechas donde probar sus experimentos transgénicos.

—¿De qué hablas?

—La cara pública de César es muy amable. Puso una guardería gratuita para toda la gente del pueblo que permitía la conciliación de los trabajadores y el fomento de la natalidad. Además, pagaba los servicios de un ginecólogo privado de Fraga que llevaba el control de los embarazos y hacía pruebas y ecografías sin ningún coste para los habitantes de Candasnos. Pero el regalo venía envenenado, claro. Ese ginecólogo tenía instrucciones para hacer experimentos transgénicos con los embriones de las mujeres que acudían a consulta. Un simple pinchazo, justificado como una prueba más. Algunas abortaron sin llegar a conocer el motivo; otras tuvieron hijos deformes, que murieron al poco o que aún mantienen encerrados en las casas sin ver la luz del sol. En los pueblos como este hay que ocultar las desgracias para no alegrar a los vecinos. Por suerte, algunos de esos experimentos resultaron inocuos y otros dieron lugar a niños con capacidades especiales, físicas y mentales. A esa generación pertenecen muchos chicos que yo formé en el colegio.

«Es una de las especiales.» Caín recordó las palabras de Cecilio acerca de su mujer y la habilidad de Prudencia con la jabalina y otras armas arrojadizas.

—¿Y la gente no sospechó nada?

—Claro que sí, por eso César tuvo que modificar su *modus operandi*. La técnica CRISPR abrió las puertas a la experimentación genética con personas adultas. Ya no era necesario trabajar con embriones. César dejó en paz a las embarazadas para secuestrar a inmigrantes sin familia a los que nadie echaría de menos.

—Todo esto es muy rocambolesco. —Caín dudaba, aunque la presencia de Moussa buscando en el pueblo a su hermano

desaparecido confirmaba la historia de Quico.

—Supongo que ya sabes lo que investigan en esa fábrica, lo que hacen con los animales y las personas.

—La cura de enfermedades y lesiones cerebrales —afirmó Caín—. Vi con mis propios ojos cómo curaban a un ratón muerto por un traumatismo craneoencefálico.

—Eso es cierto —admitió Quico—. Esa era la idea inicial con la que Calixta y los científicos fundaron Semilia. Pero César no tardó en imaginar otras utilidades más beneficiosas para él y los poderosos. Ha logrado grandes avances en la cura de enfermedades que no comercializan porque no son importantes para él.

—¿Y qué es lo importante?

—¿Has oído hablar del proyecto MK Ultra? Era un programa secreto e ilegal de la CIA que experimentaba con seres humanos para controlar la mente. El objetivo era someter la voluntad de las personas usando drogas, hipnosis o torturas. —Hizo una pausa para que Caín asimilara la información—. Los programas de control mental no son ninguna novedad, todos los gobiernos lo intentan. Al principio, los métodos eran sencillos, propaganda y represión. La educación fue el siguiente paso; el último, el control de la información. Pero siguen buscando soluciones más eficaces y duraderas.

—Quien sea capaz de controlar la mente, controlará el mundo —comprendió Caín.

—Así es —continuó Quico—. La mutación del cerebro de Calixta permite escribir y leer los genes de las neuronas como si fueran el código de un programa. Y esas neuronas ejecutan el programa igual que un ordenador. No sé cómo lo hacen, pero sé que funciona.

Caín pensó en los muertos en el pueblo por agresiones de lobos, abejas, jabalíes o buitres.

—¿Me estás diciendo que son capaces de programar el cerebro de un animal para atacar a una persona en concreto? —De repente, comprendió toda la información del dosier de Vera que hablaba de los Illuminati, el Club Bilderberg… Y él pensaba que Vera y Toki estaban locas.

—Pueden programar el cerebro de una persona para cualquier cosa. De momento, solo pueden cambiar la programación en el laboratorio y antes de ponerte la inyección —explicó Quico—, pero están investigando cómo hacerlo con simples variaciones de la intensidad de la luz. Entonces, podrán reprogramar el cerebro de la gente en masa o de forma individual a través de los móviles o de las redes sociales.

—Podrán controlar el voto de la gente —comprendió Caín.

—Podrán obligarnos a desempeñar los peores trabajos sin rechistar.

Podrán crear esclavos, soldados sin miedo a la guerra, asesinos despiadados o suicidios masivos. —Quico sonrió con cinismo—. Es una conspiración mundial. Y su plan comienza a finales del 2019.

Caín recordó las fotos de César con altos cargos políticos y dirigentes de multinacionales farmacéuticas.

—¿Estás hablando de un complot mundial para programar el cerebro de la gente, para controlar el pensamiento?

—Si no los detenemos, en el año 2021 serán los dueños del mundo.

—¿Cómo piensan hacerlo?

—Creando una pandemia global y obligando a la gente a vacunarse.

Caín se estremeció. Si aquello era cierto…

—¿Y no es más fácil echar burundanga en los cubatas?

—Estoy hablando en serio.

—Suena a novela barata de ciencia ficción. —Caín había visto curarse al ratón. Esa era la única verdad. Al menos, la única que a él le importaba—. Aún puedes ser escritor.

—La revolución ha comenzado y la guerra termina hoy. Vamos a ir a por César. Y si me pasa algo, quiero que te encargues de que este dinero llegue a la gente del pueblo.

—No creo que sea la persona adecuada. Yo…

—Ya, ya sé —le reprochó Quico con ironía—. No has cumplido tu palabra. No has protegido al juez de paz. Has dejado que César manipule el resultado de las elecciones. —Los ojos de Caín se anegaron por la culpa—. Nadie es perfecto. Quizá te haya influido tu nombre, qué más da. Lo importante es que sé que puedo confiar en ti.

—No, no puedes. No soy como tú. Para mí hay cosas más importantes que la revolución.

—Nada es gratis, Caín, deberías saberlo. Pagarás el precio por lo que has hecho. Y cuando lo hagas, volverás a estar con nosotros.

71

Año 2018

Caín abandonó el cementerio. Las dudas le nublaban la razón de la misma forma que la niebla le nublaba la visión. Si era verdad lo que Quico contaba, la guerra librada en Candasnos traspasaba fronteras para poner en jaque la libertad de la población mundial; si no lo impedían, unos pocos serían los dueños del mundo y convertirían al resto en esclavos sin voluntad.

Caín había aceptado un soborno por mantenerse al margen, el único soborno que le podría tentar y que jamás imaginó que existiera: una cura para su mujer. Pero ahora el dilema era mucho mayor: una cosa era darle la victoria a un cacique de pueblo y otra muy distinta permitir a un grupo de desalmados peores que los nazis gobernar el mundo.

Por suerte, Sofía se negaba a tomar la medicina. Por suerte, Sofía era más fuerte que él, más razonable, con una moral mejor definida, con unos valores más sólidos e incorruptibles.

Ahora lo entendía. Tenía que devolver la medicina. Tenía que apoyar la revolución del pueblo. Tenía que defender la libertad.

Pero no podía. No quería.

Lo daría todo por recuperar a Sofía.

Hasta su alma.

Caín detuvo el coche ante la reja que rodeaba el acuartelamiento y sacó un vial del bolsillo. Lo había cogido sin que César se diera cuenta. Era el potenciador de la inteligencia, el suero que hacía crecer la masa encefálica sin control, hasta aplastarse contra el cráneo, produciendo una muerte dolorosa y horrenda. ¿Cómo sabía que no sucedería lo mismo con el otro vial, el que regeneraba las neuronas dañadas? Pudo ver los efectos en el ratón, en aquel teatrillo preparado para él, para manipularlo, para que se mantuviera al margen.

¿Podía confiar en César?

Evidentemente, no.

Pero ¿qué tenía que perder? Si funcionaba, sería un milagro; si no lo hacía o tenía otros efectos, no sería peor que la situación actual.

Subió las escaleras hasta la puerta de su casa. Dudó antes de entrar. No quería volver a discutir con Sofía, pero tenía que convencerla, como fuera, para que probara la medicina.

Y si no quería hacerlo, ¿la abandonaría? Podría coger el oro de Quico de la tumba y desaparecer para siempre. Podría iniciar una nueva vida lejos de todo y de todos.

¿Sería una mala persona si lo hiciera? Llevaba muchos años cuidando de su mujer. ¿Le convertía en mala persona pensar en sí mismo por una vez?

Abrió la puerta y dejó el abrigo en la percha de la entrada. Sofía seguía sentada frente a la mesa del salón. Caín caminó hacia ella lentamente. La miró. Ella permanecía inmóvil, estudiando sus propias manos. Caín reparó con sorpresa en su cabeza erguida y estable. No temblaba. Iba a preguntar cuando sus ojos le ofrecieron la respuesta. Observó el vial vacío sobre la mesa, la jeringuilla que descansaba a su lado y la aguja hipodérmica que aún goteaba, como una fuente de esperanza. Su última esperanza.

—Lo has hecho —exclamó con sorpresa—. ¿Te encuentras bien?

Sofía extendió los brazos con movimientos precisos y estables.

—Eso creo.

La voz también había cambiado o, mejor dicho, descambiado. Volvía a ser la voz que él recordaba, la voz de la que se enamoró, la voz con la que se casó. Y esa voz maravillosa surgía a través de una boca presidida por una gran sonrisa de felicidad.

Cuando Sofía elevó la vista hacia él torció la boca en un gesto de desagrado. Entrecerró los ojos, pequeños, suspicaces y agresivos. Golpeó la mesa con las manos y saltó de la silla como un felino hambriento. Avanzó con zancadas de leopardo teñidas por una sutil cojera. Alargó las garras y le clavó las uñas en el cuello con tanta fuerza que lo derribó en el suelo. Caín intentó apartarla con desesperación. Los brazos de Sofía estaban rígidos y duros, como cizallas hidráulicas dispuestas a decapitarlo. No podía respirar, lo estaba asfixiando. Intentó retorcerle la muñeca. O se la quitaba de encima o no lo contaba. Lanzó un codazo contra el brazo de ella. La mano de Sofía saltó de su cuello, dejando cinco arañazos sanguinolentos en la garganta. Caín le asestó un puñetazo en el otro brazo y ella intentó arrancarle los ojos. La cogió por las muñecas para quitársela de encima. Tenía la fuerza de una bestia salvaje y actuaba como si la poseyera el diablo. Caín le dobló los brazos. Ella bajó la cabeza con violencia y le propinó un tremendo cabezazo en la nariz. Caín cayó de espaldas, mareado y sangrando, a punto de perder la consciencia. Sofía abrió la cartuchera y le cogió la pistola. Le apuntó a la cabeza y apretó el gatillo. Caín le golpeó la mano y la bala atravesó el suelo junto a su oreja.

Empujó a Sofía, la rodeó con las piernas y la tiró hacia atrás. Sobre

ella, le sujetó las manos con las rodillas. Sofía rugió como una fiera, mientras él la miraba fijamente, intentando comprender.

—Soy yo —sollozó, limpiándose la cara ensangrentada en la manga del uniforme—. Soy tu marido.

Sofía dejó de gritar y de forcejear. Lo miró con suspicacia, dudando, valorando la veracidad de sus palabras.

—Soy yo —repitió Caín y se puso en pie, liberándole los brazos.

Sofía le apuntó con la pistola.

—Soy yo.

Ella también se levantó. Él extendió los brazos, mostrando las palmas de las manos para ganar su confianza.

—Soy yo. Baja la pistola, Sofía. Soy tu marido. Nosotros nos queremos.

La pistola tembló en la mano de ella. Lentamente, descendió hacia el suelo, mientras ella lo observaba con sorpresa, con la boca abierta, intentando pronunciar algo.

—Tranquila —continuó él—. Soy yo, soy Caín.

El nombre provocó que la cara de ella mutara de nuevo en la de una bestia, elevó la pistola y le apuntó a la cabeza.

—¡No! —gritó él y se cubrió la cara con los brazos.

«Nada es gratis, Caín, eso deberías saberlo. Pagarás el precio por lo que has hecho.»

Las palabras de Quico retumbaron en su cabeza.

César lo había traicionado. La medicina que le dio, además de curar las lesiones en el cerebro de su mujer, la programaba para que lo matara.

Caín apartó las manos de la cara. El dedo de ella acariciaba el gatillo sin llegar a apretarlo del todo, como si dos Sofías pelearan en el interior de su cabeza dando órdenes contradictorias.

Finalmente la mirada de ella cambió, como si le reconociera de nuevo. Con una mueca de dolor que delataba su lucha interna dobló el brazo, se metió la pistola en la boca y, sin que él pudiera evitarlo, disparó.

72

Año 2018

Los amigos de Quico mataron a los hombres de César que habían robado el recuento de votos. Tras asegurar el resultado de las elecciones, Quico lanzó un último pregón desde el ayuntamiento: «Ha comenzado la revolución», vociferó a los cuatro vientos. «No podéis abandonar ahora, ya no hay vuelta atrás. No tenemos nada que perder. Ha llegado el momento de olvidar los miedos y dar la cara. Este asunto nos afecta a todos. Que cada cual examine su conciencia y actúe en consecuencia. ¿Queréis vivir como esclavos o pelear por vuestra libertad?». Armados con escopetas, picos y azadas, la gente acudió a la plaza Mayor dispuesta a seguir las órdenes de Quico.

Durante una hora el pueblo fue el escenario de una guerra civil. Los hombres de César iban mejor armados, pero eran mucho menos numerosos y no tardaron en salir huyendo.

—Nos tenemos que dividir en dos grupos —ordenó Quico—. Aurelio, tú dirigirás la expedición a la fábrica de semillas. Jacinto, Honesta, Prudencia y Cecilio —los señaló uno a uno con el dedo—, id con él. Llevad a la gente allí, destruid la fábrica y todos los *pichorros* que hacen y liberad a las personas que tienen secuestradas. Audaz, Tomás, Hipólito y Atanasia, venid conmigo. Vamos a acabar con César de una vez por todas.

La casa de César estaba organizada en torno a un gran patio central con una fuente que recogía el agua de lluvia, imitando la estructura de las antiguas *domus* romanas. Quico ya la conocía. Estuvo allí cuando robó la *figa* para curar a Calixta.

Se arrebujaron en los abrigos. El cierzo soplaba con fuerza y disipaba la niebla. «¡Maldita sea!», pensó Quico. Sería más difícil acercarse sin que los vieran.

Escondidos tras los muros de la última casa del pueblo, a unos cien metros de la mansión de César, vieron que dos todoterrenos negros bloqueaban la entrada, una barricada improvisada para defender la guarida de aquella alimaña. Varios hombres vigilaban detrás, armados con fusiles automáticos.

—Hipólito. —Quico dio la orden con un movimiento de cabeza.

El herrero empuñó una granada que él mismo había fabricado, un recipiente de metal relleno con bolas de acero de cojinetes y un

cartucho de dinamita que le proporcionó Atanasia, que trabajaba en la cantera de yeso.

Observó la situación. Desde allí era imposible alcanzar los coches. Tenía que llegar hasta unos árboles situados cerca de la casa. Sus compañeros lo cubrirían, pero quedaría expuesto a los disparos de los guardias. No tenía que pensar: en situaciones arriesgadas era mejor actuar por instinto. Tensó los músculos para echar a correr.

—Espera. —Atanasia le sujetó el brazo—. Iré yo.

—De eso nada.

—Soy mucho más rápida que tú.

Atanasia cogió la granada, pero Hipólito no la soltó. Él sabía que era verdad, que ella había ganado varias carreras comarcales y regionales. Ganaba, de hecho, todas en las que participaba. Hipólito la animó a competir a nivel nacional, pero ella no estaba interesada. Hipólito recordaba las clases de Quico después de la escuela, una hora antes de comer y otra hora por la tarde. En una cultivaban la mente, en la otra, el cuerpo. En la primera descubrieron el significado de siglas prohibidas como CNT, FAI o MOA y palabras olvidadas como republicano, liberal, comunista, anarquista, proletariado, rojinegra, Frente Popular, opresión, expropiación o revolución. En la hora de la tarde hacían ejercicio físico y aprendían técnicas de lucha, tanto cuerpo a cuerpo como con armas. Hipólito destacaba en el uso de la pistola, mientras que Atanasia los dejaba a todos atrás en las carreras de fondo y velocidad.

—No quiero perderte —exclamó Hipólito.

—Si vas tú, tienes más probabilidades de hacerlo.

En eso tenía razón. Si él moría, la perdería igualmente. Ella tenía más posibilidades de salir indemne.

—Está bien. —Hipólito le entregó la granada y un beso en los labios—. Deja atrás a Mercurio, el mensajero de los dioses no es rival a tu lado.

Atanasia sonrió y echó a correr. Los fusiles de sus compañeros castañetearon tras ella y restallaron sobre la chapa de los todoterrenos. Los guardias contestaron en el mismo idioma de la guerra, algunos apuntando al escondite improvisado donde se refugiaban; otros, a Atanasia, que corría más rápido que el cierzo invernal. En unos segundos alcanzó los árboles y se refugió tras ellos. Encendió la mecha y lanzó la granada debajo de un coche. Los disparos imitaron el sonido de una motocicleta y agujerearon el tronco del árbol. Atanasia permaneció inmóvil.

¡Boom! La onda expansiva la tiró al suelo. Los dos coches volaron por el aire, envueltos en llamas. Los hombres desaparecieron. Un par

de botas cayeron del cielo y rebotaron en la tierra.

—¡Vamos! —gruñó Quico. Y todos lo siguieron hacia la entrada de la casa.

Rodearon los coches en llamas y Audaz empuñó un hacha que llevaba en la mochila. El primer golpe abrió un gran boquete en la madera. Una ráfaga de disparos atravesó la puerta y Audaz cayó al suelo, acribillado.

—¡Bastardos! —gritó Hipólito.

Lanzó otra granada por el agujero de la puerta. La explosión hizo temblar la casa y la puerta salió volando hacia el exterior. Quico entró el primero y sus compañeros le siguieron en fila india, con los fusiles delante de la cara. Atravesaron el fuego prendido a los muebles y a las paredes hasta el patio descubierto, el pulmón y el corazón de la casa.

César los esperaba allí, de pie delante de la fuente, con las manos estiradas a ambos lados del cuerpo.

—¡Qué ganas tenía! —exclamó Quico, apuntándole con la Thompson. Lo cacheó. Iba desarmado.

Dos tiros estallaron a su espalda. Quico giró la cabeza, sobresaltado. Hipólito y Atanasia estaban muertos en el suelo. El fusil de Tomás, aún humeante, le apuntaba a él.

—¿Qué has hecho? —preguntó Quico con incredulidad.

César le cogió la Thompson. Quico no la soltó. Un disparo de Tomás le atravesó el hombro derecho y César pudo arrebatarle el arma.

—¿Por qué? —Quico taponó la herida con la mano.

Tomás sonrió y César contestó por él.

—La sangre es mucho más poderosa que tus ideas libertarias.

Aunque Tomás era sobrino de César, había crecido con las clases de Quico, con sus lecciones morales, y formaba parte de su círculo de confianza. Quico sabía que las convicciones de Tomás eran verdaderas. No entendía lo que ocurría.

—La sangre y el dinero —añadió César mientras pasaba por delante de Quico para zarandear a Tomás con orgullo—. Los hijos de Tomás irán pronto a la universidad, ¿verdad, sobrino? Esto le ha abierto los ojos. Hay que pagar residencias, matrículas, viajes… Son muchos gastos mientras gente como tú despilfarra el dinero en revoluciones perdidas. Tomás es un hombre inteligente y no ha podido rechazar una oferta que aseguraba el mejor futuro para sus hijos, la oferta de ser mi sucesor. —Observó a Tomás con una sonrisa—. ¿Dónde está la *figa,* sobrino?

—La tiene él. —Tomás señaló a Quico.

—Pero la robaste tú —dijo César con voz metálica para, acto

seguido, apretar el gatillo de la Thompson. Tomás cayó al suelo hecho una piltrafa.

César se volvió y miró a Quico con una sonrisa macabra.

73

Año 2018

El rastro de sangre recorría la carretera que atravesaba el pueblo desde el acuartelamiento de la Guardia Civil. El cierzo le golpeaba en la cara como un espíritu furioso, dispuesto a robarle la ropa, la piel y el alma. Caín permanecía inmune, no sentía el frío ni su azote cortante. El dolor interior era tan intenso que no dejaba espacio para nada más. Entró en el cementerio con el cadáver de Sofía en brazos. La sangre aún fluía en abundancia por el agujero de su cabeza.

Caminó entre las tumbas como un espectro y pegó una patada a la puerta del panteón de los Crispos. Atravesó el umbral y, con movimientos ceremoniales, colocó el cadáver de su esposa sobre el féretro de mármol blanco. Una grotesca ofrenda, una declaración de guerra.

Desenfundó la pistola y disparó contra la foto que presidía el panteón. Una bala atravesó la frente de Crispo, otras dos, los ojos.

Abandonó el cementerio con la pistola en la mano y corrió hacia la casa de César. Llegó casi sin aliento. En la puerta lo recibieron los restos de dos coches quemados. Ya habían atacado la casa. La entrada también ardía, aunque las llamas perdían intensidad. Se protegió la cara con el brazo y atravesó el pasillo que desembocaba en un patio interior. Quico estaba delante de la fuente, taponándose una herida en el hombro derecho. César le apuntaba con una ametralladora. Caín amartilló la pistola.

—Tira el arma —gritó.

César lo miró sonriente y soltó la Thompson. Caín metió la mano izquierda en el bolsillo, llevaba una jeringuilla preparada con el suero que hacía crecer el cerebro de forma descontrolada. César no moriría de un disparo: tenía que probar su propia medicina.

Un ruido estremecedor retumbó junto a su oreja. Caín volvió la cara, asombrado. Un oso pardo, en pie sobre las patas traseras, lanzaba un espeluznante gruñido a través de la boca cuajada de colmillos. Caín le apuntó a la cabeza y apretó el gatillo. Al menos cinco balas atravesaron el cuello, las fauces y la frente de la bestia. El oso rugió con más fuerza, con más ferocidad y Caín comprendió que lo habían modificado genéticamente para soportar aquellos disparos. Una garra le golpeó el brazo con violencia. La pistola salió volando y

la sangre chorreó por su mano, convertida en la manguera de un surtidor.

Caín observó la garra, rematada con afiladas uñas negras de las que colgaban jirones de carne sanguinolenta. Su propia carne.

Elevó la cara desfigurada por el dolor. El oso lanzó otro zarpazo al pecho. Saltó hacia atrás justo a tiempo, pero la bestia cayó sobre él con las fauces abiertas para devorarlo. Atrapó su brazo herido entre los dientes y movió la cabeza a un lado y a otro, tensando los músculos del poderoso cuello, zarandeándolo como a un muñeco de trapo. Aquellos colmillos largos y afilados le partieron los huesos del antebrazo y, con una sacudida, lo lanzó contra la pared. Estaba aturdido, el dolor del brazo era insoportable. Tumbado de lado, incapaz de moverse, observó al oso acercarse, gruñendo con las fauces abiertas de par en par. Apoyó la espalda en la pared, mientras intentaba detener la hemorragia. La bestia avanzó con actitud agresiva y feroz. A unos centímetros de él, volvió a gruñir con un sonido espeluznante, escupiéndole en la cara, bañándolo con un aliento pestilente. El oso sacudió la cabeza a un lado con un espasmo; después, al otro; y todo el cuerpo comenzó a convulsionar. Abrió las fauces, pero esta vez ningún sonido surgió entre el racimo de colmillos. Escupió la lengua hinchada y la movió hacia los lados con movimientos descontrolados, sus patas flaquearon y el cuerpo descomunal cayó al suelo. Las convulsiones lo zarandearon unos segundos más antes de quedar inmóvil. Caín observó la jeringuilla que le acababa de clavar y que colgaba del cuello, entre el espeso pelaje; la jeringuilla que había preparado para César.

—Acaba de morir el oso más inteligente del mundo —bromeó. Aunque estaba muy débil, aún tuvo fuerzas para hacerse un torniquete con el cinturón en el brazo destrozado.

César le apuntaba con la Thompson.

—Ahora va a morir el guardia más estúpido.

Colocó el dedo sobre el gatillo.

Calixta atravesó la puerta de entrada y caminó hacia él. César la observó con interés, mientras Quico, junto a él, seguía con veneración los movimientos del cimbreante cuerpo. Colocó el índice sobre el cañón del arma de César y la empujó hacia el suelo.

—Se está desangrando —sonrió—. Déjalo que sufra.

—Me gusta tu estilo. —César le devolvió la sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

—No quería perderme el final de este desgraciado —señaló a Quico —. Qué ganas tenía. Él me arruinó la vida. Fue culpa suya que mi novio quisiera matarme el día de mi boda y se suicidara después.

Llevo toda la vida esperando que pague por ello.

—Ahora lo hará, por fin.

César apuntó a Quico con la Thompson.

—¿Cuánto quieres que sufra?

—Mucho. Tiene que compensar todos los años que llevo esperando este momento. —Calixta extendió la mano—. Y quiero hacerlo yo.

César rio animado.

—Está bien. Creo que voy a disfrutar con el espectáculo.

Le entregó el arma. Ella avanzó hacia Quico y le apuntó a la cabeza. Él la miró con una sonrisa de resignación.

—Fuiste tú quien me difamó por todo el pueblo, quien hizo correr el rumor de que yo le era infiel a mi novio —bajó el arma hacia el pecho—. Se lo dijiste incluso a él. Y el día de mi boda, intentó matarme.

Quico permaneció callado. Calixta bajó el arma hasta los genitales y apretó el gatillo. La bala atravesó el muslo de Quico, que cayó al suelo, taponándose la herida con la mano.

—Uy, he fallado —bromeó Calixta con malicia—. Tendré que acercarme más para acertar a una cosa tan pequeña.

—Yo siempre te he querido. —Quico seguía sonriendo, a pesar del dolor.

—Arruinaste el día de mi boda. Me obligaste a abandonar el pueblo, a mi familia y a mis amigos, me convertiste en mala persona, me obligaste a salir adelante en un mundo inhóspito y competitivo en el que solo los más agresivos sobrevivían. Esa rabia me ayudó a ser la primera en mi trabajo, a interpretar un espectáculo inconcebible para la época y a superar una enfermedad incurable. Después tuve que reinventarme para seguir viviendo, reinventarme con el único objetivo de acercarme a ti, con la única esperanza de mantenerme a tu lado, esperando, hasta que llegara el momento de la venganza. Y ese momento ha llegado.

Calixta puso el dedo sobre el gatillo y apoyó la culata en el hombro. Giró la cintura y disparó contra César. La ráfaga de balas le atravesó el pecho y César cayó de espaldas, escupiendo borbotones de sangre. Calixta se acercó a él.

—Solo la rabia me ha mantenido viva todos estos años. La rabia y la esperanza de vivir este momento.

Volvió a apretar el gatillo y movió el arma de arriba abajo. Las balas atravesaron el cuerpo tendido, de los pies a la cabeza, hasta que el cargador quedó vacío.

74

Año 2018

—¿Cómo estás? —preguntó Quico.

Caín acababa de salir del hospital después de dos semanas en coma.

—Me siento como el tronco de un árbol seco, sin ramas.

—Venga, hombre, solo has perdido un brazo. Alégrate de tener otro.

—Lo único que me alegraría sería estar ahí. —Caín señaló los nichos con la cabeza.

Quico reemplazó la lápida que había roto por otra también grabada a mano.

—Ahí ya no hay nada que merezca la pena —aclaró Quico.

—Habéis comprado las tierras a la DGA, ¿verdad? Ahora pertenecen a la cooperativa del pueblo.

—Sí, pero no me refiero solo al dinero. Ese —Quico le dedicó una mueca de desprecio— ni siquiera era mi verdadero padre. —Caín lo miró sorprendido—. Aceptó tomarme como hijo adoptivo y nunca me trató como a un hijo. Al menos, su mujer me defendió en lo que pudo. Pero no te preocupes, mi verdadero padre era más hijo puta que este.

Caín lo siguió hasta el panteón de los Crispos. Quico elevó una mano hacia la puerta, como un presentador de televisión que introduce al siguiente concursante.

—¿Crispo era tu verdadero padre? —Caín jamás lo hubiera imaginado.

—Así es. Su primera mujer fue Florentina, mi madre. Dicen que murió durante el parto, aunque no me extrañaría que la matara de una paliza. Estoy seguro de que él me habría dejado morir de hambre o me habría pisado el cuello como a un perro callejero. Supongo que alguien cercano tuvo remordimientos y me entregaron a una familia del pueblo. Después se casó con Renata. Ella supo manejarlo mejor.

—¿Lo sabían César y sus hermanos?

—Sí, lo sabían. Pero ¿qué más da? Crispo era un desalmado que le hizo la vida imposible a todo el mundo. A Renata la respetaba porque temía su magia negra. César fue el único que escapó de su martirio. Su madre lo mandó a Barcelona y allí entró en contacto con la mafia. Cuando regresó al pueblo, no le costó mucho convencer a sus hermanos para acabar con su padre.

—Vaya historia. —Caín estaba sobrecogido.

—Desde luego.

—Sé que César está muerto —continuó Caín—, pero ¿qué pasó con Semilia? Por desgracia, me perdí el final de la fiesta.

—La gente del pueblo la tomó sin problemas. Ya casi no quedaban hombres de César, así que redujeron al guardia de seguridad y a los trabajadores y liberaron a unos veinte inmigrantes secuestrados. Después le prendieron fuego a la fábrica.

—¿Y las plantas subterráneas?

—También. Todos los experimentos y archivos relacionados fueron destruidos.

—¿Incluso los que servían para curar enfermedades mentales?

—No podíamos arriesgarnos. —Quico frunció el ceño—. Solo salvaron un registro de las personas secuestradas que pasaron por Semilia. Eran más de quinientos. Cuando morían o ya no les eran útiles, los quemaban en un horno en la propia fábrica.

—Parece copiado de los nazis.

—Dimos parte a las autoridades y llevaron a los supervivientes al Miguel Servet para un chequeo médico. Cuando el presidente de Aragón leyó el registro, anunció horrorizado que les darían a todos la nacionalidad española.

—Me alegro —sonrió Caín—. ¿Y los animales?

—Ardieron todos en la fábrica. Había que sacrificarlos.

—Entiendo. ¿Y qué planes tienes tú ahora que la revolución ha terminado?

—Hemos acabado con César y sus diabólicos planes para dominar el mundo. Ahora me toca disfrutar de mis últimos años de vida. Estoy enamorado de Calixta y, por fin, a la vejez…

—¿Calixta y tú estáis juntos? —preguntó Caín.

—Así es. Me siento feliz.

—Pareces más joven.

—Nunca es tarde para ser feliz.

—Calixta es una mujer espectacular.

—Es una superviviente, como yo —Quico le miró a los ojos—. Y como tú, espero.

Le entregó unas llaves a Caín.

—Lo he comprado para ti —señaló con la cabeza el panteón de los Crispos—. El nuevo ayuntamiento lo expropió y llevó los restos a la fosa común. Yo mismo lo arreglé y eliminé cualquier rastro de los anteriores inquilinos.

Caín cogió la llave.

—Gracias —observó el panteón con interés—. Al fin, una casa en

propiedad —bromeó.

—Espero que no te quedes a vivir en él.

Quico le dio un golpe en el hombro y se alejó.

Caín caminó hacia el panteón, cohibido por sus dimensiones de mausoleo. Giró la llave lentamente y empujó la puerta. Los rayos de sol se derramaban desde una ventana lateral, dándole un aspecto mágico. Estaba vacío, a excepción del sarcófago de mármol situado en el centro. Un grabado en un lateral indicaba el nombre y las fechas de nacimiento y defunción de Sofía, su mujer. Debajo, rezaba un epitafio: «Su sacrificio nos dio la libertad».

Las lágrimas le inundaron los ojos. Comprobó que estaba solo y lloró.

La tapa de mármol del sarcófago estaba ligeramente girada hacia un lado, dejando una abertura en la esquina. Introdujo la mano trémula por el agujero. Acarició la madera del ataúd que custodiaba los restos de su mujer.

Ahí dentro debería estar él, no ella.

De hecho, se sentía tan muerto como ella.

Acarició la superficie de la madera y chocó con algo helado. De un respingo, sacó la mano. La observó con temor, buscando el mordisco de algún fantasma.

Dudó antes de volver a meterla. Los dedos recorrieron la superficie lisa hasta llegar al objeto, frío, aunque no tanto como le pareció al principio. Notó su peso y el tacto metálico.

Quico le dejaba un regalo y una nota. «Tu mujer descansa en paz. Ella querría que siguieras viviendo.»

Caín pensó en esas palabras. Sofía quería ir a la India, conocer la cuna de la espiritualidad.

Si de alguna forma su espíritu seguía acompañándole, aún podía hacer ese sueño realidad.

75

Año 2018

A pesar de que la lámina de plomo estaba resquebrajada y agujereada, el grabado en latín se leía perfectamente. Quico no sabía latín, pero sí sabía que esa chapa metálica contenía la maldición que condenó al pueblo al sufrimiento desde sus orígenes.

Entregó la lámina a Calixta y ella la enrolló alrededor de la *figa* y la dejó sobre el tocón de un árbol. Retrocedió unos pasos y Quico empuñó el hacha.

—¿Estás seguro? —preguntó Calixta.

—Espero que este *pichorro* acabe con la maldición de una vez para siempre.

Calixta asintió.

Cuando Quico encontró la tablilla de maldición en la casa de los Crispos, supo que tenía que destruirla y supo que solo funcionaría si lo hacía junto a la *figa*. Ambas, tablilla y *figa,* fueron creadas en el mismo templo con propósitos opuestos. Ambas debían ser destruidas a la vez, pues cada una era la mitad de un todo, la *figa* la mitad luminosa, la tablilla, tan oscura como el averno.

Quico elevó el hacha en el aire.

Miró a Calixta y sintió la energía vibrante de aquellos ojos violetas, la confianza de que hacían lo correcto.

Calixta sonrió y él también lo hizo.

Después de tantos años, merecían ser felices.

Algunas anotaciones finales

La ley del hambre es el fruto de seis años de trabajo, seis años de documentación, entrevistas, escritura y revisiones. Sin embargo, su origen se remonta mucho tiempo atrás.

Esta novela no tiene una única semilla, sino muchas, las historias de un pueblo con las que creció Ana, historias de gente desconocida para David que, poco a poco, formaron parte de su familia y de su propio pasado. Transmitir la historia de un lugar y de sus gentes es la manera de que un pueblo no muera o de que lo haga despacio.

La ley del hambre es una historia de ficción, pero está inspirada en muchas de esas historias reales que hemos adaptado para esta novela.

La Balsa Buena existe y es de origen romano. El Conventaz también existe, pero solo quedan un montón de piedras que nadie se ha tomado la molestia de investigar, solo de expoliar. Su memoria se ha perdido en los tiempos, nadie en el pueblo recuerda ya cuál fue su origen.

La historia del monstruo de la balsa también es real. Un día de tormenta, se escucharon unos chapoteos y unos ruidos extraños. Un cazador del pueblo estuvo a punto de meterse dentro para ver qué era y los vecinos se lo impidieron. Aún queda la duda de si fue un monstruo, aunque nunca nadie ha vuelto a tener noticias de otro incidente similar.

Descubrimos las tablillas de maldición en un viaje a Reino Unido. En los baños romanos de Bath encontraron muchas de estas tablillas grabadas en láminas de plomo. Era muy habitual maldecir al vecino o al desconocido que robaba la toalla, y se usaban fórmulas específicas similares a la planteada en la novela. En Candasnos no se han encontrado tablillas de maldición, o no quedan restos de ellas (no todas eran de plomo, también se maldecía en madera, arcilla o papiro), pero la calzada romana, la Balsa Buena, el Conventaz y las historias de brujas han resistido el paso del tiempo.

El tema principal de la novela es la lucha de clases. La novela es una metáfora de cómo los poderosos se aprovechan de la población hasta límites inhumanos. El personaje de Crispo está inspirado en una persona real, el tío Capuz. Era un cacique del pueblo que vivió antes de la Guerra Civil y al que, según cuentan, le encantaba maltratar y reírse de sus trabajadores. Una de sus fechorías preferidas era mearse sobre el burro de algún jornalero desde el balcón, para que tuviera

que irse andando y maldiciendo.

A pesar de la represión y la desinformación, antes y después de la guerra hubo auténticos héroes que se rebelaron contra el sistema, personas sin cultura y sin educación que, sin embargo, tenían muy claro que merecía la pena luchar y morir por la libertad. Anarquistas como Durruti, Quico Sabaté o Lucio Urtubia no se estudian en las escuelas, pero sus historias siguen vivas en libros y películas. Y nosotros queríamos contribuir a rescatarlas.

Candasnos es un pueblo agricultor. Por eso hablamos de semillas y de patentes, que sirven para controlar a la población y obligar a los agricultores a depender de las grandes empresas que las comercializan. Antes se guardaba una parte de la cosecha para la siembra de la siguiente campaña. Ahora eso está prohibido, el grano es propiedad de las empresas y además las semillas son estériles, no germinan.

Los transgénicos son otra vuelta de tuerca, ya que estas empresas venden semillas modificadas genéticamente para que sean resistentes a sus propios plaguicidas. Algunos agricultores sospechan que esas semillas ya incorporan la plaga, por lo que están obligados a comprar el pesticida si quieren sacar cosecha. Y los transgénicos nos llevan a CRISPR, la técnica más novedosa de manipulación genética que avanza a pasos agigantados. Los magnates que controlan el mundo intentan controlar a la población a través de los medios de comunicación y de la alimentación. Pero ¿qué pasaría si pudieran programar nuestras mentes? Es algo que llevan mucho tiempo intentando. Prueba de ello es el programa MK-Ultra de Estados Unidos, muy polémico y utilizado en muchas ficciones desde que *The New York Times* denunció los experimentos.

La primera vedete que conocimos fue Mariam Nadal. Trabajó en el Oasis de Zaragoza y forma parte de varias compañías, hace espectáculos en las fiestas de los pueblos y ha estado varias veces en Candasnos. A ella la conocimos gracias a Rafael Castillejo, que nos presentó a otras personas relacionadas con el mundo del espectáculo. Era un auténtico amante y estudioso de la revista.

Gracias a una serie de coincidencias, conocimos a Mari Carmen Echevarría, que trabajó en El Molino de Barcelona en los años 70 con el nombre artístico de María Holgado. Ella nos abrió las puertas al interior de El Molino y nos contó muchas de las historias que hemos adaptado para el personaje de Calixta. La artimaña de poner cristales en los zapatos para quitarle el puesto a otra vedete es real. La evolución de los espectáculos y que durante el destape se hacía porno en vivo, también.

A nosotros nos interesa mucho el tema del arte y el feminismo. El posporno es un movimiento que une ambas cosas y nos gustó la idea de que Sofía, mucho más intelectual que Caín, investigara sobre una precursora española del posporno anterior a las oficiales. Esta idea vino reforzada por el personaje real de Christa Leem, que trabajó en El Molino e interpretaba números eróticos con un toque intelectual, algo inusual en una época en la que solo importaba enseñar piel.

Han sido muchos años de investigación, de entrevistas, de lecturas, años en los que hemos escrito y publicado otros libros mientras seguíamos uniendo las piezas que han hecho posible *La ley del hambre*.

Agradecimientos

A Fernando Paz y a Marina Mena, nuestros editores, que han hecho posible que este proyecto vea la luz.

A Laura Santaflorentina, a Mercedes Castro y a Ana Escarabajal, agente, editora y lectora, que nos ayudaron a pulir la novela con una visión más completa y nos aportaron una imprescindible perspectiva del mundo editorial.

A Jorge Albillo y a José Carlos López, que nos ayudaron, con mucha paciencia, a entender aspectos relacionados con la investigación de delitos. Si hay algún dato incorrecto, o es debido a licencias de la trama o a nuestro despiste.

A Serafín Zaplana y a Blanca Eulogio Blázquez, imprescindibles lectores cero que ven lo que nosotros no vemos y que siempre dan buenos consejos. Gracias por estar ahí.

A Ana Navarro Gros, quien, por primera vez, se estrena como lectora cero de los libros de su hija. Gracias, mamá.

A Juanjo Braulio, por hablarnos del duro oficio de periodista.

A Marian Nadal, vedete e investigadora, que sigue creyendo que el teatro de variedades tiene un lugar en la actualidad. Y lo tiene. Prueba de ello es este libro.

A Miguel Ángel Vicen, músico de la desaparecida orquesta Zarabanda, quien vivió los años felices del Oasis de Zaragoza.

A Rafael Castillejo, investigador y coleccionista, quien nos orientó en el mundo tan complejo de la revista y nos puso en contacto con gente maravillosa. Allá donde estés, muchas gracias.

A Mari Carmen Echevarría, bailarina de El Molino durante los años 70, conocida con el nombre artístico de María Holgado, quien atendió todas nuestras dudas, y fueron muchísimas, con paciencia y en largas conversaciones. Ella nos explicó cómo era El Molino en esa época. Si hay algún dato incorrecto, puede ser una licencia literaria o un error por nuestra parte.

A Alicia Ballabriga Pérez, a Loly Ballabriga, a Ángela Pérez Fernández, a Teodora Ballestar Delpueyo (una pena que no hayas podido llegar a leerlo), a Antonio Guisado y a Antonio Pallé Muñoz, que nos contaron muchas costumbres y anécdotas del pueblo, incluido el misterio del monstruo de la balsa.

A Héctor Ballabriga Pérez, a Dolores Pérez Baches, a Sebastián Ballabriga Turmo, a Antonia Gros Gros y a Vicente Navarro Ezquerra.

Ninguno de ellos está ya, pero todos contribuyeron a que exista este libro. Muchas de sus historias, sus vivencias, su dolor y sus alegrías se recogen en todas las novelas con ficción donde casi todo es verdad.

Edición en formato digital: 2023

Ilustración de cubierta: © Mike Truhachev / Eva Mutter

Copyright © Ana Ballabriga y David Zaplana, 2023
Representados por la Agencia Literaria Dos Passos
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-61-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

La ley del hambre

Créditos